

Nora Webster
Colm Tóibín



Lumen

Nora Webster

Colm Tóibín

Traducción de
Antonia Martín

Lumen

narrativa

\$

megustaleer



=



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Brid Tóibín (1921-2000)

Níall Tóibín (1959-2004)

1

—Debe de estar harta. ¿Es que no piensan dejar de venir? —Tom O'Connor, su vecino, estaba a la puerta de casa y la miraba esperando una respuesta.

—Lo sé —dijo ella.

—No conteste. Es lo que haría yo.

Nora cerró la puerta del jardín.

—Tienen buena intención. La gente tiene buena intención —dijo.

—Noche tras noche. No entiendo cómo lo

aguanta.

Nora se preguntó si podía volver a entrar en casa sin tener que responderle. Tom O'Connor empleaba un tono nuevo con ella; un tono que antes nunca habría probado a utilizar. Le hablaba como si tuviera alguna autoridad sobre ella.

—La gente tiene buena intención —repitió, pero al decirlo esta vez se sintió triste, se mordió el labio para contener las lágrimas. Cuando miró a Tom O'Connor, sabía que debía de parecer rebajada, derrotada. Entró en casa.

Aquella noche llamaron a la puerta poco antes de las ocho. La lumbre ardía en la habitación del fondo y los dos chicos hacían los deberes sentados a la mesa.

—Ve a abrir —le dijo Donal a Conor.

—No, ve tú.

—Que vaya uno de los dos —dijo ella.

Conor, el pequeño, fue al recibidor. Nora oyó una voz cuando el chico abrió la puerta, una voz femenina, pero no la reconoció. Conor condujo a la visita a la sala de estar.

—Es la mujer bajita que vive en Court Street —le susurró cuando volvió a la habitación del fondo.

—¿Qué mujer bajita? —preguntó ella.

—No lo sé.

May Lacey meneó apenada la cabeza al entrar Nora en la sala de estar.

—Nora, no he querido venir antes. No sabe cuánto siento lo de Maurice.

Tomó la mano de Nora.

—Y con lo joven que era. Yo lo conocía cuando era un chiquillo. En Friary Street nos conocíamos todos.

—Quítese el abrigo y pase a la habitación del fondo. Los chicos están haciendo los deberes, pero pueden venir aquí y encender la estufa. De todas formas, no tardarán en irse a la cama.

May Lacey, con ralos mechones canos que asomaban bajo el sombrero y con la bufanda todavía enroscada al cuello, se sentó frente a Nora en la habitación del fondo y empezó a hablar. Al cabo de un rato los chicos fueron al piso de arriba; a Conor le dio demasiada vergüenza bajar a dar las buenas noches cuando Nora lo llamó, pero Donal no tardó en aparecer. Se sentó con ellas y observó detenidamente a May Lacey sin despegar los labios.

Era evidente que no acudirían más visitas. A Nora le tranquilizó no tener que recibir a personas que no se conocían entre sí o que no simpatizaban.

—Como le decía —prosiguió May Lacey—, Tony estaba ingresado en el hospital de Brooklyn y el hombre ese llegó a la cama de al lado y se pusieron a charlar; al enterarse de que era irlandés, Tony le contó que su mujer era del condado de Wexford.

Se interrumpió y frunció los labios, como si intentara recordar algo. De repente empezó a imitar una voz masculina:

—Anda, yo soy de allí, dijo el hombre, y Tony le contó que ella era de Enniscorthy; anda, yo también soy de allí, dijo el otro. Le preguntó a Tony de qué parte de Enniscorthy era, y él le dijo que de Friary Street.

May Lacey mantenía la vista fija en el rostro de Nora, lo que obligó a esta a expresar interés y sorpresa.

—Y el hombre le dijo yo también soy de allí.
¿No es increíble?

Se interrumpió esperando algún comentario.

—Y le contó a Tony que antes de irse de la ciudad había hecho esa cosa de hierro, ¿cómo se llama?, una reja o una celosía para la ventana de Gerry Crane. Y fui a verla y, sí, ahí está. Gerry no sabía quién la había puesto ni cuándo. Pero en Brooklyn el vecino de cama de Tony dijo que la había hecho él, que era soldador. Menuda coincidencia. Que pasara en Brooklyn.

Nora preparó té cuando Donal fue a acostarse. Lo llevó a la habitación del fondo en una bandeja con galletas y tarta. Se atarearon con los utensilios del té, tras lo cual May Lacey bebió un sorbo y empezó a hablar otra vez.

—Naturalmente, mis hijos tenían a Maurice en

un pedestal. Siempre preguntaban por él en sus cartas. Era amigo de Jack antes de que Jack se fuera. Y, por supuesto, Maurice era un gran profesor. Los niños le admiraban y lo respetaban. Siempre lo he oído decir.

Mientras contemplaba el fuego, Nora intentaba recordar si May Lacey había estado antes en la casa. Creía que no. La conocía de toda la vida, como a tantos otros en la ciudad; se saludaban e intercambiaban palabras de cumplido, o se paraban a hablar si había alguna novedad. Conocía la historia de su vida, desde el apellido de soltera hasta la parcela del cementerio donde la enterrarían. Una vez la había oído cantar en un concierto, recordaba su voz aflautada; era «Home, Sweet Home» u «Oft in the Stilly Night», una canción por el estilo.

Dudaba que May Lacey saliera mucho, salvo para ir a comprar y a misa de domingo.

Ahora guardaban silencio y Nora pensó que quizá May no tardaría en irse.

—Le agradezco que haya venido —le dijo.

—Ay, Nora, lo sentí mucho por usted, pero pensé que era mejor esperar; no quería agobiarla.

Rehusó tomar otra taza de té, y al llevar la bandeja a la cocina Nora pensó que tal vez se levantaría y se pondría el abrigo, pero la mujer no se movió de la silla. Nora subió y vio que los chicos dormían. Sonrió para sus adentros al pensar que podía meterse en la cama y dormirse y dejar a May Lacey abajo contemplando la lumbre, esperándola en balde.

—¿Dónde están las chicas? —preguntó May en

cuanto Nora se sentó—. Últimamente no las veo nunca; antes siempre iban de arriba abajo.

—Aine está estudiando en Bunclody. Empieza a adaptarse al colegio —respondió Nora—. Y Fiona estudia magisterio en Dublín.

—Se los echa de menos cuando se van —dijo May Lacey—. Yo los echo de menos, sí, pero es curioso que sea Eily en quien más pienso, aunque también echo en falta a Jack. No sé por qué, pero no quería perder a Eily. Al morir Rose, ya lo sabe usted, Nora, creí que vendría y se quedaría y encontraría un trabajo, y un día, cuando ya llevaba un par de semanas aquí, me di cuenta de que estaba muy callada, y eso no era propio de ella, y se puso a llorar y fue entonces cuando me enteré de que su amigo de Nueva York no la dejaba venir si no se casaba con él. Y se había casado sin decirnos

nada. «Bueno, qué se le va a hacer, Eily», le dije. «Tendrás que volver con él.» Y no pude mirarla ni hablarle, y aunque me envió una fotografía de ellos dos en Nueva York, no pude mirarlos. Eran lo último que quería ver. De todos modos, siempre he lamentado que no se quedara.

—Sí, lo sentí cuando me enteré de que se iba, pero a lo mejor es feliz allí —repuso Nora, y enseguida, al ver que May Lacey bajaba apenada la vista con una expresión dolida, se preguntó si era un comentario inoportuno.

May Lacey empezó a rebuscar en el bolso. Se puso unas gafas de lectura.

—Creía que había traído la carta de Jack, pero me parece que la he olvidado —dijo.

Miró un papel y luego otro.

—No, no la tengo. Se la quería enseñar. Jack

quería preguntarle algo.

Nora no dijo nada. Hacía más de veinte años que no veía a Jack Lacey.

—A lo mejor la encuentro y se la hago llegar —dijo May.

Se levantó para marcharse.

—No creo que Jack tenga intención de volver —añadió poniéndose el abrigo—. ¿Qué iba a hacer aquí? Tienen su vida en Birmingham, me han invitado a ir y todo, pero le he dicho que me gustaría abandonar este mundo sin haber visto Inglaterra. De todos modos, me parece que querría tener algo aquí, un lugar al que pudieran venir él y quizá los hijos de Eily o alguno de los otros.

—Bueno, puede venir a verla a usted —dijo Nora.

—Ha pensado que querría usted vender la casa

de Cush —comentó May ajustándose la bufanda. Lo dijo como si nada, pero cuando clavó los ojos en Nora su mirada era fría y reconcentrada y la barbilla empezó a temblarle—. Me ha preguntado si iba a venderla —añadió, y cerró la boca con firmeza.

—No lo tengo pensado —respondió Nora.

May volvió a fruncir los labios. No se movió.

—Ojalá hubiera traído la carta. A Jack le encantaban Cush y Ballyconnigar. Iba allí con Maurice y los otros, y siempre se acordaba de aquello. Y el lugar no ha cambiado mucho, todo el mundo le conocería. La última vez que vino a casa no conocía a la mitad de la gente de aquí.

Nora no dijo nada. Quería que May se fuera.

—Le diré que se lo he comentado. No puedo hacer más.

Al ver que Nora callaba, May se la quedó mirando, visiblemente molesta por su silencio. Salieron de la habitación y se detuvieron en el recibidor.

—El tiempo lo cura todo, Nora. Es lo único que le puedo decir. Y se lo digo por experiencia.

Suspiró cuando Nora abrió la puerta.

—Gracias por venir, May.

—Buenas noches, Nora, y cuídese.

Nora observó cómo se alejaba lentamente por el camino en dirección a su casa.

Un sábado de octubre fue a Cush en el vetusto Austin A40, tras dejar a los chicos jugando con sus amigos y sin decir a nadie adónde se dirigía. Su objetivo en aquellos meses, otoño camino del invierno, era reprimir las lágrimas, por el bien de

los chicos y quizá por el suyo propio. Que llorara como sin venir a cuento les asustaba e inquietaba ahora que poco a poco iban acostumbrándose a la ausencia del padre. Se daba cuenta de que los chicos se comportaban como si todo fuera normal, como si en realidad no faltara nada. Habían aprendido a disimular cómo se sentían. Ella, a su vez, había aprendido a reconocer las señales de peligro, los pensamientos que llevarían a otros pensamientos. Medía su éxito con los chicos por cómo dominaba sus propias emociones.

Al descender por la colina próxima a The Ballagh y vislumbrar de pronto el mar pensó que nunca había ido sola por esa carretera. Durante todos aquellos años uno de los chicos, o una de las chicas cuando eran más jóvenes, gritaba en aquel

punto: «¡Veo el mar!», y ella tenía que ordenarles que se sentaran y no alborotasen.

En Blackwater pensó en detenerse a comprar tabaco, chocolate o lo que fuera para aplazar la llegada a Cush. Pero estaba segura de que algún conocido la vería y querría acompañarla en el sentimiento. Las palabras salían con facilidad: «Lo siento» o «Lamento su desgracia». Si bien todos decían lo mismo, no había ninguna fórmula para la respuesta. «Lo sé» o «Gracias» sonaban fríos, casi impostados. Y se la quedarían mirando hasta que ella no viera la hora de alejarse. Se percibía cierta avidez en la forma en que le estrechaban la mano o la miraban a los ojos. Se preguntó si alguna vez ella había actuado de ese modo con alguien, y pensó que nunca lo había hecho. Al girar a la derecha en dirección a Ballyconnigar comprendió

que se sentiría mucho peor si la gente empezara a rehuirla. Le pasó por la cabeza que probablemente lo hacían pero que ella no se había percatado.

El cielo se había oscurecido y caían gotas de lluvia en el parabrisas. Aquella zona parecía más pelada, más invernal que el campo de la carretera de Blackwater. Al llegar a la pista de frontón torció a la izquierda, en dirección a Cush, y se permitió el breve respiro de imaginar que se trataba de un momento del pasado reciente, un día sombrío de verano con un cielo amenazador, y que había ido a Blackwater a comprar carne y pan y el periódico. Los había arrojado despreocupadamente en el asiento de atrás y la familia se encontraba en la casa junto al estanque margoso, Maurice y los niños, y quizá un par de amigos; los chicos se habrían levantado tarde y se

disgustarían al ver que no hacía sol, lo que sin embargo no les impediría jugar al rounders, armar jaleo delante de la casa o ir a la playa. Pero si llovía todo el día se quedarían dentro y jugarían a las cartas hasta que los dos se impacientaran y acudieran a ella a quejarse.

Se permitió imaginar todo esto durante todo el tiempo que le apeteció. Pero en cuanto atisbó el mar y el horizonte más allá del tejado del Corrigans esas fantasías no le sirvieron de nada; volvía a estar en el duro mundo.

Bajó por el camino y abrió las grandes puertas galvanizadas. Aparcó delante de la casa y las cerró para que nadie viera el coche. Le habría encantado que hubiera estado presente alguna de sus viejas amigas, Carmel Redmond o Lily Devereux, que le habrían hablado con sensatez, no

de lo que había perdido o de cuánto lo sentían, sino de los hijos, de dinero, de un trabajo a tiempo parcial, de cómo vivir en adelante. La habrían escuchado. Pero Carmel vivía en Dublín y únicamente iba allí en verano, y Lily solo acudía de vez en cuando a ver a su madre.

Volvió a sentarse en el coche mientras el viento del mar bramaba a su alrededor. La casa estaría fría. Tendría que haber llevado consigo un abrigo más grueso. Sabía que desear la presencia de sus amigas o quedarse tiritando en el vehículo eran maneras de aplazar el momento de abrir la puerta y entrar en la casa vacía.

Y entonces sopló un viento ululante aún más feroz y pareció que fuera a levantar el coche. Le vino a la mente algo en lo que no se había permitido pensar pero que sabía desde hacía unos

días, y se hizo una promesa a sí misma: no volvería nunca más. Esta sería la última vez que iba a la casa. Entraría y recorrería esas pocas habitaciones. Después de recoger los objetos personales que no pudiera dejar, cerraría la puerta y regresaría a la ciudad, y en el futuro no volvería a tomar el desvío del frontón en la carretera entre Blackwater y Ballyconnigar.

Lo que la sorprendió fue la firmeza de su determinación, lo fácil que parecía volver la espalda a cuanto había amado, desprenderse de la casa junto al camino del acantilado para que otros se familiarizaran con ella, fueran en verano y la llenaran de ruidos distintos. Suspiró contemplando el cielo amoratado sobre el mar. Finalmente se permitió sentir lo mucho que había perdido, lo

mucho que echaría de menos. Bajó del coche y se enderezó a pesar del viento.

La puerta principal se abría a un minúsculo recibidor, con habitaciones a cada lado. Las dos de la derecha tenían literas, y a la izquierda había una sala de estar con una cocina pequeña y un cuarto de baño más allá, junto al dormitorio de Maurice y ella, tranquilo, lejos de los hijos.

Cada año, a comienzos de junio, iban todos allí a pasar un sábado y un domingo, aunque no hiciera buen tiempo. Llevaban cepillos y fregonas, detergente y trapos para limpiar las ventanas. Llevaban colchones bien aireados. Constituía un punto de inflexión, un hito en el calendario que significaba el inicio del verano, a pesar de que este fuera a ser gris y neblinoso. En los años que ella quería recordar ahora, los niños se mostraban

bulliciosos y entusiasmados al principio, como si pertenecieran a una familia estadounidense de *The Donna Reed Show*. Imitaban el acento americano y se daban instrucciones mutuamente, pero enseguida se cansaban y aburrían y ella les dejaba jugar, bajar a la playa o ir al pueblo. Y entonces comenzaba el trabajo de verdad. Cuando los niños ya no estaban por medio, Maurice podía ocuparse de tareas como pintar la madera, dar una mano de temple al cemento; podían cubrirse los agujeros del suelo de linóleo y ella podía apedazar el papel pintado en las zonas enmohecidas o con demasiadas manchas, una labor para la que necesitaba silencio y concentración. Disfrutaba midiendo hasta la última fracción de cada pulgada, dando a la cola la consistencia adecuada y recortando luminosos parches de papel floreado.

Fiona aborrecía las arañas. Nora lo recordó ahora. Y limpiar la casa implicaba, por encima de todo, echar a arañas, vilanos y bichos de todas clases. A los chicos les encantaba que Fiona chillara, y a ella le encantaba chillar, sobre todo cuando su padre la protegía con gestos exagerados. «¿Dónde está», preguntaba a gritos Maurice imitando al gigante de «Las habichuelas mágicas», y Fiona corría a abrazarse a él.

Aquello era el pasado, pensó al entrar en la sala de estar, y no podía recuperarse. El reducido tamaño de la habitación y lo fría que estaba le produjeron una insólita satisfacción. Saltaba a la vista que había una gotera en el tejado galvanizado de zinc, porque se apreciaba una mancha reciente en el techo. La casa vibró cuando una ráfaga de viento arrojó una densa cortina de lluvia contra el

cristal. Pronto habría que reparar las ventanas, y la madera había empezado a pudrirse. ¿Y quién sabía cuánto tardaría en erosionarse esa parte del acantilado y en demolerse la casa por orden del Consejo del Condado? Otro podría preocuparse en adelante. Otro podría reparar las goteras y proteger las paredes de la humedad. Otro podría cambiar la instalación eléctrica de la casa y volver a pintarla o abandonarla a los elementos cuando llegara el momento.

Se la vendería a Jack Lacey. Ningún vecino de la zona querría comprarla; sabían que sería una mala inversión, comparada con los inmuebles de Bentley, Curracloe o Morriscastle. Nadie de Dublín que la viera en ese estado ofrecería nada por ella. Echó un vistazo a la sala y se estremeció.

Entró en los dormitorios de los hijos y en el que

había compartido con Maurice y comprendió que para Jack Lacey, en Birmingham, convertirse en el propietario sería un sueño, parte de un recuerdo de domingos abrasadores y de niños y niñas en bicicleta y de brillantes posibilidades abiertas. Por otra parte, se lo imaginó llegando a la casa al cabo de un par de años, cuando volviera para pasar dos semanas en Irlanda, y encontrándose el tejado medio caído y telarañas por todas partes, el papel de pared desprendido, las ventanas rotas y la luz cortada. Y el día de verano, lluvioso y oscuro.

Examinó los cajones, pero no vio nada que quisiera. Solo periódicos amarillentos y cabos de bramante. Ni siquiera parecía que mereciera la pena conservar la vajilla y los utensilios de cocina. Encontró fotografías y libros en un armario

del dormitorio y los recogió para llevárselos. Nada más. Los muebles no valían nada y las lámparas estaban deslucidas y gastadas. Recordaba que las habían comprado en el Woolworth's de Wexford hacía pocos años. Todo se pudría y deslustraba en esa casa.

La lluvia empezó a arreciar. Descolgó un espejo de la pared del dormitorio y se fijó en lo limpio que estaba el espacio que cubría, en comparación con el papel pintado de alrededor, sucio y desvaído.

Al principio pensó que el golpe que oía se debía a que el viento había estampado algo contra la puerta o la ventana. Sin embargo, al ver que el ruido continuaba y oír una voz comprendió que tenía una visita. Le sorprendió porque pensaba que nadie había reparado en su llegada y era imposible

ver el coche. Su primer impulso fue esconderse, pero sabía que ya la habían visto.

Cuando descorrió el pestillo, el viento empujó la puerta hacia ella. Vio una figura que llevaba un anorak demasiado grande, cuya amplia capucha cubría a medias la cara.

—Nora, he oído el coche. ¿Está usted bien?

Una vez retirada la capucha, reconoció a la señora Darcy, a quien no veía desde el funeral. Cerró la puerta y la señora Darcy la siguió al interior.

—¿Por qué no me ha avisado? —preguntó.

—Solo voy a estar unos minutos —contestó Nora.

—Suba al coche y venga a casa. No puede quedarse aquí.

Una vez más advirtió el tono imperativo, como

si ella fuera una niña, incapaz de tomar decisiones acertadas. Desde el funeral intentaba pasar por alto ese tono, o soportarlo. Intentaba comprender que se trataba de una forma sumaria de amabilidad.

En esos momentos le habría complacido sacar de la casa sus pocas pertenencias, meterlas en el coche y marcharse de Cush. Pero no podía ser, tendría que aceptar la hospitalidad de la señora Darcy.

Esta se negó en redondo a subir al coche con ella afirmando que estaba demasiado mojada. Dijo que volvería a casa a pie mientras Nora iba en el vehículo.

—Me quedaré unos minutos más. Luego iré — dijo Nora.

La señora Darcy se la quedó mirando intrigada.

Nora había querido emplear un tono despreocupado, pero consiguió dar la impresión de que ocultaba algo.

—Solo quiero recoger unas cuantas cosas para llevármelas —comentó.

La visitante reparó en los libros, las fotografías y el espejo apoyado contra la pared, y rápidamente se fijó en todo lo demás. Y Nora intuyó que la señora Darcy captaba al instante lo que se traía entre manos.

—No tarde. Le tendré preparado el té.

Cuando la señora Darcy se hubo marchado, Nora cerró la puerta y volvió al interior de la casa.

Ya estaba hecho. Con su mirada abarcadora a la habitación, la señora Darcy había conseguido que pareciera real. Nora saldría de la casa y nunca

regresaría. No volvería a recorrer aquellos senderos y no se permitiría sentir pesar. Se había acabado. Recogió los escasos objetos que había reunido y los metió en el maletero del coche.

La cocina de la señora Darcy estaba caldeada. Puso unos bollitos recién hechos en una bandeja con mantequilla derretida y sirvió el té.

—Nos preguntábamos cómo se encontraría pero Bill Parle nos contó que una noche había ido a su casa y que estaba llena de gente. Quizá tendríamos que haber pasado de todas formas, aunque decidimos dejarlo para después de Navidad, cuando tal vez le apeteciera más la compañía.

—He tenido muchas visitas —dijo Nora—, pero ya sabe que pueden venir cuando quieran.

—Bien, hay mucha gente que la aprecia —dijo

la señora Darcy.

Se quitó el delantal y se sentó.

—Y estábamos todos preocupados por usted, por si no volvía a venir. Ya sabe que Carmel Redmond estaba fuera cuando ocurrió y se quedó conmovida.

—Lo sé. Me escribió y luego vino a verme.

—Eso nos dijo —repuso la señora Darcy—, y Lily estaba aquí aquel día y dijo que deberíamos estar pendientes de usted. Yo siempre esperaba el día en que venían y se ponían a arreglar la casa. Para mí era el principio del buen tiempo. Se me alegraba el corazón cuando les veía llegar.

—Me acuerdo de un año —dijo Nora—. Llovía tanto que usted se apiadó de nosotros y nos invitó a venir a tomar el té.

—Y ya sabe que sus hijos tienen muy buenos

modales. Están muy bien criados. A Aine le encantaba venir a vernos. Todos venían, pero a ella la conocíamos mejor. Y Maurice se dejaba caer algunos domingos si daban un partido en la radio.

Nora contempló la lluvia por la ventana. Resultaba tentador engañar a la señora Darcy, asegurarle que continuarían yendo a Cush, pero no era capaz de hacerlo. Y presentía que la mujer entendía su silencio; había estado al acecho de alguna pista, de algo que ella dijera o dejara de decir, para confirmar la impresión de que iba a vender la casa.

—El caso es que decidimos —dijo la señora Darcy— que el año que viene le arreglaríamos la casa. La estaba mirando hace un momento y al tejado le vendrían bien unos parches y, como

nosotros vamos a mandar que nos reparen el del cobertizo, también podrían arreglar el suyo. Y nos turnaremos para hacer el resto. Tengo una llave, podríamos haberle dado una sorpresa, pero Lily dijo que antes debía preguntárselo; pensaba hacerlo después de Navidad. Lily dijo que la casa era de usted y que no debíamos entrar sin permiso.

Nora se daba cuenta de que debía decírselo ahora, si bien el tono de la señora Darcy, demasiado efusivo y entusiasta, la disuadió.

—De todos modos, pensé que le gustaría venir y encontrárselo todo arreglado —prosiguió la señora Darcy—. No diga nada ahora, pero ya me avisará si no quiere que lo hagamos. Y me quedaré la llave, a menos que desee que se la devuelva.

—No, claro que no, señora Darcy. Preferiría que se la quedara.

Tal vez, pensó camino de Blackwater, tal vez la señora Darcy hubiera supuesto desde el principio que iba a vender la casa y se hubiera dado cuenta de que, una vez adecentada, se incrementaría su valor; o tal vez no hubiera supuesto nada, tal vez Nora observara a todo el mundo con excesivo detenimiento para averiguar qué pensaban de ella. Pero sabía que había tenido un comportamiento extraño al cerrar las puertas tras aparcar delante de la casa, al mostrarse casi furtiva cuando la señora Darcy se presentó y al no aceptar o rechazar de inmediato el ofrecimiento de ayudarla con la casa.

Suspiró. Había sido incómodo y difícil, y ya había acabado. Escribiría a la señora Darcy y a Lily Devereux y a Carmel Redmond. En el pasado,

cuando tomaba una decisión como esa, a menudo cambiaba de opinión a la mañana siguiente, pero en esta ocasión sería diferente; no cambiaría de parecer.

En la carretera que llevaba a Enniscorthy empezó a echar cuentas. Ignoraba cuánto valía la casa. Pensaría una cifra y se la mandaría a Jack Lacey en un sobre cerrado —no quería negociar con May Lacey— y, si él le ofrecía menos de lo que ella pedía, aceptaría siempre que la cantidad fuera razonable. No quería poner un anuncio en el periódico.

Tenía pagados los impuestos y el seguro del coche hasta Navidad. Había proyectado deshacerse de él entonces, pero si vendía la casa, pensó, lo conservaría o adquiriría un modelo más moderno. Con el dinero de la casa podría pagar

también la lápida de mármol negro que quería para Maurice y alquilar una caravana en Curracloe durante un par de semanas el verano siguiente. Podría emplear lo que le quedara en los gastos domésticos y en comprar ropa para sus hijas y para sí misma. Y guardar algo para algún imprevisto.

La casa, pensó sonriendo, sería como los dos chelines y seis peniques que un hombre le había dado a Conor unos veranos atrás. No recordaba qué año había sido, pero fue antes de que Maurice enfermara y de que el niño conociera el valor del dinero. Conor le había entregado los dos chelines y seis peniques a su padre para que se los guardara, y durante todo el verano, cada vez que iban a Blackwater, recurría a esos fondos

pidiéndole una parte. Cuando le dijeron que se habían terminado, se negó a creerles.

Escribió a May Lacey y adjuntó una carta para Jack. Al cabo de poco este le respondió que aceptaba el precio propuesto. Entonces Nora le mandó una carta con el nombre de un abogado de la ciudad que se encargaría de redactar el contrato de venta.

Esperó el momento adecuado para informar a los chicos de la venta de la casa de Cush y, cuando empezó a hablar, le sorprendió lo interesados, lo atentos, que se mostraban los dos, como si escuchando con detenimiento fueran a oír algo que tendría un efecto grave sobre su futuro. Mientras les explicaba lo bien que les vendría el dinero, descubrió que ya sabían que había proyectado

vender el coche, aunque ella no se lo había dicho. No sonrieron, ni siquiera dieron señales de alivio, al anunciarles que lo conservarían.

—¿Todavía podremos ir a la universidad? — preguntó Conor.

—Claro que sí. ¿Cómo se te ha ocurrido pensarlo?

—¿Quién lo pagará?

—Tengo dinero ahorrado para eso.

No quiso decirles que quizá el tío Jim y la tía Margaret lo pagarían. Eran los hermanos solteros de Maurice, que vivían juntos en la antigua casa familiar de la ciudad. Los chicos permanecieron absolutamente inmóviles; la observaban con suma atención. Fue a la cocina y puso agua a hervir, y cuando volvió a la habitación no se habían movido.

—Podremos ir de vacaciones a lugares distintos —dijo—. Podremos alquilar una caravana en Curracloe o en Rosslare. Nunca hemos estado en una.

—¿Podremos ir a Curracloe cuando estén los Mitchell? —preguntó Conor.

—Claro, si nos apetece. Podemos preguntarles cuándo van a ir para coincidir con ellos.

—¿Nos quedaríamos una semana o dos semanas? —preguntó Conor.

—O más tiempo, si queremos —contestó ella.

—¿Vamos a co-comprar una ca-caravana? —preguntó Donal.

—No. La alquilaremos. Comprarla sería demasiada responsabilidad.

—¿Quién va a co-comprar la casa? —preguntó Donal.

—De momento es confidencial. Si os lo digo, no debéis contárselo a nadie, pero me parece que la va a comprar el hijo de May Lacey, ya sabéis, el que vive en Inglaterra.

—¿Por eso vino ella?

—Supongo que sí.

Preparó té y los chicos hicieron como que veían la televisión. Se daba cuenta de que les había desazonado: Conor tenía la cara muy colorada y Donal no levantaba la vista del suelo, como si esperara un castigo. Cogió un periódico e intentó leerlo. Sabía que era importante quedarse en la habitación, no dejarlos, pese al impulso de ir al piso de arriba y ponerse a hacer cualquier cosa: vaciar armarios, lavarse la cara, limpiar las ventanas. Al final le pareció que debía decir algo.

—Podríamos ir a Dublín la semana que viene.

La miraron.

—¿Por qué? —preguntó Donal.

—Para pasar un día fuera. Podéis faltar a la escuela.

—El miércoles tengo dos horas de ci-ciencias —dijo Donal—. Lo aborrezco, pero no pu-puedo faltar, y el lunes tengo fra-francés con madame Du-Duffy.

—Podemos ir el jueves.

—¿En el coche?

—No, iríamos en tren. Y podríamos ver a Fiona; es el día que tiene la tarde libre.

—¿Tenemos que ir? —preguntó Conor.

—No. Solo iremos si nos apetece.

—¿Y qué diremos en la escuela?

—Enviaré una nota diciendo que tenéis que ir al médico.

—Yo no ne-necesito una nota si solo voy a faltar un día —dijo Donal.

—Iremos, pues. Lo pasaremos bien. Escribiré a Fiona.

Lo había dicho para romper el silencio y para que supieran que siempre habría excursiones, cosas que esperar con ilusión. Pero a los chicos les era indiferente. La noticia de que iba a vender la casa de Cush parecía haberles hecho caer en la cuenta de algo en lo que habían logrado no pensar. Sin embargo, durante los días siguientes volvieron a animarse, como si nada se hubiera dicho.

Para el viaje a Dublín les preparó su mejor ropa la noche anterior y les ordenó que se lustraran los zapatos y los dejaran en el descansillo. Los mandó temprano a la cama, pero protestaron diciendo que

querían ver algo en la televisión y los dejó quedarse levantados hasta tarde. Tampoco entonces quisieron acostarse y, cuando ella insistió, fueron una y otra vez al cuarto de baño y no pararon de encender y apagar la luz del dormitorio.

Al final subió y los encontró profundamente dormidos, con la puerta de la habitación abierta de par en par y las camas revueltas. Intentó ponerlos más cómodos, pero al ver que Conor empezaba a despertarse se retiró cerrando la puerta sin hacer ruido.

Por la mañana ya estaban vestidos antes de que ella se levantara. Le llevaron una taza de té demasiado cargado y tostadas. Cuando se levantó, se las arregló para tirar el té en el lavamanos del cuarto de baño sin que se dieran cuenta.

Hacía frío. Irían en coche a la estación, les dijo, y lo dejarían aparcado en Railway Square. Así lo tendrían a mano para regresar a casa por la noche, añadió. Los dos asintieron muy serios. Ya tenían el abrigo puesto.

La ciudad estaba prácticamente desierta al dirigirse a la estación. Reinaba la penumbra y en algunas casas aún había luces encendidas.

—¿En qué lado del tren nos sentaremos? — preguntó Conor cuando llegaron.

Faltaban aún veinte minutos. Nora había comprado los billetes y Conor se negó a sentarse con ella y Donal en la sala de espera, que estaba caldeada; quería cruzar el puente de hierro y saludarles con la mano desde el otro lado; quería ir a la cabina de señalización. Volvía una y otra vez para preguntar cuándo llegaría el tren, hasta

que un hombre le indicó que mirara la señal mecánica que había entre el andén y el túnel; cuando bajara, significaría que el tren venía.

—Pero ya sabemos que vendrá —dijo Conor con impaciencia.

—Bajará cuando el tren esté en el túnel —le aclaró el hombre.

—Si alguien estuviera en el túnel y viniera el tren, acabaría hecho picadillo —comentó Conor.

—Santo cielo, muchacho, lo encontrarían hecho pedacitos. ¿Y sabes qué? Todas las tazas y platillos tintinean en las casas cuando el tren pasa por debajo —dijo el hombre.

—Pues en la nuestra no tintinean.

—Eso es porque no pasa por debajo de vuestra casa.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó Conor.

—Porque conozco bien a tu mamá.

Nora le reconoció, igual que a muchos otros de la ciudad; creía que trabajaba en el garaje de Donoghue, pero no estaba segura. Había algo en la conducta del hombre que la irritaba. Confiaba en que no tuviera intención de ir con ellos hasta Dublín.

Poco antes de que llegara el tren, cuando los chicos habían ido una vez más a la cabina de señalización, el hombre se volvió hacia ella.

—Me parece que de todas formas echan de menos a su padre —dijo.

Buscó alguna reacción en la cara de Nora y entrecerró los ojos con una expresión de curiosidad. Ella consideró que debía decir rápidamente algo cortante para disuadirle de que

volviera a hablar y, sobre todo, de que se sentara con ellos durante el viaje.

—Es lo último que necesitan oír en este momento, gracias.

—Ah, vaya, no quería decir...

Se alejó de él al entrar el tren, y los chicos corrieron entusiasmados por el andén en dirección a ella. Notó que se le encendía el rostro, pero ellos no advirtieron nada mientras discutían sobre cuáles eran los mejores asientos.

Una vez que el tren arrancó, lo quisieron todo: ver los lavabos; quedarse en el precario espacio entre los vagones, donde se veía el suelo mientras avanzaban a toda velocidad; ir al restaurante a comprar limonada. Cuando el tren se detuvo en Ferns, ya habían hecho todo eso, y al llegar a Camolin estaban dormidos.

Nora no durmió. Echó un vistazo al periódico que había comprado en la estación y lo dejó para observar a los dos chicos, que dormían desmadejados en sus asientos. Le habría gustado saber qué soñaban en ese momento. Se daba cuenta de que durante esos meses algo había cambiado en la relación, diáfana y natural, que existía entre los muchachos y ella, y quizá para ellos, también entre ambos. Intuía que no volvería a tener ninguna certeza respecto a los chicos.

Conor se despertó, la miró y volvió a dormirse con la cabeza apoyada en los brazos, doblados sobre la mesa. Nora se inclinó y le acarició el pelo, dejó que las manos se deslizaran por él, lo revolvieran y luego lo alisaran. Donal la observaba, y su mirada serena le indicaba que

entendía cuanto ocurría, que no se le escapaba nada.

—Conor duerme como un tronco —le dijo ella sonriendo.

—¿Dónde estamos?

—Cerca de Arklow.

Cuando llegaron a Wicklow, Conor se había despertado y había ido de nuevo al lavabo.

—¿Qué pasaría si alguien tirara de la cadena estando en una estación? —preguntó.

—Pues que todo iría a parar a las vías —contestó ella.

—Y cuando el tren está en marcha, ¿adónde va?

—Se lo preguntaremos al revisor.

—Se-seguro que no se lo pre-preguntáis —dijo Donal.

—¿Qué daño les haría a las vías de una

estación? —preguntó Conor.

—Todo a-pestaría —respondió Donal.

Era una mañana sin viento, las nubes sobre el horizonte eran grises y el mar, más allá de Wicklow, tenía el color del acero.

—¿Cuándo empiezan los túneles? —inquirió Conor.

—Todavía falta un rato —contestó ella.

—¿Después de la siguiente estación?

—Sí, después de Greystones.

—¿Queda mucho?

—Lee el tebeo —le aconsejó ella.

—El tren da demasiados botes.

En el primer túnel los chicos se taparon los oídos para protegerlos del estrépito rugiente y compitieron entre sí en fingir miedo. El siguiente era mucho más largo. Conor quiso que Nora

también se los tapara, y ella así lo hizo por complacerle, pues sabía lo poco que había dormido, lo irritable que podía ponerse y lo fácil que sería contrariarlo. Donal, que ya estaba harto de taparse los oídos, se acercó a la ventanilla cuando el tren salió del túnel y se vio un despeñadero escarpado que descendía hacia las encrespadas aguas. Conor se había colocado al lado de su madre, a quien obligó a moverse para sentarse junto a la ventanilla.

—Podemos caerlos por ahí —comentó.

—No, no, el tren tiene que ir por los raíles. No es como un coche —le explicó ella.

Conor siguió con la nariz pegada al cristal, fascinado por el peligro. Donal tampoco se apartó de la ventanilla, ni siquiera al entrar en la estación de Dún Laoghaire.

—¿Es el final? —preguntó Conor.

—Ya casi estamos —respondió ella.

—¿Adónde iremos primero? ¿Iremos a ver primero a Fiona?

—Iremos a Henry Street.

—¡Yuuupi! —gritó Conor. Intentó ponerse de pie sobre el asiento, pero ella le mandó sentarse.

—E iremos a comer a Woolworth's —dijo Nora.

—¿Al autoservicio?

—Sí, para que no tengamos que esperar.

—¿Puedo tomar zumo de naranja con la comida en vez de leche? —le preguntó Conor.

—Sí. Puedes tomar lo que te apetezca.

Se apearon en Amiens Street y atravesaron la estación, húmeda y ruinoso. Caminaron lentamente por Talbot Street, deteniéndose a mirar los

escaparates. Nora se obligó a relajarse, no tenían nada que hacer, podían perder el tiempo donde quisieran. Les dio diez chelines a cada uno para que se los gastaran, pero al instante pensó que había cometido un error: era demasiado. Los chicos contemplaron el dinero y la miraron con recelo.

—¿Tenemos que co-comprar algo? —preguntó Donal.

—A lo mejor compramos libros —respondió ella.

—¿Podemos comprar tebeos o una colección de historietas? —preguntó Conor.

—Es demasiado pronto. Las colecciones salen por Navidad.

Cuando se aproximaban a O'Connell Street,

quisieron ver el lugar donde antes estaba la columna de Nelson.

—Yo la recuerdo —afirmó Conor.

—Es im-imposible. Eras muy pe-pequeño —le dijo Donal.

—Sí me acuerdo. Era alta y Nelson estaba arriba del todo y lo hicieron volar en mil pedazos.

Cruzaron O'Connell Street, alertas a los diversos carriles de circulación, con la cautela de esperar a que los semáforos se pusieran en verde. Cuando enfilaron Henry Street, Nora era consciente de que debían de parecer campesinos. Los chicos lograban asimilarlo todo y, al mismo tiempo, mantenerlo todo a distancia. Observaban ese mundo de desconocidos y de edificios extraños con el rabillo del ojo.

Conor estaba impaciente por entrar en una

tienda, la que fuera, a comprar algo.

—¿Te gustaría ir a mirar zapatos? —le preguntó ella, suponiendo que, cuando contestara que no, se sentiría complacido de ser él quien decidiera adónde debían ir.

—¿Zapatos? —Arrugó la cara en una expresión de repugnancia—. ¿Para eso hemos venido a Dublín?

—Entonces, ¿adónde quieres ir? —le preguntó ella.

—Quiero subir y bajar por una escalera mecánica.

—¿Tú también quieres? —le preguntó ella a Donal.

—Qué remedio —respondió enfurruñado.

En Arnott's, en Henry Street, Conor quiso que Nora y Donal le vieran subir en la escalera

mecánica, esperaran y le vieran bajar. Insistió en que no le acompañaran ni se movieran. Les obligó a prometerlo. Donal se aburría.

La primera vez, Conor no dejó de volver la cabeza para mirarlos, y ellos aguardaron cuando desapareció al llegar arriba y reapareció en la escalera que bajaba. Sonreía de oreja a oreja. La segunda vez, se envalentonó y subió algunos peldaños de dos en dos, sin dejar de agarrarse al pasamanos. La siguiente vez quiso que Donal lo acompañara, pero insistió en que Nora esperara abajo. Ella le dijo que sería la última; que a lo mejor regresaban por la tarde, pero que subir y bajar tres veces la escalera mecánica era más que suficiente.

Cuando bajaron, observó que Donal se había

animado. Le comentaron que habían visto un ascensor y que querían subir y bajar en él.

—Solo otra más y se acabó —les dijo ella.

Se alejó y empezó a mirar paraguas. Se fijó en los plegables, tan pequeños que cabían en un bolso; no los había visto hasta entonces. Decidió comprarse uno por si llovía. Mientras aguardaba a la cajera, estaba atenta por si aparecían los chicos, pero no los veía. Después de pagar regresó al punto de reunión y luego se dirigió a donde estaba el ascensor, cerca de una puerta lateral.

No los encontró allí. Esperó entre ambos sitios, pendiente en todo momento de si los veía. Pensó en subir al ascensor, si bien comprendió que eso complicaría aún más las cosas. Si se quedaba donde estaba, pensó, por fuerza tendría que verlos.

Cuando la encontraron, hicieron como si no

pasara nada, solo que el ascensor se había parado en cada planta. Les dijo que había temido que se hubieran perdido y los chicos intercambiaron una mirada, como si en el ascensor les hubiese ocurrido algo que no desearan que supiese.

A las tres ya habían visto cuanto querían ver de Dublín. Habían ido a Moore Street y habían comprado una bolsa de melocotones, habían comido en el autoservicio de Woolworth's y habían pasado por Eason's, donde compraron tebeos y libros. Los chicos estaban cansados mientras esperaban a Fiona sentados en Bewley's. Nora creía que lo único que mantenía despierto a Conor era la idea de que podía coger tantos bollos como quisiera de la bandeja de dos pisos.

—Hay que pagarlos —le dijo.

—¿Cómo saben cuántos ha cogido cada uno?

—La mayoría de la gente es honrada —
respondió ella.

Al llegar Fiona, los chicos volvieron a mostrarse alegres y nerviosos y quisieron hablar a la vez. A Nora le pareció que Fiona, que se sentó frente a ella, estaba delgada y pálida.

—¿Quieres oír el acento du-dublinés? —le preguntó Donal a su hermana.

—Hemos ido a Moore Street —comentó Nora.

—Llévese los melocotones maduros —dijo Donal con voz cantarina, sin tartamudear ni una vez.

—Mira mi libro —añadió Conor, imitando también el acento de Dublín.

—Muy gracioso —dijo Fiona—. Siento haberme retrasado, pero pasan dos o tres

autobuses seguidos y luego hay que esperar una eternidad a que llegue el siguiente.

—Quiero ir en la parte de arriba de un autobús de dos pisos —dijo Conor.

—Conor, deja hablar a Fiona un momento y luego ya podrás hablar tú —le dijo Nora.

—¿Lo estáis pasando bien? —preguntó Fiona.

Su sonrisa era tímida, pero empleaba un tono adulto que reflejaba seguridad. Había cambiado en esos pocos meses.

—Sí, pero ahora estamos rendidos y es una delicia estar aquí sentados.

Ninguno de los cuatro parecía saber qué decir a continuación. Nora se dio cuenta de que su respuesta a la pregunta había sido demasiado formal, como si estuviera hablando con una desconocida. Fiona pidió café.

—¿Habéis comprado algo? —preguntó.

—La verdad es que no hemos tenido tiempo — contestó Nora—. Yo me he comprado un libro, nada más.

Se había fijado en el brío y la eficiencia con que Fiona pedía el café, y en cómo echaba un vistazo a la cafetería, con una mirada penetrante, casi crítica. Sin embargo, cuando se dirigía a sus hermanos volvía a ser casi una niña.

—¿Sabes algo de Aine? —le preguntó.

—Me ha escrito cuatro líneas. Creo que le preocupa que las monjas lean las cartas, y con razón: las leen. De modo que apenas cuenta nada; solo que le gusta la profesora de irlandés y que le han puesto una buena nota en una redacción de francés.

—Quizá vayamos a verla dentro de una semana.

—Eso decía ella.

—Vamos a vender la casa —anunció de repente
Conor en voz muy alta.

—¿Y vais a vivir en la calle? —preguntó Fiona
entre risas.

—No, alquilaremos una caravana en Curracloe
—respondió él.

Fiona miró a Nora.

—Estoy pensando en vender la casa de Cush.

—Me preguntaba qué sería de ella —repuso
Fiona.

—Lo he decidido hace poco.

—Entonces, ¿vas a venderla?

—Sí.

A Nora le sorprendió ver que Fiona, pese a que intentaba sonreír, tenía lágrimas en los ojos. No había llorado en el funeral de Maurice, había

permanecido en silencio, sin separarse de su hermana y sus tías, pero Nora intuía lo que sentía tanto más cuanto que no hacía nada por manifestarlo. No sabía qué debía decirle ahora.

Tomó un sorbo de café. Los chicos no se movieron ni despegaron los labios.

—¿Lo sabe Aine? —preguntó Fiona.

—No he tenido el valor de decírselo por carta. Se lo diré cuando la veamos.

—¿Y la decisión es definitiva?

Nora no contestó.

—Esperaba ir allí este verano —añadió Fiona.

—Creía que en verano pensabas ir a Inglaterra.

—Y así es, iré a últimos de junio, pero acabo a finales de mayo. Había pensado en pasar el mes de junio en Cush.

—Lo siento —dijo Nora.

—Él adoraba la casa, ¿no?

—¿Tu padre?

Fiona bajó la cabeza.

Nora se llevó consigo a Conor cuando fue a buscar el lavabo. Al volver pidió otro café.

—¿A quién se la vas a vender? —preguntó Fiona.

—A Jack Lacey, el hijo de May Lacey, el que vive en Inglaterra.

—May Lacey vino a casa —intervino Conor.

Donal le dio un codazo y se llevó un dedo a los labios.

—El dinero nos vendrá muy bien en estos momentos —dijo Nora.

—Dentro de dos años ya estaré cobrando un sueldo —afirmó Fiona.

—Necesitamos el dinero ahora —repuso Nora.

—¿No vas a cobrar una pensión? —le pregunto
Fiona—. ¿No te la han concedido?

Nora pensó que tal vez no debería haber dicho que necesitaba el dinero.

—Así no tendremos que vender el coche —dijo, y trató de indicarle que quizá no deberían seguir hablando de dinero, para no inquietar a los chicos.

—Hemos pasado unos veranos deliciosos allí —señaló Fiona.

—Ya lo sé.

—Es triste pensar en perderla.

—Iremos de vacaciones a otros sitios.

—Pensaba que tendríamos siempre esa casa —dijo Fiona.

Permanecieron unos instantes en silencio. Nora quería irse, volver a llevar a los chicos a Henry Street.

—¿Cuándo vas a venderla? —prosiguió Fiona.

—En cuanto el contrato esté listo.

—Aine se llevará un disgusto.

Nora se abstuvo de decir que ella no soportaría volver allí. No habría sido capaz de decirlo delante de los chicos; habría parecido demasiado sentimental, habría revelado demasiado.

Se levantó para irse.

—¿Cómo se paga aquí? No me acuerdo.

—Hay que pedirle a la camarera que rellene un tíquet de consumición —le explicó Fiona.

—Y hay que decirle cuántos bollos nos hemos comido —añadió Donal.

Cuando salieron a Westmoreland Street, Nora quiso decirle algo más a Fiona pero no se le ocurrió qué. Esta parecía alicaída al detenerse en la calle. Por un momento Nora se sintió irritada

con ella. Fiona estaba comenzado su vida, podía vivir donde quisiera, hacer lo que se le antojara. No tenía que tomar un tren para regresar a una ciudad donde todo el mundo la conocía y donde todos sus años venideros ya estaban trazados.

—Vamos a dar un paseo hasta Henry Street cruzando el puente Ha'penny —dijo Nora.

—No vayáis a perder el tren —les advirtió Fiona.

—¿Cómo vas a volver a la universidad? —le preguntó Nora.

—Pensaba ir primero a Grafton Street.

—¿No nos acompañarás a la estación?

—No, me voy. Tengo que comprar algo antes de regresar y tardaré algún tiempo en volver a venir al centro de la ciudad.

Mientras se miraban la una a la otra, Nora

percibió la hostilidad de Fiona y se obligó a recordar lo disgustada que debía de estar, lo sola que debía de sentirse. Sonrió al decir que tenían que marcharse y Fiona les sonrió a su vez a ella y a los chicos. Sin embargo, en cuanto echó a andar se sintió desamparada y lamentó no haberle dirigido a Fiona alguna palabra amable, especial o reconfortante antes de despedirse; quizá algo tan sencillo como preguntarle cuándo iría a visitarles o recalcar que esperaban volver a verla pronto. Deseó tener teléfono en casa, pues de ese modo habría podido hablar con ella más a menudo. Pensó que quizá a la mañana siguiente le escribiría una nota para agradecerle que se hubiera reunido con ellos.

En Talbot Street, camino de la estación, Conor se gastó en una caja de Lego el dinero que le

quedaba, pero le costó decidir de qué color quería los bloques de construcción. Aunque estaba cansada, Nora le escuchó, le prestó atención y le ofreció sugerencias mientras Donal se mantenía apartado. Sonrió a la dependienta cuando, al ir a pagar, el muchacho cambió de opinión y fue a dejar la caja de Lego para coger otra.

Había oscurecido y empezaba a hacer frío. Se sentaron en las sillas de plástico rotas de la pequeña cafetería de la estación. Al meter la mano en la bolsa de la compra para coger el monedero, Nora notó que los melocotones, que horas antes ofrecían un aspecto fresco y firme, estaban pasados. La bolsa de papel se había rajado. Los tiró en una papelería, pues sabía que no merecía la pena llevarlos más tiempo consigo, que en el tren únicamente se pudrirían más.

Los chicos no habían pensado que en el viaje de vuelta ya habría anochecido, y cuando el tren inició el trayecto hacia el sur la ventanilla estaba empañada de vaho. Abrieron la caja de Lego y Conor jugó mientras Donal leía. Al cabo de un rato se trasladó al lado de la mesa donde estaba su madre y se durmió recostado en ella. Nora, que observaba a Donal, sentado enfrente, advirtió lo extrañamente adulto que parecía al pasar una página del libro.

—Ma-mañana iremos a la escuela, ¿no? —le preguntó él.

—Pues sí, creo que deberíais ir.

Donal asintió y volvió la vista hacia el libro.

—¿Cuándo ve-vendrá a casa Fi-Fiona? — preguntó.

Nora sabía que su escaramuza con Fiona en la cafetería le rondaba calladamente el pensamiento. Se preguntó si podría decir algo para impedir que siguiera inquietándose por eso, dándole vueltas.

—A Fiona le encantará la caravana, ya lo verás —dijo.

—Pues no ha da-dado esa im-impresión —repuso él.

—Donal, tenemos que empezar una nueva vida.

Él rumió esa afirmación durante un momento, como si estuviera haciendo deberes y tuviese ante sí un ejercicio complicado. Luego se encogió de hombros y siguió leyendo.

Nora apartó con delicadeza a Conor para quitarse el abrigo, pues hacía demasiado calor en el tren. El chico se despertó un segundo, pero ni siquiera abrió los ojos. Ella anotó mentalmente

que debía informarse sobre las caravanas que se alquilaban en Curracloe.

En el pensamiento volvía a estar en la casa de Cush, e intentó imaginar a los chicos en un día estival, cogiendo la ropa y las toallas del tendedero para bajar a la playa, y a Maurice y a sí misma regresando por los senderos al atardecer entre nubes de mosquitos a los que intentaban ahuyentar, y entrando en casa con el bullicio de los chicos que jugaban a las cartas. Todo eso se había acabado y no retornaría. La casa estaba vacía. Imaginó las pequeñas habitaciones a oscuras, lo deprimentes que serían. Inhóspitas. Imaginó el ruido de la lluvia sobre el tejado galvanizado, los golpeteos de las puertas y ventanas con el viento, las armazones desnudas de las camas, los insectos

al acecho en las grietas oscuras y el mar implacable.

Mientras el tren avanzaba hacia Enniscorthy, le pareció que la casa de Cush se hallaba más deshabitada que nunca.

Al despertarse, Conor miró a su alrededor y le sonrió soñoliento. Se estiró y se recostó sobre ella.

—¿Ya llegamos? —preguntó.

—Falta poco —respondió Nora.

—Cuando vayamos a Curracloe, ¿dejaremos la caravana cerca del Winning Post o en el camping que hay en lo alto de la colina?

—Ah, cerca del Winning Post —contestó ella.

Sabía que había respondido con excesiva rapidez. Donal y Conor meditaron seriamente lo

que había dicho. Luego Conor miró a Donal para ver su reacción.

—¿Es definitivo? —preguntó Donal.

Mientras el tren aminoraba la marcha, Nora consiguió reír por primera vez en todo el día.

—¿Definitivo? Claro que sí.

Al detenerse el tren entre sacudidas, se apresuraron a recoger sus cosas. Camino de la puerta, se toparon con el revisor.

—Pregúntale lo de los la-lavabos —murmuró Donal dándole un codazo.

—Le diré que eres tú quien quiere saberlo —repuso Nora.

—¿A este monicaco le gustaría venir a Rosslare con nosotros? —preguntó el hombre.

—Ah, no, mañana tiene que ir a la escuela —dijo Nora.

—No soy un monicaco —replicó Conor.

El revisor se echó a reír.

Al salir de Railway Square se acordó de algo, y cuando se dio cuenta ya les estaba contando a los chicos lo que le había venido a la memoria.

—Ocurrió al poco de casarnos, debió de ser durante las vacaciones de verano. Una mañana fuimos en el coche a la estación y al llegar nos enteramos de que habíamos perdido el tren por apenas unos minutos. Se había ido y nos llevamos un buen chasco. Pero el encargado que había aquella mañana no era el jefe de estación habitual, era un chico joven al que vuestro padre había dado clase en la escuela, y nos dijo que volviéramos a subir al coche y fuéramos a Ferns, que él se ocuparía de que el tren nos esperara allí. Solo

tuvimos que recorrer unas seis o siete millas, y así conseguimos coger el tren aquella mañana e ir a Dublín.

—¿Qui-quién co-conducía, tú o él? —preguntó Donal.

—Conducía papá.

—Seguro que condujo muy muy rápido —apuntó Conor.

—¿Co-conducía mejor que tú? —preguntó Donal.

Ella sonrió al responderle:

—Conducía muy bien. ¿Es que no te acuerdas?

—Me a-acuerdo de que una vez a-atropelló una rata —dijo Donal.

Las calles de la ciudad estaban desiertas y no circulaban más vehículos que el suyo. Los chicos parecían ahora alertas, dispuestos a hablar más, a

formular más preguntas. Cuando llegaran a casa, pensó Nora, encendería la lumbre y ellos acabarían enseguida rendidos después del largo día.

—¿Por qué no fu-fuisteis en co-coche a Du-Dublín y pasasteis del tren?

—No lo sé, Donal. Tendré que pensarlo.

—¿No podemos ir algún día en coche a Dublín?

—preguntó Conor—. Así pararíamos donde quisiéramos.

—Claro que podemos —respondió ella aparcando ya delante de la casa.

—Me gustaría —dijo él.

Al cabo de poco había encendido la lumbre y los chicos estaban en pijama y preparados para acostarse. Se habían calmado y sabía que se

dormirían en cuanto apagarán la luz de la habitación. Se preguntó si habría acudido alguna visita aquella noche y se imaginó a alguien acercándose a la casa en la oscuridad, llamando con los nudillos a la puerta, sin obtener respuesta, y aguardando unos instantes antes de alejarse.

Se preparó una taza de té y se sentó en el sillón junto a la lumbre. Encendió la radio, pero daban resultados deportivos y la apagó. Al subir a la habitación de los chicos vio que dormían profundamente y se quedó contemplándolos antes de cerrar la puerta y dejarlos a merced de la noche. De nuevo en la planta baja, pensó que tal vez hubiera algo interesante en la televisión. La encendió y esperó a que apareciera la imagen. ¿Cómo ocuparía esas horas? En esos momentos habría dado cualquier cosa por estar otra vez en el

tren, por caminar de nuevo por las calles de Dublín. Cuando la televisión se puso en marcha, emitían una comedia estadounidense. La vio durante un ratito, pero las risas enlatadas la irritaron y la apagó. Ahora reinaba el silencio en la casa.

Pensó en el libro que había comprado en Dublín. No recordaba qué le había llevado a comprarlo. Fue a la cocina y lo sacó del bolso. Apenas abrió el libro, volvió a soltarlo. Cerró los ojos. Confiaba en que en el futuro la visitaría menos gente. En el futuro, cuando los chicos se acostaran, quizá tuviera la casa para sí sola más a menudo. Aprendería a qué dedicar esas horas. En la paz de esas noches invernales, decidiría cómo iba a vivir.

Su tía Josie fue a visitarlos sin avisar un sábado de finales de enero. Nora tenía encendida la lumbre de la habitación del fondo, donde los chicos estaban absortos en un programa de televisión mientras ella fregaba los platos en la cocina. Al oír que llamaban a la puerta pensó que debería quitarse el delantal y echarse una ojeada en el espejo, pero se limitó a secarse despreocupadamente las manos en el delantal y recorrió presurosa el corto recibidor hacia la

puerta. Al mirar a través del vidrio esmerilado casi adivinó que se trataba de Josie; era como si hubiera algo en la presencia expectante de su tía en el escalón superior, algo penetrante, imponente, impaciente, que se dejaba sentir incluso a través de la madera y el cristal.

—He venido a la ciudad, Nora —dijo Josie en cuanto abrió la puerta—. Y John me ha traído. Ahora mismo tiene asuntos que atender, pero pasará a recogerme más tarde. Quería ver cómo estáis.

Nora vio que John, el hijo de Josie, se alejaba de la casa dando marcha atrás.

—¿Están los chicos?

—Están viendo la televisión, Josie.

—¿Están bien?

Nora se dio cuenta de que no podía llevar a su

tía a la sala de estar y encender la estufa eléctrica. Hacía demasiado frío en ese cuarto. Pero sabía asimismo que si Josie iba a la habitación del fondo se empeñaría en hablar, no sabía estar callada, y los chicos tendrían que apagar el televisor o acercarse más a él para intentar oírlo. No recordaba qué programa estaban viendo ni cuándo terminaría. Últimamente rara vez estaban los dos juntos así; deseó haber valorado la quietud de la casa y la paz, la satisfacción, reinantes antes de que Josie llamara a la puerta.

—Vaya, tenéis para vosotros la habitación grande y caliente, eso hay que reconocerlo —dijo Josie.

Los chicos se levantaron recelosos cuando los saludó.

—Ah, cada vez que los veo están más altos; ah,

míralos, son unos hombrecitos. Donal es tan alto como yo.

Nora advirtió que Donal y Conor la miraban y a punto estuvo de pedirle a Josie que no hablara demasiado hasta que terminara el programa que estaban viendo.

—¿Y las chicas? —preguntó Josie—. ¿Cómo están?

—Ah, muy bien —respondió Nora en voz baja.

—¿No ha venido Fiona a pasar el fin de semana?

—No, ha decidido quedarse en Dublín.

—¿Y Aine?

—Se está adaptando bien, Josie.

—Bunclody es un colegio excelente. Me alegro de que esté allí.

Nora echó unos cuantos tacos de madera a la

lumbre.

—Te he traído unos libros —añadió Josie dejando en el suelo la bolsa que llevaba en la mano—. No sé qué te parecerán, hay algunas novelas y el resto son de teología, por así decirlo, aunque no son aburridos en absoluto. El de arriba es de Thomas Merton, ya te lo mencioné poco después del funeral, y hay otro de Teilhard de Chardin. Le hablé de él a Maurice en el hospital. Bueno, a ver qué te parecen.

Nora echó una ojeada a Donal y Conor. Tenían la vista clavada en el televisor. Casi estuvo a punto de decirles que subieran el volumen.

—Es estupendo que todos estéis bien —prosiguió Josie—. Seguro que Aine estudia mucho. La cosa está difícil ahora, hay mucha competencia.

Nora asintió educadamente.

—El programa acabará enseguida —comentó—. Los chicos apenas ven la televisión, pero les gusta ese programa.

Donal y Conor no apartaban los ojos del televisor.

—Pues cuando se quedaron conmigo los dos leían mucho. Poníamos la televisión para ver las noticias. Nada de esos execrables programas americanos —afirmó Josie—. No hay forma de entender lo que dicen en esos programas americanos.

Al volverse Donal para comentar algo, Nora advirtió que el tartamudeo parecía más pronunciado. El muchacho no era capaz de articular la primera palabra; nunca lo había visto realizar semejante esfuerzo en vano, tartamudear aun antes de hablar. Observó que el hermano

menor alargaba un brazo hacia él como si quisiera ofrecerle ayuda. Intentó adivinar lo que Donal quería decir y por un momento tuvo ganas de hablar en su nombre, de detener aquel sonido entrecortado, trabado, que el chico hacía, con el entrecejo fruncido por el esfuerzo. En cambio, apartó la vista con la esperanza de que se tranquilizara y lograra pronunciar lo que quiera que fuera. Al final, sin embargo, cuando quedó claro que no lo conseguiría, Donal desistió del empeño y, a punto de llorar, volvió la espalda para ver la televisión.

Nora se sorprendió preguntándose si había algún lugar al que pudiera ir, si había una ciudad, o una zona de Dublín, con una vivienda como la suya, una humilde casa adosada en una calle arbolada, donde nadie los visitara y pudiesen estar

solos los tres. Y acto seguido se percató de que su mente ya avanzaba hacia el siguiente pensamiento: que la posibilidad de que existiera tal sitio, tal casa, implicaba la idea de que lo que había ocurrido podía borrarse; de que la carga que pesaba sobre ella podía desaparecer; de que el pasado podía restablecerse y abrirse paso sin esfuerzo hacia un presente sin dolor.

—¿No estás de acuerdo, Nora? —decía Josie mirándola fijamente.

—Santo cielo, no lo sé, Josie —respondió poniéndose en pie. Se preguntó si habían cambiado de tema de conversación y decidió que lo mejor era ofrecerle a su tía té y un sándwich o tarta.

—No te tomes demasiadas molestias, con una taza me basta —dijo Josie.

En la cocina Nora casi sonrió de alivio para sus

adentros. Sabía que los chicos no despegarían la vista del televisor a menos que Josie se dirigiera directa y expresamente a ellos, y por el silencio que oía en la habitación dedujo que Josie todavía reflexionaba sobre qué podía preguntarles para atraer toda su atención. Puso agua a hervir y aguzó el oído mientras preparaba una bandeja con tazas y platillos, pero solo captó las voces apagadas del televisor. De momento, pensó, los chicos iban ganando.

Cuando el programa terminó, los muchachos se levantaron para salir de la habitación. Nora nunca los había visto tan extraños, no solo cohibidos, sino también desmañados, casi maleducados. Donal tenía todavía la cara colorada; no se atrevía a mirarla.

Josie empezó a contar lo que pensaba hacer en

el jardín, que iba a plantar un huerto detrás del granero, y luego habló de sus vecinos. Una vez que los chicos hubieron salido de la habitación y el televisor estuvo apagado, Josie le preguntó por la Navidad.

—En fin, es estupendo que la Navidad se haya acabado —declaró Josie—. Siempre digo lo mismo durante todo el mes de enero. Y ya se va notando que los días se alargan.

—Nosotros tuvimos una Navidad tranquila —comentó Nora—. Y también yo me alegré de que acabara.

—Pero sería agradable tener a las chicas en casa.

—Sí, fue agradable. Aunque cada uno estuvo absorto en sus pensamientos y a veces costaba saber qué decir. Todos hicimos lo que pudimos.

Inmediatamente después de admirar la rebeca que Nora llevaba puesta, Josie empezó a hablar de ropa y de moda, un tema, pensó Nora, que por lo general no le interesaba.

—Pues bien, en Wexford hay una tienda que se llama Fitzgerald's, la vi al pasar, y mi problema era que tenía dos horas por delante hasta que John terminara lo que estuviera haciendo. De modo que entré y había una dependienta muy simpática y bien dispuesta a ayudar. Empecé a probarme trajes y ella sacó toda clase de complementos. ¡Tendrías que haber visto qué precios! Oh, me vistió de arriba abajo diez veces y fue a buscar otras prendas que podían sentarme mejor. Yo solo quería matar el tiempo. Y así pasé una hora entretenida. Ella no paraba de decir que si este color y aquel tono, que si este corte y aquel estilo

nuevo, y qué me sentaba bien y qué no. Luego, cuando volví a ponerme mi ropa y ya estaba a punto de salir, va y me suelta a gritos que yo solo pretendía hacerle perder el tiempo. Y me siguió hasta la puerta y me dijo que no se me ocurriera volver a entrar en su tienda.

A Nora casi le dolía el costado de tanto reír. Josie permanecía seria, con solo un destello en los ojos.

—Conque no iré a Fitzgerald's a comprarme la ropa de primavera —dijo apenada meneando la cabeza—. ¡Qué cara más dura la de esa mujer! Una estafadora de primera.

Hurgó en el bolso y sacó un sobre grande.

—Verás, Nora, he estado limpiando un poco esa casa vieja, algo que casi nunca hago, o que empiezo y luego dejo, de modo que el lugar queda

tan mal que creo que acabaré divorciada de mi difunto marido por desordenada. Una viuda divorciada. El caso es que encontré esto. Supongo que las tengo desde siempre, y quería enseñártelas.

Dentro del sobre había una vieja carpeta color sepia con fotografías en blanco y negro metidas en una solapa y los negativos en la otra; el lomo entre las dos solapas estaba muy desgarrado. Cuando Nora sacó las fotografías, reconoció enseguida a su padre y a continuación vio que la criatura que tenía sentada en el regazo era ella misma; en la siguiente fotografía, sus padres estaban de pie juntos y posaban con orgullo, debían de ser veinteañeros, pensó; llevaban ropa buena. En las demás aparecía o bien el padre o bien la madre, y en alguna salía también ella, cuando era un bebé.

—No sabía que existieran —dijo—. No las

había visto nunca.

—Creo que las saqué yo misma —repuso Josie—, pero no estoy segura. Sé que tenía una cámara, nadie más tenía una entonces, y supongo que las llevé a revelar y luego me olvidé de ellas.

—Era muy apuesto, ¿verdad?

—¿Tu padre?

—Sí.

—Oh, sí que lo era. Recuerdo que le decíamos a tu madre que si no se casaba con él otra lo haría, y que no tardaría mucho.

—¿Crees que mis padres tampoco vieron nunca estas fotografías?

—A menos que estas sean copias —respondió Josie—. No lo sé. Es extraño que no lo recuerde. Quizá las tomara otra persona, pero entonces no entiendo por qué las tenía yo.

—Es curioso lo poco que sabían entonces — dijo Nora—. Lo poco que entonces sabía cualquiera de nosotros. Acerca de todo. Yo estaba con él cuando murió.

—Estabais todas con él.

—No, solo estaba yo. Tenía catorce años.

—Tu madre decía siempre que estabais todas alrededor de la cama cuando murió. Es lo que siempre dijo, Nora.

—Ya sé que lo decía, pero se lo inventó. No era cierto. Lo decía incluso delante de mí. Pero yo estaba sola con él y esperé dos o tres minutos antes de correr escaleras abajo. Esperé dos o tres minutos, para ahorrárselo a ellas, o para ahorrármelo yo. Cuando murió, me quedé sentada a su lado en silencio. Luego se lo dije a mi madre y ella salió a la calle corriendo, no entendí por qué

lo hizo, y acudió casi toda la ciudad mientras él todavía estaba caliente en la cama.

—Debieron de rezar el rosario o algo así.

—Ah, el rosario. Espero no oírlo nunca más.

—¡Nora!

—Es cierto. Sabe Dios que es cierto. No sé por qué no voy a decirlo.

—A veces los rezos de siempre confortan.

—Pues a mí no me confortan, Josie. Al menos el rosario.

Josie cogió las fotografías y empezó a mirarlas.

—Siempre fuiste la predilecta de tu padre, incluso después de que nacieran las otras.

Le tendió la fotografía en la que Nora aparecía sobre el regazo de su madre. Nora observó que su madre posaba muy tiesa para la cámara, como si la criatura que tenía en el regazo no fuera suya.

—Me parece que no sabía qué hacer contigo — comentó Josie—. Supiste lo que querías desde el primer día.

—Las otras dos lo tuvieron más fácil —afirmó Nora.

Josie se echó a reír.

—¿Te acuerdas de lo que dijo de ti? Fue culpa mía por preguntarle a cuál de sus dos yernos quería más, y ella dijo que, cuanto más lo pensaba, más le parecía que quería a sus dos yernos y a sus otras dos hijas más que a Nora. Y yo ni siquiera le había preguntado por ti. No sé qué le habrías hecho por aquella época.

—Yo tampoco. Pero seguro que algo había hecho. O quizá no. A lo mejor no había hecho nada.

Josie se rió otra vez.

—Te pusiste hecha una fiera conmigo cuando te lo conté.

—Supongo que a mí también me pareció raro. Pero puede que me lo pareciera cuando lo pensé después.

—En fin, el caso es que he encontrado estas fotografías y estoy segura de que Pat Crane podrá sacar copias de los negativos para las otras, si las quieren.

—Naturalmente les molestará no salir en ellas.

—Creo que agradecerán tener una fotografía de vuestra madre cuando era una jovencita. Dudo que le sacaran muchas en aquella época. A ellas les hará ilusión ver cómo era de joven.

Nora captó lo que implicaba el comentario y la insinuación de que a ella no se la hacía. Miró a Josie y sonrió.

—Sí, desde luego.

Los chicos entraron en la habitación a dar las buenas noches mucho antes de que Josie se marchara. Más tarde Nora subió a echar un vistazo; estaban dormidos. Tras cerrar las puertas y apagar todas las luces de la planta baja, fue a su dormitorio y se preparó para la noche. Estuvo leyendo en la cama el principio del libro de Thomas Merton que su tía le había llevado. Al darse cuenta de que no se concentraba, apagó la luz y pasó un rato despierta en la oscuridad antes de dormirse poco a poco.

Cuando se despertó no sabía qué hora era, aunque supuso que debía de ser bien entrada la noche. Uno de los chicos había chillado. Era un alarido tan fuerte y desgarrador que creyó que

alguien habría entrado en la casa; se preguntó si debía abrir la ventana del dormitorio y llamar a gritos a los vecinos para ver si lograba despertar a alguno y pedirle que avisara a la policía.

Al oír otro chillido, adivinó que era Donal. El hecho de que Conor no hubiera gritado a su vez la asustó más y la llevó a preguntarse de nuevo si debería pedir socorro en lugar de ir derecha a la habitación de los chicos. Apenas abrió la puerta del dormitorio y salió al descansillo, oyó a Donal pronunciar a voces algunas palabras y luego chillar otra vez. Tenía una pesadilla. Nora abrió la puerta de la habitación de los chicos y encendió la luz. Donal se incorporó en la cama al verla y comenzó a chillar más fuerte, casi como si fuera su madre quien le daba miedo. Cuando ella se acercó,

el muchacho se echó hacia atrás y extendió las manos como si quisiera apartarla.

—Donal, es un sueño, nada más que un sueño.

Ahora el chico lloraba en lugar de chillar y se clavaba las uñas en los brazos, angustiado.

—Cariño, es solo un sueño. Todos tenemos pesadillas.

Se volvió a mirar a Conor. Este la observaba tranquilo.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

Conor asintió.

—Podríamos ir abajo y darle un vaso de leche. ¿Quieres un vaso de leche, Donal?

El muchacho se mecía hacia delante y hacia atrás, sollozando, y no respondió.

—No pasa nada —le dijo Nora—. De veras, no pasa nada.

—Sí que pasa —susurró Conor.

—¿Qué tiene? —le preguntó ella.

Conor no contestó.

—Conor, ¿sabes qué le pasa?

—Se queja en sueños todas las noches.

—Pero no grita como ahora.

Conor se encogió de hombros.

—Donal, ¿qué estabas soñando?

Donal seguía meciéndose, pero ahora en silencio.

—¿Me lo contarás si te traigo un vaso de leche?

¿Quieres una galleta?

Él negó con la cabeza.

Bajó a buscar dos vasos de leche. En la cocina vio que eran las cuatro menos cuarto. Cuando subió a la habitación, advirtió que los chicos se

estaban mirando pero que desviaban la vista al entrar ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Ha sido solo una pesadilla?

Donal asintió en silencio.

—¿Te acuerdas de qué soñabas?

Donal empezó a llorar otra vez.

—¿Quieres que deje encendida la luz? Y puedo dejar la puerta abierta. ¿Te parece bien?

Él asintió.

—¿Qué decía cuando gritaba? —preguntó Nora a Conor.

Advirtió que el chico meditaba qué debía responder.

—No lo sé —contestó.

—¿Ha sido la visita de Josie? —preguntó Nora

a Donal—. ¿Es eso lo que te ha disgustado? ¿No te cae bien Josie?

Miró sucesivamente a uno y a otro.

—¿No te cae bien? —repitió.

Ninguno de los dos respondió. Conor parecía a punto de acurrucarse bajo las mantas. No había probado la leche. Donal se la bebió despacio rehuendo la mirada de su madre.

—¿Hablaemos de esto por la mañana?

Donal asintió.

—Iremos a misa de once y así podemos dormir hasta tarde —añadió.

Una vez más, observó que se miraban el uno al otro.

—¿Es que pasa algo? —preguntó.

Donal clavó la vista detrás de ella como si en el descansillo hubiera algo que le llamara la

atención. Nora volvió la cabeza para mirar pero no vio nada.

—Y también dejaré abierta la puerta de mi habitación. ¿Te parece mejor?

Donal asintió de nuevo.

—¿Crees que podrás volver a dormirte?

Donal se acabó la leche y dejó el vaso en el suelo.

—Y si empiezas a tener malos sueños, llámame.

Él intentó sonreír en señal de conformidad.

—¿Y si apago la luz de la habitación y dejo la puerta abierta y la luz del descansillo encendida?

—De acuerdo —murmuró él.

—Las pesadillas no vuelven una vez que uno se despierta —le dijo Nora saliendo despacio del dormitorio—. Ya verás como ahora estarás bien.

Por la mañana, cuando les preparó el desayuno, quedó claro que Donal no iba a contarle el sueño, aun cuando lo recordara, y decidió no sacarlo a colación a menos que él o Conor lo mencionaran, no darle más vueltas a lo sucedido por la noche, no fuera a ser que aumentara la angustia de Donal. Iría a ver al doctor Cudigan para preguntarle si podía remediarse el tartamudeo, pero no llevaría a Donal consigo. Consideraba que prestar atención al problema solo contribuiría a empeorarlo. Tal vez desapareciera por sí solo. En la escuela no le habían dicho nada al respecto, y se preguntaba si a Donal solo le ocurriría en casa. La idea de que lo acompañara toda la vida, o cuando menos toda la adolescencia, la asustaba tanto que intentaba no pensarlo.

Mientras desayunaba con los chicos, y luego al

cruzar con ellos Back Road camino de la catedral, y durante toda la misa, le volvía la imagen de los dos levantando la vista cuando Josie había entrado en la habitación la noche anterior. La mirada de ambos, sobre todo la de Conor pero también la de Donal, reflejaba inquietud, casi terror. En su momento lo había atribuido al hecho de que no podrían ver el programa de televisión. Por otra parte, cuando Donal se había despertado de la pesadilla y ella nombró a Josie, los dos chicos guardaron silencio. Más tarde, si se presentaba la ocasión, pensó, volvería a mencionar a Josie a ver qué pasaba, aunque también le parecía que por el momento era mejor dejar las cosas como estaban, confiar en que Donal no tuviera más pesadillas y en que los chicos se adaptaran a la casa, y se hicieran poco a poco a la idea de que su padre

había muerto pero que la vida continuaba, y que las cosas cambiarían y algunas, quizá, para mejor.

Pese a que nadie nombró a Josie, la reacción provocada por esta flotó en el ambiente durante la semana, hasta el punto de que Nora empezó a preguntarse si su tía no habría acudido el sábado a tantear el terreno en algún sentido, para ver cómo reaccionaban los chicos, o para ver si le habían dicho algo acerca de ella. Repasó mentalmente la visita de Josie, que al llegar había sido incapaz de dejar de hablar, como si estuviera nerviosa por algún motivo. Y cuanto más lo pensaba, más extraño le parecía. Los chicos habían pasado dos meses con Josie, cuando Maurice se estaba muriendo, pero no la habían visto desde el funeral. Desde luego, al entrar en la habitación tendrían

que haberse mostrado más cordiales, y debería haber habido en la conversación más referencias a la temporada que habían pasado con ella, incluso bromas, o alguna mención a lo que hicieron. La actitud de Josie con los chicos había sido igual de distante que la de estos con ella, como si fuera una desconocida, o peor, pensó Nora.

Fiona llegó el viernes para pasar el fin de semana. Al día siguiente Nora les dijo a ella y a los chicos que se iba a Wexford a hacer unas compras y que estaría de vuelta a la hora del té. Fiona levantó la vista del libro que estaba leyendo pero no preguntó nada. Los chicos, pensó Nora, eran todavía demasiado pequeños para imaginar que su madre pudiera inventarse adónde iba.

Se dirigió en el coche hacia Bunclody y luego se alejó del río en dirección a la casa de Josie. Quizá

tuviera mala suerte, pensó, pues su tía bien podría haber salido o tener compañía, si bien le parecía que era mejor llegar así, sin avisar, e ir ese mismo día, antes de que tuviera tiempo de pensar demasiado en lo que podía haber sucedido durante los dos meses que los chicos se habían quedado con Josie antes de la muerte de Maurice.

Deliberadamente, no había planeado qué diría, ni siquiera cómo empezaría. Tan solo iba a casa de Josie con la idea de que sabría qué hacer en cuanto la viera. Su tía se había construido su propia vivienda al lado de la vieja granja cuando John se casó y ella dejó el trabajo de maestra para jubilarse. Se enorgullecía de su diseño, de que parecía formar parte de la casa originaria, con ventanas que tenían la misma forma y tejas de pizarra similares. Se había hecho una residencia

de verano: arriba tenía una sala de estar con vistas a las montañas y un dormitorio pequeño con un cuarto de baño al lado; abajo, otro dormitorio con un cuarto de baño contiguo y un salón muy acogedor con una chimenea y una pequeña cocina adyacente. Las puertas y los cuartos de baño, gustaba de decir a las visitas, estaban pensados para una silla de ruedas, aunque aún no había decidido en qué planta viviría cuando estuviera impedida. Y a continuación se reía de la idea de llegar a estar impedida. Dedicaba los días a la jardinería, a la lectura, a escuchar la radio y a hablar por teléfono.

Nora trató de recordar cómo habían llegado los chicos a pasar dos meses con Josie, si ella misma se lo había pedido o su tía se había ofrecido. Rememoró aquella época, pero ciertas imágenes

estaban tan cuajadas de detalles, ciertas horas tan cuajadas de momentos puros, inolvidables, que daba la impresión de que hubiera contemplado el resto del tiempo a través de un cristal cubierto de agua de lluvia. Entrar con Maurice en el vestíbulo del hospital sabiendo que tal vez él no saldría de allí con vida. El momento en que le había dicho que le gustaría ver una vez más el cielo y le había pedido que lo esperara en el vestíbulo, que le dejara hacerlo solo. Y luego ver cómo rompía a llorar al llegar a la puerta. Todo aquello era tan crudo y nuevo que otras cuestiones, como los preparativos para que los chicos se quedaran con Josie, ahora se le desdibujaban.

Sabía que tendría que recordar qué había ocurrido. No era que no hubiera estado presente y alerta cuando aquellos preparativos se llevaron a

cabo. Pero tenía la certeza de que, fueran cuales fuesen, le habían parecido naturales en aquel momento, una solución lógica. Agradecía a Josie que hubiera acogido a los chicos y la tranquilizaba que estos hubieran estado a salvo y lejos de Maurice cuando al final regresó a casa y empezó a deteriorarse en aspectos que sus dos hijos no debían presenciar.

No había muerto en casa, naturalmente. Al final, cuando los dolores fueron demasiado intensos y las facultades de Maurice mermaron y ella no pudo seguir cuidándolo, tuvo que trasladarlo a Brownswood, al antiguo hospital para tuberculosos de las afueras de la ciudad, que ahora recibía a todo tipo de pacientes. Sabía que, aunque estaba tendido en una camilla y tenía los ojos cerrados y llevaba varios días sin pronunciar una

frase inteligible, era consciente de que salía de casa por última vez. Ella le tenía cogida la mano pero, cada vez que él hacía ademán de aferrarle la suya, la mano se le agitaba de forma incontrolada como si fuera una garra. Al menos los chicos no habían estado allí para verlo.

Llegó a la casa de Josie por el largo sendero surcado de roderas, abriendo las dos puertas de hierro que encontró en el camino, procurando evitar los tramos de barro y estiércol, reparando en la desnudez de las cunetas y en las flores de un rojo vivo cuyo nombre ignoraba. El cielo comenzaba a oscurecerse, con nubes bajas suspendidas sobre los montes Blackstairs. De pie en el camino de grava, se dio cuenta de que estaba temblando. Se fijó en que el coche de John no estaba allí. No sabía si era mejor llamar primero a

la puerta de la vieja granja o dar la vuelta y llamar a la de la cocina de Josie, que constituía la única entrada a su parte de la casa. Como no percibió señales de vida en la granja, la rodeó, con los zapatos hundidos en la hierba. Debía de haber llovido hacía poco, más de lo que lo había hecho en la ciudad, pensó. Al mirar por una ventana vio un sillón con una mesa pequeña al lado donde unas gafas descansaban sobre un periódico abierto, y otra mesa con un jarrón de radiantes azucenas mezcladas con las flores rojas que había visto que crecían en las cunetas. Por otra ventana vio una cama de matrimonio sin hacer y, en el suelo, libros tirados sin orden ni concierto, como si se hubieran caído de la cama. Josie debía de estar disfrutando de la jubilación, pensó con una sonrisa.

Golpeó la puerta con los nudillos pero no

obtuvo respuesta. Lo que le llamó la atención fue la quietud, el silencio solo quebrado por los graznidos de los cuervos a lo lejos y luego por el débil ruido de un tractor que al principio pareció que se aproximaba aunque después dio la impresión de alejarse. Miró los alerces y los abedules que prácticamente ocultaban los cobertizos galvanizados del granero. Un camino cruzaba la hierba hasta lo que sabía que en el pasado había sido una huerta. Recordó que hacía años había habido una producción inesperada de peras y manzanas, que habían crecido en abundancia porque nadie se había ocupado de los árboles, nadie los había podado, al menos eso le había dicho Josie, y tras la enorme cosecha los árboles murieron, al menos algunos, y los otros no produjeron más frutos que manzanas silvestres que

nadie quería. Resultaba más fácil, o daba menos trabajo, le había dicho Josie, comprar manzanas en el supermercado, y a nadie le gustaban las peras duras que crecían allí, ni siquiera cuando se dejaban madurar.

En cualquier caso, Josie había decidido consagrarse a un nuevo jardín que había creado más allá de la huerta, al lado del granero. John lo había cavado y ella se había comprado libros y manuales acerca del cultivo de flores y hortalizas. En la vejez, como se complacía en contar, había descubierto poco a poco una buena razón para vivir en una granja y había comprendido por primera vez el sentido no solo del estiércol, sino también de la tierra misma e incluso de las estaciones. Mientras pasaba agachada por debajo de las ramas de los árboles y evitaba las espinosas

zarzas para ver si la encontraba en el jardín, a Nora casi le parecía oír la voz de su tía diciendo todo eso.

Subió los escalones de la cerca para entrar en el huerto. Josie estaba cultivando algo que precisaba hilos de alambre y cañas de bambú. Nora no estaba segura de si se trataba de arbustos de frambuesas. En un lado vio pulcros caballones donde se habían plantado patatas. Más allá había arriates para flores, pero de momento no se veían flores. Daba la impresión de que se había dedicado una gran cantidad de trabajo al lugar, y se preguntó cómo la espalda de Josie soportaba el esfuerzo. En ese momento, al volverse, vio a su tía y comprendió que llevaba un rato observándola en silencio.

—Nora, te vas a ensuciar los zapatos —dijo

Josie. Tenía en la mano una horqueta y algunos tallos. Llevaba guantes de jardinería que parecían demasiado grandes.

—No te había visto.

—Quería dejarte unos minutos para que vieras lo mucho que he trabajado.

El tono de Josie tenía un dejo de desafío, como si viera invadido su territorio. Debía de preguntarse, pensó Nora, por qué había ido a visitarla, y sin embargo hablaba como si llevaran un rato conversando.

—Creo que ya he hecho bastante por hoy —añadió Josie—. Muchos días empiezo temprano, estoy preparándolo todo para sembrar algunas plantas anuales cuando el tiempo mejore. Y luego voy a leer el periódico y a desayunar y vuelvo a salir para contemplar lo que he hecho. A esta hora,

ya he terminado. Solo he venido a admirar mi trabajo y a poner orden.

Parecía preocupada cuando avanzó hacia Nora. Su andar era lento y pausado, tenía los labios fruncidos.

—Espera a que seas vieja, Nora, y entonces lo entenderás. Es la mezcla de alegría por las cosas pequeñas y un sentimiento de suprema insatisfacción con todo. No sé qué es. La mayor parte del tiempo ni siquiera me siento cansada y, aun así, estoy medio rendida con solo ponerme en pie.

Se apoyó en ella al subir los escalones de la cerca y se quitó los guantes cuando cruzaban el huerto.

—Vayamos arriba —dijo una vez que entraron en la casa—. Está más ordenado y tengo un

aparato nuevo para hacer té y una nevera pequeña en el descansillo y todo lo demás. Voy a lavarme las manos y la cara y enseguida estoy contigo.

Nora había olvidado lo altos que eran los techos de las habitaciones de la planta superior. La sala estaba inundada de una intensa luz grisácea y aguada que incidía en la moqueta gris, en las paredes pintadas de blanco, en las suntuosas pantallas azules de las lámparas, en los cojines azules del sofá, en las cortinas azules, en la alfombra estampada y en la larga estantería llena de libros, y que confería a la estancia una especie de opulencia que quien subiera por el sendero, mirara la casa desde fuera o atravesara la huerta inerte no habría imaginado.

Al detenerse junto a la ventana y mirar hacia fuera pensó por primera vez en hasta qué punto sus

dos hijos debían de haber perturbado la vida de esas habitaciones, dispuestas con tan gran esmero. Incluso el mismo desorden formaba parte de la vida de Josie, una vida que parecía pensada para que nada la perturbara. Entonces había considerado razonable la idea de dejarlos con su tía en vez de con sus hermanas. No los había llevado a Kilkenny, con Catherine, pese a que esta se había ofrecido, porque Catherine tenía que ocuparse de sus propios hijos. Y Una, la hermana menor, se había trasladado a su casa para cuidar de Aine y de Fiona cuando acudía a pasar el fin de semana. Una no podía hacerse cargo de los chicos, ni tampoco Margaret, la hermana de Maurice, por más que los adorara. Y no podía haberlos dejado al cuidado de algún vecino o primo. Además, Josie disponía de espacio y de tiempo y vivía

bastante cerca de la ciudad; los chicos los conocían a ella, a John y a la esposa de este; estaban familiarizados con la granja e incluso con la casa aneja de Josie. Había parecido razonable entonces. Sin embargo, mientras miraba por la ventana y cuando luego se volvió y examinó el lugar que Josie había creado para su jubilación, por algún motivo la idea de haber dejado a los chicos allí durante tanto tiempo dejó de parecerle razonable.

Josie se había peinado y se había puesto un jersey de cachemira. Empujaba una mesita rodante con una tetera y dos tazas y platillos, un azucarero y una jarrita de leche.

—Esperaremos a que se asiente el té —dijo acercándose a la ventana—. Se está bien aquí cuando hace bueno, y la calefacción funciona, de

modo que la casa está caliente también en invierno. Me preocupaba la calefacción. Creía que secaba el aire, pero funciona...

—Josie, quería preguntarte por los chicos —la interrumpió Nora.

—¿Están bien? —dijo Nora dirigiéndose hacia la mesita rodante.

—Nunca te he preguntado qué tal fue cuando estuvieron aquí.

—¿Qué tal me fue a mí?

Nora no contestó.

—Yo me ofrecí a tenerlos, Nora, me ofrecí de corazón.

—¿Qué tal estuvieron ellos? —preguntó Nora en voz baja.

—Nora, ¿acaso me culpas de algo?

—No, solo estoy preguntando, nada más.

—Bueno, siéntate y deja de mirarme de ese modo.

Nora tomó asiento en el sofá, y Josie en el sillón, a su lado.

—Donal volvió a casa con ese espantoso tartamudeo.

—Sí, empezó aquí, Nora.

—Y Conor... No sé qué le pasa. Y Donal tuvo una pesadilla el sábado por la noche. Eso ha sido lo peor.

Josie empezó a servir el té tras acercarse la mesita.

—Ponte tú misma la leche y el azúcar. Yo nunca sé cuánto echar.

—¿Qué les pasó aquí? —le preguntó Nora.

Josie se echó un azucarillo y leche en el té. Dio un sorbo y dejó la taza en la mesita rodante.

—Supongo que se percataron del silencio —
dijo Josie.

—¿El silencio? ¿Solo eso?

—Sí. Viven en la ciudad. Y quizá debería haberme ocupado de que jugaran con niños de los alrededores, pero no quisieron. Conque se quedaban aquí. Y todo era silencio. Y creían que a lo mejor vendrías y tú no viniste nunca. A veces, cuando un coche subía por el sendero o se paraba en la carretera, los dos dejaban lo que estuvieran haciendo y permanecían atentos. Y el tiempo pasaba. No sé cómo se te ocurrió dejarlos aquí tanto tiempo y no venir a verlos ni una sola vez.

—Maurice se estaba muriendo.

—Conor se hacía pis en la cama casi todas las noches. No sé cómo se te ocurrió dejarlos aquí tanto tiempo —repitió Josie.

—No tuve otro remedio.

—Pues ya ves. ¿Pensabas que volverían a casa sin haber cambiado?

—No sé qué pensaba. Quería venir y preguntártelo.

—Bien, pues ya me lo has preguntado, Nora.

Guardaron silencio unos instantes. Un par de veces Nora empezó a decir algo y enseguida se interrumpió.

—Estuve cuidando de Maurice —dijo finalmente.

—Allá tú con la explicación que quieras dar. Cuando Conor empezó a disgustarse, intenté hablar con él y tranquilizarle, pero yo no sabía cuándo vendrías. No sabía nunca lo que pensaba Donal. Es a él a quien debes vigilar, o quizá tengas que

vigilar a los dos. Te llamé a aquella pensión donde te alojabas y tú nunca me llamaste.

—Todo cambiaba de un día para otro.

—Te llamé y tú nunca me llamaste.

—Todo el mundo se interesaba.

—¿Es que yo era todo el mundo?

—No sabía cuánto tiempo...

—Y los chicos tampoco. Conque hicimos lo que pudimos. Hacia el final estaban mejor. Hacia el final Conor solo se hacía pis en la cama algunas noches.

—No sabía lo de la cama. Te agradezco lo que hiciste.

—Ahora vete a casa con ellos.

—Así lo haré, Josie.

Se puso en pie aunque no había terminado de tomarse el té. Esperó un momento a que Josie se

levantara, pero no lo hizo. Su tía estaba inclinada en el sillón, con la vista clavada en el suelo, los hombros encorvados.

—Quizá te veamos pronto —dijo Nora.

—Pasaré algún día que vaya a la ciudad.

Nora bajó la escalera y rodeó la casa en dirección al coche. La tarde apenas había avanzado. Al mirar el reloj vio que la visita no había durado ni media hora. Si quería, aún tenía tiempo de ir a Wexford a hacer algunas compras antes de volver a casa.

Su cuñado, Jim, estaba sentado en el sillón al otro lado de la chimenea. Aguardó a que los chicos se fueran a la sala de estar para sacar los papeles del bolsillo interior y entregárselos a Nora.

—¿Todavía quieres poner esas oraciones? —le preguntó.

—Sí —contestó ella.

—Teníamos la esperanza de que hubieras cambiado de opinión.

Su cuñada, Margaret, sonrió.

—A Jim no le gustan —le dijo a Nora, casi de manera confidencial, como si Jim no se hallase en la habitación—. Para tu madre y la nuestra, bien lo sabe Dios, pusimos las oraciones más sencillas en los recordatorios.

—Y por añadidura saldrían más caros —apuntó Jim.

—Bueno, sería poca cosa para Maurice —repuso Nora—. Y sería de mi agrado.

—Ni siquiera conocemos esas oraciones —terció Margaret.

Nora miró la hoja que Jim le había entregado y empezó a leer:

—«Demasiado joven para morir, dicen. ¿Demasiado joven? No, más bien es bienaventurado por ser tan joven y en consecuencia por convertirse pronto en inmortal.

Ha escapado de las trémulas manos de la vejez». Lo que dice es importante. Se ha convertido pronto en inmortal.

—¿Por qué no mandas tú imprimir ese? —propuso Margaret—. Y nosotros encargaremos el más sencillo. Tenemos parientes mayores en el campo, la pandilla de Killealy, y los Ryan en Cork, y a ellos les parecerá muy raro, Nora. Preferirían un recordatorio sencillo para rememorar a Maurice.

—¿No pensarán que nos hemos peleado si hacemos recordatorios distintos? —preguntó Nora.

—Sabes lo unidos que estamos, Nora, sobre todo ahora.

—Puede que sea la mejor solución —afirmó Jim.

A Nora le resultó evidente que él y Margaret

habían hablado detenidamente del asunto antes de llegar. Le complació el arreglo y se alegró de no haberse plegado a su deseo de encargar un recordatorio sencillo con las mismas oraciones de siempre que tenía todo el mundo.

Pronto el silencio quedó roto por un golpecito en la puerta. Uno de los chicos fue a abrir y los tres adultos escucharon con atención al oír una voz femenina en el recibidor. Nora guardó los papeles sin hacer ruido; ignoraba quién era. Cruzó la habitación y abrió la puerta.

—Oh, señora Whelan, pase —dijo—. Qué alegría verla.

Habían transcurrido seis meses desde la muerte de Maurice y las visitas habían disminuido; algunas noches no acudía nadie, lo cual era un alivio. No conocía bien a la señora Whelan y

dudaba que alguno de sus hijos hubiera sido alumno de Maurice. Se preguntó si habrían estudiado en la escuela de formación profesional; no estaba segura de si seguían viviendo en la ciudad.

—No voy a quedarme —dijo la señora Whelan.

Tras saludar a Margaret y a Jim, finalmente accedió a tomar asiento, aunque no quiso quitarse ni el abrigo ni la bufanda.

—Tengo un recado para usted, de modo que apenas me quedaré, y no, no voy a tomar té ni nada. Solo he venido a darle el recado. Trabajo para los Gibney, no sé si lo sabe. Pues bien, Peggy Gibney me ha pedido que le diga que le gustaría, y a William también, verla algún día después de la hora de comer. No suele salir pero, si me dice usted el día, entonces desde luego que estará.

Nora advirtió que Margaret y Jim observaban detenidamente a la señora Whelan; ambos intuían que la invitación no era casual. Nora había ido a la escuela con Peggy Gibney, aunque no la veía desde hacía años. Y antes de casarse había trabajado con William en las oficinas del molino harinero de la familia cuando el padre de este dirigía el negocio. Ahora William era el dueño de todo, no solo del molino, sino también de la empresa mayorista más importante de la ciudad. Él y Peggy no cursaban invitaciones sin ningún motivo, Nora lo sabía. Tras haberse mudado a la vieja casa del padre y haberlo heredado todo, se había convertido en un hombre distante, o al menos eso había oído comentar ella.

—El día que a ellos les venga mejor, señora Whelan, me parece bien.

—¿Qué tal el miércoles, pues? ¿A las tres? ¿O a las tres y media?

—El miércoles me va bien.

La señora Whelan volvió a rehusar una taza de té e insistió en que no se quedaría. En el recibidor, a solas con Nora, empezó a cuchichear.

—Les gustaría que volviera usted a la oficina. Pero quizá sea mejor que no lo mencione cuando los vea. Que se lo digan ellos mismos.

—¿Hay alguna vacante? —preguntó Nora.

—Ya se lo dirán ellos —murmuró la señora Whelan.

En cuanto volvió a la habitación del fondo, Nora supo que Margaret y Jim buscaban en su rostro algún indicio de lo que se había hablado en el recibidor. Cuando se sentó, guardaron silencio

esperando a que se lo contara. Echó más carbón a la lumbre como una forma de disipar la tensión.

—Tengo entendido que a los Gibney les va muy bien —dijo Margaret—. Están diversificando sus actividades en todo tipo de negocios aparte del molino. Todos los granjeros van a los proveedores de productos agrícolas y a menudo se ven hileras de camionetas delante del autoservicio mayorista. El comercio al por mayor es un buen negocio. Los hijos son muy emprendedores.

—Constituyen una fuerza viva con la que hay que contar —afirmó Jim.

Al cabo de poco Donal y Conor entraron en la habitación a dar las buenas noches y Jim y Margaret se pusieron en pie diciendo que era hora de irse. Nora les acompañó al recibidor.

—Entonces haremos los dos recordatorios —

dijo Jim—. Con la misma fotografía, quizá.

Nora asintió en silencio.

Abrió la puerta principal. Al pasar por su lado Jim le dio un sobre casi furtivamente.

—Para que salgas de apuros —le dijo—. No lo menciones.

—No puedo aceptar dinero tuyo. Lo has pagado todo.

—Es solo para que salgas de apuros por el momento —dijo él, y Nora dedujo de su tono que no solo veía con buenos ojos que volviera a trabajar en Gibney's después de veintiún años, sino que en cierto modo eso también satisfacía sus expectativas. Antes de bajar los escalones Jim le digirió una mirada de complicidad y ella se preguntó si, puesto que su cuñado conocía a todo

el mundo en la ciudad, no habría mediado en la visita de la señora Whelan.

Cuando se marcharon, se sentó de nuevo y pensó en Gibney's. Recordó que, tras la muerte de su padre, las monjas, sobre todo la hermana Catherine, habían ido a casa para preguntarle a su madre si no se podía hacer nada, nada en absoluto; si no era posible reunir el dinero suficiente para que Nora siguiera estudiando tres años más, tras los cuales podría conseguir incluso una beca universitaria y, si no, sin duda encontraría un puesto bien remunerado en la administración pública. Sabía que su madre lo había intentado, y al intentarlo se las había arreglado para reñir con ambas partes de la familia. Sabía que su madre no tenía dinero y que por eso, puesto que era bien sabido que ella era una muchacha inteligente, se

había colocado en Gibney's en vez de continuar en la escuela. Había comenzado a trabajar con catorce años y medio; a los quince recibió clases de taquigrafía y mecanografía por las noches a fin de tener mayores posibilidades de ascender. Durante los primeros años, al cobrar entregaba el sobre entero del salario a su madre, cuya pequeña tienda estaba mal surtida, que vendía cigarrillos sueltos e incrementaba sus ingresos cantando en las bodas celebradas en la catedral cuando la gente tenía dinero para pagarle. Durante esos años su madre, las dos hermanas y ella vivieron casi del aire hasta que Catherine y Una encontraron sendos empleos en oficinas de la ciudad.

A lo largo de once años Nora había trabajado cinco días y medio a la semana en Gibney's, había soportado a duras penas a su madre en casa y

había mostrado en la oficina una eficiencia que todavía se recordaba. Una vez casada y con hijos, nunca imaginó que tendría que regresar; aquel empleo parecía pertenecer a un pasado remoto. Solo tenía una amiga de aquella época, que también se había casado; ella y su marido se marcharon de la ciudad. Tanto Nora como su amiga contemplaban la oficina de Gibney's como un lugar donde habían trabajado durante años por la sencilla razón de que no se les habían presentado oportunidades que estuvieran a la altura de su inteligencia; una inteligencia que, como mujeres casadas, habían cultivado con esmero.

Pensó en la libertad que el matrimonio con Maurice le había proporcionado: la libertad —una vez que los hijos fueron a la escuela o cuando un

pequeñín dormía— de entrar en esa habitación a cualquier hora del día, coger un libro y ponerse a leer; la libertad de ir a la sala de estar a cualquier hora y contemplar por la ventana la calle y Vinegar Hill al otro lado del valle, o las nubes, dejar la mente ociosa, volver a la cocina o atender a los hijos cuando volvían del colegio, pero como parte de una vida desahogada que incluía el deber. Los días le pertenecían, pese a que otras personas la visitaran, absorbieran su tiempo, la distrajeran. En los veintiún años en que se había ocupado de ese hogar, ni una sola vez había experimentado un momento de aburrimiento o frustración. Ahora iban a arrebatarse los días. Su única esperanza estribaba en que, cuando fuera a ver a los Gibney, en realidad no tuvieran una colocación para ella. Volver a trabajar en aquella oficina se vinculaba al

recuerdo de estar enjaulada. No obstante, era consciente de que si los Gibney le ofrecían algo no podría rechazarlo. Los años de libertad habían tocado a su fin; era así de sencillo.

Volvió a mirar las oraciones que había elegido para el recordatorio de Maurice. Las palabras le libraron por un instante de los pensamientos acerca de cómo se ganaría la vida, de cuánto había perdido, pero al fijarse de nuevo en las oraciones las lágrimas le anegaron los ojos, y se alegró de que Jim y Margaret no estuvieran presentes y de que los chicos ya se hubieran acostado cuando leyó las primeras palabras: «Te lo devolvemos, oh Señor, a ti que nos lo diste».

Era más o menos, pensó, lo que había ocurrido. Ella había devuelto a Maurice; apenas había más que decir. Bajó la vista hacia la segunda oración.

«A veces, en su necesidad, la gente dice que alguien ha sido segado en la flor de la vida. Él no ha sido segado. Más bien, si se me permite modificar la metáfora, se le ha apremiado a entrar en la plenitud, la flor de la vida. Se lo han llevado de esta vida nuestra, que no es más que una espera hasta que la muerte nos encuentre. Se le ha librado de esto. Ha escapado, este hombre de quien nos dicen que ha sido golpeado en mitad de los años. Demasiado joven para morir, dicen. ¿Demasiado joven? No, más bien es bienaventurado por ser tan joven y en consecuencia por convertirse pronto en inmortal. Ha escapado de las trémulas manos de la vejez.»

Las palabras parecían demasiado ciertas, pensó. Dondequiera que Maurice estuviera en ese momento, añoraría la comodidad de la casa y la

añoraría a ella, del mismo modo que ella anhelaba que se borrara el último año de su vida y que Maurice regresara a ellos.

El miércoles por la mañana fue al centro de la ciudad, a la peluquería, y se arregló el pelo después de hablar con Bernie de un nuevo método de teñido sobre el que había leído y de preguntarse si no habría llegado el momento de hacer algo con las canas.

—No me gustaría que me quedara azul —dijo.

—Ya la entiendo —repuso Bernie.

—Y si quedara demasiado oscuro se vería que es teñido. Y yo no soy rubia, toda la ciudad sabe que nunca lo he sido. ¿Hay algún castaño que esté bien, para que no se note que es teñido?

—Podemos probar este. —Bernie le enseñó un

paquete con una fotografía de una mujer de cabello castaño ondulado que parecía natural.

—¿Y si ponemos solo un poquito para empezar?

—preguntó Nora.

—En las instrucciones dice que hay que usar todo el paquete. Lo he utilizado otras veces. Tiene mucho éxito. Le sorprendería saber quién lo lleva.

—Bien, probemos pues.

Una vez aplicado el tinte, Bernie le puso una redecilla de nailon en la cabeza y la dejó hojeando revistas. Al darse cuenta de que no llegaría a casa a tiempo para preparar una buena comida a los chicos, Nora lamentó haber ido a la peluquería y comprendió que tendría que salir enseguida. Hizo señas a Bernie, que estaba ocupada con dos mujeres que habían llegado juntas y que al parecer

necesitaban consultarse mutuamente cada tijeretazo.

—Ahora mismo estoy con usted —le dijo Bernie.

Cuando acudió para quitarle la redecilla, le dijo que no se inquietara ni se mirase con demasiada atención, pues el verdadero cambio se produciría una vez que el secador, el cepillo y el peine hubieran realizado su labor. Nora se percató de que la escudriñaban las dos clientas a las que Bernie había atendido. Se preguntó si no debería haber consultado a otra mujer antes de teñirse por primera vez, pero no se le ocurría a quién podría haber preguntado. Aunque suponía que sus dos hermanas se teñían, nunca las había oído hablar del tema. Poco a poco, viendo cómo Bernie manejaba el secador, se dio cuenta de que le

estaba haciendo un peinado propio de una mujer mucho más joven y de que las clientas que la observaban lo sabían y contemplaban la escena con considerable satisfacción.

Cuanto más trabajaba la peluquera, tanto más le parecía a Nora que el cabello semejava una peluca. Si bien sabía que el tinte tardaría en irse, en el espejo veía lo complacida que Bernie estaba con su propia obra. De nada servía quejarse.

—¿No es un poquito juvenil para mí?

—Yo creo que le sienta de maravilla —contestó la peluquera—. Este corte está ahora muy de moda.

—Nunca había llevado un corte moderno.

Una vez acabado el peinado, comprendió que quien la viera de camino a casa pensaría que había perdido el juicio o que quería parecer más joven

en lugar de una mujer que había enviudado recientemente.

—Le costará unos días acostumbrarse —dijo Bernie—. Pero ya nadie luce canas.

—¿No se ve muy poco natural el color?

—Dentro de unos días no tendrá este aspecto y la gente pensará que lo ha tenido así toda la vida. Ya veo que está muy preocupada, pero le prometo que antes del fin de semana estará encantada con él.

—¿No puede quitármelo?

—No; irá perdiendo intensidad, y le aseguro que dentro de un mes vendrá usted para que vuelva a teñírsele. No conozco a nadie que haya querido recuperar las canas. Y quizá la próxima vez nos planteemos poner unos reflejos. Ahora mismo hacen furor.

—¿Reflejos? No, creo que no.

Una vez fuera, alzó la cabeza y confió en que todas las mujeres de Court Street y de John Street estuvieran atareadas cocinando y que no hubiese salido ninguna a la puerta de casa. Rezó para no toparse con ningún conocido. Repasó mentalmente los peores encuentros posibles, las personas a quienes más escandalizaría que, llevando su marido seis meses en la tumba, se hubiera teñido el pelo de un color que nunca había tenido. Pensó en Jim y recordó que al cabo de una semana tendría que verlos, a él y a Margaret. Ninguno de los dos sabría qué pensar.

Vio que la señora Hogan, de John Street, caminaba hacia ella y no supo si no la reconocía o si pretendía pasar por su lado sin hacer ningún comentario. Cuando la señora Hogan se acercó,

dio la impresión de que casi se sobresaltaba. Le tembló el rostro antes de que se detuviera.

—Vaya, costará un tiempo acostumbrarse — dijo.

Nora trató de sonreír.

—¿Ha sido Bernie? —preguntó la señora Hogan.

Nora asintió.

—He oído decir que acaban de traerle unos productos nuevos. Caramba, tendré que ir yo también.

Si la señora Hogan, con delantal y zapatos muy gastados, consideraba que tenía derecho a opinar sobre el peinado de Nora, no había ninguna razón, consideró esta, por la cual ella no pudiera expresar su opinión.

—Pues ya sabe dónde está —dijo con frialdad,

mirando el cabello de la señora Hogan, dando a entender claramente que le convendría que se lo arreglaran. La señora Hogan tardó un instante en asimilar la posibilidad de que la estaba insultando.

El encuentro infundió coraje a Nora. No se pararía a hablar con nadie más, pero sabía que lo ocurrido era un error. Se preguntó si alguna vez en la vida había actuado de forma parecida, si se le había antojado hacer algo sin pensar en las consecuencias. Recordó que antes de casarse, un día que volvía del trabajo a la hora de comer, vio un tenderete con libros viejos delante de la casa de subastas Warren, al pie de Castle Hill. Al examinarlos encontró un poemario de Browning, una de cuyas poesías le había encantado cuando estudiaba en la escuela. Mientras lo hojeaba se acercó la anciana señora Carty, de Bohreen Hill.

Miraron el precio del libro, escrito a lápiz en la primera página. Era muy caro, y de todas maneras ella no tenía dinero. Echaron a andar las dos por Friary Place y subieron por Friary Hill. Al despedirse en lo alto de la cuesta la señora Carty extrajo el libro de debajo del abrigo y se lo tendió.

«Nadie lo echará en falta —dijo—. Pero no digas de dónde lo has sacado.»

Caminar de vuelta a casa con el cabello recién teñido le recordó cuando aquel día había entrado en la casa de su madre con el poemario de Browning. Experimentaba el mismo sentimiento de culpabilidad, la misma sensación de que alguien la seguiría y la descubriría.

Nada más entrar en casa, a toda prisa puso unas patatas a cocer y abrió una lata de guisantes y echó tres chuletas de cordero en la sartén. Al llegar los

chicos, las patatas todavía no estaban a punto. Esperó en la planta superior, tras avisarles desde arriba de que la comida aún tardaría un poco en estar lista. Sentada ante el espejo del tocador, intentó discurrir una manera de que el pelo pareciera más natural. Se arrepintió de no haberle pedido a Bernie que no le pusiera laca, que era pegajosa y tenía un olor dulzón.

Los chicos se quedaron callados apenas la vieron. Donal apartó la mirada mientras Conor se acercaba a ella. Tendió la mano para tocarle el pelo.

—Está duro —dijo—. ¿Dónde te lo han hecho?

—He ido a la peluquería esta mañana. ¿Te gusta?

—¿Qué hay debajo?

—¿Debajo de qué?

—Debajo de eso que llevas en la cabeza.

—Lo que tengo en la cabeza es mi pelo.

—¿Vas a salir a la calle con eso? —preguntó

Conor.

Donal echó una ojeada a su madre y volvió a apartar la vista.

Nora no sabía qué ponerse para ir a casa de los Gibney. Si se arreglaba demasiado parecería que no necesitaba un empleo y que se presentaba ante ellos como una igual en una simple visita de cortesía. Aunque tampoco podía llevar ropa vieja. Comprendió que el problema de cómo vestir no se resolvería nunca. Si se reincorporaba a la oficina, todos la verían como una amiga de William y Peggy Gibney. Todavía quedaban personas con las que había tratado todos esos años pero con las que

no mantenía el contacto. Estaba segura de que si volvía a trabajar con ellas se sentirían molestas o incómodas por su presencia.

Sin embargo, una vez que hubo decidido que iría en coche y que lo aparcaría en Railway Square para que nadie le hiciera ningún comentario sobre el pelo, dejó de sentir temor. Examinó las prendas colgadas en el ropero y eligió un traje gris y una blusa azul oscuro. Se pondría sus mejores zapatos. Ignoraba qué querían decirle los Gibney y si le ofrecerían un empleo. Era improbable, pensó, que le hablaran de sueldos mientras tomaban el té. Consideró que, fuera lo que fuese lo que tuvieran pensado, era importante que no llegara a la mansión como una persona necesitada.

Le abrió la puerta la señora Whelan, que la

condujo a un espacioso salón situado a la derecha del vestíbulo. Estaba atestado de muebles tapizados en tonos oscuros y de cuadros antiguos. Aunque era plena tarde, rebosaba de sombras; apenas entraba luz por los ventanales.

Peggy Gibney se levantó del sillón. Se le deslizó la rebeca que llevaba echada sobre los hombros y la señora Whelan se apresuró a ponérsela bien. Peggy Gibney no le dio las gracias, sino que se comportó como si fuera una parte normal del servicio que se le ofrecía en la suntuosa habitación. Con un gesto indicó a Nora que se sentara en un sillón frente al suyo y luego se volvió hacia la señora Whelan.

—Maggie, ¿podría llamar a la oficina y decirle al señor Gibney que la señora Webster ha llegado?

Nora recordó que años atrás, Peggy se había

quedado embarazada, sin estar casada con William, y que los padres de este no tenían un buen concepto de ella. Un día que Nora estaba sentada en la oficina sin hacer ruido, había oído al anciano señor Gibney decirle a su hijo que la muchacha podía irse a Inglaterra a dar a luz y encontrar un hogar allí. Cuando William salió del despacho, Nora supuso que iba a comunicárselo a Peggy. Sin embargo, se casó con ella, que dio a luz en una maternidad privada de la ciudad, y poco a poco los padres de William se acostumbraron a Peggy y se encariñaron con la criatura. Ahora Peggy Gibney estaba sentada en esa casa, hablando con Nora como si jamás hubiera habido ninguna duda respecto a la posición que ocupaba en el mundo.

Su voz no mostraba la entonación descuidada de

la ciudad como antaño. De hecho, hablaba de un modo reflexivo, casi abstraído.

—Ah —dijo, como si Nora u otra persona hubiera sacado el tema a colación—, con todos los impuestos que se pagan ahora y el coste de la vida, hay muchas personas que no sé cómo se las apañan.

Nora le preguntó por su hermano y sus hermanas y se percató de que había cometido un error.

—Están bien, Nora, están bien —respondió con un dejo que resultó un tanto grandilocuente—. Tenemos cada uno nuestra propia vida.

Nora supuso que eso significaba que no se les invitaba al salón de Peggy. Sin embargo, cuando le preguntó por los hijos, Peggy se animó en el acto.

—Verás, William quería que los tres consiguieran una titulación antes de trabajar en la

empresa para que tuviesen conocimientos y experiencia.

Pronunció la palabra «experiencia» pausadamente.

—De modo que William hijo es un contable avezado y Thomas un experto en productividad y Elizabeth ha hecho un curso de secretariado en una de las mejores universidades de Dublín. Saben valerse por sí mismos.

—¿De veras, Peggy? —dijo Nora.

Se acordó de la anciana señora Lewis, de Mill Park Road, cuyo único tema de conversación eran sus hijos y sus respectivas carreras profesionales, y de que siempre terminaba diciendo que tenía pensado que Christina, la benjamina, fuera mecanógrafa. En el sombrío ambiente del salón de Peggy, a Nora le costaba contener la risa. Tenía

que concentrarse rabiosamente para mantener una expresión seria.

—Por lo que me cuentan, hay muchos cambios en la ciudad —comentó Peggy—. Yo apenas salgo y, en fin, vamos a Rosslare siempre que podemos. Es un lugar muy tranquilo pero, adondequiera que vaya, siempre me encuentro con que tengo mucho que hacer.

Nora trató de recordar quién le había dicho que, además de la señora Whelan, Peggy tenía una criada trabajando a tiempo completo en la casa.

—Sin embargo, no consigo que William se tome unas vacaciones como es debido. Ah, se preocuparía de esto y de lo de más allá. Va y viene de Rosslare pero para mí eso no son vacaciones.

Cuando William entró en el salón, a Nora le pareció más bajito de lo que recordaba. Vestía un

terno. Le estrechó la mano, y ella se preguntó si aún viviría con el recuerdo de cómo lo había tratado su padre desde que lo sacó de la escuela con dieciséis años, de lo mal que le había pagado durante lustros y de que se refería a él como «el idiota» delante de quienquiera que le escuchase. Pero el padre había muerto hacía mucho tiempo y William había heredado la empresa, de manera que quizá, pensó, aquello se hubiera borrado de la memoria de todo el mundo salvo la de ella.

—Muy amable de tu parte visitarnos —dijo William, que tomó asiento al entrar la señora Whelan con té y galletas—. Muy considerado, muy considerado —añadió, como si su mente se hubiese centrado en otro asunto más serio.

Nora lo miró sin inmutarse y no contestó. No pensaba agradecerle nada.

—Mi padre decía siempre que tú y Greta Wickham erais las mejores y que nunca cometíais ningún error. Decía si Nora y Greta estuvieran aquí no tendríamos este lío, aunque no hubiera ningún lío.

—Ah, hablaba con mucho cariño de ti —intervino Peggy—, y William hijo y Thomas solo tenían palabras de elogio para Maurice Webster cuando eran alumnos suyos. Recuerdo que un día a Thomas le dio fiebre y todos insistimos en que se quedara en la cama y no quiso, ah no, no quiso, porque tenía dos horas de clase de comercio con el señor Webster y no podía faltar. Verás, querían que Thomas se quedara en Dublín cuando obtuvo el título. Ah, ¡recibió ofertas con muy buenas perspectivas de futuro! Le aconsejamos que las meditara. Pero prefirió venir aquí. Así fue. Otro

tanto ocurrió con William. En el caso de Elizabeth, quién sabe. Podría irse a cualquier parte. Es a ella a quien hay que vigilar.

Había algo en la locuacidad de Peggy Gibney, en el hecho de que se sintiese libre de hablar de sí misma y de su familia, que a Nora le pareció que casi tenía la intención deliberada de socavarla; una forma de manifestar que se había convertido en alguien con un elevado concepto de su propia persona y que contaba con que los demás tuvieran la misma impresión. Nora suponía que William tendría un centenar de empleados, quizá más. Comprendía que a Peggy Gibney le habría resultado difícil seguir siendo una persona normal y corriente, si bien no veía ningún motivo por el que ella tuviera que ofrecerle otra cosa que silencio mientras la tenía sentada enfrente.

Con William era distinto. Hablaba entre dientes y tenía el hábito nervioso de repetir palabras y luego interrumpirse como si buscara otra.

—Siempre tendremos una vacante, Nora, una vacante... —empezó a decir.

Nora lo miró sonriendo.

—Algunas chicas de la oficina hacen faltas de ortografía —volvió a intervenir Peggy— y apenas saben contar, pero cuando se trata de soltar insolencias y pedir días de baja por enfermedad...

—Bueno —dijo William—. Bueno.

Nora lo observó con atención en busca de algún indicio de que Peggy le resultaba tan irritante como a ella, pero parecía demasiado distante e inquieto para reparar siquiera en su esposa.

—¡Y qué pinta tienen algunas! Elizabeth dice...

—Thomas —la interrumpió William— tiene en

un pedestal a la señorita Kavanagh, la gerente, y yo podría concertarte una breve entrevista con él para que comentarais los detalles, los detalles; sabe más que yo.

Guardó silencio un instante y miró a Nora, como si no supiera qué decir a continuación.

—Dios sabe —prosiguió, con la vista clavada en la moqueta— que no soy más que el director de la empresa, el jefe de la empresa. Thomas te presentaría a la señorita Kavanagh y tú podrías, ya me entiendes, empezar cuando desees. Podrías empezar cuando desees.

—¿Te refieres a Francie Kavanagh? —preguntó Nora.

—Supongo que sí —respondió William—, aunque ya hace tiempo que nadie la llama así.

—Ah, naturalmente —dijo Peggy—. La tratabas

en los viejos tiempos. Thomas habla maravillas de ella. ¿Habéis mantenido el contacto?

—¿Cómo dices? —preguntó Nora con aspereza.

—¿La señorita Kavanagh y tú seguís siendo amigas?

La pregunta daba a entender que en los años transcurridos Peggy no había tenido tiempo de molestarse en conocer detalles como ese, o de molestarse en mantener la amistad con nadie. No obstante, Nora se preguntó cuánto sabía, si estaba al corriente, por ejemplo, de que un jueves de hacía veinticinco años o más —sin duda se había hablado del incidente—, un día en que en Gibney's se trabajaba media jornada, Greta Wickham y ella habían decidido ir en bicicleta a Ballyconnigar y Francie Kavanagh quiso acompañarlas, y ellas pedalearon muy deprisa para dejarla atrás y fueron

a Morriscastle en vez de a Ballyconnigar. Y en lugar de disculparse casi se rieron sin disimulo al enterarse de que en el camino de vuelta a Francie se le había pinchado una rueda cerca de The Ballagh y había acabado empapada con la lluvia que cayó después del anochecer, y que tras refugiarse bajo un árbol regresó a casa de madrugada. Nunca más volvió a dirigirles la palabra.

William y Peggy la escudriñaban. No había contestado la pregunta sobre Francie Kavanagh y ya era demasiado tarde para hacerlo. Así pues, pensó, durante los años en que ella era una mujer casada y con hijos, Francie había seguido en Gibney's y se había convertido en la gerente, del mismo modo que Peggy Gibney, que en ese momento levantaba con parsimonia la taza de té,

había permanecido en esta casa y había ido a Rosslare en verano y había adquirido una distinción postiza tomando como modelo a su suegra o a la esposa de alguno de los otros mayoristas de la ciudad. Se sentía tan alejada de ambas mujeres como el silencio lo estaba del ruido.

William se puso en pie y se produjo un cambio en la estancia. De alguna forma él y Peggy lograron dar a entender que, una vez terminados los cumplidos, despachaban a Nora. Cuando esta se levantó para irse, Peggy continuó sentada; era evidente que consideraba que acompañar a la gente hasta la puerta no formaba parte de sus funciones. William le estrechó la mano a Nora.

—¿Vendrás a hablar con Thomas el lunes a las

dos? Pregunta por él en la oficina, sí, en la oficina —dijo, tras lo cual salió caviloso del salón.

Nora le oyó cerrar la puerta principal tras de sí. Entonces la señora Whelan, que había permanecido en el umbral, la condujo al vestíbulo.

—La alegrará que venga usted a visitarla —le susurró—. Es que no ve a demasiada gente.

—¿De veras? —repuso Nora. Volvió a ser consciente del cabello teñido al advertir que la señora Whelan la observaba con una curiosidad casi impúdica.

4

No habló con nadie de lo que había acordado con Thomas Gibney ni del primer encuentro que tendría con Francie Kavanagh después de más de veinte años. No tardaría en decírselo a Jim y Margaret, pensaba, pero agradeció que la siguiente vez que fueron a casa no se interesaran por cómo había ido la visita a los Gibney. Cuando su hermana Una le preguntó, se limitó a responder que aún no había tomado ninguna decisión.

—En el club de golf he oído decir que vas a

volver a trabajar en la oficina —dijo Una.

—El club de golf es una magnífica fuente de información —repuso Nora—. Me haría socia si supiera jugar, o si fuera lo bastante fisgona.

Catherine, la otra hermana, le escribió invitándolos a pasar un fin de semana, el que les viniera bien, con ella y su familia; Nora le contestó que iría el viernes, al salir los chicos de la escuela, y que se quedarían hasta el domingo. Antes de enfermar, a Maurice siempre le había encantado ir a la granja, en las afueras de Kilkenny, algún que otro sábado por la noche y hablar con el marido de Catherine sobre cosechas y precios, discutir de política con él y enterarse de todas las novedades acerca de los vecinos. Las dos parejas iban a menudo a un salón bar y dejaban a los niños al cuidado de Fiona o de Aine.

A los chicos también parecía gustarles el cambio, pues dormían en habitaciones extrañas, en una casa mucho más amplia que la habitual.

Era cierto, pensó Nora, lo que su madre había dicho: todos, incluso sus hermanas, preferían a Maurice antes que a ella y prestaban mayor atención a lo que él decía. Cuando los cuatro iban a tomar una copa, los dos hombres charlaban, pero a Catherine le gustaba escucharlos, formularles preguntas o sacar temas de conversación que sabía que a ellos les interesarían. A Nora nunca le había importado; solo escuchaba a medias porque no tenía opiniones tan tajantes como Maurice respecto a lo que ocurría en el país. Además, Catherine y su marido, Mark, tenían los mismos sentimientos religiosos que Maurice. Creían en los milagros y en el poder de la oración, pero también veían con

buenos ojos cómo empezaba a modernizarse la iglesia. Ninguno de los tres había preguntado nunca a Nora qué pensaba al respecto; ella misma no estaba segura, aunque sabía que no opinaba igual que ellos y que defendía una modernización mucho mayor. No daba las cosas por sentadas como hacían ellos tres. Sobre otros asuntos tenía igualmente sus propias ideas, pero se alegraba de mantenerse al margen de la conversación. Se preguntó si, ahora que Maurice había muerto, eso cambiaría, si tendría que empezar a hablar más.

Al llegar los chicos de la escuela ya había cargado en el coche lo que necesitarían. Acordó con ellos que Donal se sentaría a su lado hasta Killealy, donde los hermanos cambiarían de sitio y Conor iría delante durante el resto del viaje.

En los viejos tiempos, cuando pasaban junto a la

entrada de una determinada granja situada más allá del Milehouse, Maurice se ponía tenso, se sumía en sus pensamientos, hablaban de lo que hablaban los demás en el coche. Jamás lo habían comentado. Era un tema que él nunca quiso abordar. Ella se había enterado porque en el velatorio de su suegra se lo había oído contar a Margaret y a uno de los primos. Se trataba de la granja de la que habían echado al abuelo de Maurice a finales del siglo anterior. Al llegar a la ciudad con la mujer y los hijos, lo único que tenía el abuelo de Maurice era una mala reputación entre la policía por sus ideas políticas y una bolsa vieja con algunos libros y prendas de ropa. A Nora siempre le había intrigado la importancia que Maurice concedía a ese hecho, o cuando menos lo extrañamente absorto que se quedaba siempre que pasaban por

ese lugar, como si mencionarlo fuera a representar una profanación de un retazo solemne de sufrimiento pretérito.

Nora sabía que pasado Tullow había una casa donde su madre había servido y donde el cabeza de familia, o su hermano o su hijo, se acercaba demasiado a ella cada día y en ocasiones también por la noche. La tía Josie le había referido los detalles y le contó que al final hubo que llamar al sacerdote, quien acudió al director de los almacenes Cullen's de Enniscorthy con la singular petición de que lo ayudara a salvar la virtud de una muchacha que trabajaba de criada en una granja remota situada más allá de Tullow. Nora recordó que la idea de la virtud de su madre, el sacerdote y la remota casa más allá de Tullow, y el propietario, su hermano y su hijo, le había

parecido lo bastante inverosímil para resultar cómica. Cuando Josie insistió en que era cierto, Nora se rió aún más, hasta que su tía le advirtió de que no contara la historia a nadie, pero que si lo hacía no dijera que se había reído. La gente no tendría buen concepto de ella, afirmó Josie, si sabía que encontraba divertidas esas cosas.

La carretera era estrecha y Nora conducía con prudencia. Esas viejas historias, pensó, no tardarían en desvanecerse. Pronto no habría nadie a quien interesara o que recordara siquiera un desahucio de hacía mucho tiempo. Los abuelos de Maurice yacían en una tumba anónima del cementerio; nadie sabría nunca quiénes eran o habían sido. Y suponía que sus hermanas no sabían nada de la casa más allá de Tullow ni de lo ocurrido a su madre ni de aquellos hombres. Lo

más probable era que ni siquiera estuvieran al corriente de que su madre había trabajado de criada desde que abandonó el hogar paterno hasta que se colocó en el Cullen's de Enniscorthy.

Pasado Killealy, Conor, sentado ya en el asiento delantero, le contó anécdotas de la escuela, de sus compañeros de clase y de los maestros. Parecía que tenía muchas ganas de estar con sus primos y de ver la granja.

—¿La casa de la tía Catherine está encantada? —le preguntó.

—No, Conor. Es una casa vieja más grande que la nuestra y no está encantada.

—Pero ¿no ha muerto mucha gente en ella?

—No lo sé.

—¿Y cómo queda encantada una casa? —preguntó Conor.

—Mira, yo creo que todo eso de las casas encantadas son tonterías.

—La de los Phelan, en Back Road, lo está. Una noche Joe Devereux vio a un hombre fuera y no tenía cara. Estaba encendiendo un cigarrillo pero no tenía cara.

—Supongo que era por las sombras, nada más —dijo Nora—. Si Joe hubiera tenido una linterna le habría visto perfectamente la cara.

—Por eso cuando volvíamos de la Presentación siempre íbamos por la otra acera —prosiguió Conor.

—Bueno, al menos ya no tenéis que ir.

—Todo el mundo sa-sa-sabe que hay un espíritu allí —intervino Donal, sentado en el asiento trasero.

—Pues yo nunca he oído decir nada —repuso

ella.

Cuando atravesaron Borrís los chicos llevaban un rato en silencio, pero Nora sabía que seguían dándole vueltas.

—Yo creo que eso de los espíritus es una sandez —dijo.

—Pero seguro que en casa de la tía Catherine ha muerto un montón de gente. En las habitaciones de arriba, quiero decir —continuó Conor.

—Aun así, los espíritus no existen —repuso ella.

—¿Y qué me dices del Es-espíritu Santo?

—Ya sabes que eso es distinto, Donal.

—De todas formas, yo no iría nunca solo a la planta de arriba de la tía Catherine —dijo Conor —. No subiría ni siquiera durante el día.

Llevaban un rato en silencio cuando llegaron. Había intentado cambiar de conversación, si bien intuía que no había conseguido que dejaran de pensar en espíritus y casas encantadas. Esas carreteras estrechas, reflexionó, el mero aislamiento de las viviendas, los caminos de varias millas hasta granjas solitarias que no se veían desde ningún sitio, las cunetas descuidadas y los árboles que se inclinaban sobre la carretera, todo eso se prestaba a pensar en fantasmas y ruidos en la noche. Nora recordó que, al poco de casarse, Catherine había hablado de la casa de un primo de Mark, un edificio antiguo cubierto de hiedra, donde los muebles se movían y las puertas se abrían sin ningún motivo. Catherine y Mark lo contaron con todo lujo de detalles, sin dudar que fuera cierto. Nora se preguntó si tenía algo que ver

con un testamento, una fortuna familiar, una riña o la expulsión de alguien que tenía derecho a estar en la casa. Fuera lo que fuese, esperaba que ninguno de los dos se lo contara a los chicos durante el fin de semana.

Una de las peculiaridades de Catherine era que casi nunca se sentaba. Nora recordó que su madre era igual: siempre iba de aquí para allá. Nora y Una lo llamaban «zascandilear». Era aún peor porque su madre no veía con buenos ojos que las mujeres se sentaran cuando quedaban tareas por hacer. Durante su matrimonio Nora había procurado permanecer sentada todo el tiempo posible por las tardes una vez lavados los cacharros del té; intentaba asegurarse de que nada la obligara a volver a levantarse y estar un rato en la cocina, excepto quizá preparar té para Maurice

y para ella o llenar una bolsa de agua caliente en invierno.

En cuanto llevó la bolsa a la habitación que le habían asignado, la misma que Maurice y ella ocupaban siempre, sintió el deseo irresistible de no salir, de avisar de que se encontraba mal y necesitaba descansar. La expresión de Catherine al verle el pelo no la había ayudado; el hecho de que no hubiera dicho nada de inmediato significaba que se lo guardaba para más tarde, y Nora estaba segura de que entonces tendría mucho que decir.

La granja de Mark era grande. Nora ignoraba cuántos acres tenía, pues Catherine no se lo había dicho a ninguno de sus parientes. Eso significaba que Mark tenía más tierra de la que Catherine estaba dispuesta a reconocer. Si la granja hubiera sido pequeña, Catherine se habría regodeado

quejándose. Durante toda su vida se había comprado ropa de saldo, una costumbre que no cambió al casarse. Pero en lo demás, sobre todo en lo destinado a la casa, gastaba mucho dinero. La frase de Mark que más les gustaba a Nora y Maurice era que «una cosa es cara solo el día que se compra». Semejante idea les resultaba del todo ajena a los dos.

Eso significaba que había dos coches nuevecitos en la entrada, y que había siempre muebles nuevos, o utensilios nuevos en la cocina, adquiridos en Brown Thomas o Switzer's, en Dublín. Nora estaba segura de que Catherine se arreglaba el cabello en Dublín o en alguna peluquería especial de Kilkenny que atendiera a las mujeres de los granjeros ricos. A Catherine le escandalizaría la

idea de que alguien permitiera que Bernie Prendergast, de Enniscorthy, le tiñera el pelo.

Si Maurice estuviera a su lado, pensó Nora, el centro de atención sería él, que se las apañaría con desenvoltura y encanto indolente. Al bajar por la escalera enmoquetada fijándose en el papel pintado, nuevo y caro, y en los marcos flamantes de los grabados que sabía que habían pertenecido a la madre de Mark, comprendió que, si bien parecía que ella era el centro de atención, en realidad era un objeto de compasión. Catherine y Mark se alegrarían de tenerlos a los chicos y a ella ese fin de semana, y se mostrarían amables y hospitalarios, pero también se alegrarían cuando Nora se fuera y ellos ya hubiesen cumplido con su deber. Una vez que empezara a trabajar en

Gibney's, pensó, lo esgrimiría como excusa para no regresar durante una temporada.

Donal y Conor tardaban siempre cierto tiempo en acostumbrarse a la granja. Les gustaban algunas cosas. Si había un motivo para ir al huerto con los primos, aceptaban siempre que no tuvieran que acercarse a las ortigas. Y había una bomba manual que llevaba a la casa agua de un manantial y cuya palanca había que subir y bajar; a los dos les gustaba jugar con ella. Pero si era preciso ponerse botas y ropa vieja y aproximarse a los animales de la granja, o ir a la sala de ordeño o al granero, donde había bostas de vaca, se mostraban recelosos. Observaban y aguardaban, atentos a si se les permitía sentarse con los adultos y escuchar la conversación.

Al entrar en la cocina vio que Catherine había

comprado una lavadora; se la habían llevado de Dublín el día anterior. Catherine tenía el manual delante, sobre la mesa.

—También han traído una secadora —dijo—, pero ni siquiera la hemos desembalado. He decidido concentrarme primero en poner la lavadora. Tendría que habérselo pedido al hombre que vino a instalarla. Pensaba que en cuanto acabara estaría lista para ponerla en marcha. Dilly Halpin, una amiga mía, tiene una, y cuando la llamé por teléfono me dijo que casi había que tener un título universitario para entender las instrucciones.

Hizo un hueco en la mesa para Nora mientras Donal, Conor y dos de sus primos las miraban.

—Solo me faltaría que no funcionara y tuvieran

que llevársela. El caso es que ni siquiera sé ponerla en marcha.

Señaló una serie de diagramas.

—Fíjate, hay diferentes tipos de lavado: para sábanas y manteles, para camisas y blusas, y para prendas más delicadas. Las instrucciones vienen en alemán, francés e inglés, pero puede que la traducción no esté bien y sean más claras en alguno de los otros dos idiomas.

Nora se preguntó si Catherine y sus hijos ya habrían merendado. Eran más de las seis y Catherine accedió a que los niños fueran a ver dibujos animados en la televisión y los programas infantiles que dieran después. Pero no dijo nada de té ni de comida. Nora sabía que los chicos pronto tendrían hambre y se preguntó si Catherine creía que habían comido antes de salir de casa. Lo

extraño, observó, era que su hermana no le daba ocasión de mencionar la comida, sino que le hablaba como si en realidad ella no estuviera presente.

Una vez observado esto, se dio cuenta de que no podía reparar en nada más. Catherine no hablaba para sí misma, era plenamente consciente de la presencia de su hermana en la cocina, pero había creado un ambiente en el que Nora no podía decir nada. Si lo hubiera hecho a propósito, intuyó Nora, no habría surtido efecto, habría sido fácil abrir una brecha. Sin embargo, daba la impresión de que Catherine lo hacía de forma espontánea. Se trataba de algo que Nora había advertido en otras ocasiones, aunque esta vez, con su hermana, era más intenso. Era sólido, como lo es el muro exterior de una bóveda, erigido para oponer

resistencia más que a modo de apoyo. Nora tenía la sensación de estar en un espacio sin aire mientras Catherine cotorreaba sobre su lavadora y su secadora y luego iba al teléfono del recibidor y llamaba a Dilly Halpin, que accedió a pasar para ver si podía ayudarla a poner en marcha la flamante lavadora.

—No le digas a Dilly que te lo he contado —dijo Catherine—, pero la semana pasada fui a Dublín con ella y nos quedamos en casa de su hermana y su cuñado, que es abogado. Es una casa fabulosa, Nora, en Malahide, y hasta tienen una barca. Todo era moderno, nunca he visto nada igual. La familia de él es importante en la industria de la construcción y consiguen muchos contratos, pero a él también le va muy bien. Y Dilly tiene otra hermana, muy simpática, que está casada con

el juez Murphy del Tribunal Supremo. Son muy influyentes en Fianna Fáil. Y otra hermana está casada con un Delahunt y son fabulosamente ricos, o al menos eso me ha dicho Dilly.

Nora nunca había oído a su hermana pronunciar la palabra «fabulosamente» ni hablar de ese modo de una familia.

—Pues bien, por la noche nos llevaron a cenar al hotel Intercontinental: Fergus y Con, que son los cuñados de Dilly, y las dos hermanas; solo nosotros seis. Jamás había visto platos como esos, y el vino... No te diré cuánto costó, pero sé leer al revés y por poco me da un infarto. Ni siquiera se lo he dicho a Mark. Él no se gastaría esa cantidad de dinero, ya lo sabes. Al menos en una cena. Y el restaurante estaba lleno. Había gente de todo tipo. Dilly me acompañó al día siguiente y compramos

la lavadora y la secadora. Quería la misma que tiene ella.

Conor entró y esperó a que Catherine terminara de hablar.

—¿A qué hora vamos a tomar el té? —preguntó —. Los demás ya la han tomado. ¿Cuándo vamos a merendar nosotros?

Catherine lo miró como si no lo hubiera oído bien. Conor se mantuvo firme y, al no obtener respuesta de su tía, miró a Nora.

—¿No estáis viendo la televisión? —preguntó Catherine.

—No hemos merendado —repitió Conor.

—¿Ah, no? —dijo Catherine, que miró desconcertada a Nora.

Nora se sintió como si la acusara de algo.

—Salimos apenas llegaron del colegio. Creía

que merendaríamos aquí.

—Oh, lo siento. Dilly está al caer y Mark no tardará en venir, aunque no sé exactamente a qué hora llegará.

Catherine parecía aturullada. Nora estaba a punto de decirle que un sándwich o una tostada con alubias sería suficiente, pero decidió no despegar los labios. Miró al frente como si no fuera problema suyo. Estaba casi enfadada. Conor seguía allí, observando a su madre y a su tía.

—Cuánto lo siento —dijo Catherine—. Tendría que haber caído en la cuenta.

De pronto puso manos a la obra, atenta y tan dispuesta a asegurarse de satisfacer cualquier necesidad que a Nora se le ocurrió que parte de sus sentimientos, aun cuando no había abierto la boca, se habían transmitido a su hermana.

Catherine se acercó a un frigorífico grande que había en la despensa.

—Tengo hamburguesas —dijo—, y puedo freír patatas. ¿Les parecerá bien? ¿Y te apetece a ti un filete, Nora, o te preparo un par de chuletas? ¿Y por qué no meriendan los chicos en la sala de la televisión?

—Lo que te resulte más fácil —respondió Nora.

En cuanto Dilly Halpin llegó, Nora se encargó de cocinar mientras las otras dos estudiaban el manual de instrucciones de la lavadora. Hizo caso omiso de ellas cuando empezaron a manipular los diversos botones y se concentró en la tarea que tenía entre manos. Se daba cuenta de que a Catherine le parecería bien que se ofreciera el té en la sala donde se encontraban los niños. Decidió no proponerlo, y no se preparó la comida hasta

que sirvió a Donal y Conor y se aseguró de que tenían cuanto necesitaban.

Una vez que la lavadora estuvo en marcha, Dilly Halpin tranquilizó a Catherine asegurándole que la secadora era sencilla, que solo había que encenderla y apagarla, y se sentó a la mesa de la cocina mientras Catherine iba de aquí para allá. Nora se ofreció a prepararles té y ambas aceptaron. Una vez fritas las chuletas, las llevó a la mesa junto con pan moreno y mantequilla. Sirvió el té cuando estuvo listo. No sabía si su presencia era la causa de que la conversación fuera poco fluida, casi forzada. Tenía la impresión de que Catherine y Dilly, más que charlar, representaban un papel para ella. Hablaban de una subasta a la que habían acudido; una subasta del

contenido de una mansión situada en las afueras de Thomastown.

—Pujé por un par de utensilios de chimenea — declaró Dilly—, eran del siglo dieciocho, pero no los conseguí. Un tratante de Dublín pujó contra mí. Aunque le lancé las miradas más furibundas, no sirvió de nada. A ti te fue mejor, Catherine, con esa alfombra tan bonita. ¿Dónde vas a ponerla?

—Voy a darle una sorpresa a Mark y a ponerla en el dormitorio. Necesitaré ayuda, porque una parte tendrá que quedar bajo la cama. Lo único que puedo decir es que espero que se dé cuenta.

—La subasta duró tanto que tuve ganas de ir al baño —dijo Dilly— y decidí entrar en la mansión, de modo que quité el letrero que decía «Prohibido el paso. Propiedad privada» y entré, y cuando subía por la escalera buscando un cuarto de baño

me pilló esa anciana protestante, una tía solterona por la pinta que tenía. Le dije que necesitaba ir al servicio y que no había más lavabos que los de la casa y me dijo que podía ir a cualquier sitio entre Thomastown e Inistioge que me viniera en gana, pero que bajara inmediatamente. Y la vieja marimandona empezó a acercarse a mí. Me dio tanta rabia que cuando vi un campo de ovejas al salir de la finca me bajé del coche y abrí la puerta del cercado.

—Bien que hiciste —dijo Catherine.

—Espero que aún estén buscando las ovejas. ¡Qué grosería la de esa mujer! ¡Todavía se creen que son los dueños del país!

—Tú no sabes cómo son las cosas por aquí —le dijo Catherine a Nora.

—Y suerte tiene esa mujer de que no comprara

los utensilios de chimenea. Si los hubiera llevado conmigo no sé qué habría hecho con ellos.

Al aumentar la indignación de Dilly, junto con la de Catherine, Nora se echó a reír.

—Estaba pensando en los utensilios de chimenea —dijo.

Se levantó de la mesa riendo todavía. Advirtió que Catherine se había sonrojado y que tenía las mandíbulas apretadas. Se aseguró de que los chicos y sus primos seguían viendo la televisión y fue al cuarto de baño, donde se quedó hasta que tuvo la certeza de que no volverían a entrarle ganas de reír. Cuando le pareció que de verdad podía controlarse, regresó y vio que Dilly Halpin se había marchado. Catherine se afanó en la cocina y Nora se percató de que apenas le hablaba, ni siquiera cuando Mark llegó. Así pues, decidió

mostrarse de lo más cordial y animada con su cuñado. Entretanto notaba lo irritada que estaba Catherine.

—Nora, tú puedes estar tranquila —le dijo Catherine—, pero nosotros tenemos que vivir aquí, y aunque veo a los protestantes de las mansiones en la Asociación de Mujeres Rurales Irlandesas y en el club de golf, y aunque se relacionan con Mark en la Asociación de Agricultores Irlandeses y conocían a su padre y a su madre, se cruzan con nosotros por la calle principal de Kilkenny y ni siquiera nos miran. No sé por qué fuimos a esa subasta.

—¿Qué subasta? —preguntó Mark.

—Dilly, la amiga de Catherine, agredió a una protestante con un par de utensilios de chimenea —contestó Nora.

—¡No lo hizo!

—Me ha parecido una mujer muy agradable, Catherine —dijo Nora—, pero, francamente, creía que lo decía en broma. Entre los utensilios de chimenea y lo de las ovejas, era difícil aguantarse la risa.

—¿Qué ovejas? —preguntó Mark.

Se acostaron temprano. Nora se alegró de librarse de ellos y de la conversación sobre subastas y mansiones y lavadoras nuevas. Comprendió que no podía haber hablado de nada con Catherine y Dilly; de nada que tuviera interés para estas o para ella. Se preguntó qué le interesaba y tuvo que concluir que no le interesaba nada. Lo que ella consideraba importante no podía compartirse con nadie. Jim y Margaret habían estado a su lado

cuando Maurice murió, lo que significaba que los tres podían hablar con soltura cada vez que los dos hermanos iban a casa porque, si bien no mencionaban aquellos días pasados en el hospital, la mala experiencia que entonces habían vivido subyacía en cada palabra que pronunciaban. Estaba con ellos igual que el aire de la habitación; tan presente que ninguno de los tres hacía ningún comentario a ese respecto. Para ellos la conversación era ahora una forma de gestionar asuntos. En cambio, para Catherine y Dilly y Mark conversar era algo normal. Se preguntó si alguna vez volvería a ser capaz de tener una conversación normal y de qué temas podría hablar con soltura e interés.

De momento el único tema del que podía hablar era ella misma. E intuía que todos habían oído

hablar bastante de ella. Consideraban que ya era hora de que dejara de atormentarse y pensara en otros asuntos. Pero no había otros asuntos. Solo existía lo que había sucedido. Era como si viviera dentro del agua y hubiera cejado en su lucha por nadar hacia el aire. Sería demasiado. Salir al mundo de los otros le parecía imposible; ni siquiera lo deseaba. ¿Cómo podía explicárselo a quien quisiera saber cómo se encontraba o le preguntara si estaba superando lo ocurrido?

Se despertó temprano temiendo el día que le esperaba. Se preguntó si los chicos se sentirían del mismo modo. ¿También Fiona y Aine temían al despertarse el día que tenían por delante? ¿Y Jim y Margaret? Tal vez, pensó, ellos encontrarán otras cosas en que enfrascarse. Ella podía igualmente hallar otros asuntos en que pensar: el dinero, por

ejemplo, sus hijos o el empleo en Gibney's. Encontrar cosas en que pensar no le representaba ningún problema; el problema era que ahora estaba sola y no tenía la menor idea de cómo vivir. Tendría que aprender, pero era un error intentar hacerlo en una casa ajena. Era un error estar tumbada en una cama extraña cuando la propia también le resultaba extraña. Sin embargo, la extrañeza del hogar no le exigía mostrarse animada. Se dijo que tardaría mucho tiempo en volver a pasar una noche fuera de casa.

Al bajar, se encontró con que Catherine y una vecina de la zona que acudía a ayudarla en las tareas domésticas habían decidido limpiar a fondo la cocina y la despensa antes de instalar la secadora al lado de la lavadora en la despensa. Ya habían retirado la loza de los estantes para quitar

el polvo y Catherine vaciaba los cajones y separaba los objetos en dos grupos: los que tiraría y los que devolvería a su sitio. Conor y uno de sus primos echaban una mano. Donal estaba sentado aparte. En cuanto vio a su madre se encogió de hombros como para dar a entender que aquello ni le iba ni le venía.

—Prepárate tú misma una taza de té, Nora — dijo Catherine—, y a ver si encuentras el pan y la tostadora... Dios, qué tranquilidad cuando esto haya acabado. Pero al menos tengo mucha ayuda.

—Voy a salir a dar un paseo.

Catherine se volvió y la miró desconcertada.

—El tiempo está muy revuelto. No creo que sea un buen día para pasear, y más tarde iremos a Kilkenny, tengo que comprar detergente para esta máquina. Ya ves, casi me arrepiento de haberla

comprado. Pero Dilly dice que ahorra la mitad del trabajo.

—Voy a buscar un paraguas —dijo Nora.

—Están en el paragüero que hay al lado de la puerta principal —le indicó Catherine—. Si sales por esa puerta, ten cuidado. Va muy dura cuando hay tanta humedad.

Era algo de lo que nadie la había advertido. No podía tener sentimientos corrientes, deseos corrientes. Catherine se daba cuenta, pensó, pero no sabía cómo actuar, lo que empeoraba la situación. Al recorrer el camino hacia la carretera Nora sintió una furia que era incapaz de dominar. Sin embargo, sabía que tendría que dominarla. No era razonable pensar que no volvería allí, sentir contra su hermana una furia que hasta ese momento había dirigido únicamente hacia el médico a cargo

de la sala donde Maurice había pasado sus últimos días de vida; una furia que la había llevado a escribirle cartas mentales, cartas que había imaginado que firmaba y echaba al correo, cartas insultantes o fríamente objetivas, cartas en las que le amenazaba con informar allá adonde él fuera de cómo se había comportado cuando su marido se estaba muriendo: que se había negado a atacar el dolor que hacía gemir a Maurice. Había ido a buscar al médico en varias ocasiones, tras preguntar una y otra vez a las enfermeras si podían hacer algo. Estas la seguían hasta la cama, meneaban la cabeza y convenían con ella en que debería hacerse algo. En cambio, el médico — solo de pensar en él apretó el paso, y le preocuparon aún menos las nubes que iban acumulándose— no la había acompañado hasta la

cama, sino que le había dicho que su marido estaba muy enfermo, que tenía el corazón débil y que por eso no quería recetarle nada para aplacar el dolor que pudiera perjudicarle el corazón.

Y por eso Nora, Jim y Margaret habían permanecido junto a la cama de Maurice con la cortina corrida alrededor para que los otros pacientes y sus visitas no lo vieran. Pero sí le oían. Y cuando el padre Quaid de la rectoría y la hermana Thomas del convento de San Juan de Dios fueron a visitarlo también le oyeron. Nora y Margaret cogían las manos a Maurice y le hablaban intentando calmarle y consolarle y le prometían que lo superaría, pero eran conscientes de que el dolor no lo abandonaría hasta que muriera.

Sin embargo, la muerte no llegaba. Y Maurice

sufría hasta el punto de que asirle la mano cuando la tendía resultaba casi peligroso, con tanta fuerza se aferraba. Estaba más vivo de lo que había estado jamás, pensó Nora, debido a sus necesidades y al pánico, al temor y al dolor que parecía arder dentro de él, hasta que bramaba como un animal y entonces se le oía no solo en el pasillo, sino incluso en la recepción del hospital.

No cabía duda, pensó, de que trabajar en un hospital tan pequeño, un hospital que pronto cerraría sus puertas, no era lo que aquel médico había previsto cuando estudiaba medicina. Daba la impresión de que era el único médico del centro, de guardia día y noche, lo que significaba que casi nunca había forma de encontrarlo. Que lo destinaran a un hospital rural sin planta de cirugía ni habitaciones individuales, sin cardiólogos ni

catedráticos que guiaran a los estudiantes por las salas, debía de haber sido una humillación. No sabía nada del sufrimiento ni de la muerte, y Nora lo recordó de pronto hablándole como si ella hiciera perder el tiempo a un hombre muy ocupado. Sentía un odio profundo y activo por él, sentimiento que parecía una extraña clase de placer mientras caminaba y caían las primeras gotas.

Cuando la lluvia arreció, Catherine fue a buscarla en el coche. Donal estaba sentado delante y se bajó para cederle el asiento. Al aguantar la portezuela para que entrara su madre le dedicó una sonrisa de oreja a oreja, como si participaran juntos en una conspiración. Era la primera vez desde hacía meses que Nora le veía sonreír, y

mientras volvían a casa en silencio eso era en lo único en lo que ella pensaba.

Catherine la llevó de regreso a casa como a una niña que hubiera desoído los consejos de personas con más conocimiento.

—Tienes los zapatos hechos una pena —le dijo.

—Ya se secarán.

Nora se cambió de ropa y sacó una novela que había metido en el equipaje. Bajó de puntillas la escalera y se dirigió al salón en vez de a la cocina. Estaba repleto de cuadros y porcelana, jarrones y lámparas que Mark había heredado. Sabía que también los muebles habían pertenecido a la familia de Mark durante generaciones y que alguien de Dublín los había retapizado no hacía mucho. Supuso que, como casi nunca utilizaban el salón, a Catherine, todavía atareada en la cocina,

le irritaría pensar que estaba allí con ropa de trapillo, leyendo un libro sentada en un sillón. Vio un taburete y puso en alto los pies descalzos. Deseó tener más avanzado el libro para así enfrascarse en la lectura. Al final lo dejó, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Le vino a la mente la cara que había puesto Donal mientras le sujetaba la portezuela del coche y se preguntó qué le habría dicho Catherine cuando salieron a buscarla. Lo que quiera que hubiera dicho, o más probablemente su silencio impaciente o el tono de exasperación, le había hecho gracia a Donal, y eso le resultó gracioso a Nora.

Sabía que Catherine telefonaría a Una pese a que, como había heredado curiosos elementos residuales del sentido ahorrativo de su madre, le desagradaba gastarse el dinero en llamadas

interurbanas, en especial si cabía prever que fueran largas, como ocurriría en este caso. Catherine tendría que contar lo maleducada que Nora se había mostrado con su amiga Dilly Halpin, que hasta se había reído de ella con descaro; y que además había salido como una loca a dar un paseo bajo la lluvia y habían tenido que ir a rescatarla, y que, ya en casa, había apoyado los pies en un taburete que acababan de retapizar. Una, imaginó Nora, la escucharía compadecida.

A la una de la tarde volvía a reinar el orden en la cocina. A Catherine le encantaba esa pieza de la casa —Nora lo notaba— y parecía contenta ante la cocina económica, poniendo la mesa o hablando con quienes entraban y salían, incluidos los dos hombres que trabajaban para Mark. Tenía el *Irish Independent* de la mañana abierto en la mesa y de

vez en cuando leía un artículo, aunque siempre brevemente. Nora se sentó frente a ella e intentó interesarse por lo que los hijos de Catherine decían cuando aparecían. Conor le informó de que Donal había encontrado un juego de ajedrez y estaba enseñando a uno de sus primos a jugar.

Catherine iba de la despensa a la cocina y de la cocina a la despensa mientras preparaba la comida. Nora se preguntó si debería ofrecerse a ayudar, pero lo que hizo fue ponerse a leer el periódico, abstraída. Había dejado de comprar periódicos cuando Maurice ingresó en el hospital y en ese momento pensó que podía empezar a comprar el *Irish Times*. Si bien era un diario protestante, publicaba artículos más largos, creía, y mejor escritos que los otros. El *Irish Times* tenía un aire más serio; lo escondería cuando Jim y

Margaret fueran de visita, pues sabía que preferían el *Iris Press*, y de todos modos pensarían que estaba tirando el dinero.

El ambiente de la estancia cambió en cuanto entró Mark. Apenas se quitó la gorra, dio la impresión de que era lo que había esperado con impaciencia toda la mañana: no solo la comida, sino la compañía. Irradiaba una naturalidad en la que Nora reparó de pronto. Se preguntó si se debería a que se había criado en esa casa sabiendo desde siempre que heredaría la granja, pero le pareció que había algo más: los buenos modales de Mark habrían saltado a la vista en cualquier parte. En circunstancias similares Maurice se enfrascaba en algo, una revista, una noticia, un libro, y se quejaba del ruido que armaban los niños, aunque expresaba las quejas con buen

humor y nadie las tomaba en serio, y menos aún los niños.

Nora advirtió que Catherine cambiaba poco a poco en presencia de Mark. Se interesaba por cuanto él decía; le formulaba preguntas inteligentes. No iba tanto de aquí para allá ni al parecer quería hacer dos cosas a la vez. Mientras los niños ponían la mesa, Nora se alegró de estar allí, de librarse de sus pensamientos. Cayó en la cuenta de que era prácticamente la primera vez que se desembarazaba del peso de lo sucedido. Se lo había quitado de encima con solo escuchar la conversación intrascendente de Mark y Catherine; era como si se le hubiera permitido expeler el aire que tuviera en los pulmones y estar allí sentada sin pensar, sin sentir nada. Ignoraba que pudiera ocurrir y se preguntó cuánto duraría.

Por la tarde Catherine quiso ir a Kilkenny, pero Nora se negó en redondo a acompañarla.

—Prefiero un libro, una buena butaca y una habitación donde no haya nadie más —dijo.

—Me parece muy sensato —comentó Mark—. Tratar de aparcar en Kilkenny un sábado es un mal asunto.

—Necesitamos algunas cosas —dijo Catherine—, no tardaremos mucho, y a lo mejor los niños quieren acostarse temprano y entonces podremos relajarnos.

Nora advirtió que Donal, que les estaba escuchando, se sobresaltaba al oír eso. Al igual que ella, no quería ir a ninguna parte. Más aún: no quería que lo agruparan con los otros niños y lo mandaran temprano a la cama. Cuando se sentía presionado, acostumbraba a mantener la vista baja,

levantarla para dirigir una mirada atemorizada a cada persona y luego bajarla de nuevo.

—Donal se queda conmigo —dijo Nora.

Aun así, Donal no la miró. Comoquiera que le hubiera afectado la perspectiva de tener que ir a Kilkenny con su tía y sus primos y después acostarse temprano, tardaría un rato en recuperarse. Enseguida acordaron que uno de los primos se quedaría para jugar al ajedrez con él y que los demás, incluido Conor, irían a Kilkenny.

—Por nada del mundo iría a Kilkenny —le dijo Mark a Nora—. Voy dos veces al año a ver a mi contable, pero casi le pagaría para que viniera él hasta aquí y así no tener que ir nunca. No me importa ir a Thomastown o a Callan, pero Kilkenny tiene un no sé qué... Demasiadas tiendas. Demasiada gente de compras. Demasiadas

personas a las conozco a medias. Esta, en cambio, no se cansa nunca.

Señaló con la cabeza a Catherine, que estaba pintándose los labios.

—Y cuando no es Kilkenny, es Dublín. No me molesta tanto ir a Dublín, sobre todo los jueves, aunque tengo entendido que ya no es tan segura como antes.

—Intentar que te compres ropa va a acabar conmigo —dijo Catherine.

Mark volvió a ponerse la gorra y se calzó las botas en el recibidor. El trabajo en la granja, pensó Nora, debía de ser un alivio constante. Sonrió para sus adentros ante esa idea. Catherine había vaciado el contenido del bolso en la mesa buscando algo. Cuando lo encontró y volvió a llenar el bolso, echó un vistazo a la cocina. Nora

tuvo la impresión de que su hermana contaba con que lavara los cacharros mientras los demás estaban fuera; decidió que no se acercaría al fregadero de Catherine durante ese fin de semana.

—Creo que encenderé la lumbre del salón —dijo—. Tengo un poco de frío.

Sabía que, aunque la casa disponía de calefacción central, rara vez la usaban. El fogón económico mantenía caldeada la cocina.

—No hemos puesto lumbre en el salón desde Navidad —dijo Catherine—, y solo la tuvimos encendida unas pocas horas. No sé en qué estado se encontrará la chimenea.

Nora asintió y esperó a que su hermana añadiera que, de todos modos, intentara encenderla. Como Catherine no lo hizo, decidió que buscaría otro libro en la estantería que había en lo alto de la

escalera, un libro con un principio más interesante que el que había estado leyendo antes de comer, y que pasaría la tarde en la cama. Quizá durmiera incluso. Le complació la idea de relajarse de esa manera una tarde de sábado mientras su hermana pateaba todo Kilkenny llevando a los niños de tienda en tienda.

Ya había anochecido cuando regresaron. Nora había dormido un rato y estaba en el salón, tras haber encontrado y encendido una estufa eléctrica de dos barras.

—Vaya, qué cargado está el ambiente aquí —dijo Catherine.

—Supongo que quieres decir que es cálido —replicó Nora—. El resto de la casa está helado. No sé cómo os las arregláis.

—La calefacción central gasta mucho gasóleo —dijo Catherine—. Es un aparato antiguo. Deberíamos cambiarlo.

Nora disfrutaba de la novela y deseó que su hermana la dejara en paz hasta la hora de irse a la cama. Tuvo la impresión de que Catherine quería sentir que de algún modo había ayudado a cuidar de ella. Esta visita era una forma de hacerlo. Y puesto que Catherine deseaba cuidar de ella, pensó Nora, bien podía ocuparse de cocinar, limpiar y fregar los cacharros y dejarla leer tranquila. Pensó en la conversación telefónica entre Catherine y Una, en que Catherine podría añadir el fregadero lleno de platos sucios y la estufa eléctrica con las dos barras encendidas a la lista de lo que había tenido que soportar durante el fin de semana.

Esa noche, cuando el silencio reinaba en la casa

y los niños ya se habían acostado, Mark le preguntó a Nora si había hecho algún plan y ella les contó que volvería a trabajar en Gibney's. No se lo había contado a nadie, añadió, ni siquiera a Jim y Margaret, ni a Fiona y Aine, ni a los chicos.

—Se lo diré cuando se acerque la fecha.

Por la manera en que Catherine la miraba, Nora dedujo que Una ya le había informado de lo que había oído contar en el club de golf.

—Estarán contentos de tenerte —dijo Catherine.

—No había nada más —repuso Nora—. No tengo más preparación que los conocimientos de taquigrafía y mecanografía, y ya se me han olvidado. Supongo que la gente se compadece de mí, pero solo los Gibney se han compadecido lo bastante para ofrecerme un trabajo.

—¿No podrías arreglártelas con la pensión de

viudedad y lo que hubierais ahorrado? —le preguntó Catherine.

—No teníamos ahorros. Solo poseíamos la casa de Cush y la he vendido; he reservado una parte del dinero para imprevistos y he ido tirando con el resto. La pensión de viudedad es de seis libras a la semana.

—¿Cuánto dices? —preguntó Mark.

—Podría recibir otra pensión, una pensión contributiva por los años que coticé trabajando en Gibney's antes de casarme, aunque han de investigar mi situación económica y el hombre de Bienestar Social cree que tengo dinero ahorrado. Pero no lo tengo, y cuando se convenza quizá me la den.

—¿Y qué te ofrecen los Gibney? —le preguntó Catherine.

Nora sonrió.

—¿Os acordáis de aquella noche en que Billy Considine le preguntó a Mark cuántos acres tenía?

—Perfectamente —respondió Mark, y se echó a reír—. No logró sonsacármelo aquella noche y supongo que tú tampoco vas a decírnoslo. Billy pretendía demostrar que los granjeros vivíamos en la opulencia mientras que los profesores eran los únicos que trabajaban.

—¿De veras no tienes dinero? —preguntó Catherine.

—No, pero voy a trabajar, y Jim y Margaret pagan los estudios de Aine y dentro de dos años Fiona se habrá licenciado. De modo que conseguiré que los chicos y yo salgamos adelante.

—¿Has pensado en Donal? —le preguntó Catherine—. No ha dicho ni una palabra desde que

llegó y la tía Josie está preocupada por cómo habla.

—Ha empezado a tartamudear —dijo Nora—. Y le da mucha vergüenza. Pero no le importuno con eso. Confío en que sea algo pasajero.

—No sé si debería ir a un logopeda —dijo Catherine.

—Mira, cuando habla con su tía Margaret no tartamudea nada. Charla tranquilamente con ella. Está acostumbrado a su tía; por eso me parece que se le pasará.

—Margaret siempre lo ha querido mucho —dijo Catherine—. ¿Te acuerdas del primer verano que pasasteis en Cush, cuando iba en coche todas las noches para verlo? Incluso cuando Donal se dormía ella se quedaba sentada al lado de la cuna sin hacer nada, solo mirándolo.

Nora notó que se entristecía al recordar aquella época. Miró a Mark y advirtió que la observaba con compasión. Se arrepintió de haber permitido que le plantearan preguntas sobre su vida.

—¿Estás segura de que te encuentras en condiciones de trabajar en Gibney's? —le preguntó Catherine—. Es decir, ¿no es un poco pronto?

—No tengo otro remedio. Y esa arpía, Francie Kavanagh, lleva la oficina.

—¿Francie Kavanagh? La llamábamos Sagrado Corazón —recordó Catherine—. No sé por qué.

—Y tendrías que ver a Peggy Gibney. Es más distinguida que tu amiga Dilly. Casi demasiado distinguida para moverse.

—¿Dilly es distinguida? —preguntó Mark.

—Lo es, Mark —respondió Nora, y miró a

Catherine.

—Al salir comentó que estabas muy bien —dijo Catherine—. Será por el nuevo peinado.

—Estaba esperando a que lo sacaras a relucir.

—En Kilkenny hay una mujer maravillosa —dijo Catherine—. Todas nos ponemos en sus manos. Me gustaría que la próxima vez fueras a verla, aunque solo sea para que te comente qué opciones hay.

—Cobra cinco libras la hora —dijo Mark.

—No es cierto, Mark —dijo Catherine—. En serio, tendrías que ir a verla.

—Supongo que debería —repuso Nora, y sonrió.

5

Cuando llegaron casi había oscurecido y la casa estaba fría. Encendió enseguida la lumbre en la habitación del fondo y se cuidó de no dar órdenes ni a Donal ni a Conor. Creía que ya habían soportado suficiente tensión durante el fin de semana; ahora que estaban en casa podían hacer lo que quisieran. Comieron tostadas con alubias y Conor veía la televisión mientras Donal deambulaba intranquilo por la casa.

En el trayecto de vuelta había parado en

Kiltealy para que los chicos cambiaran de asiento y al ver una tienda abierta compró el *Sunday Press*. Consultó la programación televisiva para Conor y vio que echaban una película después de las noticias de las nueve: *Luz que agoniza*, con Ingrid Bergman y Charles Boyer. Se lo comentó a Donal al entrar este en la habitación.

—Es una de las mejores películas que he visto —dijo.

Recordaba que fue antes de casarse: había un cine provisional en Abbey Square y había ido a verla con Greta Wickham. Maurice casi nunca la acompañaba a ver películas durante los años en que salieron juntos y, una vez casados, perdió todo interés por el cine. Estaba demasiado ocupado con Fianna Fáil, escribiendo artículos y corrigiendo trabajos escolares. Y le gustaba pasar una tarde a

solas sabiendo que luego estarían juntos. Era algo que jamás lo había abandonado: el puro placer ante la idea de que estaban casados, de que no tendrían que separarse para ir cada cual a su casa, como había ocurrido durante años antes de que contrajeran matrimonio.

—¿De qué va la película? —le preguntó Conor al oírla.

—De una mujer que está en una casa.

—¿Y nada más?

—Quizá le pa-pasa algo en la ca-casa —dijo Donal.

Conor miró a Nora.

—¿Entran ladrones?

—Tendrías que verla para saber lo buena que es. Y si te la contara se descubriría todo y perdería la gracia.

—¿Podemos verla?

—La echan muy tarde.

—¿Tú vas a verla?

—Sí, creo que sí.

—Entonces veremos el principio y luego decidimos.

—No habrá forma de que te levantes por la mañana.

—Es Donal el que no quiere levantarse.

—No me gusta levantarme de la cama —dijo Donal.

Cuando las noticias de las nueve estaban a punto de terminar, los chicos no se movieron. No recordaba haber visto nunca una película con ellos y casi la halagaba que se fiaran de su opinión sobre *Luz que agoniza*.

Sin embargo, una vez empezada la película advirtió que Conor estaba decepcionado, y probablemente también Donal.

—¿Solo va de esas personas? —preguntó Conor.

En el primer corte publicitario resolvió contarles la trama lo mejor que supiera y dejarles decidir si querían ver el resto de la película.

—El hombre pretende quitarle la casa, quiere que la internen en un manicomio para así encontrar las joyas de la tía de ella. Era lo que hacía en el desván: buscar las joyas.

—¿Y por qué no la mata y ya está? —le preguntó Conor—. ¿Por qué no le clava un cuchillo o le pega un tiro? ¿O la ata?

—Entonces lo pillarían. Quiere vivir en la casa sin la mujer. Pero no quiere acabar en la cárcel.

Los chicos asimilaban la información en silencio al reanudarse la película. Al cabo de unos minutos, en una escena en la que Ingrid Bergman, sola en la casa, se asustaba y se quedaba perpleja al parpadear la luz de gas, Conor se acercó a Nora y se sentó a sus pies.

Había algo en la película que no recordaba. En el pasado le había parecido de suspense o más o menos de terror. Ahora, en cambio, veía algo más. Ingrid Bergman parecía curiosamente sola y vulnerable; cada vez que la cámara le enfocaba el rostro, captaba incertidumbre o una profunda agitación interior en la misma medida que miedo o terror. Estaba inquieta y curiosamente desligada de las cosas. Sus miradas eran nerviosas, sus sonrisas traslucían un intenso desasosiego. Había una sensación de vida interior lacerada. Donal y Conor

estaban ahora hechizados por la película, y en el siguiente corte publicitario también Donal se acercó al sillón de su madre.

Los chicos observaron con suma atención cómo el hombre hacía creer a la mujer que olvidaba cosas y extraviaba objetos. Las maquinaciones del hombre, sus mentiras, y el descaro de la criada con la mujer, acrecentaba la sensación de inquietud y alejamiento. Nora se preguntó si había visto alguna vez a Ingrid Bergman interpretando un papel en una comedia. No le cabía la menor duda de que si alguien llamara a la puerta los tres sabrían que no debían abrirla.

Y cuando en la película la luz de gas volvió a parpadear y la mujer se asustó aún más, los tres contemplaron la escena con muda desazón. Nora pensó que hasta entonces los chicos solo habían

visto películas de aventuras o episodios de *Tolka Row*, una telenovela que Conor encontraba especialmente divertida por el acento dublinés de los personajes. Nunca habían visto una película como esa, y les tocaba algo abierto y en carne viva, como si se encontraran en una casa con una mujer que, pese a todos sus esfuerzos, estaba inquieta y desazonada, que silenciaba sus preocupaciones. A medida que avanzaba la película, más inconcebible le parecía que Ingrid Bergman hubiera nacido en una familia numerosa y feliz, pero Nora pensó que quizá fueran imaginaciones suyas, que tal vez estuviera atribuyendo demasiados significados a la actuación. A lo mejor Ingrid Bergman era simplemente una espléndida actriz. En cualquier caso, evocaba algo misterioso y extraño, del

mismo modo que la ausencia de Maurice, su cuerpo en una tumba, debía de parecerles misteriosa y extraña a los chicos. Se preguntó si no habría sido mejor no haber mencionado la película y que no hubieran pasado la noche del domingo viéndola.

En cuanto terminó, los chicos se fueron a la cama. Ella se quedó sola con los rescoldos de la película, sintiendo los ecos de lo que acababa de ver en la casa donde había vivido con Maurice durante más de veinte años. Cada habitación, cada ruido, cada pedazo de espacio rebosaba no solo de cuanto se había perdido, sino de los años mismos, y de los días. Ahora, en el silencio, lo percibió y lo supo; para los chicos era desconcertante. En la película, de alguna manera, había sido evidente, pero fuera lo que fuese había servido para

inquietarlos todavía más. Se preguntó cuántas otras viejas películas se le presentarían con nuevos significados más oscuros. Imaginó a Ingrid Bergman desprotegida e inocente, y luego apagó las luces y subió a su habitación con la esperanza de dormir hasta la mañana.

El domingo siguiente era su último día de libertad antes de que empezara a trabajar en las oficinas de Gibney's. Se lo dijo a Fiona cuando esta llegó el sábado; se lo dijo también a los chicos, aunque al parecer ellos ya lo sabían. Estaba segura de que no se lo había comentado a nadie delante de ellos; ya hacía rato que se habían acostado la noche en que les comunicó la noticia a Jim y Margaret. El domingo Aine llegó de la escuela para pasar la tarde en casa; habían ido a recogerla unos vecinos

cuya hija también estudiaba en Bunclody. Nora llevaría a las dos chicas de vuelta al internado a tiempo para la hora de estudio.

Margaret leía siempre los periódicos con detenimiento y miraba las ofertas de trabajo. Nora solía decirle en broma a Maurice que si hubiera una vacante de auxiliar de bibliotecario en la otra punta del país, en el oeste del condado de Mayo, Margaret se enteraría y recordaría los requisitos y la fecha límite para la presentación de solicitudes. Por tanto, cuando se anunció que se concederían becas universitarias a los estudiantes cuya familia tuviera unos ingresos inferiores a cierta cantidad, Margaret se lo comentó a Nora diciendo que sin duda Aine reunía las condiciones. El único problema, añadió, era que Aine había dejado el latín y lo necesitaría para entrar en el University

College de Dublín, donde Maurice había estudiado cuando obtuvo una beca universitaria. Nora ignoraba que Aine había dejado el latín. Por lo visto Aine se lo había dicho a su tía, pero no a ella.

El domingo Aine le dijo que Margaret le había escrito ofreciéndose a pagarle clases particulares de latín durante las vacaciones y aconsejándole que se limitara a sacar un aprobado para concentrarse en las otras asignaturas. Nora no sabía si quejarse de que Margaret no le hubiera consultado antes a ella, de que ni siquiera se lo hubiera dicho. Al parecer, Margaret había tomado las riendas de la formación de Aine. Pero llegó a la conclusión de que era mejor no darle demasiadas vueltas. Le dijo a Aine que coincidía

con Margaret en que debería recibir clases particulares de latín.

Por la tarde observó cómo durante unas horas los chicos se transformaban por obra de la presencia de sus hermanas. Conor las siguió de habitación en habitación y, cuando las muchachas lo expulsaron de su dormitorio, bajó a preguntar cuánto faltaba para que Fiona tomara el tren a Dublín y Aine regresara a la escuela. Luego volvió a subir y se quedó sentado en lo alto de la escalera hasta que ellas se ablandaron y lo dejaron entrar en el dormitorio.

Donal había comprado un carrete para la cámara; pidió a todos que posaran para sacarles fotografías. Aunque el flash solo funcionaba a veces, no se desanimó. Llevaba la correa de la

cámara colgada del cuello y se mostraba más alerta y participativo que de costumbre.

A medida que avanzaba la tarde, Nora se daba cuenta de que no la necesitaban. Sonrió para sus adentros al pensar que si salía de casa a hurtadillas para dar un paseo ninguno de los cuatro se percataría. Únicamente cuando Una llegó y bajaron las chicas comenzó a convertirse en el centro de atención.

—Es estupendo que te hayas arreglado el pelo antes de empezar a trabajar —dijo Aine.

—Quería decirte que te queda muy bien —dijo Fiona—, pero con la sorpresa que me llevé...

—Cuando tengáis nuestra edad, chicas —la interrumpió Una—, ya os habréis hecho de todo en el pelo.

—¿Vas a trabajar a jornada completa? —

preguntó Aine.

Nora asintió.

—¿Y qué van a hacer los chicos cuando estés en la oficina?

—Estaré en casa antes de las seis.

—Pero ellos llegarán a las tres y media o las cuatro.

—Pueden hacer los deberes.

—Limpiaremos la casa —dijo Conor.

—No hace falta que limpiéis nuestra habitación —repuso Aine.

—La limpiaremos, la pondremos patas arriba y encontraremos las cartas de vuestros novios.

—Mami, no debe entrar en nuestro dormitorio —dijo Aine.

—Conor es un dechado de discreción —afirmó Nora.

—¿Qué es un dechado de discreción? — preguntó Conor.

—Quiere decir que eres un renacuajo metomentodo —respondió Fiona.

—No, en serio —dijo Aine—, ¿no sería mejor que te esperaran en casa de alguien?

—No pienso ir a nin-ninguna parte —dijo Donal.

—Donal cuidará de Conor si pasa algo —dijo Nora—. Y vendré a almorzar a mediodía.

—¿Quién hará la comida?

—La dejaré preparada por la noche y Donal añadirá las patatas en cuanto llegue.

Se sentía sometida a un interrogatorio y no sabía si cambiar de tema. Tenía la extraña impresión de que los cinco desconfiaban de ella, como si fuera a trabajar en Gibney's con la intención de eludir sus

verdaderas obligaciones. Sus hijos no sabían qué poco dinero tenía, y no estaba segura de lo que Catherine le habría contado a Una. Puesto que el coche seguía en su sitio y la casa no parecía afectada por la pobreza, no tenían idea de lo precario que era todo, pese a la venta de la casa de Cush, ni de que, si no se ponía a trabajar, tendría que vender el coche y plantearse la posibilidad de mudarse a una vivienda más pequeña.

—¿Por qué no te vas a vivir a Dublín y buscas trabajo allí? —le preguntó Aine.

—¿Qué clase de trabajo?

—No sé... En una oficina.

—Yo no quiero ir a Dublín —dijo Conor—. No soporto a los dublineses.

—¿Qué tienen de malo? —le preguntó Una.

—Son como la señora Butler de *Tolka Row* — contestó Conor—, o como la señora Feeney o Jack Nolan o Peggy Nolan. Hablan mucho y no hacen nada.

—Podríamos dejarte solo aquí y procurar que no te pierdas ni un episodio —dijo Fiona.

—Esa mujer, Sagrado Corazón, ¿todavía dirige la oficina de Gibney's? —preguntó Una—. ¿Cómo se llama?

—Francie Kavanagh —respondió Nora.

—¿Te acuerdas de Breda Dobbs? —preguntó Una—. Pues bien, su hija trabajaba en la oficina. Ay, Dios, quizá no debería contarlo. Conor, como vayas por ahí con el cuento, yo misma te arrancaré las orejas a mordiscos.

—Tus secretos están a salvo con Conor —dijo Fiona.

—No diré ni una palabra —afirmó él.

—Pues bien, la hija de Breda odiaba a Sagrado Corazón y trabajó allí durante años antes de casarse. Y el último día se vengó.

Una se interrumpió.

—¿Qué hizo? —preguntó Fiona.

—Quizá no debería haber empezado a contarlo —dijo Una.

—Sigue —le indicó Fiona.

—Pues bien, todos sabían que una de las costumbres de Sagrado Corazón es que nunca hace la pausa del almuerzo. Trabaja el día entero sin comer. Supongo que por eso a las cuatro de la tarde está de un humor de mil diablos. Y colgaba el abrigo en el pasillo, con los de los demás. La hija de Breda la odiaba tanto que durante una semana se dedicó a recoger cacas de perro y una

mañana metió las que había recogido en los dos bolsillos del abrigo de Sagrado Corazón, y a las cuatro le preguntó a Corazón, o comoquiera que se llame, si podía salir quince minutos antes, ya que era su último día, y Corazón le respondió que desde luego que no y que volviera inmediatamente a su mesa. Aquel día Sagrado Corazón se quedó trabajando hasta tarde, de modo que nadie llegó a ver lo que pasó. A lo mejor no se dio cuenta hasta que ya iba camino de casa y metió las manos en los bolsillos.

—¿Eran grandes los bolsillos? —preguntó Conor.

—Conque ahora cuelga el abrigo en su despacho —continuó Una—, pero lo curioso es que a la mañana siguiente fue a trabajar con el mismo abrigo, como si no hubiera pasado nada. Es

un abrigo marrón viejo y, por lo que sé, puede que todavía lo tenga.

—Puaj —exclamó Fiona.

—Imagino que a la hija de los Dobbs no le trajo suerte hacer eso.

—Bueno, se casó con uno de los Gething de Oulart, un buen muchacho, y tienen un bungalow. Él tiene su propio negocio. He jugado al golf con ella unas cuantas veces y no encontraríais a una chica mejor. Lo que pasa es que estaba harta, nada más.

—Habría sido peor que hubiera puesto caca de caballo —dijo Conor.

—O ca-caca de la vaca —dijo Donal.

De camino a Bunclody, Aine, sentada a su lado en el coche, le preguntó si sabía que Una salía con un

hombre del club de golf. La amiga de Aine, en el asiento trasero, afirmó que su madre, socia del club de golf, también lo había oído decir.

—¿Una? —preguntó Nora.

—Sí; por eso está de tan buen humor. Se lo preguntamos cuando subió a nuestra habitación pero se puso colorada y solo dijo que siempre corrían chismes en el club de golf.

Nora calculó que, puesto que ella tenía cuarenta y seis, Una tenía cuarenta, o no tardaría en cumplirlos. Hacía unos años Catherine y ella habían llegado a la conclusión de que Una nunca se casaría, sino que seguiría trabajando en las oficinas de Roche's Maltings y viviendo en la casa que había compartido con su madre hasta que esta murió.

—¿Y no sabéis quién es el afortunado? —

preguntó.

—No, aunque le dijimos que si no nos lo decía haríamos correr el rumor de que se trataba de Larry Kearney. Se puso hecha una furia, pero aun así no nos lo dijo.

Sabía que Larry Kearney era un borrachín de la ciudad que a menudo se sentaba en el suelo a la puerta de los pubs en los que le prohibían la entrada. Hacía unos años, cuando Catherine y Una habían ido con Rose Lacey y Lily Devereux a un hotel con campo de golf del condado de Cavan, una tarde tuvieron que tomar el té con una pareja dublinesa muy esnob que les habló de su pijo club de golf de Dublín. Se dieron aires hasta que Lily Devereux le dijo con voz altisonante al marido dublinés que era la viva imagen de un hombre de Enniscorthy llamado Larry Kearney, uno de los

mejores golfistas del condado de Wexford, y añadió que quizá fueran parientes. Catherine salió corriendo del restaurante muerta de risa, y Una no tardó en seguirla.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Aine cuando atravesaban Clohamon.

—¿Larry Kearney es socio del club de golf?

—No; no seas ridícula.

Más tarde Donal y Conor la acompañaron a llevar a Fiona al tren en el que regresaría a Dublín. Mientras los chicos estaban en el puente de hierro, Nora advirtió que Fiona parecía triste.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Detesto tener que volver —contestó Fiona.

—¿Hay algún problema?

—Las monjas, la residencia de estudiantes, la

escuela de magisterio entera. Todo, la verdad.

—Pero tienes amigos.

—Sí, y todos detestamos aquello.

—Pasarás el verano en Londres y solo te falta un año y entonces podrás venir a casa.

—¿A casa?

—Bueno, ¿adónde vas a ir si no?

—Podría quedarme en Dublín y estudiar una carrera por la noche.

—Fiona, estoy pasando muchos apuros. No sé si tendré dinero suficiente.

—¿No cobras la pensión? ¿Y el dinero de la casa de Cush? ¿Y no vas a empezar a trabajar en Gibney's?

—En Gibney's me pagarán doce libras semanales.

—¿Nada más?

—Thomas, el hijo, no se anduvo con rodeos. Más o menos vino a decir que lo tomara o lo dejara. Su padre y su madre se deshicieron en zalamerías. Pero él es quien maneja el dinero. Así es como funcionan los negocios, y no es que yo sepa nada de negocios.

—Supongo que podría buscar trabajo aquí —musitó Fiona.

—Esperemos a ver qué pasa —dijo Nora.

Fiona asintió y en ese momento Conor anunció que llegaba el tren.

—Siento lo de la casa de Cush —dijo Nora.

—Ah, ya lo he olvidado —repuso Fiona—. Me enfadé aquel día, al enterarme, pero ya se me ha pasado.

Cogió su maletita.

En el trayecto de vuelta a casa, Donal dijo que

había echado una ojeada al *Sunday Press* y había visto que esa noche echaban otra película en la televisión.

—¿Cómo se titula? —preguntó ella.

Donal guardó silencio y Nora se dio cuenta de que era porque no podía pronunciar el título.

—Contén el aliento, respira despacio —le dijo.

—*Ho-horizontes perdidos*.

—No estoy segura de cuál es, pero de todas formas podemos ver el principio.

—La de la semana pasada era rara y daba miedo —dijo Conor.

—¿Te gustó de todos modos? —le preguntó Nora.

—La conté en el colegio y el señor Dunne dijo que no tendría que haberme quedado levantado hasta tan tarde.

—¿Cómo es que la contaste?

—Todos tenemos que contar una historia y el viernes me tocó a mí.

—¿En la cla-clase de irlandés o en la de inglés?

—preguntó Donal.

—En la de inglés, imbécil.

—No llames imbécil a tu hermano —le dijo Nora.

—Porque ¿cómo dirías «Luz que agoniza» en irlandés? —preguntó Conor.

Nora supo cuál era la película en cuanto leyó la descripción en el periódico. Recordó el nombre Shangri-La, y estaba segura de que una vez Maurice y ella se habían reído al ver en Dublín una casa con ese nombre en la puerta de la verja. Se preguntaron si los dueños se habrían

aventurado en el mundo y habrían descubierto su verdadera edad. Al recordar la película le pareció que era de género fantástico, inocua en comparación con *Luz que agoniza*, y cuando los chicos le pidieron permiso para verla accedió diciendo que podían irse a la cama si se aburrían.

Pero apenas comenzó la película percibió algo penetrante y extraño en ella. En primer lugar, la música; luego el accidente del avión era aterrador, tan realista que casi daban ganas de apartar la mirada. En el primer corte publicitario los chicos le pidieron que les contara la trama.

—Es como Tír na nÓg —les dijo—. Es Shangri-La, y la gente no envejece. Algunas de esas personas tal vez tengan cien o doscientos años pero parecen jóvenes.

—¿Son tan viejas como la señora Franklin? —

preguntó Conor.

—Sí, y más aún. La señora Franklin parecería una jovencita en cuanto entrara en Shangri-La. Pero es una película.

Poco a poco, sin embargo, al avanzar la película, comprendió que vieran lo que vieses les recordaría sus circunstancias en mayor medida que cualquier cosa que se hubiera dicho en la casa durante el día. No sabía si estaba bien o mal permanecer así con los chicos, en un silencio quebrado por la música dramática y las voces quedas que salían del televisor. No lograba acordarse del nombre del actor que encarnaba al protagonista; creía que no lo había visto en ninguna otra película. Era un arquetipo: digno de confianza, fuerte, romántico, rebosante de franqueza y de curiosidad.

Durante la escena en la que el Lama comenzaba a debilitarse y quedaba claro que iba a morir, Conor se acercó a Nora, que le dio un cojín para que se sentara en el suelo a su lado. Donal no se aproximó. A Nora le pareció que el chico se había metido en esa película aún más que en *Luz que agoniza*. En el siguiente corte, Donal miró los anuncios y ni siquiera apartó la vista del televisor cuando Conor empezó a formular preguntas que ella intentó contestar.

Nora sabía qué pasaría en la película; acababa de recordarlo: los tres personajes se iban, caminaban por las altas montañas con la esperanza de que los rescataran y los llevaran de vuelta a Inglaterra. Y el rostro de la mujer se marchitaba apenas salían del lugar sagrado de Shangri-La. Y a continuación su fallecimiento, y el hermano del

protagonista precipitándose horrorizado a su propia muerte, a lo que seguían el rescate y el regreso a Inglaterra.

En la última parte de la película Donal comenzó a removerse en la silla. El héroe quería volver, quería dejar el mundo y todo lo conocido y caminar hasta encontrarlo de nuevo: hasta hallar el lugar apartado en el que nadie daría jamás con él y donde no añoraría su hogar sino que viviría en el paraíso, donde no envejecería. El mensaje era tan evidente que Nora no tuvo que preguntarse qué estarían pensando los chicos: pensaban que eso era lo que había hecho su padre. Ella daba vueltas al mismo pensamiento, que tuvo idéntico efecto en los tres, de modo que al acabar la película no hubo necesidad de mencionarlo. Apagaron el televisor y

cuando los chicos se fueron a la cama se dispuso a preparar la comida del día siguiente.

Por la mañana, mientras cruzaba la ciudad para su primer día de trabajo, se sintió observada. Se había levantado temprano y pasó un rato eligiendo la ropa que se pondría. Había procurado que no fuera demasiado elegante pero tampoco andrajosa o anticuada. No hacía tanto frío como para llevar uno de los dos abrigos de lana que tenía, de modo que sacó un impermeable que había comprado antes de que Maurice enfermara y que aún no había estrenado. Era demasiado vistoso y le habría quedado mejor a una mujer más joven, pero era el único que tenía que no era demasiado grueso para una mañana como esa.

Al llegar a Court Street comprendió que era un error. Se cruzó con mujeres que iban a trabajar al

hospital Saint John y con hombres que se dirigían al trabajo en Roche's Maltings. Todos la miraban: el pelo teñido y el impermeable rojo. No quería toparse con nadie que la conociera bien, con nadie que se detuviera a hablar con ella y le hiciera preguntas. Recorrió presurosa Friary Hill y Friary Place para no encontrarse con nadie. Atravesó Slaney Place y se tranquilizó al alcanzar el puente. Ya casi había llegado. Una vez en el edificio de oficinas debía preguntar a la recepcionista por la señorita Kavanagh. No tenía sentido, pensó, tratar de ser afable y cordial con Francie Kavanagh. Nunca habían simpatizado y no iban a simpatizar ahora. Solo esperaba que, sabiendo que el propio William Gibney le había ofrecido el empleo en presencia de su esposa, Peggy, y que Maurice había dado clases en la escuela a los dos chicos

Gibney, Francie Kavanagh se portara con educación.

Cuando la recepcionista le preguntó cómo se llamaba, se sorprendió hablando de forma demasiado altisonante, por lo que la mujer se la quedó mirando. Ese tono, pensó Nora, no serviría de nada allí. Se concentró en mostrarse callada y apacible, pero también eficiente y plenamente dueña de sí misma. No tenía la menor idea de qué trabajo realizaría. Thomas Gibney le había dicho que le correspondía decidirlo a la señorita Kavanagh, si bien cualquier tarea que le asignaran sería nueva para ella y requeriría tiempo aprenderla. Aguardó en recepción mientras algunos oficinistas pasaban a su lado por el estrecho pasillo. La mayoría eran mujeres y mucho

más jóvenes que ella. Algunas tenían aspecto de colegialas.

Por fin la recepcionista avisó a la señorita Kavanagh de la presencia de Nora.

—Vaya, ha elegido usted la peor mañana de todo el año —gritó la señorita Kavanagh a través de la ventana medio abierta entre el despacho de la recepcionista y el pasillo—. No sé qué vamos a hacer. ¿Quién le ha dicho que venga hoy?

—El señor Thomas Gibney dijo que tenía que empezar esta mañana —respondió Nora.

—Ah, el señor Thomas Gibney, ya verá cuando lo coja por banda —dijo la señorita Kavanagh, y se puso a revolver en los cajones de un archivador.

Al cabo de un rato desapareció y, al ver que no volvía a aparecer, Nora intentó llamar la atención

de la recepcionista, pero esta no alzó la vista. Si bien se preguntó si debía levantar la voz y exigir que la atendieran, consideró mejor no hacerlo.

Mientras esperaba, abrió la puerta una joven que parecía distinta de las que habían entrado antes. Llevaba un corte de pelo bonito y ropa cara. Hasta las gafas eran especiales.

—¿Es usted la señora Webster? —preguntó.

—Ah, sé quién eres —dijo Nora—. No te pareces a ninguna de las otras que andan por aquí. Eres Elizabeth.

—Santo cielo, espero no parecerme a las demás.

—Eres una Gibney, lo he notado —dijo Nora.

—Vaya, haría lo que fuera por no parecerlo, pero aquí me tiene. No me quería nadie más, de modo que estoy de nuevo en Enniscorthy, viviendo

en casa y trabajando en la oficina. Las dos cosas que dije que no haría jamás.

—Conocí a tu abuela paterna, y eres su vivo retrato.

—La recuerdo muy bien —repuso Elizabeth—. Se metió en la cama de aquella casa y no volvió a levantarse. Que yo sepa, igual sigue allí.

Nora vaciló un momento. Se preguntaba si debería pedirle que la ayudara a encontrar a la señorita Kavanagh.

—¿Espera a alguien? —le preguntó Elizabeth.

—Sí, a la señorita Kavanagh.

—¿No se sabe dónde está? Por lo general anda trajinando de aquí para allá.

—Apareció y luego se esfumó.

—Sí, va a menudo al departamento de contabilidad a dar vueltas y a gritar un rato. Lo

mejor será que venga usted conmigo y luego nos escabulliremos sin que ella nos vea.

Nora cruzó tras Elizabeth una puerta hacia una gran oficina con mucha actividad y la siguió hasta una habitación pequeña con una ventana desde la que se veían las montañas a lo lejos y el patio, con numerosos camiones y coches aparcados. La habitación tenía archivadores y dos escritorios.

—Lo único que he conseguido desde que volví —dijo Elizabeth— es que trasladaran a Elsa Doyle de este despacho al contiguo, junto con su pichi y su bizquera. Empezó a escuchar mis conversaciones telefónicas y a comentarlas conmigo.

—¿Elsa Doyle? —preguntó Nora—. ¿La hija de Davy Doyle?

—Esa misma —respondió Elizabeth—. Tan

entrometida como su padre, pero sin la astucia de él. Dije en casa que volvería a Dublín y me ganaría la vida haciendo la calle si no la sacaban de mi despacho. Y eso que era el suyo antes que yo llegara. ¿Le gustaría ocupar su escritorio?

—¿Qué escritorio?

Elizabeth señaló el que estaba más cerca de la puerta.

—¿Por qué no se lo queda antes de que alguien se lo impida? Diré que lo dijo mi padre y nadie me llevará la contraria.

Nora se quedó sentada al escritorio mientras Elizabeth salía y regresaba con té y galletas en una bandeja.

—Tengo mis propias galletas. Las guardo en un escondite. Y ándese con ojo: Francisabidilla Kavanagh la está buscando. Tiene ganas de pelea.

Me ha preguntado si la he visto a usted. No le he dicho ni que sí ni que no.

—¿No tendría que ir a verla?

—Tómese primero el té.

Al cabo de poco una mujer entró para decir que la señorita Kavanagh esperaba en su despacho a la señora Webster y que tenía órdenes de acompañarla hasta allí de inmediato. El despacho de la señorita Kavanagh se hallaba al fondo de la oficina; una ventana le permitía ver cuanto ocurría.

—¿Le dijeron el señor William padre o el señor Thomas lo que va a hacer aquí? —le preguntó la señorita Kavanagh, que alzó la vista un momento y a continuación hojeó unos papeles que tenía en el escritorio.

—No, no me lo han dicho.

—Tampoco a mí, y los dos están en Dublín, conque tendremos que resolverlo nosotras solas.

Nora no dijo nada.

—Esa Elizabeth Gibney es la chica más gandula de Irlanda —añadió la señorita Kavanagh—, y la más desagradable. Sea la hija del jefe o no lo sea, a mí me da lo mismo. Yo trato igual a todo el mundo. Y echó a la pobre Elsa Doyle de su despacho. Elsa es muy servicial.

De pronto levantó la vista.

—Bien, siempre hago una cosa con todos los que empiezan a trabajar aquí.

Sacó una carpeta.

—Es una suma larga —dijo tendiendo a Nora una hoja muy sucia con filas de números de seis cifras que ocupaban toda la página y la mitad de la otra cara—. A ver si puede sumarme eso, como

una buena mujer —agregó mirando directamente a Nora y entregándole un bolígrafo.

Nora comenzó a sumar. Era una de las cosas que se le daban bien cuando trabajaba en Gibney's años atrás; una de las cosas que el anciano señor Gibney, incapaz de realizar una suma sin equivocarse, siempre le pedía que hiciera. No hizo caso de la señorita Kavanagh, que mientras ella sumaba las cifras seguía mirándola fijamente. Tras sumar los dígitos de la primera columna, anotó el resultado.

—¡No escriba las cifras en ese papel! Quiero volver a utilizarlo. ¡Use este!

La señorita Kavanagh le alargó un pedacito de papel, lo que provocó que Nora se desconcentrara. Decidió que era mejor empezar de nuevo, para asegurarse de que no se equivocaba. Después de

sumar las dos primeras columnas y ya enfrascada en la mitad de la tercera, la señorita Kavanagh volvió a interrumpirla.

—¿Le dijeron el señor William padre o el señor Thomas que tenía que compartir el despacho con esa Elizabeth?

Nora alzó la vista y sostuvo la mirada de la señorita Kavanagh.

—¿Y bien? —preguntó esta.

Nora bajó la cabeza y empezó a sumar la tercera columna desde el principio. Trató de no pensar en que tenía enfrente a la señorita Kavanagh y de centrar toda su atención en sumar las cifras. Casi se desarrollaba una batalla entre las dos y, si la señorita Kavanagh volvía a hablar, estaba dispuesta a pedirle educadamente que hiciera el favor de no interrumpirla. Pero con estos

pensamientos olvidó dónde se había quedado y no estaba segura de cuánto se había llevado de la tercera columna. Se detuvo un instante, y al detenerse perdió por completo la concentración.

—Dese prisa —le dijo la señorita Kavanagh—. No tengo todo el día.

Nora decidió que, una vez más, tendría que empezar desde el principio. Sumó los dígitos de la primera columna tan deprisa como pudo, pero el resultado no coincidía con la cifra que había anotado tras el primer intento. Tendría que repetir la operación, y esta vez la haría con mucha calma y detenimiento. Si un año atrás se le hubiese presentado esa escena, habría sido en una pesadilla. La idea de sumar números, de que Francie Kavanagh la supervisara, habría resultado inconcebible. No encajaba en ningún futuro que

hubiera vislumbrado para sí misma. Una vez más, esos pensamientos le impidieron concentrarse y tuvo que parar. Miró hacia la oficina.

—Ahí fuera no hay nadie que le interese a usted en este momento —dijo la señorita Kavanagh—. Ponga manos a la obra y céntrese en las cifras.

No podía hacer otra cosa. Durante un instante se preguntó si todos los años en los que no había trabajado, los años dedicados a cocinar y a limpiar la casa, a cuidar de los hijos y luego a acompañar a Maurice durante la enfermedad, habían hecho mella en su capacidad para concentrar la mente en una sola cosa. Si así fuera, tendría que esforzarse más, sumar los números sin pensar en ninguna otra cosa. No debía de ser imposible. Tenía que atajar lo que quiera que le pasara por el pensamiento. Tan solo esas cifras.

Volvió a empezar desde el principio y avanzó con confianza y eficiencia, sin permitir que nada le impidiera obtener el resultado correcto al pie de cada columna y llevarse la cantidad correcta al pasar a la siguiente, y finalmente entregó el total a Francie Kavanagh en silencio, con solo un leve atisbo de arrogancia y desdén.

La señorita Kavanagh miró el total y abrió el primer cajón del escritorio para sacar una calculadora. Salió a la oficina y gritó:

—Que alguien venga ahora mismo. ¡Usted, señorita Lambert! Venga aquí.

Una joven entró en el despacho sin mirar directamente ni a la señorita Kavanagh ni a Nora.

—Quiero que compruebe estos números en la calculadora. Y no le enseñe el resultado a la señora Webster hasta que yo lo haya visto.

Tráigamelo a mí. Estaré en contabilidad. ¡Y dese prisa! La señora Webster se ha pasado todo el día haciéndola.

La joven cogió el papel que le tendía la señorita Kavanagh y salió del despacho.

A la hora del almuerzo, Nora había perdido toda la mañana esperando a la señorita Kavanagh o sufriendo sus befas. Una vez que salió de la oficina y cruzó el puente, parecía que hubiera retrocedido veinte años; el sentimiento de pura libertad era el mismo. Cuando salía de Gibney's a la hora del almuerzo o por la tarde, siempre había intentado fingir que no regresaría nunca más, que sus días allí habían terminado. Ahora, mientras cruzaba Castle Hill camino de casa, no resultaba difícil tener de nuevo aquel sentimiento; era casi

inevitable. Volvería a experimentarlo a las cinco y media, una vez finalizada la jornada.

6

Tras muchas negociaciones se acordó que pasaría las mañanas en el despacho de Elizabeth trabajando con pedidos y facturas, y después de comer iría a la oficina a ocuparse de los salarios, comisiones y gastos de los viajantes de comercio de la empresa. La señorita Kavanagh le comentó que esa era la tarea más difícil, puesto que cada viajante cobraba una cantidad distinta, pero que podía consultar los archivos para conocer los detalles. Las negociaciones sobre los sueldos, dijo

la señorita Kavanagh, se habían realizado hacía muchos años con los viajantes veteranos, y en fechas más recientes entre los de menor edad y el señor Thomas Gibney. Ninguno sabía qué se pagaba a los otros, ni tenían por qué saberlo, afirmó la señorita Kavanagh, pero todos albergaban recelos y resentimiento.

—Si por mí fuera —dijo—, les daría solo las comisiones, sin sueldo, y entonces veríamos buenos resultados y mejorarían sus modales. Si alguno viene a verla personalmente cuando se enteren de que es la encargada de los salarios, no lo mire siquiera. Rece una oración y envíemelo a mí. Y si vienen y la asedian cuando yo no esté aquí, dícales que tiene órdenes de la señorita Kavanagh de no hablar con ellos bajo ningún concepto.

Nora se distrajo un momento mirando el abrigo marrón colgado de un gancho en el despacho de la señorita Kavanagh. Se preguntó si sería el mismo del que Una le había hablado.

—Señora Webster, ¿debo suponer que me ha entendido?

—La he entendido perfectamente —respondió Nora con frialdad.

De la docena de viajantes, algunos disponían de un coche de la empresa; otros no. Algunos cobraban dietas de desplazamiento más altas que otros, y unos cuantos tenían además un contrato según el cual, si conseguían unas ventas superiores a cierta cifra en un año determinado, se les aumentarían las dietas de desplazamiento o las comisiones, o ambas en algunos casos. Un cajón de un archivador estaba repleto de facturas de los

viajantes, y solo unas pocas contenían acuerdos pormenorizados sobre las remuneraciones. En otro cajón había cartas de queja o reclamación de los viajantes; en cuanto Nora las examinó, le proporcionaron una idea más clara de los acuerdos entre estos y la empresa.

Elizabeth se echó a reír cuando Nora le habló de la complejidad de ocuparse del dinero que había que pagar a esos hombres.

—Mi padre, el viejo William, dice que es la única manera de mantener bien despiertos a los viajantes.

Poco a poco Nora se dio cuenta de que la señorita Kavanagh, pese a afirmar lo contrario, no entendía el sistema. Una muchacha llamada Marian Brickley se había ocupado del asunto durante muchos años y había dejado su puesto para

casarse. Desde entonces reinaba el caos. La señorita Kavanagh se limitaba a amenazar con echar de la oficina a quien se le ocurría quejarse. El desbarajuste había empeorado con cada nueva empleada a quien asignaban la tarea de solucionarlo, hasta que algunos viajeros acudieron a ver al señor William Gibney padre, que ordenó a su hijo Thomas que se encargara de la cuestión. Thomas decidió que Nora sería la persona más indicada para lidiar con ellos y con las pagas que se les adeudaban, y con la propia señorita Kavanagh, que, aquejada de una soberana antipatía personal hacia los viajeros, por lo visto pensaba que un día sin un escandaloso enfrentamiento con al menos uno de ellos era un día desperdiciado.

Nora encontró una pila de carpetas en el

armario del material de escritorio. Sin consultar a nadie, las llevó a su mesa, escribió en cada una el nombre de un viajante y comenzó a recopilar notas sobre los acuerdos que cada uno tenía con Gibney's. Cuando se cruzaba con alguno y la señorita Kavanagh no prestaba atención, le pedía un informe detallado del contrato que había firmado con la empresa, así como una hoja con la cantidad de dinero que consideraba que se le debía y por qué conceptos. La mayoría de ellos llevaba mucho tiempo esperando a que les abonaran comisiones o dietas. Puesto que era nueva en la empresa, empezaron a estar pendientes de ella, algunos con inquietud, otros más resueltos y dispuestos a aguardarla junto a la puerta cuando llegaba por las mañanas o cuando se marchaba.

Un viajante le dijo que debía anotar en una hoja

suelta la cantidad que se adeudaba a cada uno, solo la cantidad, escribir «Pago urgente» y entregársela a la señorita Kavanagh. Al mirar en los archivos encontró copias de esas hojas sueltas, por lo que creyó que era cierto. Pero también le dijeron que los pagos se efectuaban una vez al mes en un día que nunca era fijo, y que la persona que decidía la fecha de pago era la señorita Kavanagh.

Cuando los viajeros se acercaban a hablar con la señorita Kavanagh estando cerca Nora, la mujer siempre decía lo mismo tras salir a la puerta de su despacho a saludarlos:

«Como ve, la señora Webster y yo estamos hasta arriba de trabajo. —Acto seguido se retiraba gritando—: ¡Tendrá que volver en otro momento, hágame el favor!», antes de cerrarle la puerta en las narices.

Al preparar las carpetas Nora creó abreviaturas para los viajantes: MC significaba Muy Calvo; HP, Hueso y Pellejo; SR, Sonriente; F, Fullero. MD quería decir Mala Dentadura y CA, Caspa. Pronto les puso un mote a todos, que tan solo compartía con Donal y Conor, que los memorizaban a medida que ella los inventaba. Los obligó a jurar que le guardarían el secreto.

La señorita Kavanagh se peleaba con todo el mundo, salvo el señor William Gibney padre y sus dos hijos. En cuanto aparecían se volvía sumisa pero, tras sonreírles y hacerles reverencias, no bien se marchaban, llamaba al despacho a alguna de las auxiliares de contabilidad o mecanógrafas de menor categoría y se ponía a gritar, o salía a la oficina, se paraba detrás de una chica y le decía a voces: «¿Qué está haciendo? ¿Qué está haciendo

en este mismo momento que justifique su presencia en este edificio?».

La señorita Kavanagh y Elizabeth Gibney se ignoraban mutuamente.

—No es como las demás personas —le dijo Elizabeth a Nora—, porque muerde mucho más de lo que ladra. ¿A que le han contado que la mujer que había antes que usted se marchó para casarse?

Nora asintió.

—Un día la pobre enloqueció de tal modo que sacó el contenido de un archivador y lo lanzó por el aire mientras decía palabras muy poco edificantes sobre la señorita Francisabidilla. Luego expresó su opinión acerca de mi padre, de mis hermanos y de mí y salió chillando a la calle. Llamamos a su familia, que vive en Ballindaggin, para que se la llevaran a casa. Thomas y yo

tuvimos que quedarnos hasta entrada la noche guardando los papeles en el archivador para que mi padre, el viejo William, no se enterara de lo ocurrido. No quiere oír ni una sola palabra contra Francisabidilla. No sabe que no tengo ningún trato con la vieja marimandona. Conseguí llegar a un acuerdo con el joven William y Thomas porque les amenacé. Juré que me vengaría de maneras inimaginables hasta ahora si no me proporcionaban un despacho y le decían a Francisabidilla que tenía prohibido acercarse a mí.

Nora disfrutaba de las mañanas en compañía de Elizabeth, aun cuando veía que se pasaba la mayor parte del día trazando planes para el fin de semana o comentando por teléfono el anterior. Descubrió que le resultaba fácil trabajar en el despacho con

ella. Elizabeth solo le dirigía la palabra cuando las personas a las que llamaba no estaban disponibles. Tenía un teléfono con línea directa al exterior y otro conectado a la centralita de la oficina. A menudo contaba los mismos hechos de su vida personal a una amistad tras otra. Nora se enteró de que en Dublín había un hombre serio, formal y bien situado que quería ver a Elizabeth cada fin de semana.

Algunas semanas Elizabeth evitaba las llamadas de ese hombre, dejaba sonar el teléfono de la línea directa si creía que se trataba de Roger. Luego telefoneaba a alguna amistad, le hablaba de la llamada de Roger y le pedía que le aconsejara la mejor manera de eludirlo en Dublín el sábado por la noche, y en una conversación posterior con él se aseguraba de que estaría disponible para

acompañarla a una cena o a un baile en caso de que ella fuera a Dublín.

—Me gusta. No sé qué me evoca —le dijo a Nora—. Tal vez un buen coche al que una está acostumbrada, un coche que nunca se estropea. O un abrigo que no te pones pero que te alegras de tener. Y está loco por mí, lo que también ayuda. ¡Pero me encantaría vivir un gran idilio! Es decir, con un hombre un poquito más impetuoso. Me gustaría que fuera con un jugador internacional de rugby, por ejemplo. Mike Gibson, digamos, o Willie John McBride. Roger me llevó a una de las cenas que dan tras los partidos y estaban todos allí. No escuché nada de lo que Roger dijo esa noche. Si me hubiera dicho que Dios Todopoderoso es mujer y que vive con su marido en Bellefield, habría asentido. Ojalá William o

Thomas jugaran al rugby y me presentaran como es debido a los miembros del equipo. Me encantaría ir a ver un partido en el estadio Lansdowne Road sabiendo que luego me encontraría con los jugadores, ya duchados y de punta en blanco, en el Jury's o el Gresham y que todos me conocerían.

Cada viernes a las cuatro de la tarde Elizabeth Gibney se marchaba de la oficina e iba en coche a Dublín. Compartía una habitación en un piso de Herbert Street y las noches de los viernes y de los sábados salía con sus amistades y el domingo por la noche regresaba a Enniscorthy. Los sábados por la tarde iba de compras a Grafton Street. Algunos fines de semana veía a Roger; otros no le decía que pensaba ir a Dublín y el lunes le contaba a Nora que había estado a punto de toparse con él, que se había librado por los pelos de

encontrárselo en bailes de clubes de tenis o en saraos del equipo de rugby. Los días laborables intentaba recuperarse del fin de semana y se quejaba de que en la ciudad no podía salir, pues todos la reconocían como una Gibney. Por tanto, si salía entre semana iba a Wexford o a Rosslare, y por lo general con sus hermanos y los amigos de estos. Hablaba de esas salidas como si fueran una obligación. Los días laborables su verdadera vida transcurría al teléfono con sus amistades de Dublín. A Nora casi le divertía ver que no sabía el nombre de ninguna de las chicas y mujeres de la oficina, quitando a Elsa Doyle, a quien había expulsado del despacho. Si estaba al teléfono cuando entraba alguna de ellas, pedía a su interlocutor que esperara un momento y se quedaba mirando a la intrusa hasta que esta salía del

despacho, y entonces reanudaba la conversación sobre el fin de semana.

Un lunes Elizabeth no llegó al trabajo hasta cerca de las once. Nora se dio cuenta de que podía realizar las tareas de la mañana en menos de dos horas sin la distracción que le ofrecía la hija del jefe, y que podía ocuparse de las comisiones de los viajantes, tras haber desenmarañado los detalles, si no debía lidiar también con la señorita Kavanagh. Le gustaba la tranquilidad, tener el despacho para sí sola.

Elizabeth parecía muy alterada cuando llegó.

—¿Ha llamado alguien?

—No —contestó Nora.

—¿En ninguno de los dos teléfonos?

—No ha llamado nadie.

Se acercó a ver si los teléfonos estaban bien

colgados.

—¿Está segura?

—Sí.

—¿Qué es un secretario municipal? —dijo Elizabeth—. Se lo he preguntado a mi madre y me ha dicho que es alguien que dirige un municipio. ¿Es cierto?

—Sí —contestó Nora—. Es un buen trabajo. Muchos secretarios municipales llegan a ser administradores de condado.

—Conocí a uno anoche.

—¿Al secretario municipal de dónde?

—Ese es el problema. No me acuerdo. Se llamaba, o se llama, Ray; es lo único que sé. Alguien me presentó como su prometida, conque quizá tenga una prometida que anoche se quedó en

casa viendo la televisión, o quizá sea que me parezco a la prometida de alguien.

—¿Era simpático?

—A las cuatro de la noche me pidió que me casara con él, o a punto estuvo de hacerlo. Eso fue simpático.

—¿Y qué le dijiste?

Elizabeth volvió a echar un vistazo a los teléfonos.

—Lo conocí con Una y su prometido en el club de golf de Rosslare. Había una fiesta y fui. Thomas estuvo conmigo un rato. Fui con él y su novia, pero luego me puse a hablar con Una, que es muy simpática y que, como el aburrido de Thomas y su novia doña Sosa ya se iban, me dijo que su prometido me llevaría a casa después de que tomáramos unas copas en el Talbot, pero al final

no hizo falta. Mi secretario municipal me acompañó a casa. A lo mejor es el secretario municipal de Wexford.

—Sería un trabajo estupendo —dijo Nora—. Y será fácil averiguarlo.

—Si no me llama, ¿le importaría llamar a su hermana para conocer todos los detalles sobre él?

Nora dudó. Veía a Una con cierta frecuencia, pero ella no le había contado que tenía novio, y menos aún un prometido. No quería llamarla ahora de parte de Elizabeth, pues podía dar la impresión de que pretendía fisgar en su vida.

—Seguro que te llama él. Me parece que los secretarios municipales tienen mucho trabajo los lunes por la mañana.

—O quizá esté llamando a su verdadera prometida —dijo Elizabeth.

—¿Y Una estaba en forma?

—Ah, sí, son una pareja adorable. Alguien lo comentó anoche en Rosslare, y es cierto.

Al llegar el verano, Fiona se fue a Londres, donde había encontrado trabajo en un hotel de Earl's Court, y escribió para decir que estaba disfrutando de la vida. Las tiendas de ropa, decía la carta, eran las mejores del mundo y los mercadillos de los sábados, una maravilla. Londres era mejor de lo que había imaginado. Aine escribió desde la Gaeltacht de Kerry para decir que había conocido a un hombre que se acordaba de su padre y del tío Jim cuando estuvieron estudiando irlandés hacía

casi cuarenta años. Contaba que había incluso una mujer que en aquel entonces se había prendado del tío Jim pero, en palabras de la mujer, él fue demasiado lento y por eso ella se casó con otro.

Los chicos iban al club de tenis casi a diario. Conor estaba siempre esperándola a la hora en que ella llegaba a casa; al acercarse lo veía asomado a la ventana. Sabía que era demasiado pequeño para quedarse solo e intentaba asegurarse de que fuera a casa de sus amigos hasta que en agosto Aine regresara de la Gaeltacht y pudiera cuidar de él, o por lo menos estar presente si él iba a casa durante el día.

Los sábados y los domingos, si hacía buen tiempo, Nora iba con los chicos a Curraclloe o a Bentley, y en una ocasión se aventuró hacia el sur hasta Rosslare Strand. Costaba imaginar que hacía

solo un año habían estado en la casa de Cush como si nada fuera a cambiar. En la playa de Curracloe temió que los chicos miraran hacia el norte y se acordaran de la playa, más estrecha y pedregosa, al pie de los acantilados que habían conocido toda su vida. En cambio, se mostraron más preocupados por dónde ponía Nora la esterilla, por encontrar un buen lugar entre las dunas que quedara resguardado. Conor quería estar a su lado; ella no sabía si tumbarse a leer un libro o el periódico, o si debía tratar de averiguar de qué quería hablar o qué le apetecía hacer. Donal había llevado consigo un libro de fotografía que le había regalado la tía Margaret y estaba contento porque acordaron que no tendría que meterse en el agua y que estarían de vuelta en la ciudad a las seis, hora a la que solía ir al club de tenis.

Se dijo que era curioso que hasta entonces no hubiera dedicado un solo pensamiento a si eran felices o no, ni hubiera intentado adivinar qué pensaban. Los había cuidado hasta que le resultó difícil ocuparse de ellos. Maurice la quería a su lado cuando estaba ingresado en Dublín tras el primer infarto de miocardio; ella no pudo negárselo. No podía dejarlo solo en el hospital. Recordó los ojos de Maurice pendientes de ella cuando llegaba cada día, la sensación de alivio que sustituía al pánico y luego la preocupación que la invadía por la noche al separarse de él. Sabía lo solo que debía de sentirse. Sin duda Maurice era consciente de la gravedad de su estado. Pero no estaba segura; daba la impresión de que creía que iban a llevarlo a casa porque estaba recuperándose. No obstante, debía de saber que

ella no habría pasado todo ese tiempo a su lado en Dublín si él no se estuviera muriendo.

Advirtió que Conor la observaba.

—¿No vas a bañarte? —le preguntó el chico.

—Dentro de un rato. ¿Por qué no vas a ver si el agua está caliente?

—¿Y si no lo está?

—Nos bañaremos de todos modos, pero al menos lo sabremos.

Esta era, pensó, una época que valoraría en el futuro. Al cabo de un par de años Donal ya no querría ir con ellos. Tal vez ahora solo les acompañaba porque suponía cuánto lo deseaba ella. Donal sabía leerle el pensamiento o calibrar las situaciones, una capacidad que Conor aún no poseía, que acaso nunca desarrollara. Donal habría intuido, o casi, que en ese momento estaba

pensando en Maurice. Conor, por su parte, solo era consciente de lo que ocurría ante sus ojos o de lo que iba a pasar a continuación. Estando con Donal a veces sentía miedo, pero con Conor sus temores podían ser aún mayores: temía por su inocencia, por su tierna lealtad, por su franca necesidad de que lo cuidaran.

Cuando Fiona regresó de Londres, Nora invitó a Jim y Margaret y a Una a ir a tomar el té. Una le dijo que pasaría temprano, al terminar de trabajar, pero que no se quedaría a tomar el té. No le dio ninguna explicación.

En cuanto Una llegó, Fiona bajó toda la ropa que había comprado en Londres. Nora había visto una maleta grande al ir a recogerla a la estación de ferrocarril, pero Fiona no dijo nada de sus nuevas

adquisiciones. Había comprado unos pendientes muy discretos a Nora, una blusa para Aine y libros para los chicos. Sin embargo, ahora que Una estaba en casa, quedó claro que había comprado varios vestidos, faldas y blusas de vivos colores; la mayor parte de los vestidos y las blusas eran escotados y de tela fina. Cada vez que enseñaba una de las prendas traídas de Londres, Una la animaba a salir de la habitación y a volver con ella puesta. Hacía comentarios sobre cada una y decía que Fiona estaba adquiriendo una imagen muy moderna, sobre todo con los pendientes de aro que se había comprado y un pañuelo en la cabeza. Aine intervenía proponiendo diversas combinaciones y accesorios, y a veces se levantaba para arreglarle el pelo a su hermana. A Una y Aine les encantó un vestido color teja

confeccionado con una tela de algodón fina; aconsejaron a Fiona que se lo pusiera con pendientes, un pañuelo color teja y sandalias, sin medias.

—Si te lo pones para ir a misa, te mirará toda la ciudad, no te digo más —comentó Una.

—Quedaría muy bien para los domingos... —dijo Aine.

—No vas a ir a misa en esta ciudad vestida de ese modo —interrumpió Nora.

Las otras tres se la quedaron mirando como si fuera una intrusa en la habitación.

—Bueno, tendría que ser un día de mucho calor —dijo Una—. Es decir, la tela es muy fina. Pero el estilo es precioso...

Nora volvió a interrumpir la conversación.

—Puede que sea precioso en Londres, o en una

revista, pero no aquí.

Las tres miraron a Nora y luego se miraron entre sí. Era evidente que habían hablado de ella hacía poco, ya fuera en persona o por carta. Durante el tiempo que Maurice había estado enfermo y los chicos se habían quedado con Josie, Una había vivido en la casa con Aine y veían a Fiona algunas veces. Lo curioso era que, desde la enfermedad de Maurice, esta era la primera ocasión en que Nora se encontraba a solas con las tres en la habitación. Era como estar en una sala con personas que se conocían mutuamente en aspectos que ella ignoraba; que tenían una lengua común; y, quizá más importante, que entendían el silencio de las otras.

En ese momento se le pasó por la cabeza que Fiona y Aine sabían del idilio de Una más que

ella; que les habría dicho quién era su prometido y les habría contado sus planes. Pese a los veinte años que separaban a Una de las chicas, el tiempo que habían pasado juntas las había unido. Habían hablado de ropa y de sus respectivas vidas con desparpajo como si fueran hermanas. Habían excluido a Nora, igual que la excluían ahora; o quizá, pensó, era ella quien las había excluido. Se sentía muchos años mayor. El vínculo que unía a las tres estaba al descubierto; un vínculo que había nacido de forma tan natural que Nora intuía que ninguna de ellas sabía siquiera de su existencia. Se habría creado debido a la ausencia de Maurice tanto como a la suya propia, y debía de haber sido una manera de enmascarar el dolor que sentían las chicas. Nora cruzó la habitación sin mirarlas para ir a la cocina.

Una vez que se presentaron Jim y Margaret y aparecieron los chicos, fue más fácil. A Margaret no le interesaba la ropa y tan solo le alegraba que Fiona hubiera llegado sana y salva a casa. Cuando Una se marchó y Margaret fue a charlar con Donal en la sala de estar, Aine y Jim hablaron de varios sitios de la península de Dingle, de las familias a las que Aine había conocido en Ballyferriter y Dún Chaoin y de que quizá Jim hubiera tratado con algunos miembros de la generación anterior. Nora se fijó en que a Jim se le iluminaban los ojos cada vez que Aine mencionaba nombres de lugares o de personas. Tenía unos sesenta y cinco años; quince más que Maurice. Trabajaba en lo mismo que siempre. Había sido mensajero en la guerra de Independencia y había estado recluido durante la Guerra Civil. Todos aquellos años de emociones,

seguidos de los veranos pasados en la península de Dingle, debían de parecerle cosas de un pasado lejano, imaginó Nora. Era el hombre más conservador que conocía. Lo era desde la primera vez que lo había visto.

Como trabajaba en el Consejo del Condado, Margaret ganaba más que Jim y tenía aún menos necesidades que él. Le complacía pagar la escuela de Aine y darles a Fiona y los chicos dinero para sus gastos; eso le permitía ser partícipe de cómo vivían y de qué planes tenían para el futuro. Cuando se sentaron a comer, a Nora le divirtió observar que Fiona describía a sus tíos los sitios de interés cultural de Londres en vez de los tenderetes del sábado y las tiendas de ropa barata. Fiona había visto una obra de Shakespeare en la

que los actores se sentaban entre el público y se ponían de pie en los momentos más inesperados.

—¿Y cómo sa-sabías que eran actores? —le preguntó Donal.

—Eso mismo iba a preguntar yo —dijo Margaret.

—Iban caracterizados y se sabían el texto —respondió Fiona—. De todos modos, cuando se levantaban la sorpresa era mayúscula.

—Bueno, espero que eso no se imponga —dijo Margaret—. De lo contrario, nunca sabríamos dónde estamos. El hombre sentado a nuestro lado podría ser Bull McCabe.

—No, creo que solo lo hacen en Londres y es una novedad —dijo Fiona.

Hablaron de las clases particulares de latín de Aine, y Margaret insistió en que las retomara en

Navidad y Semana Santa para tener la seguridad de que aprobaría el examen. Luego pasaron al tema de las cámaras y de qué debía hacer Donal para comprar carretes y revelarlos.

—Podrías quitarles a Pat Crane y Sean Carty el negocio de las fotos de comunión y confirmación —dijo Jim—. Pon un anuncio en el *Echo* diciendo que vas a cobrar la mitad que ellos.

—O podrías colorearlas —dijo Fiona.

—No me gus-gustan los colores —dijo Donal muy serio.

—No, solo le gusta el blanco y negro —intervino Margaret.

Nadie le preguntó a Nora por Gibney's ni hizo la menor alusión a ese respecto. Nadie mencionó tampoco el trabajo de Jim ni el de Margaret. Todo se centraba en los cuatro hijos, en su futuro. Cada

palabra que ellos decían era recogida por sus tíos y se meditaba y comentaba. Las quejas de Conor sobre su raqueta de tenis, su observación de que un amigo suyo tenía una mejor, se abordaron con seriedad y comprensión. Se debatió si era peligroso que Fiona y sus amigas fueran a Dublín haciendo autoestop y luego el precio de los billetes de tren de ida y vuelta para un fin de semana comparados con los de ida y vuelta el mismo día y después el precio de los viajes en autocar.

Al acabar la velada Nora tuvo la impresión de que sabía más detalles acerca de la vida de sus hijos de los que había conocido en meses. Jim y Margaret se habían encargado de que no hubiera silencio y de que los temas que se comentaban parecieran naturales y de interés inmediato para

alguno de los cuatro chicos. Sin embargo, no se había mencionado que Donal y Conor se quedaban solos en casa cuando ella estaba en la oficina, a menos que fueran al club de tenis, ni el hecho de que la señorita Kavanagh comenzaba a tratarla con el mismo grado de agudo desdén que reservaba para las empleadas de la oficina más despreciadas. Había sido una noche común y corriente, la primera desde hacía mucho tiempo, y Nora casi lo agradeció cuando se fue a la cama.

El lunes siguiente, en el trabajo, Elizabeth estuvo muy atareada evitando las llamadas de Roger y luego esperándolas frenética. Habló dos o tres veces con Ray y al colgar el teléfono comentó con Nora la posibilidad de que alguien le contara a Roger lo de Ray, o de coincidir con Ray en un

baile del equipo de rugby o en el bar de algún club de golf estando en compañía de Roger.

—El caso es que me gustan los dos —dijo—. Roger es muy formal y pertenece a todos los clubes que existen y habla muy bien. Pero sin Ray me aburriría como una ostra aquí. No sé si usted se imagina lo que es pasar una noche con el viejo William, el joven William y Thomas analizando la estrategia empresarial. Están dale que dale con el tema incluso mientras comen. No me extraña que mi madre no salga nunca de casa: es por la vergüenza de estar tan aburrida. No sé de qué hablan los tres últimamente, pero se traen algo entre manos. Le dan a la lengua durante horas y horas y escriben listas y cifras. Cualquiera diría que gobiernan el país.

A medida que su vida amorosa se volvía más

intensa y complicada, Elizabeth pasaba más tiempo al teléfono hablando de sus ramificaciones con sus amistades. Las facturas de las que era responsable no tardaron en acumularse. Un viernes por la mañana Nora vio que metía en sobres facturas que no había anotado en el libro de registro. Si bien Elizabeth no le dirigía la palabra a la señorita Kavanagh ni trabajaba directamente para ella, cada semana había que llevar al despacho de esta el libro de registro con la lista de las facturas expedidas para que lo revisara con puntilloso esmero. Pese al tiempo que pasaba al teléfono, Elizabeth no solía cometer errores en el trabajo. No obstante, con frecuencia surgían dudas pero, como la señorita Kavanagh tenía prohibido tratar con Elizabeth, a menudo le hablaba a Nora con un tono de rabia apenas contenida y le pedía

que transmitiera a la señorita Gibney lo que le había dicho. En ocasiones mandaba a alguna chica de la oficina con la orden de quedarse delante de la señorita Gibney hasta que colgara el auricular y luego recabar los datos sobre las facturas que la señorita Kavanagh necesitaba.

Tras descubrir que se habían enviado las facturas sin anotarlas en el libro de registro, la señorita Kavanagh fue a hablar con Thomas Gibney y, según supo Nora, señaló que eran esta y Elizabeth quienes habían omitido consignar los datos. Una tarde que Thomas fue al despacho de la señorita Kavanagh, pidieron a Nora que entrara y cerraron la puerta.

—Es una situación muy delicada —dijo Thomas—. No tenemos registradas las facturas y, si no las

pagan, nos será imposible dar cuenta de ellas. Jamás había ocurrido.

La señorita Kavanagh estaba de pie a su lado con una expresión de gran pesar. Nora miraba a uno y otra sin decir nada.

—Señora Webster, tengo entendido que se le ha explicado el sistema varias veces —dijo Thomas—. No es muy complicado.

Nora no respondió.

—Las facturas no se pueden enviar a menos que se hayan recogido todos los datos en el libro de registro —continuó Thomas—. Lo ocurrido es imperdonable y podría ocasionar una pérdida económica a la empresa.

—¿Ha terminado, señor Gibney? —preguntó Nora.

—¿A qué se refiere? —preguntó Thomas.

—Quiero saber si ha terminado de hablar. Y cuando haya terminado quizá desee preguntarle a la señorita Kavanagh si esto tiene algo que ver conmigo, por poco que sea, y ella le dirá...

Cuando la señorita Kavanagh hizo ademán de interrumpirla, Nora salió cerrando la puerta tras de sí. Al poco vio que Thomas iba del despacho de la señorita Kavanagh al que ocupaba su hermana. Parecía resuelto. Nora no levantó la cabeza al oír gritos. Notó que todos en la oficina aguzaban el oído. La señorita Kavanagh cerró la puerta de su despacho y no salió de él durante el resto de la tarde.

La semana siguiente la señorita Kavanagh empezó a acosar a Elizabeth Gibney después de que, por lo que Nora creyó entrever, Thomas le hubiera dado permiso para hacerlo. Con Nora se

comportaba con frialdad y daba la impresión de no saber muy bien cómo actuar. Por las mañanas esperaba a que Elizabeth llegara y entonces anunciaba que deseaba ver en el libro de registro todos los asientos del día anterior; las facturas pendientes de envío debían dejarse en una caja fuera del despacho de Elizabeth para que la señorita Kavanagh las revisara.

La tercera mañana, tras haber entrado cuatro veces en el despacho y haber encontrado a Elizabeth al teléfono en cada ocasión, cerró la puerta, cogió una silla y, sentándose enfrente de la joven, escuchó la conversación con aire de impaciencia. Como Elizabeth siguió haciendo planes para el fin de semana, la señorita Kavanagh tomó del escritorio el libro de registro. Lo volvió

hacia la muchacha y comenzó a repasar los asientos.

—Perdona —dijo Elizabeth por teléfono—, debo colgar. Ya te llamaré más tarde. Tengo delante a una persona que es un espantajo, pero con menos modales.

Colgó el auricular.

—Bien, señorita Kavanagh —dijo Elizabeth—, si vuelve a entrar en mi despacho y llega a tocar siquiera algo de mi escritorio, le buscaré una jaula bonita y bien grande y la encerraré en ella; será el lugar más adecuado para usted.

—Señorita Gibney, no he venido a aguantar sus insultos.

—A lo mejor ha venido a eso.

—Le hablaré de usted a su padre.

—Un momentito, señorita Francie. Ahora mismo

lo llamo de su parte.

Descolgó el auricular, marcó una extensión y pidió que le pasaran con su padre.

—¿Viejo William? Hola, papá. Tengo aquí a la Kavanagh esa y quiere verte. ¿Y te importaría decirle cuando la veas que no ponga las garras en mis cosas ni sus sucios pies en mi despacho? ¿Y podrías volver a meter a Thomas en la perrera? Sí, te la envío ahora mismo.

Nora no pudo menos que felicitar a Elizabeth por haber plantado cara a la señorita Kavanagh, aunque sabía que a ella le resultaba fácil lo que para cualquier otro habría sido imposible. Estaban riéndose cuando la señorita Kavanagh regresó en busca del libro de registro. Clavó la vista en Nora durante un segundo. La mirada era tan dolida como amenazadora.

La noche de un sábado de octubre, estando Jim y Margaret de visita, Nora puso las noticias de las nueve. Apenas comenzó el boletín informativo pasaron la filmación de unos disturbios y una carga policial mientras el locutor explicaba que los hechos habían ocurrido esa misma tarde en Derry. Nora se sorprendió llamando a Donal, que se hallaba en la otra habitación, para que fuera a verlo. No tardó en aparecer también Conor, que estaba en pijama. Los chicos se quedaron mirando mientras la cámara parecía oscilar y la gente en la televisión gritaba y corría huyendo de algo.

—¿Es una película? —preguntó Conor.

—No, son las noticias. Es Derry.

El locutor aseguró que una manifestación celebrada en Derry había desembocado en

disturbios cuando la policía comenzó a golpear con porras a la multitud. A continuación se pasaron imágenes de una escena en la que varios agentes levantaban las porras contra hombres que tenían las manos en la cabeza para protegerse. Uno de los hombres aporreados, dijo el locutor, se llamaba Gerry Fitt y era parlamentario. La cámara mostró dos o tres manifestantes que habían caído al suelo y luego siguió a otros que corrían con la policía pisándoles los talones. Después enfocó a una mujer que gritaba.

Al terminar las noticias Conor volvió a subir a su habitación. Donal preguntó cuál era la causa de los disturbios.

—Los derechos civiles —respondió Jim.

—Los católicos se manifestaban por los derechos civiles —añadió Margaret.

—De-Derry está en Ir-Irlanda del Norte —dijo Donal—. Tiene un color distinto en los mapas.

—Sí, pero de todos modos es el mismo país —dijo Margaret.

Nora advirtió lo alerta que se había puesto Jim. Suponiendo que querría comentar la noticia, bajó el sonido del televisor cuando Donal salió de la habitación. Si en vida de Maurice hubiera ocurrido algo parecido, Jim y él habrían hablado de cada uno de los aspectos durante largo rato. Al ver que Jim no decía nada le preguntó qué opinaba.

—Es una lucha en la que no me gustaría estar metido —respondió—. No tendrá una salida fácil.

Al día siguiente Nora habló después de misa con varias personas que también habían visto la carga policial en la televisión; compró algunos periódicos del domingo para informarse de los

hechos. Más tarde salió a dar un paseo, como no se cruzó con ningún conocido, no tuvo ocasión de comentar con nadie lo sucedido en Derry.

El lunes en el trabajo supuso que todo el mundo hablaría de la noticia, pero era como si no hubiera ocurrido nada. Elizabeth había pasado el fin de semana en Dublín y no había visto los disturbios en la televisión. Asintió distraída cuando Nora se lo contó. Realizó varias llamadas telefónicas mientras Nora trabajaba.

Por la tarde, estaba Nora trabajando en unos dossiers con una de las jóvenes auxiliares de contabilidad cuando la señorita Kavanagh llegó y se las quedó mirando.

—Por el amor de Dios, ¿qué están haciendo? —preguntó.

Nora decidió no hacerle caso.

—Señora Webster, ¡míreme cuando le hablo! —
exclamó la señorita Kavanagh.

Nora se levantó del escritorio.

—¿Puedo hablar con usted a solas en su despacho, señorita Kavanagh? —le preguntó.

—Estoy ocupada, señora Webster.

—Necesito hablar con usted en su despacho.

Siguió a la señorita Kavanagh cuando esta se dio la vuelta de mala gana y entró en el despacho.

—Señorita Kavanagh, me voy a casa.

—No son ni las cinco y media.

—Señorita Kavanagh, tenga la bondad de dominar su mal genio y no alzar la voz cuando estoy trabajando.

—Me pagan para hacer que esta oficina vaya sobre ruedas y no necesito que me replique usted, señora Webster, ni nadie como usted.

—Me pagan para que cumpla con mi trabajo, señorita Kavanagh, y sus chillidos no son de gran ayuda.

—¡Váyase pues, doña mucho silencio en casa! ¡Fuera de aquí ahora mismo! Si ve al señor Thomas, puede decirle que yo la he mandado a casa.

Nora cruzó la ciudad a pie. Si se encontraba con algún conocido intentaba saludarlo como hacía normalmente. Al acercarse a casa rebosaba de energía y se preguntó si no debería volver en coche a la oficina para enfrentarse una vez más a la señorita Kavanagh. Cuando subía los escalones de la puerta principal, los pensamientos de lo que diría a la señorita Kavanagh e incluso a Thomas Gibney quedaron interrumpidos por un llanto.

Apenas abrió la puerta con la llave, el llanto cesó y se hizo un silencio.

—¿Quién hay aquí? —gritó—. ¿Hay alguien en casa?

Donal salió de la habitación del fondo con aire de culpabilidad. Conor apareció tras él; era evidente que había llorado.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Pasa algo?

Ninguno de los dos respondió.

—Conor, ¿estás bien?

—No-no te esperábamos en ca-casa tan pronto —dijo Donal.

—Donal, ¿por qué llora Conor?

—Ahora no estoy llorando.

—Pero has llorado. Te he oído desde la puerta.

—Ha in-intentado abrirme la cámara —respondió Donal.

Poco a poco salió a la luz que cada día se enzarzaban en alguna disputa en el lapso entre que llegaban de la escuela y ella regresaba a casa. Daba la impresión de que a los dos les parecía que no tenía nada de extraño. El tono de Donal era desafiante; el de Conor, casi avergonzado. Ninguno de los dos quería que se entrometiera. Tras escuchar a ambos esperó a que Conor saliera de la habitación.

—Es más pequeño que tú, no tiene a nadie más que lo cuide.

Donal no dijo nada.

—Quiero que me prometas que no le harás llorar nunca más. Y guarda la cámara en un lugar seguro y así no la tocará. ¿Me lo prometes?

Donal asintió y se quedó con la mirada perdida.

Esa noche Nora no pudo dormir. Se preguntó si

había algún lugar al que pudieran ir los chicos al salir de la escuela, o alguien que pudiera ir a la casa a cuidarlos durante las dos horas desde el final de la jornada escolar hasta que ella llegaba a casa. El año siguiente, esperaba, Fiona daría clases en la ciudad y estaría en casa a última hora de la tarde. Hasta entonces, tendría que hablar a menudo con Donal y vigilar a Conor con cuidado. Recordaba que Donal había tenido muchos celos de Conor cuando este era un bebé y la gente le prestaba toda su atención. Y que si Conor tenía un juguete nuevo, incluso uno para el que su hermano ya era demasiado mayor, Donal distorsionaba las cosas a fin de hacerse con el control del juguete y decidir cuándo debía tenerlo Conor y cuándo no. Conor siempre le permitía actuar así como si fuera algo natural. Pero no era natural ahora, del mismo

modo que no era natural que los dos se quedaran en casa solos.

Se representó la casa, lo extrañamente llena de ausencia que debía de estar. Era consciente de que los cambios que habían experimentado sus vidas les parecían normales. Los chicos no observaban de la misma manera que ella cada escena, cada momento, en busca de lo que faltaba o de lo que podría haber habido. La muerte del padre había penetrado una parte de ellos de la que, por lo que percibía, no tenían conciencia. No veían lo inquietos que estaban, y quizá nadie lo viera aparte de ella, y sin embargo era algo que no les abandonaba, pensó, que no les abandonaría durante años. No debería haberse sorprendido de encontrarlos peleándose al llegar temprano a casa. Tendría que hacer lo que pudiera por mitigar el

recelo que cada uno abrigaba hacia el otro y hacia cuantos los rodeaban.

Se quedó dormida en la hora anterior al alba y luego se despertó con un sobresalto al darse cuenta de que no había oído el despertador. Eran las nueve menos veinte. Se levantó rápidamente y vio que los chicos todavía dormían. Si se apresuraba, pensó, podría prepararles el desayuno. Pero llegaría tarde al trabajo, aunque fuera en coche, lo que no había hecho hasta entonces.

Se alegró de que nadie reparara en que llegaba tarde. Elizabeth se presentó media hora después que ella, con mil acontecimientos de la noche anterior, que había transcurrido en el Pike Grill del hotel Talbot y luego en el hotel Kelly's de Rosslare.

—Su hermana me contó una anécdota estupenda.

No sé por qué me pareció tan graciosa. Una estaba comprando en el colmado de Paddy McKenna, en Slaney Street, cuando esa mujer nueva que le arregla el pelo en Wheeler's, Tara o Lara o algo así, entró y le dijo que había oído decir que tenía un anillo de compromiso muy bonito y le pidió que se lo enseñara. Y cuando Una se volvió para mostrárselo, Tara o Lara empezó a decir a voces que era una maravilla antes de darse cuenta, al mirar de verdad, de que Una no lo llevaba puesto ese día. Había tenido que devolverlo a la joyería porque le apretaba demasiado. Y Tara o Lara venga a congratularse delante de todos los clientes de la tienda. Según parece, no pestañeó siquiera. Siguió hablando como si tal cosa.

Nora quiso decir que ignoraba que su hermana estaba prometida pero se contuvo.

—¿Y el prometido de Una también estaba anoche allí? —preguntó.

—Ah, Seamus es extraordinario. El viejo William dice que es el único hombre del banco con el que puede hablar. Verá, he oído contar que en cada ciudad en que vive se lía con una mujer y que cuando lo trasladan la deja sin contemplaciones. Sin embargo, esta es la primera vez que se compromete. Están hechos el uno para el otro, ¿verdad que sí? Ojalá pudiera decir lo mismo de Roger y de mí, o incluso de Ray y de mí. Ojalá pudiera tener medio Ray y medio Roger. Pero solo me faltaría acabar con la mitad de Roger que es aún más aburrida que la otra mitad y con la mitad de Ray que nunca está contento hasta que va camino del siguiente lugar.

Nora se preguntó en qué banco trabajaría

Seamus y si lo conocería de vista.

Al volver al trabajo por la tarde se cruzó con uno de los camioneros. No sabía cómo se llamaba. Era un hombre corpulento de rostro rubicundo y pelo rubio. Nora reparó en el halo de pura libertad y confianza que irradiaba, y que brillaba por su ausencia entre las administrativas y los viajantes de comercio.

—Dios, lo del sábado fue terrible —dijo el hombre—. Es de esas cosas que habrían soliviantado al jefe, el señor Webster, que en paz descanse.

—En efecto —dijo ella.

—El señor Webster —continuó el hombre— nos hacía tachar en los atlas la palabra «London» de Londonderry. Creo que todavía tengo uno en casa.

—Estoy segura de que yo también tengo uno.

—Cargas policiales, ¡por favor! Contra una manifestación pacífica.

—Yo también he visto las cargas policiales en la televisión —dijo ella.

—La última vez que vi una —dijo el camionero — fue la noche en que Bill Haley y los Comets tocaron en el Royal de Dublín. Estábamos todos fuera esperando a Bill Haley para verlo en persona y los hombres de azul llegaron a la conclusión de que se trataba de una revuelta y nos persiguieron con las porras. Pero la carga policial del sábado fue algo serio. Se manifestaban por los derechos civiles. Estaban en sus propias calles. Le digo que es una vergüenza.

El camionero estaba tan indignado por los disturbios que Nora solo logró apartarse de él al ver que llegaba la señorita Kavanagh, seguida de

tres viajantes que el día anterior habían ido a su despacho e insistido en que no les habían pagado las comisiones que les correspondían. La señorita Kavanagh le ordenó que pasara a su despacho con ellos.

—Bien, estos caballeros han acudido en delegación al señor William Gibney hijo, y el señor Gibney me los ha mandado a mí. Quieren ver lo que se paga a todos los viajantes, cada comisión, cada dato de cada uno de los acuerdos firmados. No sé a quién creen que representan pero, como le he dicho al señor Gibney, esa información no está disponible. Es un asunto privado entre esta empresa y cada uno de los viajantes de comercio.

—Bueno —dijo el viajante a quien Nora conocía como AP, abreviatura de Andares de Pato

—, en ese caso pediríamos ver nuestros datos, solo los de nosotros tres, para compararlos.

Los otros dos asintieron.

—No, mire —dijo la señorita Kavanagh—, no tenemos recogida esa información. ¿La tenemos, señora Webster?

Nora se preguntó más tarde cómo habría reaccionado si no hubiera estado tan cansada.

—Bueno, de hecho sí la tenemos —respondió—. Dispongo de un dossier de todos los viajeros y en la primera página de cada uno he anotado los datos de sus respectivos acuerdos, de modo que puedo calcular las comisiones de forma rápida y precisa, sin errores.

—Entonces, ¿podemos ver nuestros dossiers? —preguntó uno de los hombres.

—Si vuelven mañana —contestó la señorita

Kavanagh.

—Bien, los veremos ahora y volveremos mañana igualmente.

Nora recordó que solo había escrito las iniciales en los dossiers y confió en que, si los viajantes llegaban a verlos, no tuviera que explicarles qué significaban MD, HP y AP.

—Iré a buscarlos yo mismo si nos dice en qué archivador están —dijo Andares de Pato.

—Usted no va a tocar nada —dijo la señorita Kavanagh.

—Nos ha dicho que no disponían de la información. Ahora resulta que sí la tienen. No nos iremos hasta que veamos nuestros dossiers.

—Bien, pueden verlos un momento —dijo la señorita Kavanagh—. Pero no vamos a perder todo el día con esto.

Le hizo un gesto a Nora, que salió y rebuscó en el archivador hasta encontrar las carpetas de los viajantes. Despejaron el escritorio de la señorita Kavanagh sin consultarle y abrieron los tres dossiers. En una hoja grapada a la primera página Nora había consignado con letra grande y clara qué se adeudaba a cada hombre. Uno de ellos empezó a tomar notas.

—Ya veréis cuando los otros se enteren —dijo.

La señorita Kavanagh no se movió cuando se fueron. Nora volvió a guardar las carpetas en el archivador. Sentía un cansancio atroz, como si pudiera quedarse dormida en el escritorio. Al mirar el reloj vio que eran solo las dos y media. No sabía cómo aguantaría la tarde.

—¿Qué está haciendo? —La voz de la señorita Kavanagh detrás de ella era baja y serena.

Nora vio que no tenía trabajo en el escritorio.

—¿Qué está haciendo? —repitió la señorita Kavanagh, en voz aún más baja.

—Bueno, iba a mirar qué reclamaciones de comisiones han llegado hoy.

—No le he preguntado qué va a hacer. Esa es una pregunta a la que cualquier haragán puede responder. Le he preguntado qué está haciendo ahora.

—Señorita Kavanagh, ¿qué cree usted que estoy haciendo? Estoy hablando con usted.

La señorita Kavanagh recorrió la larga oficina hasta una joven que hacía poco que había empezado a trabajar en la empresa. La condujo a su despacho.

—Señora Webster, ¿le importaría traer todos los

dossieres que ha hecho sobre los viajantes? — gritó.

Nora fue al archivador, sacó las carpetas y las llevó al despacho.

—¡En el escritorio! ¡Déjelas encima del escritorio! —gritó la señorita Kavanagh—. Tome esas tijeras —dijo a la empleada nueva—. Quiero que corte en pedacitos estos dossiers y los tire a la papelera. Tengo instrucciones explícitas del señor William Gibney padre de que los dossiers como estos no son necesarios ni convenientes. Él sabe qué se le debe a cada viajante. Si hubiera querido que la señora Webster elaborara dossiers se lo habría pedido.

Se volvió hacia Nora.

—Y dígame, señora Webster, ¿de qué hablaba

con ese camionero a la entrada del edificio? ¿Qué otras travesuras estaba tramando?

—El tema de nuestra conversación no es asunto suyo, señorita Kavanagh —dijo Nora.

—Mírala, ¡llega tarde al trabajo, aparca de cualquier manera, se pasa la mañana chismorreando con la señorita Gibney, la chica más gandula de Irlanda, y luego se pone a chismorrear con un camionero! No durará mucho aquí, ya lo sabe. ¿Lo entiende, señora Webster?

—No tengo interés en seguir escuchándola, señorita Kavanagh —dijo Nora—. ¿Y me permite aconsejarle que se guarde sus opiniones sobre la señorita Gibney y quizá sobre otros muchos asuntos?

La señorita Kavanagh cogió una carpeta e intentó rasgarla en dos. Al ver que el papel era

demasiado recio, le quitó las tijeras a la joven y empezó a cortar en pedazos el dossier.

—No está usted en su casa de Ballyconnigar, señora Webster, ni en el salón del pub Etchingham's. Ya no es usted la marquesa del pan pringao. Está aquí, trabajando para mí. Y dirijo esta oficina como me manda el señor William Gibney padre, y una de las normas implícitas es que nadie que trabaje aquí tiene tratos con los camioneros a menos que forme parte de su tarea habitual. Usted cree que puede hacer lo que le venga en gana, con su hija por aquí y su hija por allá, y esa hermana suya en el club de golf, una elementa de lo más desagradable como nunca ha habido otra. Y hasta su marido, ah, sí, era un gran hombre...

—¡No hable de mi marido!

Nora tomó las tijeras. Más tarde no sería capaz de explicarse por qué lo había hecho. Salió del despacho de la señorita Kavanagh con las tijeras en la mano, cogió el abrigo y se marchó como si no hubiera ocurrido nada extraordinario. Una vez en el coche, miró la hora. Todavía no eran las tres. Los chicos ni siquiera estarían en casa.

Al girar el coche decidió ir a Ballyconnigar. Hacía un buen día y la playa de los Keating estaría desierta. Daría un paseo, y tal vez caminando se le ocurriera qué debía hacer. Pasara lo que pasase no volvería nunca más a Gibney's. Se preguntó si podría vender la casa de Enniscorthy y alquilar una más pequeña, o mudarse a Dublín. A lo mejor en Dublín resultaba más fácil encontrar una buena colocación. Aine estaría allí el próximo año; quizá Fiona pudiera encontrar un trabajo de maestra y

ella una escuela para los chicos. Al pensarlo se imaginó dejando a Jim y a Margaret y a su hermana Una, y eso le recordó lo que la señorita Kavanagh había dicho sobre Una en el club de golf: «una elementa de lo más desagradable como nunca ha habido otra», y se echó a reír. La frase, al igual que el hecho de que la señorita Kavanagh supiera que en verano Maurice y ella iban al pub Etchingham's de Blackwater algunas noches, dejaba claro que Francie Kavanagh se había dedicado a observarla con atención.

Se acordó de aquel día de hacía años en que Greta le había dicho que Francie las acompañaría a Ballyconnigar y que no podían hacer nada por remediarlo. Greta y ella estaban decididas a que no las vieran con Francie Kavanagh. Hasta la ropa que llevaba en aquel entonces, y la propia

bicicleta, evocaba una casa en el campo sin agua corriente, una casa donde a la planta superior se le llamaba «sobrado». Por su voz, su acento, las frases que decía, no deseaban tener nada que ver con ella. Pero Francie Kavanagh quiso acompañarlas aquel día.

Habían empleado toda su energía en las bicicletas, más ligeras que las de Francie Kavanagh, para dejarla atrás, perderla de vista, y habían ido a Morriscastle. Nora se la imaginó llegando a Ballyconnigar confiada de que las encontraría a las dos. Debía de tener la ilusión de cambiar, de llegar a parecer una chica de ciudad. Nora pensó que Greta y ella eran muy inocentes en aquella época, pero tenían ambiciones. La norma de Greta de que solo hablarían con hombres que supieran sintaxis y que no harían ni caso a quienes

cometieran incorrecciones gramaticales empezó como una broma, aunque poco a poco las dos se la tomaron en serio. Ambas se habían casado con hombres instruidos y habían aprendido a conducir, y después de tener hijos ambas veraneaban cerca del mar durante tanto tiempo como les era posible. Con su intención de acompañarlas aquel día, Francie Kavanagh quizá también quisiera parte de lo que ellas querían, por poco que pareciera entonces. Y se rieron al día siguiente al enterarse de lo del pinchazo y la lluvia. No le pidieron disculpas, ni mucho menos. Y ahora Francie Kavanagh dirigía la oficina e iba todo el día de aquí para allá como una loca. Al girar en Finchogue, Nora se preguntó si no habría alguna oferta de un trabajo normal, un trabajo que pudiera realizar sin estar al cargo de una loca. Pero en

cualquier entrevista o conversación con un potencial patrono tendría que explicar por qué, una tarde radiante de octubre, había salido de Gibney's con unas tijeras en la mano.

Se detuvo en Blackwater y compró un paquete de diez cigarrillos Carrolls y una caja de fósforos. Llevaba años sin probar el tabaco y se prometió que no se los fumaría todos, solo dos o tres antes de deshacerse del paquete. Al dar una calada se sintió mareada, lo que le hizo recordar lo rendida que estaba. Tiró el cigarrillo por la ventanilla, reclinó la cabeza y se quedó dormida. Cuando despertó, divisó en el puente a una mujer que miraba en dirección al coche. Al ver que se acercaba puso en marcha el motor.

Estuvo tentada de ir a Cush y visitar la casa a ver si Jack Lacey había hecho obras. Pero estaba

segura de que el coche no pasaría inadvertido. Por un momento acarició la idea de volver a casa y escribir a los Gibney una acerada carta de dimisión. Empezó a redactarla mentalmente, luego perdió el brío para hacerlo y decidió dirigirse hacia el mar, a donde los Keating.

No contaba con encontrar una capa de bruma sobre el agua. Se quedó sentada en el coche delante de la casa de los Keating y miró en dirección a Rosslare contemplando la densa luz lechosa que se extendía sobre la playa hasta Curracloe y Raven Point. Al bajar del coche percibió lo inusualmente compacta y húmeda que era, como si se avecinaran truenos. Se puso unos zapatos planos que siempre llevaba en el automóvil. No había más vehículos en el aparcamiento. Caminó con cuidado por el

tramo pedregoso que se extendía entre la hierba y el río y cruzó el puentecito de madera y avanzó hacia el sur.

En todos esos años, pensó, nunca había ido allí tan tarde, en octubre; se imaginó lo extraño que sería en diciembre y enero, lo invernal y azotado por las tormentas, lo cortante que sería el frío.

Apenas había colores. Lo que tenía delante era un mundo diluido. Si se acercaba a la orilla, podría mirar las piedrecitas, que producían un repiqueteo al romper las olas sobre ellas. Vio lo preciso que era el color de cada una, y eso le permitió olvidarse de Francie Kavanagh y de los Gibney y dejar de preocuparse por lo que iba a hacer.

Mientras caminaba casi no veía lo que tenía delante. Habría sido fácil imaginar que ese lugar

era más de Maurice que de ella. Era el mundo lleno de ausencias. Únicamente se oía el sonido susurrante del agua y algún que otro grito de las aves marinas que volaban cerca de la superficie del mar en calma. Distinguía el resplandor del sol a través del manto de bruma. Era inverosímil que Maurice estuviera en otro sitio que no fuera enterrado en la tumba donde ella se había despedido de él. Sin embargo, pensó que si él, o su espíritu, estuviera en algún lugar de este mundo, sería ahí.

Consideró casi natural que si el espíritu de Maurice se hallara en ese tramo de playa tuviera sus propias preocupaciones. Los detalles de la vida de ella —el trabajo en Gibney o qué sería en el futuro de Fiona y Aine, Donal y Conor— le parecerían tan difusos como difusa veía ella la

lejanía, asuntos que quedarían atrás, como atrás había quedado su vida. Lo que había sucedido en los días anteriores a su muerte, el bloqueo del organismo que lo llevaba a gritar de tal modo que su voz se oía en todo el hospital, lo acompañaría ahora más que ninguna otra cosa.

Volvió a rememorar su muerte. Evocó la imagen de los que estuvieron presentes: Jim y Margaret, la hermana Thomas, que había rezado oraciones especiales, y el anciano padre Quaid. Nora había permanecido los dos últimos días a la cabecera de la cama. Pero Maurice ya se encontraba muy lejos de ellos, tan lejos que quizá fueran como sombras, personas a las que ya había perdido. Tal vez solo pudiera imaginarlos como presencias imprecisas; sus seres queridos, si bien el amor apenas importaba entonces, del mismo modo que ahora la

bruma implicaba que el límite entre las cosas apenas tuviera importancia.

Cuando llegó a Ballyvaloo, mientras la luminosa blancura grisácea se desplazaba por la playa hacia Curracloe empujada por la aplacible brisa, vio una monja solitaria caminando hacia el sendero que conducía a la casa de retiro de las Hermanas de San Juan de Dios. Vestida de pies a cabeza con un hábito negro, caminaba despacio y con dificultad. Nora pensó que debía de ser una de las monjas retiradas que solían ir de vacaciones o a hacer ejercicios espirituales.

Al acercarse vio que se trataba de la hermana Thomas. A Nora le sorprendió que estuviera en Ballyvaloo; no sabía que pasara temporadas fuera del convento y de la ciudad. Caminó hacia ella y en cuanto estuvo a su lado la hermana Thomas la

saludó y tendió las manos para tomar las de Nora y las mantuvo entre las suyas.

De pronto a Nora le entró frío y empezó a temblar. Oía un viento soplar, casi silbar, a lo lejos, pero cuando miró hacia el mar y la playa todo parecía en calma. No había señales de que la bruma fuera a despejarse.

—No debería estar aquí sola —dijo la hermana Thomas—. Esta mañana he estado en Blackwater viendo a una amiga. Y hace un ratito ella la ha visto dormida en el coche y luego conducir hacia la playa y me ha telefoneado al convento porque estaba preocupada y quería saber qué debía hacer. Por eso he venido, por si la encontraba a usted.

—¿Quién me ha visto?

—He decidido venir a la orilla a ver si estaba usted aquí —dijo la hermana Thomas en voz baja

—No salgo casi nunca de la casa de retiro. Hoy esto parece el cielo más que la tierra.

—Yo también la he visto a ella. Una mujer que se mete donde no la llaman.

—Esa es una manera de decirlo. Una mujer que se preocupa por usted.

La hermana Thomas soltó las manos de Nora.

—No me ha sorprendido verla aquí —dijo—. Estaba destinado a ocurrir que nos encontráramos así. Así es como obra el Señor.

—¡No me hable de cómo obra el Señor! ¡No vuelva a decirme eso!

—Cuando Maurice se estaba muriendo le pedí al Señor que les ayudara a él y a usted. No tengo necesidades propias y hacía mucho tiempo que no le pedía nada. Pero le pedí eso y me lo negó. Sin duda había una razón para que dijera que no, y la

razón se nos oculta. Pero sé que vela por usted, y a lo mejor por eso nos hemos visto hoy, para que tuviera la oportunidad de decírselo.

—¡No ha estado velando por mí! ¡Nadie ha velado por mí!

—Al despertarme esta mañana y tras rezar mis oraciones sabía que la vería.

Nora guardó silencio.

—Vuelva ahora, antes de que la niebla sea tan densa que le impida conducir de regreso a casa — le dijo la hermana Thomas—. Vaya a casa; los chicos no tardarán en llegar de la escuela. Estarán en casa esperándola.

—No puedo seguir trabajando en Gibney's. La señorita Kavanagh me grita. Me resulta imposible continuar después de las cosas que me ha dicho hoy.

—Todo irá bien. La ciudad es pequeña y la protegerá a usted. Vuelva a ella ahora. Y deje de lamentarse. El tiempo del duelo ha terminado. ¿Me oye?

—Mientras caminaba por aquí he sentido...

—Todos lo sentimos en días como este —la interrumpió la hermana Thomas—. E incluso otros días. Por eso venimos aquí. Es donde quienes han fallecido se cobijan en su camino a otro lugar. Es agradable estar entre ellos en un día como este.

—¿Entre ellos? ¿Qué quiere decir?

—A veces nos cruzamos con ellos, con los que nos han dejado, los que ya no están. Llevan consigo algo que nosotros aún no conocemos... Es un misterio.

Volvió a coger las manos de Nora y luego dio media vuelta y echó a andar despacio, como si

sintiera dolor, hacia las dunas y el sendero que conducía a la casa de retiro. Nora esperó a ver si se volvía a mirarla, pero no lo hizo, de modo que se quedó un rato inmóvil contemplando el mar, todavía cubierto de bruma. Después avanzó por la playa hacia donde había dejado el coche. Las grandes tijeras de la señorita Kavanagh estaban en el asiento delantero al lado del paquete de cigarrillos. Guardó los cigarrillos en la guantera pero sacó del vehículo las tijeras y las dejó sobre la grava para que otra persona las encontrara.

9

Nora no le contó a nadie lo que había ocurrido en Gibney's, ni siquiera que se planteaba la posibilidad de vender la casa y mudarse a Dublín con los chicos. Sonreía al imaginarlos viendo un cartel de «En venta» en la casa o un anuncio en los periódicos. Había enviado una nota a la señorita Kavanagh diciendo que estaba enferma; no se molestaría en mandar otra a William, Peggy o Elizabeth diciendo que no pensaba volver. Tendrían que descubrirlo por sí solos. A ellos

prácticamente les traería sin cuidado, aunque, creía Nora, no querrían que la gente de la ciudad se enterara de que la habían tratado mal en la oficina. Sabía que Conor le había dicho a Fiona que no había ido a trabajar, pero Fiona no le preguntó nada al respecto.

A finales de aquel octubre, un viernes por la noche en que Fiona y Aine estaban en casa, Una llegó para enseñarles a las tres el anillo de compromiso. Catherine le había contado a Nora, cuando esta la llamó unos días atrás desde la cabina de Back Road, que Una y Seamus habían estado en la granja. A Mark y a ella les cayó bien Seamus. Añadió que Una le explicó que le inquietaba hablarle de su compromiso a Nora. Una, dijo Catherine, no sabía cómo reaccionaría Nora, pues había transcurrido poco tiempo desde

la muerte de Maurice. Nora había recibido además la visita de su tía Josie, quien le dijo que Una se casaría en Año Nuevo y que solo le preocupaba cómo se tomaría la noticia Nora.

«Tus hermanas te tienen miedo —dijo Josie—. Siempre te lo han tenido. No sé a qué se debe.»

Nora empezó a tener poca paciencia con su hermana y a sentir únicamente una irritación seca hacia ella y su prometido, además de un regocijo distante al enterarse por Elizabeth de que Una y Seamus retozaban en Wexford y Rosslare como si tuvieran la mitad de su edad.

—Ah, lo sé todo acerca del anillo —afirmó cuando Una se presentó para enseñárselo—. Creo que a Tara Reagan le encantó, o al menos eso dijo.

—Supongo que te lo ha contado Elizabeth Gibney.

—Me lo ha contado toda la ciudad —dijo Nora.

—Tara Reagan es una tonta.

—Reconoce un anillo bueno en cuanto lo ve —
dijo Nora.

Una miró a Fiona y a Aine como dando a entender que ya se figuraba que eso sería difícil.

—De todos modos, es una gran noticia. Me lo dijo Catherine, y también la tía Josie. Todo el mundo me lo ha dicho. Por tanto, lo sé todo. ¡Enhorabuena!

Una se sonrojó.

—Estuve a punto de decírtelo varias veces pero luego decidía esperar y dejarlo para otro momento.

—Ah, no había prisa. Como te he dicho, toda la ciudad habla de ello, conque solo tenía que cruzar la puerta para enterarme.

Nora advirtió que Una tenía ganas de irse, pero había acudido a la casa para obtener su aprobación y hacerlo en la presencia balsámica de Fiona y Aine. Nora pensó que quería tener la oportunidad de telefonar a Catherine y Josie y decirles que por fin le había comunicado la noticia a su hermana y que en adelante todo sería sencillo. Nora sintió el peso de que todas hablaran de ella, de que creyeran que pondría algún reparo a que Una se casara o que le diría algo hiriente. Deseó estar de humor para decir algo positivo, pero no se le ocurría nada que pudiera serlo. No obstante, también deseaba que las tres se fueran: las dos chicas al piso de arriba o a la otra habitación y Una a su casa. Cuanto más esperaban algo de ella, más cerca estaba de sentir una especie de rabia cuyo origen se remontaba al encontronazo con la

señorita Kavanagh, a lo que se añadía que no dormía bien desde que se había marchado de la oficina. Pero también se debía a la propia Una y a Fiona y a Aine.

—He oído decir que trabaja en el banco —dijo Nora—. ¿Es el director?

—No —respondió Una.

—Había oído decir que algunos de los mejores llegan a director siendo muy jóvenes.

—Es mucha responsabilidad —dijo Una.

—¿Por eso no se ha casado hasta ahora?

Una alcanzó el bolso e hizo ademán de levantarse.

—Supongo que no había conocido a la mujer adecuada —dijo Fiona—. Hasta que apareció nuestra Una.

—Entiendo —dijo Nora.

Se dio cuenta de que se había pasado de la raya. Intentó una vez más pensar en algo que decir para aligerar enseguida la situación, pero no se le ocurría nada. Aine cruzó la estancia y salió.

—Es una gran noticia —dijo Nora—, y de verdad que estoy deseando conocerlo.

Una trató de sonreír. Fiona se quedó mirando a Nora.

—Bueno, de todos modos tengo que irme —dijo Una.

Salió de la habitación, seguida de Fiona.

Un lunes por la noche la señora Whelan pasó por la casa y Donal la condujo a la habitación del fondo.

—Bien, tengo un mensaje de Peggy Gibney para usted. Dice que estaría encantada de verla mañana

por la tarde. Ha dicho que si a las tres le viene bien a usted, a ella también; si no puede ser, entonces a las cuatro.

—Ay, señora Whelan, es que no me encuentro demasiado bien para salir.

—Y Elizabeth la echa de menos. Me ha dicho que se lo diga.

—No me cabe duda. Pero no me encuentro muy bien para salir de casa.

—Entonces, ¿qué le digo a la señora Gibney?

—Que no me encuentro demasiado bien para salir, pero que me alegro de que haya venido y que usted y yo hemos tomado una taza de té.

—Ah, no puedo, señora Webster.

Nora insistió en preparar el té. Pensó una vez más que a los Gibney no les habría complacido enterarse de que habían acosado a la viuda de

Maurice Webster y la habían obligado a huir a casa. No sabía cómo se llamaba la joven que había presenciado la última escena con la señorita Kavanagh, pero imaginaba que se lo habría contado a toda la oficina. Pronto llegaría a oídos de las pocas personas de la ciudad cuya opinión importaba a los Gibney.

Al llevar la bandeja a la habitación hizo todo lo posible para que se la viera llena de brío y en perfecto estado de salud. Confiaba en que la señora Whelan informaría a los Gibney de que no creía que a la señora Webster le pasara nada.

Dos días después se presentó la hermana Thomas. Estaba más frágil de lo que había parecido en la playa de Ballyvaloo.

—Quería verla antes de que los chicos lleguen de la escuela —dijo apenas se sentó en un sillón

de la habitación del fondo—. Bien, lo he descubierto todo. Le sorprendería saber quién viene al convento. No se nos escapa nada. O quizá se nos escapen algunas cosas, pero son siempre las que no nos interesan. De modo que me he enterado de todo, hasta lo de las tijeras. Francie Kavanagh es una criatura de Dios, y muy piadosa. ¡Si la gente supiera! He hablado con Peggy Gibney, y quizá ella le cuente lo que le dije. Los reunió a todos, a su familia y a la amiga de usted, la señorita Kavanagh. Y, por extraño que parezca, todos le tienen miedo. No entiendo por qué, pues es una mujer muy dulce. Y quizá ella le cuente toda la historia. Le dije que podía hacerlo. Nunca se la ha contado a nadie, pero me parece que quiere contársela a usted. Podría ir a verla mañana.

—No quiero volver allí.

—Tiene una nueva oferta para usted; no la rechace. Y yo también quiero pedirle algo. ¿Podría ser más amable con su hermana?

—¿Cómo se ha enterado usted de eso?

—Su hermana vino a nuestra pequeña capilla, a la que usted acudía tras la muerte de Maurice cuando quería evitar a la gente. Y la vi; siempre le he tenido mucho afecto, porque se quedó sola al morir la madre de ustedes.

—¿Y qué le ha dicho de mí?

—Nada, o al menos no gran cosa. Pero lo suficiente. Ahora debo irme porque tengo mucho que hacer. Y usted tiene dos cosas pendientes: ver a Peggy y cuidar de Una. Y quizá también rezar una oración por todos nosotros.

Caminó despacio hacia el pasillo.

—No sé qué decir —dijo Nora—. No me gusta

que la gente se entere de mis asuntos.

—Su madre era igual. La conocí cuando ella cantaba. Era una cantante espléndida, pero debido a su orgullo, o a la aversión a que la gente se enterara de sus asuntos, resultaba difícil tratar con ella. Y eso no le hizo ningún bien. De todos modos, usted es más práctica. Y todos deberíamos agradecerlo.

—¿Quiere que vaya a ver a Peggy Gibney mañana?

—Sí, Nora, vaya a las tres o las cuatro, o entremedias.

—Entonces iré.

—E invite a Una y a su prometido a venir para que conozcan a los chicos. Una boda es un acontecimiento feliz y es posible que se alegren al oír la noticia.

Nora le abrió la puerta principal, y mientras bajaba trabajosamente los escalones la hermana Thomas dijo:

—Solo espero que todo sea más simple en el cielo. Rece una oración para que en el cielo todo sea más simple.

Al abrir la puerta la señora Whelan susurró que le había dicho a Peggy Gibney que Nora estaba demasiado enferma para hacer visitas.

—¿Le digo que se ha recuperado? —preguntó cogiendo el abrigo de Nora.

—Como quiera.

Peggy Gibney estaba sentada exactamente en el mismo sillón que la última vez. No tenía a mano ningún libro o periódico. Nora se preguntó si se pasaría los días enteros en esa habitación en

penumbra, con los árboles de hoja perenne meciéndose al otro lado de la ventana, absorta en sus pensamientos, con la señora Whelan sirviéndole el té de vez en cuando.

—Aquí estamos otra vez, Nora —dijo, hablando como una doctora a una paciente que hubiera acudido para que le quitaran las vendas o le tomaran la tensión.

Nora la miró con frialdad.

—Ha habido guerra en esta casa —dijo Peggy—. Elizabeth tiene la lengua cada vez más afilada, pero desde luego yo culpo a Thomas. Es una manera de culpar a mi marido sin tener que decirlo. William Gibney padre ya tiene bastante trabajo, con todos esos cambios que están en marcha, para que encima le echemos las culpas. Y Thomas puede asumirlas, desde luego.

—Peggy, no tengo ni idea de qué me hablas — dijo Nora.

Peggy se llevó un dedo a los labios, se levantó y se dirigió con aire furtivo hacia la puerta y la abrió de golpe.

—Maggie, ahora queremos privacidad —dijo—. Si más tarde nos apetece tomar té, la avisaremos en la cocina.

Volvió a sentarse en el sillón.

—Nora, tendrás que decirme qué quieres. Y yo te lo conseguiré.

—Nada —dijo Nora.

—La hermana Thomas me dijo que te dijera que bajaras la cresta si la tenías levantada.

—No quiero nada, gracias.

—Todos, es decir, todos menos Elizabeth, dicen que Francie Kavanagh es una gerente de gran

valor. Conoce la empresa como la palma de su mano, y por eso no necesita tener nada por escrito. Y en ocasiones es brusca y desagradable, o al menos eso me han dicho, porque si no lo fuera nadie haría nada. Mi marido y Thomas la tienen en un pedestal. En mi opinión es una fantoche y una bruta, pero nadie me escucha; por eso Elizabeth ni siquiera sabe que estoy de acuerdo con ella. Bueno, he dicho que nadie me escucha, aunque alguna que otra vez impongo mi voluntad en esta casa. Lo primero que hago es cerrar la cocina. Pueden comer donde les apetezca, pero aquí no se les da nada. Luego espero. Y después les digo qué quiero y lo consigo. Por eso lo único que tienes que hacer es decirme qué quieres.

—Quiero trabajar solo por la mañana, y trabajaré para Thomas y Elizabeth, pero la

señorita Kavanagh no debe mirarme siquiera. Creo que puedo asumir la misma cantidad de trabajo, aunque quizá necesite que alguien me ayude. Y aceptaré una reducción del salario, pero pequeña.

—Trato hecho —dijo Peggy Gibney—. Ven el lunes a primera hora y así Elizabeth y tú llegaréis juntas.

—¿Qué tiene que ver la hermana Thomas en esto?

—Es una historia muy larga, Nora, de hace mucho tiempo.

—¿De cuando salías con William?

—Tú eras la única persona que lo sabía porque, según dijo William, oíste por casualidad la pelea que tuvo con su padre. Y siempre agradecemos que no se lo contaras a nadie. Yo tenía que marcharme a Inglaterra. Lo dijo el padre de William. Eso ya

lo sabes. De modo que fui a ver a las monjas de San Juan para preguntarles adónde podía ir. Y en aquel tiempo la hermana Thomas acababa de llegar. Ah, era muy distinta de las otras monjas. Había trabajado en Inglaterra, ¿sabes?, y lo había visto todo, las jóvenes irlandesas que llegaban. Trabajaba para Michael Collins, ¿sabes? Las monjas eran buenas mensajeras y la hermana Thomas era una de las mensajeras de Michael Collins. ¿No te lo ha contado? Ah, no, supongo que porque vosotros erais de Fianna Fáil.

—Maurice lo era, y Jim también. Jim todavía lo es.

—Imagino que por eso no te habrá hablado de Michael Collins. El caso es que vino y en esta misma habitación amenazó al padre de William. Dijo que iría a ver al obispo, al que había

conocido años atrás, y que cancelarían todos los negocios que la iglesia tenía con Gibney's. Dijo que le pediría al obispo, como un favor personal, que viniera también a la casa si el asunto no se resolvía según sus deseos. Añadió que William y yo teníamos que casarnos, que era lo que queríamos, claro está, aunque los Gibney consideraban que yo no estaba a la altura. Y así se terminaron todos nuestros problemas. Le dije a la hermana Thomas que acudiera a mí si alguna vez necesitaba algo a cambio. Y ha esperado todos estos años. Así que ya ves que no podía negárselo. De no haber sido por ella, William hijo habría acabado en un orfanato o lo habrían adoptado en Inglaterra, y no sé adónde habría ido yo.

—Michael Collins, ¡esta sí que es buena! —dijo Nora.

—La hermana Thomas me lo ha contado varias veces. Por lo visto Michael Collins tenía a las monjas metidas en el bolsillo.

—Pues parece que ahora es la hermana Thomas quien nos tiene a todos metidos en el bolsillo.

—Ven el lunes por la mañana a tomar café con Elizabeth y conmigo. Tomamos café muchas mañanas. Últimamente Elizabeth está muy animada. No sé qué tiene. Quizá sea una buena señal.

Nora tenía claro que no debía contarle a nadie lo que había ocurrido. Un sábado que fue a ver a Una, se limitó a decir que había solicitado trabajar solo media jornada en Gibney's porque le resultaba difícil hacerlo todo el día. Por la reacción de Una

intuyó que estaba al corriente de la discusión con Francie Kavanagh.

Acordaron que Una y Seamus la llevarían a tomar unas copas en el club de golf una noche de la semana siguiente.

Cuando anunció a los chicos que trabajaría media jornada, se lo tomaron con el mismo recelo que cualquier otra noticia relativa a un cambio. Y tras anunciarles que los dejaría solos una noche para ir al club de golf con Una, la primera vez que se quedarían solos en casa por la noche, mostraron un recelo aún más manifiesto y quisieron saber si pensaba hacerse socia del club de golf. Al enterarse de que solo iría al bar quisieron saber a qué hora regresaría.

Tardaron un tiempo en acostumbrarse al hecho de que no volvía al trabajo por la tarde y de que

estaba en casa cuando ellos regresaban de la escuela. Si bien se peleaban a veces y era evidente que Donal acosaba a Conor, esa había pasado a ser su vida y cualquier cambio de régimen los desazonaba, como si tuvieran que empezar desde cero una vez más.

Una le preguntó a Nora si podía recogerla y llevarla al club de golf, pues ese día Seamus trabajaba solo media jornada y pensaba ir a jugar un partido de golf y luego comer unos sándwiches en el edificio del club antes de reunirse con ellas. Aunque Nora pensó que Seamus debería ir a la ciudad a buscarlas y se preguntó si podía considerarlo una excusa para anular la cita, al final decidió acceder a todo por si se encontraba con la hermana Thomas, que le preguntaría sobre

Gibney's y sobre Una. Le pasó por la cabeza que en cualquier otro siglo habrían quemado a la hermana Thomas por bruja.

Por la tarde, antes de ir al club de golf, fue a que le lavaran y marcaran el pelo. Se pondría un vestido de lana con una rebeca y llevaría el abrigo de invierno por si había que caminar desde el aparcamiento al edificio del club.

—Seamus está encantado de que vengas con nosotros —dijo Una cuando Nora la recogió—. Los Gibney se cuentan entre los mejores clientes del banco y Seamus tiene muy buen concepto de William Gibney padre. Dice que es todo un cerebro para los negocios. Los hijos van a introducir cambios importantes y Seamus también está muy impresionado con ellos. Por lo visto la

empresa tiene un exceso de plantilla. ¿Lo sabías? Seamus dice que con recortes en la masa salarial obtendrán mayores rendimientos.

Seamus las esperaba en el edificio del club. Fue a pedir las bebidas.

—Ha sido un mal día de todas todas —dijo al regresar—. Mandé la bola a los matojos en el tercer hoyo y habría sido más sensato dejarlo.

Era alto y de rostro colorado. Tenía acento de la región central, pensó Nora. Le hablaba como si la conociera de toda la vida. Eso debía de ser útil, imaginó ella, para una persona que trabajaba en un banco y se mudaba de una ciudad a otra.

No tardaron en unírseles otros dos hombres, uno de los cuales tenía una farmacia en la ciudad. Nora había entrado en la tienda pero nunca había hablado con él.

—Podría haber tenido más suerte en el quinto hoyo —dijo—. Es decir, si hubiera colocado mejor la bola. Creo que soplaba viento.

—Ah, yo también lo he notado —dijo el otro hombre—. El aire no estaba tan quieto como parecía.

—Le cogí el tranquilo después del quinto hoyo —dijo el farmacéutico—. Y el menos uno en el hoyo ocho fue decisivo.

Miró a Nora y a Una como si ellas también hubieran participado en el partido.

—Siempre digo —prosiguió— que esta es la mejor época del año para un buen partido de golf. O sea, si no llueve.

—Y no ha llovido, ¿verdad? —preguntó Una.

—Tendría que haber abandonado en el tercer

hoyo, ya granizara, lloviera o hiciera sol —dijo Seamus.

—Ni el mismísimo Christy O'Connor hubiera logrado sacar la bola de allí —dijo el farmacéutico.

—Pero seguro que hay alguna forma de hacerlo —dijo Seamus—. Cuando vivía en Castlebar tenía un hierro que me habría venido de perilla. Era ligero, con un swing fabuloso.

—¿Y cómo es que lo cambiaste? —preguntó Una.

—Lo perdí en una partida de póquer —contestó Seamus—. Y el tío que se lo quedó ganó el campeonato del club aquel año y el siguiente.

El farmacéutico fue a la barra a por una ronda.

—Prefiero esto a Rosslare, ¿y tú? —preguntó Seamus al otro hombre—. Me gusta un campo de

nueve hoyos bien diseñado. A algunos les chifla Rosslare, y quizá tengan razón en el caso de los fines de semana, cuando van multitudes. Pero no hay nada como un tranquilo día laborable aquí.

—¿Había mucha gente jugando? —preguntó Una.

—Unas cuantas personas. Había un grupo de cuatro mujeres que jugaban por parejas. No sé quiénes eran. Eso es lo que tiene estar en una ciudad nueva. ¿Tú también juegas? —preguntó a Nora.

—No —respondió ella.

—Ah, es un gran deporte. No solo por el ejercicio, sino porque es una forma de llegar a conocer una ciudad. Se sabe cómo es una ciudad por su club de golf.

Cuando el farmacéutico regresó con las bebidas,

Una dijo que iba al servicio. Nora la siguió.

—Sería estupendo que te quedaras un rato más —dijo Una.

—No te preocupes por mí —le dijo Nora—. En vida de Maurice tenía que oírles hablar sobre Fianna Fáil, y en época de elecciones era aún peor, y resulta agradable y relajante porque no hace falta prestar atención.

Quería decir que esa era la clase de conversación que Maurice había despreciado toda su vida, casi tanto como ella la despreciaba ahora. Por un momento pareció que Una se mostraría ofendida por el comentario de que Nora no tenía por qué prestar atención, pero luego sonrió mirándose al espejo.

—Ya te entiendo —dijo.

Más avanzada la noche se unió al grupo un

hombre acompañado de una mujer a la que presentó como su prometida. Poco a poco Nora cayó en la cuenta de que se trataba del Ray de Elizabeth. Ray tardó un poco más en descubrir quién era ella.

—Habla mucho de usted —dijo Ray—. Dice que nunca ha visto a nadie que trabaje más rápido. Sería mejor que no se enterara de que he salido esta noche. O sea, sería mejor que usted no se lo dijera.

—Elizabeth y yo tenemos otros muchos temas de que hablar —dijo Nora.

—Bien, a ella no le falta palique. Eso hay que reconocérselo.

—Es muy eficiente en el trabajo —añadió Nora con un tono que confiaba en que pusiera fin a la

conversación—. Es mucho más que la hija de su padre.

—Es una joven maravillosa —dijo Ray, y dio un sorbo a su pinta.

—Cuando le comenté a Elizabeth que vendría esta noche, me dijo que a lo mejor pasaba un ratito si tenía tiempo —comentó Nora—. Tiene una vida social muy ajetreada, como ya sabe usted.

No era cierto. No le había dicho nada a Elizabeth, pero quería ver qué sucedía. Le complació advertir que Ray se mostraba alarmado y miraba a su alrededor como si comprobara dónde estaban las salidas del local.

Por la mañana le sorprendió que Elizabeth hubiera llegado al trabajo antes que ella.

—Un pajarito que fue anoche al club de golf —

dijo Elizabeth— me ha contado que tuvo usted una larga conversación con Ray.

Nora estaba segura de que no había ido ningún Gibney al club de golf. No se le ocurría qué otra persona podía haber informado a Elizabeth.

—Él mismo me ha llamado —dijo Elizabeth—. Lo primero que ha hecho esta mañana. Me había dicho que quería acostarse temprano cuando yo estaba ya lista para salir. Pero me dijo que no. Y luego Seamus le telefoneó y le declaró que le aterraba conocerla a usted y que necesitaba apoyo.

—¿Le aterraba conocerme? ¡No, ni mucho menos!

—Eso ha dicho Ray. Me ha dicho que Una había advertido a Seamus de que no le hablara a usted de golf, que pensara en algún tema de conversación más atinado, porque usted era muy inteligente. Y

Seamus se puso tan nervioso que solo habló de golf y ahora usted lo considera un tonto del haba.

—¿Un tonto del haba? —Era la primera vez que Nora oía a Elizabeth utilizar esa expresión—. No me cabe duda de que es muy agradable —dijo—. Pero me alegra saber que estaba aterrado. Tiene una forma muy curiosa de mostrarlo, la verdad sea dicha.

Elizabeth no sospechaba que en realidad Ray había ido al club de golf con su prometida, Nora no vio ninguna razón para decírselo al comenzar el trabajo de la mañana.

Al acercarse las navidades, Nora se sintió aliviada cuando se enteró de que Una pasaría el día de Navidad con Catherine y los siguientes con Seamus. No estaba preparada para la idea de

recibir en casa a Una y Seamus junto con Jim y Margaret. Ignoraba si Jim, en su época de rebelde, había pensado en hacer saltar por los aires el club de golf, pero estaba segura de que había tenido en la mira a algunos de sus socios más destacados. Y Jim no acogería con entusiasmo que Seamus relatara el desarrollo de uno de sus partidos de golf.

Hubo mucha agitación cuando Fiona y Aine llegaron a casa para pasar las vacaciones. Las habían invitado a fiestas e iban con sus amistades a un salón bar de la ciudad. Nora se quejó de que Aine era demasiado joven para ir a salones bar y de que, de todas formas, tenía que estudiar latín, y Aine le contestó con aspereza y se preguntó si Fiona y ella, tras hincar los codos durante un trimestre, debían quedarse encerradas en la

habitación del fondo con Nora, Donal, Conor y el televisor. Nora enmudeció. Era la primera vez que Aine le hablaba de ese modo y casi le hizo gracia. Una de las noches en que oyó a las chicas llegar a las cuatro, estuvo tentada de bajar y averiguar dónde habían estado, pero decidió volver a dormirse y preguntárselo al día siguiente al regresar del trabajo.

El domingo anterior a las navidades invitó a Jim y Margaret a tomar el té. Apenas llegaron, Margaret fue a la sala de estar para hablar con Donal, como solía hacer, y dejó que Nora se las apañara con Jim, que apenas respondía a sus esfuerzos por entablar conversación. No obstante, Jim se animó al ver a Fiona y a Aine.

Nora no recordaba cómo había surgido la conversación sobre Irlanda del Norte. Sabía que

Aine formaba parte del club de debate de la escuela y la había oído hablar una vez, pero dudaba que debatieran sobre política.

—Una chica del colegio —dijo Aine— tiene un primo en Newry y dice que es una vergüenza. No sé cómo lo permitimos. Creo que una sociedad que permite algo así tiene mucha culpa.

—Era curioso —dijo Jim—. Cuando estuve preso en el campo de Curragh, al principio no nos gustaban los de Limerick porque querían organizar una liga de fútbol, pero luego nos dimos cuenta de que no tenían mala intención. En cambio, nunca nos acostumbramos a los de Norte. Eran los del Norte los que daban la nota.

—Pero eso no es más que un prejuicio —dijo Aine—. Un país como Irlanda es demasiado pequeño para estar dividido.

Margaret entró en la sala y preguntó de qué estaban hablando.

—De Irlanda del Norte, faltaría más —respondió Nora—. Como si no tuviéramos suficiente con lo de la televisión.

—Ah, Dios —dijo Margaret—. Fuimos allí de excursión en autocar. No sé en qué parte del Norte estábamos pero la gente lanzó piedras al autocar. Me alegré cuando regresamos sanos y salvos al otro lado de la frontera. Una turba de protestantes, creo yo.

El día de Nochebuena Una les llevó los regalos antes de ir a Kilkenny. A Fiona y Aine les había comprado el mismo maquillaje caro que ella llevaba, y las dos chicas estuvieron atareadas toda la tarde probándoselo y eligiendo la ropa que

Fiona se pondría para la cita que tenía esa noche y de la que se suponía que Nora, que preparaba las cosas para el día siguiente, no sabía nada.

Cuando Jim y Margaret llegaron con los regalos para sus sobrinos, Donal y Conor tuvieron que ir al coche de Margaret para ayudar a cargar los paquetes. Todos tardaron un poco en advertir que para Donal solo había una caja de chocolatinas variadas. Nora se fijó en que Margaret hablaba con un extraño nerviosismo al explicarlo.

—Bueno, será una grata sorpresa para todos —dijo.

—Pero ¿de qué se trata, tía Margaret? —preguntó Fiona.

—Yo lo sé —dijo Conor.

—Dínoslo —dijo Aine.

—Es un cuarto oscuro —respondió él.

Salió a la luz que en el transcurso de los últimos meses Margaret había reformado la pequeña despensa del pasillo, entre la cocina y el cuarto de baño, para convertirla en un cuarto oscuro. Al enterarse de que había tenido que instalar un grifo de agua fría y una pila además del equipo, Nora comprendió que Margaret y Jim se habían gastado un dineral. Eso era lo que ocurría en la sala de estar cada vez que Margaret entraba en ella para charlar con Donal. El chico se había ganado la compasión de su tía, hasta el punto de que esta había decidido —sin consultar a Nora, que lo habría impedido— construirle una habitación especial para revelar fotografías. Fiona y Aine se quedaron tan perplejas como ella por lo ocurrido. Más tarde, cuando los dos chicos ya estaban en la cama y Fiona había salido para acudir a su cita,

Aine le preguntó a Nora si de verdad no estaba al corriente de lo del cuarto oscuro.

—Quizá pierda el interés al crecer —dijo Aine—. ¿Y qué hará entonces Margaret con el cuarto oscuro?

—Se pasan el rato hablando y seguro que él le ha dicho que era lo que quería —repuso Nora.

—Nadie tiene un cuarto oscuro en casa —dijo Aine.

—Pues ahora Donal tiene uno —dijo Nora—, y será una buena excusa para que abandone su propia casa. Tal vez sea lo que necesite más que nada en el mundo.

Tras mucho discutir, por fin le concedieron una segunda pensión, y las dos pensiones se habían incrementado en los presupuestos del año anterior. Al principio ignoraba que el dinero extra tenía una retroactividad de seis meses y le sorprendió recibir por correo cheques por un importe que le pareció cuantioso. Cuando se lo comentó a Jim y Margaret, él respondió diciendo que Charlie Haughey había sido un ministro de Justicia trabajador y un ministro de Agricultura desastroso

pero que, si sabía mantener la calma, pasaría a la historia como un gran ministro de Economía.

Nora recordó que años atrás había estado con Maurice en el vestíbulo de la casa del doctor Ryan, en Delgany. Se celebraba la fiesta de compromiso de la hija del doctor Ryan, el ministro de Economía en aquel entonces. Se quedó sorprendida con la opulencia de la casa en sí y con el hecho de que hubieran contratado camareros y un servicio de catering. Todos los invitados, con excepción de los procedentes de Wexford, vestían de etiqueta. El doctor Ryan irradiaba una especie de nobleza, y a ella le sorprendió que en su presencia Maurice y Shay Doyle, que había llegado de Enniscorthy con ellos, parecieran acobardados y nerviosos. Estando en el vestíbulo junto al ministro, en toda su respetada gracia, se

convirtieron en menos de lo que eran. Le asombró asimismo el desparpajo con que el ministro menospreció a Haughey diciendo que era un joven pretencioso con demasiada prisa y sin raíces en Fianna Fáil.

«Se unió a nosotros porque estábamos en el poder —recordó que había dicho el doctor Ryan—, y eso es lo único que quiere: poder.»

Recordó el silencio en el coche durante la primera media hora del viaje a casa y luego, al cabo de unos días, la gravedad con que Maurice transmitió a Jim las palabras del ministro. Más tarde observó que cuando surgía el tema de la política con otras personas, por ejemplo Catherine y Mark, o la tía Josie, Maurice no repetía lo que le había oído decir al doctor Ryan, ni siquiera aludía

a ello. Era información privada que no debía compartirse.

Solo en otra ocasión había visto a Maurice acobardado de aquel modo. En la ciudad tuvo lugar una reunión de un grupo católico laico, presidida por el doctor Sherwood, del Saint Peter's College, y un teólogo habló de cambios en la Iglesia. A continuación recalcó que el poder de la Iglesia antecedió a todos los demás poderes, incluidos las leyes, la política y los derechos humanos, y tenía precedencia sobre ellos. Para los miembros de la Iglesia, afirmó, esta debía ser lo primero no solo en cuestiones religiosas, sino en todas las cuestiones. Esto no significaba, dijo, que fuera el único poder y que el derecho civil careciera de importancia, pero se trataba del poder fundamental. Al iniciarse el turno de

preguntas y comentarios, Nora le dio un ligero codazo a Maurice porque sabía que discrepaba de las palabras del teólogo, igual que ella. Sin embargo, levantarse en público para interpelar a un teólogo era algo que no estaba dispuesto a hacer. Ella no había olvidado la expresión del rostro de Maurice; no solo se sentía perplejo y desarmado, sino también intimidado, como lo había estado en presencia del doctor Ryan en el vestíbulo de la casa de Delgany.

Si bien Jim hablaba con entusiasmo del porvenir de Haughey, Nora sabía que en realidad lo veía con malos ojos, como a la mayoría de los ministros jóvenes. A ella sí le gustaba Haughey, al menos lo que sabía de él; admiraba su ambición y su interés en cambiar las cosas. Le gustó aún más cuando leyó su último discurso de presentación de

los presupuestos y vio que mencionaba a las viudas. Una vez más aumentó la pensión, también con efecto retroactivo. Nora pensó que si hubiera sabido que se producirían esas subidas quizá no habría vendido la casa de Cush. En cuanto recibió el último pago retroactivo, decidió ingresarlo en la cuenta bancaria en la que había depositado parte del dinero obtenido con la venta de la casa de Cush, aunque ignoraba qué haría con él.

Cuando Jim y Margaret acudieron de visita, volvió a hablarles de Haughey. Jim no estaba impresionado.

—Busca popularidad, es a lo que se dedica ahora, y lo he visto en una foto a lomos de un caballo, como un aristócrata.

—Oh, eso fue de lo más ridículo —terció Margaret.

—No saldrá nada bueno de él —dijo Jim.

—Pues yo no conozco otro político que se haya preocupado por las viudas —repuso Nora.

—Jim ha oído hablar de él en Courtown —dijo Margaret.

—Estuvo bebiendo champán —comentó Jim— y pidiendo más, con toda clase de fantoches y constructores y abogados e individuos que buscan sacar tajada. Y todo el mundo lo observaba. Como la gran representación que era.

—No tengo ningún inconveniente en que se divierta —dijo Nora.

Si Maurice estuviera aquí, defendería a Haughey, pensó. A diferencia de Jim, él consideraba un error que hombres septuagenarios ocuparan las posiciones de poder de un país y apoyaba el cambio.

Jim tamborileaba sobre el brazo del sillón con el índice de la mano derecha mientras silbaba bajito. No estaba acostumbrado a que las mujeres le llevaran la contraria, y Nora sonrió al pensar que, si seguía acudiendo de visita a la casa, tendría que aprender a tolerarlo.

Un atardecer de marzo llamaron a la puerta; abrió ella misma y vio a un hombre al que reconoció como el camionero de Gibney's que le había hablado de los disturbios de Derry. Al invitarlo a pasar a la sala de estar pensó por un momento que algo le había ocurrido a alguno de los chicos y repasó mentalmente dónde se encontraba cada uno. Donal estaba en casa de Margaret revelando fotografías, y Conor en la habitación del fondo. Era improbable que ese hombre conociera a Fiona

y a Aine, o a Una, Margaret o Jim. Parecía nervioso.

—Creo que no sé cómo se llama —dijo Nora.

—Soy Mick Sinnott. Conocí bien a su padre. Éramos vecinos en Ross Road. Y el jefe, el señor Webster, que en paz descanse, me dio clase.

—¿Conoció a mi padre?

—Han pasado muchos años. Ya quedarán pocos que lo conocieran. Íbamos siempre de una casa a la del otro. Así eran las cosas.

De pronto se mostraba relajado, pero a ella no se le ocurría por qué había ido a su casa.

—¿Y en qué puedo ayudarle? —Nora procuró no parecer demasiado autoritaria.

—Ahora mismo se lo digo. Los otros me advirtieron de que no viniera, pero cuando fui a casa y se lo conté a mi señora y lo hablamos...

Verá, todo el personal de Gibney's, menos unos pocos, va a afiliarse al Sindicato General de Trabajadores y del Transporte de Irlanda, y vamos a hacerlo en secreto mañana por la noche en la ciudad de Wexford. Si ellos lo descubren, lo impedirán, nos dividirán, harán mejores ofertas a personas que no serán capaces de decir que no. Los otros opinan que deben dejarla fuera de esto porque usted tiene amistad con la familia y solo trabaja media jornada y es nueva en la empresa. Pero yo he decidido informarla. La he visto toda mi vida. Me acuerdo de cuando se casó y demás. Bueno, en resumidas cuentas, que todos vamos a afiliarnos al sindicato. Y la conozco lo bastante bien para saber que no le dirá nada a la hija cuando vaya a trabajar mañana; si quiere venir con nosotros alguien la llevará en coche, y si no quiere

venir nadie se enterará de que he hablado con usted.

—¿A qué hora piensan ir?

—Tenemos que estar allí a las ocho.

—¿Vendría alguien a recogerme?

—Claro que sí, lo haríamos encantados.

—¿Van a afiliarse todos los trabajadores de la oficina? —preguntó Nora.

—Todos a los que hemos preguntado —respondió él.

Nora guardó silencio un momento.

—¿Necesita tiempo para pensarlo? —le preguntó el hombre.

—No, es que no sé cuánto tardaremos.

—Para ser sincero, ninguno de nosotros ha hecho esto nunca y solo sé que desean que vayamos todos. No quieren que nadie diga que se

afiliará y luego les cuente a los Gibney que en realidad no tenía intención de hacerlo.

—Está bien —dijo ella—. Buscaré a alguien para que cuide de los chicos.

—No pretendía insinuar que usted fuera de esos que dicen una cosa y piensan otra.

—Ya lo sé.

—Su padre estaría orgulloso de nosotros. No soportaba a los patronos de la ciudad. No era un intransigente ni nada de eso, pero sí un hombre de bien.

—Yo era la mayor, y por eso soy la que mejor se acuerda de él —dijo Nora sonriendo—. Si viviera, este año cumpliría los ochenta. Cuesta imaginarlo, ¿verdad?

—Desde luego que sí.

—Bien, entonces les espero mañana a las siete y

media.

—Algunos se llevarán una sorpresa cuando se lo cuente. Lo intentamos hace años, solo unos pocos, y el viejo amenazó con ponernos de patitas en la calle. Dijo que cerraría la empresa y tuvimos que echarnos atrás porque nadie nos apoyó. Pero con ese hijo suyo, el experto en productividad, y la idea de que ningún puesto de trabajo es seguro, creo que esta vez tendremos apoyos. Y en Wexford hay un hombre extraordinario llamado Howlin, que es el brazo derecho de Brendan Corish. Sé que usted no es del partido, aunque quizá haya cambios; eso dicen. El caso es que ese hombre de Wexford logrará que los Gibney cuiden sus modales, sobre todo el jovencito engreído.

Nora le abrió la puerta.

—Nos veremos mañana, señora —dijo él

bajando los escalones.

Cuando se marchó, Nora se sintió ligera, casi contenta durante un momento. El tono de Mick Sinnott —la insólita confianza que mostraba el hombre, su locuacidad y lo impecables que eran sus modales— tenía algo que le recordó cómo era ella misma tiempo atrás, en los años en que era joven e iba a bailes. Pero no se trataba únicamente de eso; era el pensar que había tomado una decisión por sí sola, el pensar que no había pedido consejo a nadie. Por primera vez desde la venta de la casa de Cush se le había presentado esa oportunidad de forma natural, y se alegraba de haberla aprovechado. Quizá no fuera prudente; quizá tuviera más sentido estar agradecida a los Gibney. Sin embargo, de pronto le complacía no estar agradecida a nadie.

Convino con Donal y Conor en que una vez más no hacía falta que nadie cuidara de ellos y en que Donal regresaría de casa de la tía Margaret antes de las siete.

No sabía qué ponerse y le pareció gracioso que nadie —sin duda no sus hermanas, sus hijas o su tía— pudiera aconsejarle cómo debía vestirse para asistir a una asamblea del Sindicato General de Trabajadores y del Transporte de Irlanda. Anticuada y sin estilo, pensó. Ropa en la que nadie se fijara.

Al bajar la escalera vestida con una falda, una blusa y un jersey de abrigo sencillos, le gustó pensar en qué poco se imaginaban los Gibney lo que iba a pasar. Dudaba que pertenecer a un sindicato fuera a representar ningún cambio en quienes trabajaban en Gibney's, y, con el tiempo,

la familia se acostumbraría a la idea. Pero el hecho de que lo hicieran a sus espaldas les irritaría, tal vez incluso les escandalizaría. Peggy Gibney, pensó Nora, no volvería a dirigirle la palabra cuando se enterara de que había participado en el asunto, y eso le produjo una inusitada satisfacción.

Creía que pasaría a recogerla el propio Mick Sinnott, de modo que cuando llamaron a la puerta se llevó una sorpresa al ver a Andares de Pato. Y en el asiento trasero del coche esperaba la joven auxiliar de contabilidad a quien la señorita Kavanagh había ordenado que cortara los dossieres en pedazos.

En el trayecto a Wexford le sorprendió la enorme antipatía que parecían tener a los Gibney, en especial a Thomas y a Elizabeth.

—Ese nos sigue a todas partes —se quejó Andares de Pato—. Un día yo tenía que tomar unos pedidos en Blackwater y en Kilmuckridge y luego en Riverchapel y en Gorey. Como era verano y hacía un buen día, me llevé a Rita y los niños; el plan era dejarlos en Morriscastle e ir a buscarlos al acabar la jornada y aprovechar para darme un chapuzón. Cuando atravesábamos The Ballagh vi un coche detrás y dentro iba nada menos que Thomas Gibney, que me siguió durante todo el día. No dijo nada al verme, pero se pasó el día siguiéndome.

—Y Elizabeth —dijo la joven auxiliar de contabilidad— no nos mira nunca, y menos aún se digna hablarnos.

—A mí me resulta agradable trabajar con ella —dijo Nora.

—No me molesta la señorita Kavanagh —dijo la auxiliar de contabilidad—. Es decir, se necesita tiempo para acostumbrarse a ella. Conoce al dedillo lo que pasa en la oficina y nunca se olvida de nada. Ya saben, iba a ser contable, pero al morir su padre tuvo que volver a casa.

—No —dijo Nora—, siempre ha estado en Gibney's. Ya estaba en la empresa cuando trabajé en ella hace años.

—Sí, pero consiguió una colocación en Dublín cuando ya llevaba algún tiempo en Gibney's y pasó un año en la capital; luego tuvo que volver a casa. Su madre todavía vive y la señorita Kavanagh tiene que cuidarla.

—No lo sabía —dijo Nora.

—Mi padre —prosiguió la auxiliar de contabilidad— trabaja para los Armstrong y dice

que es mejor trabajar para los protestantes. Pero yo no estoy segura. Los Armstrong dijeron que si su personal se afiliaba a un sindicato darían el cerrojazo y se marcharían de la ciudad. No creo que los Gibney hagan eso.

Nora lamentó no haber preguntado a Mick Sinnott en qué lugar de Wexford se celebraba la asamblea. Podría haber ido sola en su coche. Se daba cuenta de que a los otros dos les habría gustado hablar más de los Gibney, si bien se sentían cohibidos porque ella compartía el despacho con Elizabeth y parecía llevarse bien con el resto de la familia. Pensó que era un error acudir allí de ese modo. Sin embargo, le había parecido bien cuando tomó la decisión. Le complacía que Mick Sinnott hubiera querido incluirla; habría sido imposible negarse. No

obstante, ahora se preguntaba si no era una equivocación y si la mayoría de la gente no lo vería como tal. Si necesitaba afiliarse a un sindicato, podría haberlo dejado para más adelante. Habría sido fácil convenir en que, siendo nueva en la empresa y trabajando solo media jornada, debería esperar. Cuando se acercaban a Wexford tuvo la sensación de que afiliarse a un sindicato no les traería nada bueno; les infundiría coraje, o los volvería belicosos, aunque probablemente al final solo causaría problemas. Habría preferido volver a casa, pero no podía pedir a Andares de Pato ni a nadie más que la llevaran a Enniscorthy antes de que comenzara la asamblea.

El salón del muelle estaba medio lleno cuando llegaron. Nada más entrar notó que la gente la

miraba. Trabajar en el despacho con Elizabeth la había aislado y ni siquiera sabía cómo se llamaban algunos de los empleados de la oficina. La decisión de acudir a la asamblea le habría supuesto a Maurice dos semanas de reflexión. Lo habría comentado con ella y luego con Jim. Nada, desde la compra de la casa hasta la fecha en que cada año iban a Cush, se decidía nunca de forma rápida o sencilla. Y no se trataba solo de Maurice. La mayoría, creía ella, necesitaba tiempo para reflexionar antes de tomar decisiones. A buen seguro cuantos estaban en el salón habían dispuesto de varias semanas para meditar si querían afiliarse al sindicato. Ella lo había decidido en un santiamén, y ahora le parecía un acto de pura insensatez. Por un momento se preguntó cómo se lo contaría a Maurice y pensó en

cuánto le desconcertaría lo que ella había hecho. Y al instante recordó que no tenía a nadie a quien dar cuentas y se sintió aliviada.

Al cabo de un rato se acercó a la cabecera del salón y se sentó junto a otras mujeres que trabajaban en la oficina, para que nadie pensara que había acudido en calidad de espía. Un hombre con acento de la ciudad de Wexford explicaba que vivían una época de ideas nuevas, con cursos de gestión y la llegada a oficinas y empresas de los denominados expertos en productividad, personas que no sabían casi nada de negocios y nada en absoluto de relaciones laborales. Para los patronos, decía, las prácticas de siempre estaban cambiando, pero para el movimiento sindical las prioridades seguían siendo las mismas, como sabía cualquier miembro del Sindicato General de

Trabajadores y del Transporte de Irlanda. Sin embargo, el sindicato no vivía solo de su historia, añadió; su reputación dependía del trabajo que realizaban día tras día para sus afiliados, tanto en tiempos de paz laboral como en épocas de crisis.

—En toda crisis llega un momento en que se impone una sola cosa —afirmó—. En la lucha contra los patronos llega un momento en que se imponen la fuerza bruta y la ignorancia.

Nora lo miraba y le escuchaba. Supuso cuánto le habrían interesado a Maurice la reunión y el discurso. Pero a continuación pensó en Elizabeth Gibney, la persona con quien últimamente pasaba la mayor parte del tiempo. Supuso que haría una buena imitación de ese hombre y encontraría divertidas las palabras «fuerza bruta e ignorancia».

Todos a su alrededor escuchaban con atención. Se aplaudió cuando el hombre terminó de hablar, y se decidió que se pusieran en fila y cada uno firmara para afiliarse al Sindicato General de Trabajadores y del Transporte de Irlanda.

A la mañana siguiente reinaba el silencio en la oficina. Saltaba a la vista que Elizabeth desconocía lo que había ocurrido la noche anterior en Wexford. Estuvo de buen humor toda la mañana y habló de sus planes de ir un fin de semana de otoño a París con Roger para ver un partido de rugby.

—Si estoy allí velaré por él. Tiene unas resacas terribles, pobrecito. Y si nos vamos dos días antes del partido podré comprar un montón en todas esas tiendas de fábula.

La mañana siguiente Elizabeth llegó tarde. Llevaba gafas oscuras.

—Supongo que se ha enterado de la noticia — dijo—. Anoche nadie pegó ojo en casa. El viejo William está que trina. Al principio culpó a Fianna Fáil, hasta que el joven William le dijo que el sindicato dependía del Partido Laborista, y entonces empezó a echar las culpas a Thomas por haber traído ideas nuevas de Dublín. Thomas, naturalmente, mantuvo la calma, lo que siempre es un error con el viejo William. Por eso aprecia tanto a Francisabidilla, ya que esa mujer provoca ataques de histeria. Thomas le dijo que en los próximos años pensaba reducir a la mitad la plantilla de la oficina y fue enumerando los métodos que aplicaría, hasta que el viejo William le dijo que tenía suficiente con lo que había oído.

Amenazó con vender la empresa y mudarse a Dublín y vivir en Dartry. Dijo que solo con los edificios y todos los activos conseguiría una bonita suma. Tiene un primo en Dartry y cree que es un remanso de paz y tranquilidad. Y la cosa se habría quedado ahí, pero el joven William, mi querido hermano, dijo que tendríamos que buscar consejo sobre cómo lidiar con los bolcheviques. Me reí tanto al oírlo que mi madre dijo que cerraría la cocina si había más alboroto. Entonces el viejo William se puso aún peor. Explicó que podría obtener el doble de dinero si vendía la empresa, en especial la parte del molino, e invertía lo que sacara, y que si no lo hacía era únicamente por lealtad a los que trabajan en ella y por lealtad a la ciudad. Dijo que tenía la sensación de que le habían apuñalado por la espalda y a

continuación nombró a los cabecillas. Por lo visto hay una buena pieza, un camionero de Ross Road que se llama Mick Sinnott. Es un patán. A esas alturas el viejo William estaba pálido y dijo que le traía sin cuidado que mi madre cerrara la cocina. Luego Thomas dijo que él mismo despediría al tal Mick Sinnott por la mañana, que le impondría un castigo ejemplar haciendo llamadas telefónicas para asegurarse de que nadie lo contratara. «Le voy a hacer picadillo», dijo.

»Entonces el joven William dijo que no era fin del mundo, que un buen número de empresas negociaban con los sindicatos. Y el viejo William se limitó a decir que eran unos pusilánimes, todos y cada uno de ellos. Dijo que no pensaba tratar con ningún sindicato y así acabó la cosa. Thomas quería hacerse con las llaves del camión de Mick

Sinnott para cambiarlo de sitio antes de que él llegara a trabajar por la mañana, pero el joven William le dijo que no fuera tonto. Más tarde mi madre soltó una palabra que ignorábamos que supiera. La empleó para describir a toda la gente de la ciudad.

Nora pensó en interrumpir a Elizabeth para decir que ella también había asistido a la asamblea de Wexford y había firmado con los demás. Se preguntó cómo reaccionaría cuando lo descubriera, pues creía que quizá se tomaba el asunto a la ligera. Pero unas horas después, oyéndola hablar por teléfono con Roger, supo cómo se sentía Elizabeth en realidad.

—Lo han hecho a espaldas de él —dijo—. Fueron allí como ratas en la noche, y no, no pegó ojo, estuvo subiendo y bajando la escalera y

entrando en mi habitación, en la de Thomas y en la del joven William, y preguntándose cómo había podido ocurrir, cómo era que nadie nos había avisado, ni a él ni a nosotros. No hay lealtad, decía, y si no fuera por mis hermanos cerraría la empresa, después de haber doblado su tamaño desde que la heredó de su padre. No paraba de repetir que sería un buen momento para venderla. Esta mañana mi madre me ha dicho que todo esto le ha roto el corazón a mi padre. Conoce a algunos empleados desde hace cuarenta años y hay quienes llevan aún más tiempo en la empresa. Le han apuñalado por la espalda. Mi madre tiene una amiga que es monja, una vieja estrambótica llamada hermana Thomas, y tengo que telefonarla para pedirle que venga; ya ves lo mal que están las cosas.

Cuando salía de la oficina a la una, al acabar su jornada, Nora se encontró cara a cara con Thomas Gibney, quien se detuvo y se la quedó mirando. Su expresión traslucía rabia contenida. Nora sabía que Elizabeth y el resto de los Gibney no tardarían en descubrir que se contaba entre quienes los habían traicionado.

La ciudad se había vuelto más llevadera. Ya nadie la paraba en Court Street, en John Street o en Back Road para darle el pésame; nadie se quedaba mirándola a los ojos a la espera de su respuesta. Si las personas con quienes se cruzaba se detenían, era para hablar de otros temas. A veces, al ir a despedirse, le preguntaban cómo se encontraba, o cómo estaban los chicos; era una forma discreta de reconocer lo sucedido. Con todo, todavía se ponía nerviosa al ver que se acercaba alguien dispuesto

a recordarle su pérdida. En ocasiones constituía una intromisión dolorosa.

La misa de los domingos era lo peor. Daba igual dónde se sentara: en la catedral la miraban con especial compasión, o se movían para hacerle sitio, o la aguardaban fuera para hablar con ella. En las ocasiones en que le resultaba insoportable, cuando cada mirada que recibía estaba destinada a molestarla, volvía a la pequeña capilla de San Juan o iba a la misa de las ocho de la mañana, en que la catedral estaba solo medio llena. Podía elegir dónde sentarse y marcharse al final sin que nadie la abordara.

Un día salía de Barry's, en Court Street, tras comprar pilas para el transistor que ahora le gustaba tener al lado de la cama. Estaba pensando en que Fiona escuchaba Radio Caroline y Radio

Luxembourg los fines de semana, y vio que se acercaba Jim Mooney, que había sido compañero de Maurice. Vivía solo o con un hermano en el campo desde que años atrás había regresado del seminario sin haber recibido las órdenes. A Maurice nunca le había caído bien; ella creía que tenía algo que ver con la negativa de Jim Mooney a afiliarse al sindicato de profesores, pero no estaba segura. Jim Mooney no le escribió cuando Maurice murió, a diferencia de la mayoría de los que habían trabajado con él.

—Vaya, precisamente estaba pensando en usted —dijo él.

—¿Qué tal está? —preguntó Nora. Procuró que el tono fuera formal.

—Estuve a punto de ir a visitarla.

Ella guardó silencio. No quería que la visitara.

—Consulté en la sala de profesores qué debía hacer, pero ninguno de nosotros estaba seguro.

Nora se preguntó si a Maurice le había desagradado el tono de aquel hombre, a la vez áspero y zalamero, tanto como a ella le desagradaba ahora.

—Menudo pillo está hecho el tal Donal. Se sienta en la última fila con mala cara. Un día, cuando miré, ni siquiera tenía abierto el libro de texto. Estaba leyendo otro libro. Otro día me contestó con una impertinencia. No sé qué vamos a hacer con él.

Nora estaba a punto de decir algo pero decidió que no era buena idea.

—En algunas familias —añadió él—, los chicos se llevan toda la inteligencia. Pero en la suya se la quedaron las chicas, y también el joven Conor, que

según tengo entendido es muy listo. Y creo que las chicas además son diligentes. La diligencia es una gran ayuda.

Su manera de decir «diligencia», como una palabra de un sermón que estuviera pronunciando, casi hizo sonreír a Nora. Se preguntó qué le habría llevado a abandonar Maynooth antes de que lo ordenaran sacerdote.

—Tenía pensado decírselo si la veía. No soy el único que se queja de Donal.

Nora intentó encontrar algo que decir para acallarlo. Sin embargo, lo único que podía hacer era mirarlo; le enfurecía lo sumisa que debía de parecerle.

—¿Qué asignaturas hace con usted?

—Ciencias y latín.

Nora asintió.

—Pero da igual en qué clase esté. Su actitud no es buena. Deja que desear no solo en lo tocante a inteligencia, sino también en los modales.

—Bien, muchas gracias por informarme —dijo ella pronunciando cada palabra con sumo cuidado. Empezó a alejarse tranquilamente.

—Que tenga un buen día, pues —dijo él.

Hasta entonces nadie se había quejado de Donal. Ni siquiera cuando estaba preocupada por el tartamudeo y pensaba que tal vez tuviera problemas en el colegio había habido comentarios negativos al pie del boletín de calificaciones de Navidad. Nunca había estado entre los primeros de la clase y durante unos pocos años sus notas fueron bajas, pero obtuvo buenos resultados en los exámenes del certificado de primaria y para las becas del Consejo del Condado. Pasaba la mayor

parte de las noches solo en la sala de estar con los libros escolares. Ella suponía que estudiaba, si bien a menudo se preguntaba si no estaría mirando los libros de fotografía. Ignoraba qué debía hacer, no estaba segura de si debía mencionar a Donal que se había encontrado a Jim Mooney o si era mejor no decir nada.

Al cabo de unos días vio que Donal se dirigía a casa por la otra acera al salir de la escuela. El chico no reparó en ella y parecía apesadumbrado; estaba sumido en sus pensamientos, su expresión era tensa.

Cuando Fiona llegó para el fin de semana, Nora estuvo a punto de hablarle del encuentro con Jim Mooney pero, como la muchacha iba a salir el sábado por la noche y pasó la mañana del sábado

en la cama escuchando la radio y la tarde con sus amistades en el centro de la ciudad, decidió que era mejor no agobiarla. Además, no quería que Fiona le dijera nada acerca de Donal que la inquietara aún más.

El sábado a última hora de la tarde, casi como un pretexto para salir de casa, Nora fue a arreglarse el pelo y dejó que Bernie le aplicara lentamente un tinte cobrizo. Al verse en el espejo no quedó muy convencida, menos aún que la vez anterior con el tinte original. Sin embargo, le pareció que al menos durante un rato había tenido un motivo de preocupación distinto de Donal.

Por la noche Fiona no estaba preparada cuando llegó una amiga suya. Pensaban ir a bailar a White's Barn. Conor entró para escuchar la conversación y Donal asomó la nariz para ver

quién era pero salió del cuarto como una flecha. Fiona apareció con su mejor vestido, pendientes de aro y maquillada, y Donal volvió a entrar y se quedó sentado en el sofá con expresión hosca mientras cada chica alababa la ropa de la otra y luego las dos hablaban un momento con Nora antes de marcharse.

Una vez se fueron Nora se volvió hacia Donal.

—Esta semana me he encontrado a Jim Mooney —dijo.

—Es un idiota de mar-marca mayor —espetó él.

—Dice que no prestas suficiente atención en clase.

—Le odio. Es un me-memo.

Donal empezó a tartamudear terriblemente e intentó contenerse pero estaba muy agitado.

—Si se le que-quemara la ca-casa en-entera, se-

sería una bu-buena noticia. O si se a-ahogara.

—Más valdría que atendieras en clase —dijo Nora.

El jueves Margaret llegó de visita y se detuvo en la sala de estar para charlar con Donal. Luego fue a la habitación del fondo a ver a Nora y habló de lo gracioso y lo listo que era el chico. Nora reprimió el impulso de decir que ella no consideraba gracioso a Donal y que Jim Mooney no lo consideraba listo. Margaret habló de las horas que Donal pasaba en el cuarto oscuro y de las técnicas que empleaba para revelar los carretes. Nora no le contó que el muchacho no le había enseñado ni una sola de las fotografías que había revelado en el cuarto oscuro que Margaret le había construido.

A Nora le cansaba enseguida la simple

jovialidad de Margaret; hacía que le entraran ganas de coger un libro o de desplegar el *Irish Times* del día. Era un alivio cuando Jim llegaba aquellas noches y ella iba a la cocina a prepararles té y después se cercioraba de que los chicos se habían acostado y la luz del dormitorio estaba apagada.

Y al levantarse para irse le alegraba saber que por fin tendría la habitación para ella sola. Sin embargo, mientras se despedía de ellos en el recibidor, de pronto tenía plena conciencia de que en cuanto salieran y cerrara la puerta se quedaría sola en la casa, con solo los chicos, que estaban dormidos, y sin nada por delante salvo la noche.

Elizabeth no volvió a mencionar el sindicato ni dio más información sobre cómo afrontaban la nueva

situación su padre y sus hermanos, o su madre. Nora acudió a una asamblea sindical; hubo numerosas discusiones acaloradas sobre quiénes debían formar parte del comité y ocupar diversos puestos. No asistió a ninguna otra.

No obstante, disfrutaba observando cómo Mick Sinnott, que no había sido despedido, iba de aquí para allá con confianza creciente en calidad de principal representante sindical. Y advirtió que, desde que se había afiliado al sindicato, cuantos trabajaban en Gibney's le hablaban o le sonreían al pasar por su lado. El sindicato supuso pocos cambios en el personal de la oficina. Sin que hubiera protestas, la plantilla se iba reduciendo poco a poco. Cuando una chica se casaba no la reemplazaban, sino que sus tareas se repartían entre otras empleadas. Thomas era cada vez más

estricto respecto a la puntualidad. Observaba entre las sombras y enviaba notas a quien llegaba tarde, a quien veía hablando o a quien cometía errores en el trabajo.

Elizabeth recuperó el buen humor de antaño y le hablaba a Nora de sus planes para el fin de semana y de sus amores igual que antes, pero Thomas no volvió a dirigirle la palabra a Nora. La fulminaba con la mirada siempre que la veía. Por su parte, Nora pasaba por su lado como si él no estuviera. Sin embargo, en unas pocas ocasiones en que Thomas tuvo motivos para entrar en el despacho que ella compartía con Elizabeth, disfrutó saludándolo con efusividad, llamándolo por su nombre de pila, como si nada hubiera sucedido, pero él no respondió. Elizabeth tomó la costumbre de preguntarle a su hermano en cuanto entraba en

el despacho qué asunto le llevaba allí. Si hablaba a voces por teléfono con algún amigo o le contaba a Nora una larga historia, con frecuencia veían que la sombra de Thomas se demoraba al otro lado del vidrio esmerilado de la parte superior de la puerta. Nora se preguntaba si tendría un expediente sobre las dos, como sobre todos los demás.

Al ver a Nancy Brophy caminando hacia la casa Nora se apartó de la ventana. No se le ocurría ningún motivo por el que Nancy quisiera visitarla. Se imaginó dejando que llamara a la puerta y aguzara el oído y volviera a llamar antes de bajar los escalones para mirar por las ventanas en busca de alguna señal de vida. Le pareció sentir el puro alivio que invadiría todo su espíritu si tuviera el coraje de hacerlo.

Al primer toque se dirigió hacia la puerta y la

abrió e invitó a Nancy a entrar.

—Espero no molestarte —dijo Nancy—. No habría venido si no tuviera que pedirte un favor.

—Bien, si puedo ayudarte en algo —dijo Nora.

—Desde luego que sí —repuso Nancy con jovialidad—. Pero no pongas esa cara de susto.

Nora no supo cómo reaccionar. Nancy era demasiado alegre, casi parecía una boba plantada en el recibidor con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya sabes que cada año hago el concurso con Phyllis Langdon en las salas parroquiales. Lo patrocina Guinness. Ella formula las preguntas y yo me encargo de las puntuaciones. Phyllis tiene muy buena voz, no necesita micrófono ni nada, y trabajamos bien juntas porque nunca me equivoco con los puntos.

A Nora no se le ocurría por qué Nancy le

contaba todo eso como si fuera una noticia urgente y fascinante.

—Bien, el caso es que mañana por la noche no podré. Tengo que ir a Dublín en el último tren de hoy porque Bridie, mi hermana, está ingresada en el Bon Secours y van a operarla. Conque he decidido buscar una sustituta antes de decírselo a Phyllis, y Betty Farrell me ha dicho que alguien de Gibney's le ha contado que eres un genio con los números; por eso he venido.

Nora la miró muy seria.

—Vamos, ¡no me digas que no puedes! —añadió Nancy.

—¿Sería solamente una noche? —preguntó Nora.

—Solo una noche —respondió Nancy—. Y te

vendrá bien salir y estar con gente, relacionarte un poco.

—Últimamente casi no salgo.

—Ya lo sé, Nora.

Nancy se disponía a irse una vez que hubieron acordado que, a menos que a Nora le dijeran otra cosa, Phyllis Langdon pasaría a recogerla el día siguiente a las siete de la tarde. Cuando Nancy estaba ya en los escalones, a Nora se le ocurrió preguntarle dónde se celebraría el concurso y Nancy le respondió que en Blackwater.

—No sabía que se celebraran tan lejos de la ciudad —dijo Nora.

—Solo este año. Es una prueba —explicó Nancy.

Observando desde la puerta a Nancy hasta que desapareció de la vista, Nora estuvo tentada de ir

tras ella para decirle que había olvidado que tenía algo que hacer, algo más acuciante que anotar las puntuaciones en un concurso. Pensó en qué podría ser y enseguida llegó a la conclusión de que ya era demasiado tarde. Al cerrar la puerta deseó haber preguntado al principio en qué pueblo tendría lugar el concurso. Entonces habría dicho que no podía ir a Blackwater. Estaba demasiado cerca de Cush y Ballyconnigar.

Recordó Blackwater en el verano, época en que personas procedentes de Dublín y Wexford ocupaban las casas de la zona y era normal que las mujeres acudieran con el marido al pub Etchingham's los viernes o los sábados por la noche y bebieran sidra de pera Babycham o brandy con soda y dejaran a los niños al cuidado de una canguro o de un hijo de mayor edad. Muchas veces

en julio, si hacía buena noche, Maurice y ella recorrían a pie las dos millas desde Ballyconnigar y luego alguien los llevaba en coche. Y al llegar agosto, cuando las noches se volvían más oscuras con el espeso rocío que había cubierto la hierba del sendero que llevaba del frontón al acantilado, ella conducía el viejo Morris Minor y los dos se relajaban sabiendo que podrían marcharse cuando les apeteciera. A Maurice siempre le complacía la compañía, sobre todo si había gente de Enniscorthy o lugareños de Blackwater, y poco a poco a ella también llegaba a gustarle la compañía y disfrutaba viendo a Maurice de buen humor.

Les comentó a los chicos que iba a salir. Debían prometerle que no se pelearían, dijo, y que se irían a la cama a la hora habitual.

—¿Y no po-podríamos acostarnos un poco más ta-tarde? —preguntó Donal.

—Decídelo tú mismo —dijo Nora—. Pero no demasiado tarde.

—¿Puedo decidirlo yo también? —preguntó Conor.

—Lo decidís entre los dos.

A las siete y media Nora miraba por la ventana y vio que Phyllis Langdon llegaba en un Ford Cortina. Nora se había puesto un vestido estival y llevaba una rebeca doblada sobre el brazo por si hacía frío. Los chicos estaban en la habitación del fondo con Fiona, que también iba a salir.

—¡Me voy! —gritó Nora—. No salgáis ahora a armar alboroto. Cuando vuelva ya estaréis dormidos.

Había coincidido con Phyllis Langdon varias

veces en el transcurso de los años. Su marido era veterinario y los dos eran de Dublín. Reparó en la destreza con que Phyllis daba marcha atrás y admiró sus anillos, muy bonitos, al cambiar de marcha y partir hacia Blackwater.

—Es pasmoso —dijo Phyllis— lo mucho que todos conocen de deporte y lo poco que saben de casi todo lo demás. La política, la verdad sea dicha, no se les da tan mal, ni quizá la geografía ni incluso la historia. Pero con las preguntas sobre libros y música se quedan *in albis*. Cualquiera dudaría de que hayan ido al colegio.

—¿Y quién prepara las preguntas?

—Ah, yo me encargo de eso. Para las de deporte busco quien me aconseje. Empezamos con preguntas fáciles. Todos tienen libros de preguntas y respuestas, y elijo unas pocas preguntas de los

libros, solo para que tengan la sensación de que vale la pena prepararse. La semana pasada, en Monageer, hubo un equipo que no sabía nada de nada. Ni siquiera parecían abochornados. Si les hubieran preguntado cuántos son dos más dos, habrían puesto la misma cara que si les hubieran pedido que explicaran Einstein.

—Supongo que se apuntan para divertirse.

—La ignorancia es felicidad —dijo Phyllis.

—Seguro que algunos son simpáticos —dijo Nora.

—Ah, todo lo simpáticos que quieras, y tontos de capirote.

Torcieron a la derecha en Finchogue y no volvieron a hablar hasta que cruzaron The Ballagh. Nora percibía la extrema seriedad de Phyllis respecto a la tarea que la aguardaba y decidió no

hacer comentarios frívolos sobre la incapacidad de los concursantes para responder a las preguntas que había preparado. Comprendió por qué Nancy Brophy había querido que se ocupara de las puntuaciones alguien a quien se le dieran bien los números.

—Por cierto —dijo Phyllis—, te he traído un cuaderno y varios buenos bolígrafos. Comenzamos con dos tandas de preguntas de dos puntos que hasta un niño sabría responder. Es para animar el cotarro. Seguimos con dos tandas de preguntas de tres puntos, luego de cuatro, y después cinco tandas de preguntas de seis puntos que ayudan a separar el grano de la paja. En las primeras tandas de seis puntos responde un solo concursante, pero en las últimas puede responder todo el equipo.

—Debe de dar mucho trabajo preparar las

preguntas —dijo Nora.

—Me gusta la variedad, y un buen equipo, como el de Oylegate, pasa semanas preparándose, leyendo sobre materias de las que quizá no sepan mucho.

—De modo que es muy instructivo.

—Para algunos; no para otros —dijo Phyllis con tono severo.

Phyllis no había nombrado a Maurice ni dejaba entrever si sabía que se trataba de una de las primeras salidas de Nora tras la muerte de su marido. No obstante, Nora suponía que estaba enterada de todo, pues Nancy Brophy la habría avisado, y que había decidido, por delicadeza, no decir nada. Por eso le parecía que por su parte, ella no podía mencionar que conocía Blackwater,

que había ido en bicicleta siendo una adolescente, que había quedado allí con Maurice durante años antes de casarse y que veraneaba en los alrededores. Se guardaría todo eso para sí y, al igual que Phyllis, se tomaría el concurso en serio, anotaría correctamente la puntuación de cada equipo.

Cuando llegaron, Phyllis dijo que le sorprendía que se hubiera acordado que se reunieran con los organizadores en el pub Etchingham's; que normalmente ella no pisaba los pubs, pero que se dirigirían a la sala contigua a la iglesia en cuanto les fuera posible. Rechazó las bebidas que les ofrecieron a ambas.

—Necesitamos tener la cabeza bien despejada —dijo—, de modo que preferimos una jarra de

agua con hielo y dos vasos. Y lo mismo queremos tener en la mesa de la sala.

Los equipos serían del propio Blackwater y de Kilmuckridge. Nora estaba atareada trazando una línea en el centro de las páginas del cuaderno, por lo que no vio que Tom Darcy, de Cush, estaba en la barra. Todavía vestido con ropa de trabajo, se acercó a la mesa.

—Nora, ¿qué tal andas? —preguntó.

—Tom, no te había visto. ¿Has venido por el concurso?

—A lo mejor nos quedamos para pasar el rato, aunque tal vez no nos quedemos. Seguro que nos sabemos todas las respuestas, Nora.

Nora iba a presentarle a Phyllis, pero por el envaramiento que percibía en ella dedujo que no deseaba que le presentaran a un hombre que

llevaba ropa de trabajo y se comportaba con la familiaridad y el desparpajo de Tom Darcy.

—¿Cómo está la señora Darcy? —preguntó.

—Sana como una manzana. Se alegrará cuando le diga que te he visto. ¿Y conozco a la mujer que está a tu lado? Me gustaría decirle a mi señora a quién me he encontrado mientras estaba fuera.

—Phyllis Langdon, este es Tom Darcy —dijo Nora.

Phyllis asintió con la cabeza, pero no le tendió la mano a Tom.

—Anda, Phyllis Langdon —dijo él—, la mujer que hace las preguntas. Es el terror de Monageer.

Nora percibió que Phyllis se apartaba de Tom Darcy, quien por su parte no tenía la menor intención de volver a la barra hasta haber

huroneado y haberse enterado de tantas cosas como fuera posible para contarlas luego en casa.

—He oído decir que en Monageer no sabían ni jota —comentó.

Era evidente que Tom se dirigía a Phyllis, pero esta no dijo nada.

—Me han contado que eran tan ignorantes como lo que uno encuentra en el suelo de una pocilga, y no me refiero a la paja —añadió.

—¿Y cómo están todos en Cush? —preguntó Nora.

—Pasándolas canutas, los pocos que quedan —respondió él—. Te diré una cosa: se os echa muchísimo de menos. Precisamente lo comentábamos el otro día. Eráis de los mejores bañistas, siempre lo fuisteis.

—Disculpe —le interrumpió Phyllis—, pero

dentro de nada tendremos que ir a la sala para asegurarnos de que los concursantes saben dónde deben sentarse.

—Seguro que esa chusma de Kilmuckridge confundirían el culo con un agujero en la pared —dijo Tom—. Pregúntales cómo se escribe AAG, las siglas de la Asociación Atlética Gaélica. Así se les bajarán los humos y aprenderán modales.

—¿Modales? —preguntó Phyllis con segundas.

—¿Queréis tomar una copa?

—No, no queremos —respondió Phyllis.

Nora vio que Tom se dirigía hacia la barra y hablaba con el camarero señalándolas a Phyllis y a ella.

—¿Queréis Babycham, jerez o brandy? —les preguntó a voz en grito.

Nora negó con la cabeza y miró a Phyllis, que

estaba atareada repasando las preguntas. Vio que tenía una mancha roja en cada mejilla; al parecer le habían salido durante el encuentro con Tom Darcy.

El camarero se acercó con una botella de Babycham y un brandy con soda.

—¿No hemos dicho que solo queríamos agua? —le preguntó Phyllis—. Además, no tenemos tiempo.

—Aquí mandan los clientes, señora —dijo el camarero—. Y pueden llevarse las bebidas a la sala con tal de que luego me devuelvan los vasos.

—¡Esa te romperá la crisma! —dijo a voces Tom Darcy.

—¿Hace mucho que conoces a ese hombre? —preguntó Phyllis a Nora.

—Lo conozco de toda la vida —respondió

tranquilamente mientras se servía el Babycham—. Me temo que no puedo beber brandy; me sienta mal.

Sonrió para sus adentros al pensar en el brandy. Durante su matrimonio con Maurice jamás tomaba bebidas alcohólicas. Al principio había probado el jerez, pero no le gustó. Una noche, en ese mismo pub, le ofrecieron un brandy y luego, como se juntaron con otras personas, tomó tres o cuatro más. Al final de la velada no podía parar de reír. De pie en la barra, con su mujer sentada en un taburete, estaba Frankie Doyle, de Enniscorthy. Al mirarlos se dio cuenta de que los dos creían que se reía de ellos. Frankie era tan menudo que podría haber sido jockey, y tal vez, pensó Nora, era susceptible respecto a su estatura. Además, él y su esposa estaban solos; no les habían invitado a

incorporarse al grupo, que era también de Enniscorthy. En cualquier caso, cada vez que ella levantaba la vista los sorprendía observándola, y cada vez que los miraba se echaba a reír. Nada podía refrenarla. Desde aquella noche ninguno de los dos le dirigía la palabra. Y a partir de entonces supo que no podía beber brandy.

—Parece que estés en tu propio mundo —dijo Phyllis.

—Lo estaba —respondió Nora sonriendo.

—Deberíamos irnos ya, y creo que no estaría bien que nos vieran por el pueblo con las bebidas en la mano, aunque Guinness sea el patrocinador. Es la última vez que accedo a quedar en un pub.

Se bebió de un trago el brandy con soda.

La sala empezaba a llenarse cuando llegaron. Nora conocía a algunas personas por haber oído

hablar de ellas y a otras solo de vista; además había gente a quien no conocía de nada, pero cuya forma de estar en la entrada, o arrimados a la pared del fondo, o de mirar a su alrededor, le resultaba familiar; reflejaba a la vez timidez y desenvoltura, cordialidad y reserva. Tuvo la sensación de que los conocía tan bien como a cualquiera de los demás.

En cuanto los equipos se identificaron, Phyllis se mostró más autoritaria. Se levantó varias veces para cerciorarse de que el espacio entre la mesa de ellas y los asientos que ocuparían los concursantes quedaba despejado, y luego recalcó que durante el concurso nadie debía merodear junto a estos para soplarles las respuestas.

En cada equipo había tres hombres y una mujer. Mientras explicaba las reglas Phyllis sacó del

bolso un cronómetro y lo puso para que sonara al cabo de diez segundos. Nora observó a los concursantes. Uno de los hombres a los que conocía de Blackwater era un profesor jubilado, y la mujer sentada a su lado había formado parte de una comisión de la Asociación de Mujeres Rurales Irlandesas. El siguiente de la fila le pareció un colegial, y supuso que el último era granjero. Mientras Phyllis hablaba, un ambiente de solemnidad envolvió a los concursantes. Era, pensó Nora, como si el sacerdote hubiera subido al altar o el profesor hubiera entrado en el aula.

Las primeras preguntas eran tan simples que casi resultaban ofensivas. No obstante, Phyllis las formulaba como si representaran todo un reto y exigieran un gran esfuerzo de memoria. Su voz se asemejaba a la de una locutora de radio y tenía un

dejo inglés al pronunciar determinadas palabras. Nora se dio cuenta de lo fácil que sería llevar las puntuaciones, pero advirtió que Phyllis vigilaba con ojo controlador lo que anotaba durante la segunda y tercera tandas de preguntas, en que las puntuaciones empezaron a diferir.

Cuando llegaron a las preguntas de cuatro puntos, un hombre les llevó otro brandy con soda para Phyllis y otro Babycham para ella. Nora no tenía la menor idea de quién había pagado las bebidas, pues Tom Darcy no había ido a la sala.

Al iniciarse las preguntas de seis puntos, el equipo de Blackwater llevaba una ligera ventaja. En una tanda de preguntas sobre deporte, se oyeron aclamaciones en la sala cada vez que alguna hacía referencia a la AAG. Por eso Phyllis pidió

silencio para la siguiente tanda, que sería de música clásica.

—¿Cuántas sinfonías compuso Brahms? — preguntó.

Nora observó al hombre de Kilmuckridge, que se tomó su tiempo, como si tratara de recordar algo que antes sabía. En cuanto Phyllis anunció que iba a poner en marcha el cronómetro, el hombre dijo:

—Veintiséis.

Phyllis echó una ojeada desdeñosa a la sala, que quedó en silencio. Nora miró la hoja de puntuaciones.

—Como todo el mundo sabe —dijo Phyllis—, Brahms escribió cuatro sinfonías. Veintiséis, ¡caramba!

Se hizo un silencio con la siguiente pregunta.

—¿Cuántas sinfonías escribió Schumann?

Era el turno del profesor jubilado de Blackwater.

—Creo que nueve —musitó.

—No es correcto —dijo Phyllis—. Compuso cuatro.

Les dio a conocer Haydn, Mozart, Schubert, Mahler, Sibelius y Bruckner, provocando un silencio de estupefacción cada vez que pronunciaba un nombre y el concursante de turno no acertaba el número de sinfonías. Cuando enumeró óperas y preguntó el nombre del compositor, tanto el profesor jubilado como el joven del equipo de Blackwater supieron las respuestas. De esta forma Blackwater llevaba una ventaja de quince puntos al iniciarse las últimas tandas, en que se permitía a los concursantes

consultar a sus compañeros. Uno pidió una pausa para ir al servicio y Phyllis accedió. En la mesa aparecieron otro brandy con soda y otro Babycham.

Nora echó una ojeada hacia la puerta y vio que se habían congregado unos cuantos hombres. Las miraban a Phyllis y a ella con recelo y resentimiento. Uno de ellos, un joven de cabello rubio y rostro tostado por el sol, lanzó una mirada a sus compañeros al ver que Nora los observaba. Se acercó a ella con cara de sentirse ofendido personalmente.

—Esa tiene una buena voz, bien potente —dijo señalando con la cabeza a Phyllis—. Espero que no se le ocurra pasar esta noche por Kilmuckridge, porque algunos muchachos están cabreados con

ella y con su voz. Se cree que es alguien, eso no voy a negarlo.

Nora apartó la vista y no respondió.

—Mira lo que te digo —comentó el hombre a otro—, esa se llevaría un susto de aúpa si le metieran sus sinfonías por donde yo me sé. Entonces dejaría de hacer preguntitas.

Phyllis le susurró a Nora que debían reanudar el concurso lo antes posible.

—Ahora —anunció alzando la voz— prepárense para las últimas tandas de preguntas, las más emocionantes. La señora Webster nos dirá cómo están las puntuaciones.

El hombre remoloneó hasta que Phyllis centró su atención en él.

—Lo siento, pero está estorbando —le dijo—.

No hay ningún motivo para que esté tan cerca. ¿Le importaría volver a su sitio y sentarse?

El hombre vaciló y a continuación le lanzó una mirada de puro desprecio antes de regresar a la entrada, con sus amigos.

Era evidente que un concursante de Kilmuckridge se había preparado para esa tanda de preguntas, relativas a primeros ministros y presidentes de diversos países. Supo el nombre de los primeros ministros de Noruega y Suecia. Cuando Phyllis preguntó al equipo cómo se llamaba el primer ministro de la Unión Soviética, al principio convinieron en que era Brézhnev y después dijeron que Podgorni; entonces surgieron los problemas.

—¿Cuál de los dos? —preguntó Phyllis.

Consultaron entre sí durante un ratito, hasta que

Phyllis puso en marcha el cronómetro.

—Es Podgorni —dijo uno.

—Lo siento, las dos respuestas son incorrectas.

El jefe del gobierno de la Unión Soviética es Kosiguin.

—Ha preguntado el nombre del primer ministro

—dijo uno del equipo.

—Y es Kosiguin.

—Acaba de decir que ese es el jefe del gobierno.

—Es lo mismo que primer ministro. Y mi decisión es inapelable; lo siento. Pueden discutir cuanto quieran. Bien, pasemos a la siguiente pregunta.

Al oírse murmullos por toda la sala, Phyllis alzó la voz.

—No toleraré más interrupciones —dijo.

Nora se concentró en la hoja de puntuaciones. Temía alzar la vista. Al final de esa tanda de preguntas, como los de Blackwater habían fallado algunas, solo había tres puntos de diferencia entre los equipos. Nora se daba cuenta —al igual que muchos de la sala, suponía ella— de que, si se hubiera aceptado la respuesta sobre la Unión Soviética, Kilmuckridge iría en cabeza. En la última tanda, centrada en batallas famosas, ambos equipos lograron responder bien a todas las preguntas. Al acabar el concurso, Nora ya había sumado las puntuaciones. Blackwater ganó por tres puntos. Phyllis se puso en pie y volvió a pedir silencio para leer en voz alta el resultado con tono imperioso. Antes de que tuviera tiempo de sentarse, un hombre surgió del gentío y avanzó hacia ella. Llevaba una gorra y una chaqueta a

cuadros.

—¿Tú de dónde eres? —preguntó con agresividad a Phyllis.

—¿Y a usted qué le importa? —replicó ella.

—Ni siquiera eres de Enniscorthy. Eres una forastera. Y no tienes derecho a venir aquí a mangonearnos.

—Quizá sería mejor que se fuera a casa —dijo Phyllis.

—Al menos yo sé dónde está la mía.

—¡Nos has robado la victoria! —gritó otro hombre—. Así de claro.

En ese momento Tom Darcy surgió del gentío.

—A un amigo mío de las afueras de Kilmuckridge y a un servidor nos gustaría invitar a las señoras a una copa en Etchingam's para darles las gracias por su esforzada labor.

—Deberíamos ir con él —le dijo Nora a Phyllis, y se sintió aliviada cuando esta accedió.

—¿Es usted la esposa de Maurice Webster? —le preguntó el hombre que acompañaba a Tom Darcy una vez que llegaron al bar.

Por un instante Nora dudó de que el hombre supiera que Maurice había fallecido.

—Lo conocí bien —añadió él.

Nora miró al otro lado hasta localizar a Phyllis, que, con un vaso lleno de brandy con soda en la mano, hablaba animadamente con Tom Darcy.

—¿Lo conoció hace muchos años? —preguntó.

—Cuando vino con su hermano y otros cuantos. Fuimos a pescar. ¿Y aquel hermano sigue vivo y coleando?

—Sí —respondió Nora.

—¿Y había otro que estaba delicado y murió?

—En efecto.

—Y Margaret, la hermana, ¿llegó a casarse?

—No.

—Era una mujer agradable, apreciada por todo el mundo.

Dio un sorbo a su copa y miró a Nora.

—Sentí lo de Maurice cuando me enteré. Dios, aquí todos lo sentimos al enterarnos.

—Gracias por decírmelo.

—Nunca se sabe qué derroteros toma la vida.

Algunos resultan incomprensibles.

Permanecieron en silencio junto a la barra.

—¿No preferiría beber algo mejor que eso? — le preguntó finalmente el hombre.

Nora miró el vaso de Babycham y dudó.

—He oído decir que es un brebaje asqueroso — dijo el hombre—. Un vodka con limonada le

sentará mejor. Es lo que toman ahora mi señora y mi hija cuando salen.

Le pidió un vodka y una limonada y se la sirvió cuando se la llevaron. Nora vio que el grupo de hombres que habían permanecido cerca de la puerta de la sala estaban ahora en el pub y pedían bebidas; el local se iba llenando tras el concurso y reinaba un ambiente de jovialidad. Había ocurrido algo desacostumbrado que había animado la noche, que había dado de que hablar. Con su vivacidad, los hombres parecían más bien un grupo llegado de un partido de hurling o de fútbol.

Phyllis continuaba charlando con Tom Darcy, que al llegar a casa tendría mucho que contar a su mujer. Pronto se juntaron con ellos otros hombres, que se dirigieron a Phyllis como si la conocieran. Phyllis participaba en la conversación, asentía a

los comentarios y paseaba la mirada de un hombre a otro. Como su marido era veterinario, pensó Nora, debía de estar acostumbrada a la compañía de los granjeros y sabía cuándo prescindir de su tono imperioso. O quizá se debiera al brandy.

Los hombres se negaban a que Phyllis o Nora pagaran una ronda, y cada vez que pedían una incluían un brandy con soda para Phyllis y un vodka con limonada para Nora.

Al mirar hacia la puerta cuando Phyllis señaló en esa dirección, Nora vio que entraban Tim Hegarty y su esposa, Philomena. Tim era un profesor que había estudiado con Maurice. Nora sabía que los fines de semana él y su mujer recorrían sin rumbo las zonas rurales en busca de compañía, pero no se le ocurría qué les había llevado a Blackwater. Los acompañaban dos de

sus hijos. Nora dedujo por la cara de Phyllis que no tenía buena opinión de ellos.

Tim era famoso por su atractivo y por su buena voz para el canto. Su mujer cantaba con él cuando no estaba demasiado borracha y en una ocasión, en un concierto celebrado en el convento de la Merced al que Nora asistió, la familia al completo —los padres y los seis o siete hijos— había interpretado a la familia Von Trapp de *Sonrisas y lágrimas*. Todos decían que podrían ser músicos profesionales si Tim y Philomena dejaran de beber.

Se pidió silencio en el bar. Nora vio a Tim Hegarty, que estaba de pie, solo, con los ojos cerrados. Llevaba el pelo engominado, una pajarita estrecha y chaqueta roja y blanca de rayas. Parecía un astro de cine norteamericano. Sin abrir

los ojos todavía, echó la cabeza hacia atrás y cantó con voz suave pero lo bastante alta para que se le oyera en todo el local:

*Mona Lisa, Mona Lisa, men have named
you
You're so like the lady with the mystic
smile.*

Al principio a Nora le pareció que alguien había cantado ese tema en su boda; intentó recordar quién podría haber sido. Luego pensó que no, que fue más tarde, en un momento en que ella no era el centro de atención. Fue tras el nacimiento de Fiona, y su alegría tal vez se debiera a lo buena que era la niña, a que estaba aprendiendo a andar o empezando a hablar. Entonces Tim cantó la

segunda estrofa, y de pronto cayó en la cuenta de cuándo había sido exactamente. Había dejado a Fiona en casa de su madre todo el día y quizá también por la noche para asistir a la boda de Aidan, el primo de Maurice, con Tilly O'Neill. La fiesta se celebraba en el hotel Talbot de Wexford y el padrino era Pierce Brophy, el hijo de Nancy, que más tarde se iría a Inglaterra y ganaría tanto dinero. Pierce se levantó y cantó la canción, que debía de ser, pensó Nora, el gran éxito de aquel año, y a todos les asombró que se supiera la letra. La cantó despacio, igual que Tim la cantaba ahora, y, aunque no era la clase de canción que le gustaba a Maurice, a ella le encantó; le encantó lo lenta y triste que era, y la chispa que tenían las palabras al rimar. Por encima de todo, le había encantado tener a Maurice a su lado; le había encantado que

estuvieran juntos en una boda llevando ropa nueva y que todos en la fiesta supieran que estaba casada con él.

Al terminar la canción, la gente que llenaba el bar aclamó a Tim. Phyllis, la única que no parecía impresionada, miró a Nora y alzó los ojos al techo. Nora se fijó en que tenía en la mano un vaso lleno de brandy con soda y vio que a ella le habían servido otro vodka con limonada. Oía a Philomena Hegarty afinar la guitarra en el otro extremo del local.

Con todo ese barullo y confusión, de pronto sintió un agudo anhelo de estar en cualquier parte menos ahí. Pese a que con frecuencia temía la llegada de la noche estando en su propia casa, al menos estaba sola y podía controlar lo que hacía. El silencio y la soledad constituían un insólito

alivio; se preguntó si la situación en casa iba mejorando sin que ella se diera cuenta. Desde que era una jovencita, nunca había estado sola en una multitud como esa. Maurice siempre decidía cuándo debían irse o cuánto tiempo se quedarían, pero aun así tenían una forma de consultarse mutuamente. Era algo en lo que nunca había pensado; de hecho, a menudo le irritaban los cambios de humor de Maurice, lo impaciente que se mostraba por volver a casa y, al instante, cómo se entusiasmaba y la facilidad con que se relacionaba con el grupo, mientras ella esperaba con paciencia a que la noche llegara a su fin.

Conque eso era estar sola, pensó. No era la soledad que venía experimentando, ni los momentos en que sentía la muerte de Maurice como un mazazo a todo su ser, como si hubiera

sufrido un accidente de tráfico; era ese deambular en un mar de gente con el ancla levada, en que todo era extrañamente vano y confuso. Entonces se hizo otro silencio en el bar, la guitarra inició una melodía vacilante y Tim Hegarty comenzó a cantar «Love Me Tender». Por la forma en que Tim se entregó a la melancolía de la canción, al anhelo, Nora tuvo la impresión de que se burlaba de ella, de que la miraba a la cara y se reía, pero enseguida se impuso la canción, Tim suavizó la voz y le dio más fuerza según dictaba la melodía y permitió que la guitarra realizara su labor haciendo pausas para que se oyera su sonido. Nora se sumó al aplauso y las aclamaciones al terminar la interpretación y, al igual que los demás, se quedó sorprendida cuando los Hegarty, haciendo caso omiso de los aplausos, pasaron a un tema

mucho más rápido. Tim Hegarty imitó el acento norteamericano de Elvis Presley:

*A very old friend came by today
'Cause he was telling everyone in town
About the love that he just found
And Marie's the name of his latest flame.*

El gentío lanzaba gritos de aprobación y silbidos mientras Philomena rasgueaba con más fuerza la guitarra y Tim cantaba. Con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, Nora disfrutaba de la suntuosidad del tono de la canción, de su sonido acuciante, y se acordó del verano en que salió aquel tema, o quizá del verano siguiente, cuando empezó a oírse en Cush y por las noches alguien llevaba un tocadiscos a una mesa

colocada delante del autobús de los Treacy, que habían fijado al suelo con cemento para convertirlo en una casa de veraneo. Sacaban un cable largo de alguna de las viviendas cercanas que tenían electricidad.

Recordó que recorría el camino desde la casa de los Kavanagh, de vuelta de su paseo nocturno con Maurice, y encontraba a todos los niños allí en la luz del ocaso mientras los adolescentes bailaban las canciones de Elvis. Le parecía ver a algunos chiquillos, tímidos, y a Fiona bailando quizá, y a Patricia Treacy y a Eddie Breen y a algunos de los Murphy y los Carroll y los Mangan. No hacía ni diez años, tal vez hubieran transcurrido seis o siete, y si alguien le hubiera dicho que ahora estaría en ese bar escuchando esa canción y le

hubiese relatado todos los hechos que habían ocurrido desde entonces, no le habría creído.

Tom Darcy se acercó al terminar la canción. Llevaba a Phyllis, que tenía el rostro colorado, cogida de la mano.

—Dice que sabes cantar —dijo Phyllis.

—Claro que sabe cantar. Cantaba cuando la conocí y se alojaba en casa de los Gallagher y había fiestas.

—No he cantado desde entonces.

—¡Va, venga! —dijo Phyllis—. ¿Qué canciones te sabes?

—Mi madre sí era cantante —dijo Nora como si estuviera hablando con personas que habían conocido a su madre.

—Nora es una gran cantante —afirmó Tom Darcy—. O al menos lo era entonces.

—¿Qué canciones te sabes? —repitió Phyllis.

Nora pensó un momento.

—La canción de cuna de Brahms; creo que me la sé.

—¿En alemán?

—Antes sí me la sabía en alemán, pero la sé en inglés.

Phyllis dejó el vaso en la barra.

—Vamos a hacerlo como es debido. Escribiré la última estrofa en alemán y así la cantaremos las dos. Yo canto la primera estrofa en alemán, tú la cantas en inglés y al final cantamos juntas la última en alemán y luego en inglés.

Nora advirtió que Phyllis estaba entusiasmada.

—¿No podríamos simplificarlo? —preguntó—. Llevo años sin cantar. No he cantado desde poco después de casarme.

—Dame una hoja y escribiré la letra en alemán.
Es muy fácil.

En el otro extremo del pub un hombre cantaba «Boolavogue» con voz temblorosa. Phyllis escribía febrilmente con letra clara y obligaba a Nora a mirarla mientras anotaba las palabras tarareando la melodía y tomando sorbos del brandy.

El hombre terminó de cantar las estrofas de «Boolavogue», y Nora percibió cierta agitación en el bar. Las canciones habían aportado color y expectación y ahora la gente quería beber tranquilamente y conversar. Sabía que además allí se desconfiaba de los alardes, se consideraba que cualquiera que se exhibiera cantando en voz alta en público debía ser quizá objeto de mofa, y luego de risas afables.

Pero Phyllis estaba decidida. Tenía la estrofa escrita en alemán y se disponía a avanzar hacia el centro del bar, para que se las viera a Nora y a ella. Nora sabía que algunos clientes del local la reconocerían y se preguntarían por qué cantaba en un pub cuando Maurice no llevaba muerto ni un año.

Tom dio unas palmadas, pidió silencio y, mientras Phyllis y Nora lo observaban a la espera de que las presentara, se encogió de hombros y regresó presuroso a donde estaba antes dejándolas solas bajo la mirada de todo el mundo.

En cuanto Phyllis anunció con voz sonora que la señora Webster y ella iban a cantar un dueto, se oyeron risas. Esto provocó que Phyllis echara hacia atrás los hombros y se mostrara aún más combativa que durante el concurso. Nora se

alegraba de que Phyllis fuera a empezar sola, pues no tenía ni idea de cómo entonar. Phyllis comenzó en un alemán trémulo, y a Nora no le cupo duda de que había educado su voz en exceso o bien demasiado poco. Veía los rostros implacables que las rodeaban. Cualquier ostentación los incomodaba, incluso un coche o una cosechadora nuevos, o los primeros pantalones que se ponía una mujer. Pero alguien que cantaba mal, que cantaba mal con voz aguda en un idioma extranjero, jamás se olvidaría. Sería motivo de comentarios durante años. Si Phyllis no había dejado huella en Blackwater durante el concurso, sin duda la dejaría ahora.

Nora se concentró cuanto pudo. Era consciente de que en el pub había gente que conocía la melodía, o que al menos la había oído, y por lo

tanto pensó que debía procurar que sonara como una canción corriente al sustituir a Phyllis para cantar la estrofa en inglés. Pensó que debía mantener el tono bajo, impedir que le salieran agudos de soprano, pero cantando lo bastante alto para que se la oyera.

Cuando la gente vio que Phyllis iba a darle paso, como si se tratara de un número ensayado para una fiesta, Nora advirtió que algunos de los hombres de mayor edad se removían incómodos. No habían salido por la noche para eso. Sin embargo, a un grupo del rincón, del que formaban parte varias mujeres, les pareció desternillante.

«Buenas noches, mi amor», empezó, sorprendida de lo fuerte que sonaba su voz. Miró al grupo del rincón; se daban ligeros codazos y se reían de ella. Intentó bajar el tono, conseguir que

la melodía se asemejara lo máximo posible a una verdadera nana, una canción que cantara a un niño. Sabía que si al final de la estrofa no había logrado ganarse a ese grupo serían incapaces de controlarse cuando Phyllis y ella cantaran juntas en alemán. Al llegar al último verso clavó la vista en el grupo y solo en el grupo, pero dos o tres continuaron riendo.

En la siguiente estrofa dejó que Phyllis dirigiera y trató de seguirla, al principio cantando en el mismo tono que ella y luego intentando suavemente bajarlo, si bien desistió al dar juntas una nota desastrosa, desafinadas las dos. Al ver que Phyllis la miraba casi con temor, dejó que cantara sola el último verso, sin atreverse siquiera a mirar hacia el rincón, con la vista fija en el suelo, rezando para que aquello acabara pronto.

Se sabía mejor la última estrofa en inglés. Al oír que Phyllis cantaba más despacio, atenuando la voz, se sintió más segura y se acercó a su tono; en los dos últimos versos intentó fundir su voz con la de ella, manteniéndola baja todavía, pero permitiendo que se soltara y adquiriera fuerza cuando lo hacía la de Phyllis. Si bien no se atrevía a mirar hacia el rincón, veía que las personas que tenía delante escuchaban con atención a medida que la nana llegaba a su fin.

El aplauso surgió del sentimiento de alivio más que del placer y Nora se prometió que no volvería a hacer aquello mientras viviera. Fulminó con la mirada al grupo del rincón, uno de cuyos componentes imitaba una voz de soprano exageradamente desafinada, con gran deleite de los demás.

El bar estaba a punto de cerrar y se pedían las últimas bebidas; entonces Phyllis insistió en invitar a una copa a Tom Darcy y a varios de sus amigos y a Nora. Tom intentó evitar que pagara; llegó al extremo de quitarle el dinero de la mano, si bien al final ella se impuso. Nora observó que Phyllis se bebía de un trago el brandy con soda que tenía en la barra mientras esperaba a que le sirvieran otro. Se preguntó si estaría en condiciones de conducir. Se daba cuenta de que Phyllis no tardaría mucho en cantar otra canción y pensó que lo más provechoso que podía hacer ella durante los siguientes minutos era impedirlo por todos los medios.

Una vez en el automóvil, tras haber dado por fin las buenas noches a todos, Nora se percató de que

Phyllis estaba tan borracha que ella estaba casi completamente sobria. Muy concentrada, dio marcha atrás, y parecía conducir de forma aceptable, hasta que Nora reparó en que no había encendido los faros. Una vez avisada, fue incapaz de acordarse de dónde estaba el mando de los faros. Al final lo recordó, y Nora pensó que, si lograba que se enfrascara en una conversación durante todo el trayecto hasta la ciudad, sería más probable que se concentrara también en la carretera y no se quedara dormida o dejara vagar la mente.

Al llegar al cruce de Castle Ellis, Phyllis había repetido varias veces lo bien que le caía Tom Darcy y lo caballeroso que era, cuánto le gustaba el pub Etchingham's y que en Monageer no se habían mostrado nada hospitalarios con Nancy y

con ella después del concurso. Creía que, una vez terminada la temporada de los concursos, Dick, su marido, podría ir a Etchingham's algún sábado por la noche y comentó que sería estupendo que Nora los acompañara. Después de decirlo por tercera vez, Nora se dio cuenta de que cruzaba la carretera principal de Gorey a Wexford sin mirar si venía algún vehículo. Se preguntó qué podía decir para que Phyllis se concentrara más en la carretera, si había un tema que la obligara a reducir la marcha y conducir con prudencia.

Una vez que estuvieron a salvo en la estrecha carretera que llevaba de Castle Ellis a Finchogue pasando por The Ballagh, Nora empezó a cantar de nuevo la nana de Brahms. Dejó que su voz sonara incluso más grave, de modo que, cuando Phyllis

cantó con ella, crearon una armonía, pero era Nora quien dirigía. Cantaron las dos estrofas en inglés.

—Eres casi una contralto —dijo Phyllis.

—No, soy soprano.

—No, no, ahora eres mezzo, pero rozando el contralto. Tienes la voz mucho más grave que la mía.

—Siempre fui soprano. Mi madre también lo era.

—A veces pasa. A veces la voz se vuelve más grave con el paso del tiempo.

—Llevo años sin cantar.

—Pues ha ocurrido mientras estabas inactiva, y con un poco de práctica tendrías una voz espléndida, excepcional.

—No estoy segura.

—De vez en cuando convocan pruebas para el

coro de Wexford. Es un buen coro. Solemos cantar misas.

—Dudo que tenga tiempo.

—Pues les hablaré de ti y a ver qué pasa. ¿Y no podrías ir quizá a la Sociedad Fonográfica? Nos reunimos todos los jueves en el Murphy Flood's. Cada uno realiza una selección de discos.

Nora no quiso decirle que no tenía ningún disco y que el viejo tocadiscos solo lo usaban sus hijos para oír música pop. Phyllis comenzó de nuevo la canción de cuna; esta vez cantaba de forma más pausada, dejando espacio para que Nora entonara por debajo de su voz, y sostenía la última nota de cada verso tanto tiempo como Nora podía.

Cantaron hasta llegar a Enniscorthy, y Phyllis seguía tarareando la melodía incluso mientras atravesaban la ciudad. Por algún motivo cantar le

había dado vigor, la había calmado y ayudado a concentrarse en la carretera, de manera que, circulando por las estrechas calles, Phyllis, con su forma de conducir y comportarse, realizó una imitación de una mujer absolutamente sobria que llevaba una amiga a casa. Al bajarse del coche, parado delante de la puerta, Nora le dio las gracias y dijo que ella también esperaba que volvieran a verse pronto.

La primera mañana en la caravana que había alquilado para dos semanas en Curracloe, Nora tuvo que despertar a Donal y a Conor y advertirles de que disponían de media hora para desocupar las camas a fin de que pudiera plegarlas y colocar la mesa entre los asientos. Preparó los cacharros del desayuno en el otro extremo de la pequeña caravana, donde dormían Fiona, Aine y ella, y fue a la tienda a comprar pan, leche y el periódico de la mañana. Cuando regresó los chicos seguían

dormitando. Dijera lo que dijese, no querían levantarse, hasta que los amenazó con quitarles las mantas y poner la mesa en su sitio mientras seguían tumbados. Incluso entonces se movieron de mala gana. Sin embargo, al cabo de unos minutos Conor estaba contento; en cambio, Donal no despegó los labios mientras desayunaban; encontró el diario y leyó con extrema atención la última crónica sobre el viaje a la Luna y los astronautas, sin mirar siquiera lo que comía.

Luego se recostó sobre los cojines y se quedó mirando al techo. Al cabo de un rato sacó la cámara y se dedicó a dirigirla hacia diversos objetos; enfocaba con sumo cuidado, entrecerrando los ojos, y encuadraba con detenimiento hasta los objetos más menudos, más insignificantes. Daba la impresión de que estaba

reflexionando, pero Nora se preguntó si no trataba de exasperarla.

Sabía que su hijo únicamente pensaba en dos cosas. En primer lugar, Donal se preguntaba cuándo irían a la playa y le dejarían a solas en la caravana; estaba atento a si se llevaban comida, lo que significaría que no volverían en todo el día. Cuando Nora le propuso que los acompañara, se encogió de hombros y respondió que a lo mejor iría más tarde. Ella sabía que se pasaría la mañana mirando caviloso las revistas mensuales de fotografía que la tía Margaret le pagaba o él mismo se compraba con el dinero que recibía para sus gastos; le animarían al menos durante unas horas, y luego se enfrascaría en el voluminoso manual de fotografía que Una le había regalado.

Además, estaba pendiente del reloj, pues la

información sobre el viaje a la Luna comenzaba a una hora distinta cada día. En cuanto llegaron a Curracloe había ido a la sala de la televisión del hotel Strand. Enseguida se puso a tomar fotos del televisor con un objetivo gran angular que Nora le había regalado en Navidad, y fotografías de larga exposición que ella no acababa de entender. Nora sabía lo mucho que absorbían la atención de Donal y con qué facilidad se indignaba si le preguntaban qué objeto tenían.

Le había visto explicarlo con una vehemencia y un entusiasmo excesivos cuando Una y Seamus pasaron por la caravana la primera noche; tartamudeaba más de lo habitual. Y Nora advirtió lo desconcertados que se quedaron.

A Donal le costaba aceptar que la mayoría de la gente se llevaba la cámara cuando iban de

vacaciones para tomar instantáneas en la playa. En casa tenían bajo la cama una caja de fotografías en blanco y negro de vacaciones del pasado, de la playa de Cush y de los campos que extendían detrás del acantilado, guardadas en la solapa de las carpetas, con los negativos en el otro lado. Cuando Seamus le preguntó por qué no se limitaba a sacar instantáneas de todos divirtiéndose, Donal casi hizo una mueca de desagrado al oír la palabra «instantánea» y, tartamudeando mucho al principio, trató de explicar otra vez que solo le interesaban la televisión del hotel y las imágenes del espacio que pudieran emitir. Y a continuación, hablando muy deprisa, comentó cómo pensaba encuadrar cada foto para captar la superficie del televisor y las imágenes del espacio que aparecieran en él, y que al volver a casa desarrollaría un método de

revelado especial para esas fotografías en el cuarto oscuro de la tía Margaret.

—De todos modos, ¿no sería mejor fotografiar personas? —preguntó Seamus.

Donal se encogió de hombros con una mezcla de tedio y desprecio indisimulado.

—¡Donal! —exclamó Nora.

—Yo... —comenzó a decir el chico, pero el tartamudeo no le permitió seguir.

Todos guardaron silencio mientras lo intentaba. Luego Donal levantó la cabeza con una expresión de audacia y determinación.

—Yo ya no fotografío personas —dijo con calma.

A la mañana siguiente la bruma lo cubría todo. En las dunas encontraron un sitio donde podían extender dos esterillas y tumbarse bajo el pálido

sol. Nora obligó a Donal a acompañarlos para que les ayudara a llevar la cesta de picnic y supiera dónde estaban si necesitaba ir a buscarlos.

—El agua está muy bien —dijo—. Por lo menos ayer lo estaba.

—No se ve na-nada —dijo Donal—. ¿Está así to-todo el día? Quiero tomar fo-fotos de esto.

—La niebla se habrá despejado dentro de un par de horas.

Donal volvió a la caravana a por la cámara. Hicieron bromas a su regreso; Fiona y Aine insistieron en que no las fotografiara hasta que estuvieran más bronceadas. Donal se alejó sin pronunciar palabra y se encaminó hacia el mar.

—No le saldrá nada con esta luz —dijo Aine—. No se ve nada.

—Es lo que él quiere —repuso Fiona—. ¿No

habéis visto las fotos que ha revelado? ¿Las grandes? Están prácticamente en blanco.

—¿Dónde las tiene? —preguntó Nora.

—Las lleva consigo en una especie de carpeta.

—Pues no me las ha enseñado.

—No se las ha enseñado a nadie —dijo Fiona—. Pero el otro día se le cayeron al suelo y quise ayudarle a recogerlas. Por poco me muerde. Creo que todavía está aprendiendo a revelar, aunque dice que las hace así a propósito.

Nora observó a Donal, que bajaba por la playa en dirección a la orilla. Sonrió para sus adentros al ver que se quitaba el jersey y se lo ataba a la cintura sin soltar la cámara, que sostenía como si fuera un objeto valioso. Cuando el chico se acercó al agua, dejó de distinguirlo con claridad.

No recordaba haber visto nunca el mar tan

encrespado. Se preguntó si Cush quedaba más resguardado y si las olas rompían allí con mayor suavidad. Además, la playa de Cush era más corta y tenía piedras en la orilla. Aquí había dunas y una playa larga, sin piedras, sin ningún abrigo, sin acantilados de marga. Miró hacia el norte, en dirección a la casa de los Keating, pero se alegró de no ver nada, y también se alegró de que, por muy buena que fuera la visibilidad, desde ahí no se divisara Cush. Probablemente, pensó, en una mañana como esa no habría nadie en Cush; la gente no se aventuraría a bajar por el acantilado hasta que la niebla se hubiera despejado.

Las chicas se habían puesto los bañadores y ella se puso el suyo sin prisas.

—¿No te has traído ningún libro? —le preguntó a Conor.

—Estoy harto de leer.

—Espero que no pienses que vas a pasarte el día ahí sentado mirándonos a la cara —dijo Fiona.

—Y escuchando nuestras conversaciones —añadió Aine.

—¿Sobre vuestros novios? —preguntó Conor —. Tendrías que haberlas oído anoche, mamá; venga a hablar sobre Adamstown y el White's Barn.

—Detesto Adamstown —dijo Aine.

—Pues a Fiona sí le gusta —dijo Conor.

—Cierra el pico, Conor —dijo Fiona.

—Conor, un día de estos, si llueve, quizá vayamos a Wexford a comprarte libros —dijo Nora.

—Ya tiene su raqueta de tenis —exclamó Fiona.

—Déjalo en paz —replicó Nora.

Fiona bajó sola a la orilla a ver cómo estaba el agua.

—Las olas son altas —comentó al volver—. Y rompen tan cerca que no tendremos más remedio que acabar mojados.

En cuanto convencieron a Conor de que se pusiera el bañador, los cuatro bajaron por la playa hacia el agua. De repente, a lo lejos, retumbó una sirena de niebla.

—Debe de ser en Rosslare —dijo Nora—. Nunca la había oído tan fuerte.

Las olas eran lo bastante recias para tumbarlos. Tras dejar a Conor al cuidado de sus hermanas, intentó zambullirse en una ola y nadar hasta dejarla atrás, pero su empuje la derribó, de modo que por un momento quedó totalmente indefensa en el agua. Avanzó antes de que rompiera la siguiente, se alejó

nadando hasta donde el mar estaba casi en calma y encontró un banco de arena. Se puso en pie e hizo señas a los otros, pero estaban muy ocupados esperando a que se estrellara la siguiente ola; Conor corría de vuelta a la orilla gritando a sus hermanas y riendo.

Les quedaban doce días, pensó. Y si el tiempo seguía así quizá las chicas se olvidaran incluso de que la habían obligado a prometerles que las llevaría a la ciudad para dejarlas en casa a la primera señal de aburrimiento o de mal tiempo. Poco antes de que compraran la casa de Cush, antes de que nacieran Donal y Conor, habían alquilado Kerr's Hut, a orillas del río, donde la casa de los Keating. Había llovido todos los días. De hecho, llovió tanto que al final no quedaba ropa seca para Fiona y Aine, ni una sola prenda. Y

la cabaña no tenía electricidad ni estufa; solo contaba con un par de fogones de gas para cocinar. Un día, tal vez más, no pudieron salir. Ella había enseñado a las niñas varios juegos de naipes y jugaron al Scrabble, pero cuando se cansaron de esos juegos no tenían nada que hacer. No podían volver a casa, pues esas eran sus únicas vacaciones. Qué extraños y lejanos parecían ahora aquellos días, encerrados en una cabaña de dos habitaciones en la que se filtraba la humedad, y con ropa extendida por todas partes para que se secara.

Conor se había entusiasmado con el agua. Nora observó cómo recibía toda la fuerza de una ola, que lo arrastró de vuelta a la orilla. Por un instante pareció que él iba a echarse a llorar, pues se levantó y se quedó estupefacto, pero Nora vio que

enseguida sonreía y avisaba a gritos a sus hermanas de que se acercaba una ola aún mayor. Al romper la ola, se colocó entre ellas, cogido de la mano de cada una. Mientras los observaba desde el banco de arena Nora advirtió que el retumbo de la sirena de niebla llegaba con más fuerza desde Rosslare. Percibía el frío de la bruma en el aire a medida que el poder del sol parecía debilitarse. Si empezaba a llover, y si no escampaba, se irían los cinco a casa y olvidaría el dinero que habían pagado por la caravana.

Sin embargo, en los días siguientes el tiempo apenas cambió. Algunas mañanas el sol tardaba menos en calentar a través de la bruma; otras veces el día se instalaba en una grisura sin viento. La temperatura era siempre lo bastante templada para permitirles estar en la playa, y no cambiaron

el sitio que habían encontrado el primer día en las dunas. En ocasiones Donal iba a buscarlos y caminaba por la playa con la cámara. No obstante, los empeños de los demás por animarlo a que se metiera en el agua solían fracasar.

Todos los días se dirigía a la sala de la televisión del hotel Strand. Decía que encontraba siempre a varias personas, viendo las noticias de la aproximación de los astronautas a la Luna. A veces llevaban consigo a sus hijos, niños que querían hablar y gritar, por lo que no se oían los comentarios de Kevin O'Kelly. Deseaba que hubiera otro lugar donde pudiera ver la televisión sin que lo interrumpieran; un hombre de Dublín insistía en aconsejarle cómo enfocar la cámara y cómo sacar las mejores fotos.

—Nada es perfecto —le dijo Nora—. El mundo

está hecho de hombres como ese. Límitate a darle las gracias, sonrío y no le hagas ni caso.

Fiona se había presentado a entrevistas de trabajo y consiguió un puesto en un colegio de la ciudad a condición de que superara los exámenes finales. Tras telefonar a la Escuela de Magisterio desde la cabina del pueblo, se enteró de que los había aprobado y de que ya tenía el título de maestra. Quedó con una amiga en que fuera a buscarla y le pidió dinero prestado a Nora, con la promesa de que se lo devolvería en cuanto recibiera el cheque de su primer sueldo. Aunque dijo que regresaría para quedarse con ellos en la caravana antes de que acabaran las vacaciones, Nora no contaba con verla.

Ahora estaba sola con los otros tres. Usando su carnet de biblioteca y los de sus dos hermanos,

Aine había tomado en préstamo una pila de libros de historia y de política; el tipo de libros que a Maurice le habrían interesado. Un día se hizo con una silla plegable barata en la tienda del pueblo y empezó a llevarla junto con los libros a la playa. Iba a nadar con Nora y Conor y lograba ser cortés, si bien, tras la marcha de su hermana, se mostraba extrañamente distante. Cuando no leía solía estar en silencio, y Nora creía que no deseaba que interrumpieran sus pensamientos. Al pasar por delante de la pista de tenis Nora le preguntó si quería ir allí siquiera a ver un partido, pues había chicos y chicas de su edad, pero Aine no mostró ningún interés.

Una noche Donal tuvo permiso especial para quedarse hasta tarde en el hotel, ya que era posible que comenzara el paseo lunar y deseaba

asegurarse de que no se lo perdía. Ya había utilizado cuatro carretes, que guardaba en una bolsa especial, y Nora sabía que se pasaría el resto del verano revelándolos en el cuarto oscuro. Acordaron que ella iría a buscarlo a las dos de la madrugada. Aunque el camping de caravanas no quedaba lejos del hotel, no quería que volviera solo a altas horas de la noche.

Esperó a la entrada del hotel, pulsando el timbre de vez en cuando, pues le costó un rato alertar al portero de noche, que por fin se acercó a la puerta con el gerente. Cuando la abrieron, dio la impresión de que recelaban de Nora; el gerente le preguntó qué quería. Ella explicó educadamente que había ido a recoger a su hijo, que estaba en la sala de la televisión viendo el alunizaje. El portero de noche se quedó con ella en el vestíbulo

mientras su compañero iba a buscar a Donal. El gerente y el portero de noche se mostraron antipáticos, pero Nora supuso que se debía a que les había molestado mientras dormían.

Al día siguiente, una vez instalados los tres en su lugar habitual de la playa, se encaminó sola hacia el agua; Aine se quedó leyendo y Conor hojeando un tebeo que había comprado con el dinero que le había dado su tío Jim. Las olas todavía eran altas. Cuando Conor la acompañaba tenía que estar pendiente de él y no se sentía tranquila adentrándose sola en aguas más profundas. Ahora podría nadar más allá de las olas, donde el mar estaba más sereno, podría hacer el muerto y contemplar el cielo y probar a nadar de espaldas, un estilo que había aprendido años atrás pero que no había logrado perfeccionar.

No prestaba atención a nada, pero al darse la vuelta para nadar de espaldas vio que Aine le hacía señas desde la orilla. ¿Dónde estaba Conor?, pensó. ¿Dónde se había metido Conor? Empezó a nadar hacia Aine, que a todas luces estaba angustiada. Puesto que había más personas en la playa, no se explicaba por qué Aine no acudía a ellas en busca de ayuda.

Llegó a la orilla jadeando.

—Se trata de Donal —dijo Aine—. No sé qué le pasa.

—¿Ha tenido un accidente?

—No, pero le ha ocurrido algo en el hotel.

Aine le contó que en el hotel le habían dicho a Donal que, como no era un cliente, no podía entrar en la sala de la televisión.

—Pero ¿no le pasa nada más?

—Tendrías que verlo.

—Creía que alguien se estaba ahogando.

—Está un poco histérico, o al menos lo estaba cuando lo dejé.

Encontró a Donal sentado en una esterilla a cierta distancia de Conor, que la observó con cautela cuando llegó. Donal se balanceaba hacia delante y atrás, como las manos entrelazadas en las rodillas y la correa de la cámara alrededor del cuello.

—¿Qué ha pasado?

—El ge-gerente de a-anoche me estaba esperando hoy. Ha di-dicho que la sala era solo para los cli-clientes y no para la ge-gente del camping de ca-caravanas. Hasta a-anoche cre-creía que yo era un cli-cliente.

—¿No tienes suficientes fotografías? —le

preguntó Nora.

—Voy a pe-perderme la lle-llegada —respondió Donal, que empezó a sollozar—. Todas las fotos que tengo pre-preparaban el te-terreno para eso.

—Donal, no se puede tener todo.

—Yo no qui-quiero todo —replicó él.

Nora cogió una toalla y empezó a secarse. Si Maurice viviera, pensó, Donal no se habría obsesionado tanto con la cámara. Sin duda no habría tenido un cuarto oscuro a su disposición. Intentó recordar cómo era el chico antes de que todo ocurriera. Le vino a la memoria lo unido que estaba a Maurice, cómo iba de la escuela de enseñanza primaria a la de secundaria y buscaba el aula de su padre, se sentaba al fondo y lo esperaba, o dibujaba en la pizarra si él se lo permitía. Se sabía de memoria el horario de

Maurice, qué días acababa temprano las clases y qué días impartía el curso de preparación para los exámenes de bachillerato y no debía molestarlo.

Suspiró al quitarse el bañador para vestirse. Sus hermanas le aconsejarían que no lo hiciera, y probablemente Josie le diría lo mismo, y su madre le dirigiría palabras aceradas si aún viviera. Sin embargo tenía la certeza, a pesar de todas ellas, de que era lo que había que hacer. Fiona estaba en casa, pensó. Así pues, podía llevar a Donal a la ciudad y dejarlo al cuidado de Fiona; el chico apenas sería una molestia, ya que lo único que le interesaba ahora era la televisión y el cuarto oscuro. Sabía que Fiona se enfadaría, que deseaba tener la casa para sí sola e invitar a ella a sus amistades. Pero Nora creía que no le quedaba otra opción. Primero iría al pueblo a telefonar a

Margaret al trabajo, y no le cabía duda de que estaría encantada de prepararle la merienda a Donal por la tarde y de ver con él el alunizaje en la televisión. Aunque Donal no podía dormir en casa de Margaret; no tenían espacio para él. Tendría que dormir en su propia cama. Nora le obligaría a prometer que sería ordenado y no incordiaría. Pensó en telefonar a Tom O'Connor, el vecino de al lado, para pedirle que hablara con Fiona, que le hiciera saber que iban hacia allí, pero concluyó que era mejor llevar a Donal y dejarlo en casa sin más. Esperaba que Fiona no se llevara una sorpresa, si bien podía protestar cuanto quisiera, pensó Nora. Esa situación solo duraría hasta que terminaran los reportajes del viaje a la Luna.

Ya en el coche, miró con severidad a Donal, que enfocaba el parabrisas con la cámara.

—Donal, guarda la cámara en su estuche. Estoy intentando conducir, y solo me falta que te dediques a enfocar cosas con la cámara.

—Pu-puedo sen-sentarme atrás.

—Quédate donde estás y no me hagas enfadar —dijo ella.

En cuanto introdujo la llave en la puerta principal de la casa percibió un tufo a alcohol. Echó una ojeada a la sala de estar, pero no vio ninguna señal de desorden. En la habitación del fondo tuvo que encender la luz porque las cortinas estaban corridas todavía. Saltaba a la vista que se había celebrado una fiesta. Hiciera lo que hiciese ahora, estaría representando un papel. Supuso que Fiona se hallaba arriba, en la cama, tal vez

dormida aún. Nora podía despertarla indignada y obligarla a levantarse para que hablaran de quién había estado en la casa la noche anterior y hasta qué hora. O bien podía ponerse ella misma a arreglar el desbarajuste, para avergonzar aún más a Fiona cuando por fin apareciera. Mientras inspeccionaba el cuarto, Donal, que estaba estupefacto, y ella se miraron de hito en hito. Había un cenicero lleno hasta los bordes al lado de una botella de vodka vacía. Descorrió las cortinas y abrió la ventana, y al hacerlo oyó un ruido en la habitación de arriba, donde dormían Fiona y Aine. Rápidamente tomó la decisión de irse, de hacer como si nunca hubiera visto aquello.

—Fiona limpiará todo esto —dijo—, de modo que coge una silla y enciende el televisor antes de que esos hombres vayan a algún otro planeta.

Dejaré dinero para comprar comida, pero hoy puedes ir a merendar a casa de tu tía Margaret, y tu tía Una pasará a ver cómo estás.

—¿Y qué hay de Fi-Fiona? —preguntó él.

—Puedes contarle lo que te ha pasado en el hotel y explicarle por qué necesitas un televisor. Y dile que he vuelto a Curracloe y que si alguien quiere algo de mí ya sabe dónde encontrarme.

—Pero ¿cómo nos po-pondremos en contacto?

—No lo sé. Pídeles a tus astronautas que te ayuden a enviar un mensaje.

Oyeron otro ruido en la habitación de arriba. Fiona se había levantado de la cama.

—¿Y qué le digo a Fi-Fiona de esto?

Señaló el desorden de la habitación.

—Dile que esta casa tenía mejor... No, dile tan

solo que procure que haya comida suficiente, y tú no le des guerra.

Donal la miró desconcertado. Luego asintió y sonrió. Cuando oyeron que se abría una puerta en el piso de arriba, Nora se llevó un dedo a los labios y le entregó la llave de la casa.

—¿Estás seguro de que quieres quedarte? —susurró.

—Sí —contestó él.

Nora se acercó y le revolvió el pelo en un gesto cariñoso mientras él retrocedía sonriendo.

—Si cambias de opinión...

—No lo ha-haré —susurró Donal antes de que Nora saliera con sigilo y cerrara la puerta sin hacer ruido.

Los días siguientes en la caravana los tres estuvieron tranquilos. Conor empezó a ir a la pista

de tenis y se hizo amigo de dos niños de la ciudad de Wexford que se alojaban en una de las casas con tejado de paja cercanas a Culleton's Gap. Al atardecer Nora iba a buscarlo dando un paseo. Por la mañana el ambiente en la caravana era caluroso y agobiante. Nora se encaminaba a la ducha del camping en cuanto se despertaba y luego bajaba a la playa. Algunas mañanas la bruma era densa y, aunque oía el embate de las olas como un trueno sordo, no veía el agua hasta que se hallaba muy cerca de la orilla.

Los últimos días de las vacaciones empezó a remorderle que Donal estuviera solo lejos de ellos. Se dirigió al pueblo y, una vez ante el teléfono de la cabina, decidió llamar a Margaret. Introdujo las monedas en la ranura y tras marcar la mitad del número se dio cuenta de que no quería

oír a Margaret preguntándole si había sido sensato dejar a Donal solo. Colgó el auricular y recuperó las monedas pulsando el botón B y volvió a usarlas para llamar a Una al trabajo. Le preguntó con viveza si le importaba llevar a Donal a la caravana el último fin de semana. Al percibir la frialdad de Una fingió que se estaba quedando sin monedas y solo le dio tiempo a oírle decir que llevaría a Donal a Curracloe el sábado.

Donal llegó con Una, y Nora observó que tendría que empezar a afeitarse; intentó recordar si en algún lugar había una brocha y crema de afeitar y una cuchilla. Pero a continuación pensó que si no se había deshecho de ellas tendría que hacerlo pronto, junto con la ropa de Maurice, que seguía en el armario. En cuanto volvieran a casa, pensó, debía comprarle a Donal útiles de afeitar.

No se sorprendió cuando Aine anunció que regresaría a la ciudad con Una. Los resultados de los exámenes no tardarían en salir y, si eran buenos, tendría que comenzar a prepararse para ir a Dublín, a la universidad. Apenas si había hablado en los últimos días y se enfrascaba más que nunca en los libros; iba a la playa a horas diferentes que Nora y nadaba sola en las horas más tranquilas, a las seis o las siete de la tarde. A menudo desplegaba su silla de playa en un lugar sombreado junto a la caravana y no prestaba atención a nadie.

Nora sonreía para sus adentros mientras Una comentaba lo sensata y sosegada que era Fiona y la suerte que Nora tenía de que pudiera fiarse de ella y dejarla sola en casa. Expresó su sorpresa porque Nora hubiera dejado a Donal al cuidado de

su hermana y dijo que al parecer tartamudeaba más que nunca; se preguntó cómo se las apañaría el chico.

La última mañana Nora metió algunas cosas en el coche y dejó a los chicos durmiendo. Al caminar por la playa sintió el viento que la había despertado por la noche. La bruma se había disipado por completo. Las nubes cruzaban el cielo y tapaban el sol, que luego volvía a aparecer, con un calor tenue. Nadó mar adentro, enfrentándose con valentía a las frías aguas de la mañana, y descubrió que el banco de arena, que había estado allí todos los días en que las olas eran altas, había desaparecido, disuelto por la fuerza de las mareas. Encontró una zona honda que le gustó y empezó a nadar al estilo over, que le dio velocidad y después la fatigó. Al notar que los

brazos le dolían demasiado para continuar, se puso de espaldas e hizo el muerto, con los ojos cerrados e intentando dejar la mente en blanco. Nadar varias veces al día la había vuelto más fuerte. Regresaría más tarde, antes de que entregaran las llaves de la caravana. Conor también iría, pensó, para darse un último chapuzón, y que Donal hiciera lo que le viniese en gana: quedarse en la caravana si se le antojaba y enfocar la pared con la cámara.

Fiona no aludió ni una sola vez a la fiesta que había celebrado en casa y Nora tampoco la mencionó. Pensaba que ya había tenido bastantes problemas con su propia madre para iniciar disputas innecesarias con sus hijas. Luego llegaron los resultados de los exámenes de bachillerato de

Aine, que no pudieron ser mejores, de modo que la muchacha iría al University College de Dublín. A Nora le divertía que la felicitaran las personas con quienes se cruzaba en la calle. Sentía la tentación de decirles que el éxito de sus dos hijas poco tenía que ver con ella, pero creía que la gente quizá lo interpretaría de forma equivocada.

La semana que regresó al trabajo había mucha actividad en Gibney's, pues parte del personal de la oficina tenía que negociar con los granjeros y elaborar gráficos de la humedad del trigo y determinar el precio de cada remesa. Nora se quedó un par de días después de comer para cerciorarse de que lo tenía todo al corriente y en orden. A última hora de la tarde, cuando todavía había luz, iba en coche a Curracloe a nadar y se ofrecía a llevar a quien le apeteciera acompañarla.

Conor se encontraba en el club de tenis y no quería ir a la playa, y Aine y Donal estaban muy pendientes de los disturbios que se producían en Belfast y Derry y no querían perderse las noticias. Únicamente Fiona iba con ella. Se había enterado de cuál sería su salario: el 10 y el 24 de cada mes recibiría un cheque cuyo importe sería mayor que las pensiones de Nora y su sueldo en Gibney's juntos. Nora tuvo que cuidarse de no dar a entender que lo encontraba extraño. Suponía que en algún momento las dos hablarían de cuánto dinero aportaría Fiona para los gastos domésticos.

El segundo día, en el trayecto de regreso a casa, Fiona dijo:

—Quería pedirte otro préstamo. Te lo devolveré en cuanto cobre.

—¿Andas mal de dinero? —le preguntó Nora.

—Quería pasar una semana en Londres antes de que acabe el verano y empiece a trabajar. Muchas compañeras de la Escuela de Magisterio han vuelto allí este año y tendría donde alojarme.

—¿A Londres? ¿De vacaciones nada más?

—Sí.

Nora estaba a punto de decir que a ella también le gustaría viajar a Londres, pues nunca había ido, pero se contuvo.

—¿Cuánto necesitarías?

—He pensado que cien libras. Te las devolvería con el dinero de mi sueldo. Todas las chicas dicen que las tiendas de ropa y los tenderetes son este año más baratos y mejores. Necesitaré ropa para ir a trabajar y además, bueno, saldré mucho los fines de semana. Necesito ropa.

Nora se preguntó si esas palabras encerraban

alguna crítica a cómo se habían satisfecho las necesidades de Fiona hasta entonces, pero no dijo nada y se concentró en la conducción. Se le ocurrían varias cosas que decir, como por ejemplo que ella tenía que levantarse todas las mañanas e ir a trabajar a fin de mantener a Fiona, y que debía mirar cada penique que gastaba. La idea de que recuperaría el dinero cuando Fiona recibiera un sueldo le traía sin cuidado. Era la idea de que el dinero se gastara a tontas y a locas, de que se gastara como fuera.

Se propuso hablar con Fiona acerca del dinero en el transcurso del fin de semana, aunque no se le ocurría qué decirle. El sábado por la mañana, tumbada en la cama, concluyó que sería mejor negarse si Fiona volvía a abordar el tema, si bien al avanzar el día su determinación cedió. Lo único

que deseaba, pensó, era no tener que hablar otra vez del asunto ni pensar en Fiona comprando de forma desmedida en Londres. Por algún motivo, la idea de tener que hablar de eso, o de oír argumentos a ese respecto, le provocaba una ira inusitada.

Aquella tarde el tiempo era frío y el cielo amenazaba lluvia. Mientras leía el periódico sentada junto a la ventana de la sala de estar vio que Donal se acercaba a la casa con una caja grande. Nora se había acostumbrado a no hacer demasiadas preguntas a ninguno de sus hijos. Si siendo niña o adolescente llegaba a casa con un paquete, su madre quería enterarse de qué contenía, y si recibía una carta su madre deseaba saber quién la enviaba y qué contaba. A Nora le

había resultado siempre irritante, y con sus hijos intentaba no entrometerse.

Más tarde se asomó a la habitación del fondo y vio a Aine y Donal arrodillados, con una pila de fotografías en el suelo junto a la caja que había visto llevar a Donal.

—Son las fotos que Donal ha hecho de los disturbios de Derry y de los incendios de Belfast —dijo Aine.

Donal estaba tan enfrascado examinando su propia obra que ni siquiera levantó la vista.

—Pero ¿cómo las ha tomado? —preguntó Nora.

—De la televisión —respondió Aine.

Las fotografías eran muy grandes. Nora las miró un instante y se arrodilló al lado. Costaba distinguir qué ocurría en las imágenes, aunque veía

vestigios de fuego y figuras que corrían. Eran imprecisas, casi borrosas.

—Aquí hice una superposición —dijo Donal, como si hablara para sí mismo.

Nora advirtió que no tartamudeaba y se sintió tan complacida que decidió cuidarse mucho de no hacer ninguna crítica.

—Deberías poner la fecha en el dorso de cada una —dijo Aine—, aunque haya dos fechas distintas.

—Compraré etiquetas adhesivas en Godfrey's —dijo él.

Nora salió de puntillas de la habitación y fue a la cocina. Se preguntó si Margaret o Jim habrían visto las fotografías y habrían pensado en el coste del papel y en todo el tiempo que Donal pasaba en el cuarto oscuro que le habían acondicionado.

Por la noche vieron las noticias de las nueve. Hasta Conor permaneció inmóvil y parecía sombrío mientras pasaban filmaciones de Derry y Belfast. Nora no había visto las noticias en el transcurso de la semana. Ahora en Belfast la gente corría por las calles, escapaba de casas en llamas; se parecía a lo que había visto hacía años en los informativos de la guerra y la posguerra en el cine Astor. Pero esto sucedía ahora y sucedía cerca.

—¿Creéis que empezará a ocurrir lo mismo aquí? —preguntó Fiona.

—¿El qué? —preguntó Nora.

—La violencia, los disturbios.

—Espero que no —dijo Nora.

—¿Qué van a hacer esas personas que han abandonado sus casas? —preguntó Fiona.

—Cruzarán la frontera para venir aquí —

respondió Aine.

Donal había sacado la cámara y la enfocaba hacia la televisión.

Nora invitó a Jim y Margaret, a Una y Seamus a tomar el té el sábado siguiente para celebrar que Fiona había terminado magisterio y los buenos resultados de Aine. Toda la familia se sentó a las seis a tomar el té, con las alas de la mesa abiertas como si fuera Navidad. Seamus se sentó al lado de Conor y entabló conversación con él; hablaban de las reglas del fútbol. Nora advirtió que apenas le dirigía la palabra a nadie más y llegó a la conclusión de que debía de estar nervioso. Las chicas habían preparado ensaladas y había fiambre y chutney y pan moreno que ella misma había

horneado. Una fue la primera en sacar a colación lo que ocurría en el Norte.

—Creo que es terrible —dijo—. Esa pobre gente a la que le han quemado la casa.

Todos asintieron y se hizo un silencio.

—Creo que nuestro gobierno es tan responsable como el británico —dijo Aine—. Es decir, nosotros lo permitimos.

—Bueno, yo no diría tanto —repuso Jim.

—No hemos hecho nada durante años —dijo Aine.

—Debía de ser difícil saber qué hacer —terció Margaret.

—Creo que hemos dado a los protestantes una señal tras otra de que podían hacer lo que les viniera en gana —dijo Aine—. Es decir, existe

todo tipo de discriminación, incluido el *gerrymandering*.

—¿Qué es *gerrymandering*? —preguntó Conor.

—Es trazar las circunscripciones electorales de forma que el voto de unas personas no valga tanto como el de otras —respondió Aine.

Conor se quedó perplejo.

—Recuerdo que el doctor Devlin era de Cookstown —dijo Una—. Me contó que los católicos no podían conseguir un buen trabajo. Ni siquiera los médicos. Por eso vino al sur.

—Todavía no pueden encontrar trabajo —dijo Aine—. Creo que ya va siendo hora de que nuestro gobierno plante cara.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Una.

—¿Para qué sirve nuestro ejército? —preguntó

Aine—. ¿Quién le impediría entrar en Derry? Está a unas pocas millas de la frontera.

—Anda ya —soltó Seamus.

—Creo que no sería prudente —dijo Jim.

—¿Qué importa la prudencia cuando la gente teme por su vida? —preguntó Aine.

—Bueno, yo creo que debemos tener mucho cuidado con lo que hacemos —dijo Margaret.

—¿Mientras matan a personas? —preguntó Aine.

—Es un mal asunto, sí señor —dijo Jim.

—Vaya, qué curioso, ¿no? —dijo Aine—. El ejército irlandés puede ir a Congo y a Chipre, pero no puede entrar en Derry para ayudar a nuestro propio pueblo.

Nora intentó llamar la atención de Aine para indicarle que sería mejor dejar el tema, aunque la

muchacha no la miró. Tenía la vista clavada en su tío Jim.

—En fin, no sé cómo acabará todo —dijo Una.

—Ah, pronto acabará —dijo Seamus.

—Bueno, yo no estaría tan segura —dijo Margaret—. Es verdaderamente espantoso. Jim y yo lo vimos anoche en las noticias. Costaba creer que estuviera ocurriendo en nuestro propio país.

Aine parecía a punto de decir algo, pero se calló. Se hizo un silencio durante unos minutos.

—Fiona se va a Londres —dijo Conor, y miró a su alrededor buscando aprobación a su comentario.

—¡Conor! —dijo Fiona.

Jim y Margaret, Una y Seamus la miraron. La reacción de Fiona dejaba claro que lo que Conor había dicho era cierto.

—A Londres —dijo Margaret en voz baja—. ¿Vas a ir, Fiona?

—Estaba pensando en volver este año, para pasar solo unos días, antes de que empiece a dar clases, y por lo visto este granujilla ha escuchado alguna de mis conversaciones.

—Habrá muchos protestantes en Londres —dijo Conor—. Te quemarán la casa y tendrás que correr por las calles.

—En Londres no hay ve-verdaderos pro-protestantes —dijo Donal.

—Londres es muy agradable —dijo Margaret—. ¿Y dónde te alojarás, Fiona? Verás, tengo anotado no sé dónde el nombre del sitio donde nos alojamos nosotros. Es un hotel en el que acogen muy bien a los irlandeses, un hotel pequeño. ¿O te alojarás en el mismo lugar que el año pasado?

—Muchas compañeras de la Escuela de Magisterio han ido a Londres este verano para trabajar en hoteles y tienen un piso —respondió Fiona.

—Estaría bien para unos pocos días —dijo Una.

Fiona había ganado la batalla que hubiesen estado librando acerca del dinero. Por algún motivo, cuando la conversación giró en torno a Londres y los sitios donde alojarse y la necesidad de valerse por uno mismo allí, la marcha de Fiona a Londres se convirtió en un plan definido, y Jim y Margaret, Una y Seamus convinieron en que se merecía el viaje después de lo mucho que había estudiado y en que se alegraría de haberlo realizado una vez que empezara a dar clases.

Al final de la velada Jim tenía sendos sobres con billetes para Fiona y Aine y entregó diez

chelines a cada chico. Más tarde, mientras limpiaban, Nora le dijo a Fiona que sacaría dinero del banco al salir de la oficina al día siguiente y que la llevaría en coche a Rosslare si era así como tenía previsto viajar.

—Eso estaría muy bien —dijo Fiona, y sonrió—. Miraré el horario de los ferris.

Nora observó desde la ventana de la sala de estar cómo Phyllis daba marcha atrás y maniobraba con confianza en el estrecho espacio. No esperaba su visita, pero consideró que sería un gesto amable y acogedor abrir la puerta y esperarla en el umbral.

—No, no voy a entrar —dijo Phyllis—. Detesto a la gente que se presenta sin avisar y no tengo intención de meterme de rondón en ningún sitio.

—Eres más que bienvenida —dijo Nora.

—Solo quería decirte que hay un coro en

Wexford y que quizá haya vacantes. No sé qué piensan hacer, aunque sería una experiencia maravillosa y conozco al director del coro, que es muy bueno, o al menos cuando está de buen humor, y por eso tengo una plaza automáticamente. He hablado con Laurie O'Keefe y dice que está dispuesta a ayudarte a preparar algunas piezas. Para una prueba.

Nora asintió. No quiso comentarle que Fiona y Aine habían intentado estudiar piano con Laurie O'Keefe y que tras la primera clase llegaron a casa jurando que no volverían nunca más.

—¿Esa mujer no es...?

—Sin duda —dijo Phyllis—. No le gusta a todo el mundo, incluida tu familia. Pero cuando alguien le cae bien es muy amable, y a ti te tiene mucho cariño.

—No me conoce.

—Su marido, Billy, sí te conoce, o al menos eso dice, y ambos afirmaron que harían lo que fuera por ti. No me pidas que entre en detalles de lo que dijeron, pero se mostraron entusiasmados al mencionar tu nombre.

—¿Qué tengo que hacer?

—Ve a verla y queda con ella, y que oiga tu voz. Luego podrías aprenderte dos o tres piezas para el coro de Wexford.

—¿Me llevaría mucho tiempo?

—Bueno, conociendo a Laurie...

Nora se preguntó si debía tomar una decisión enseguida y pedirle a Phyllis que les dijera a los O'Keefe que estaba atareadísima. Mientras dudaba, vio que Phyllis la miraba.

—No lo dejes para muy tarde —dijo Phyllis—.

No me gustaría ofenderla. Tiene un gran talento, ¿sabes?, o al menos lo tenía. Yo diría que la ciudad le parece un poco aburrida.

Nora se acordó de una noche en el nuevo salón de actos del convento de la Presentación, en el que había asistido con Maurice y Jim a un concierto destinado a recaudar fondos para la Sociedad de San Vicente de Paúl. Laurie O'Keefe dirigía la orquesta. Cuando su estilo se volvió más vigoroso y expresivo, Maurice y Jim empezaron a reírse por lo bajini y ella le dio codazos a Maurice en señal de desaprobación. A mitad del concierto Jim tuvo que ir al servicio retorciéndose de risa en silencio. Nora dirigió una mirada torva a Maurice antes de que él tuviera que seguir los pasos de Jim. Ninguno de los dos volvió a su asiento. Más tarde,

recordó Nora, encontró a ambos de pie al fondo del salón, avergonzados.

Antes de que Phyllis se marchara Nora accedió a ponerse en contacto con Laurie O'Keefe, pero durante los siguientes días, al ir posponiéndolo, se preguntó por qué estaba tan expuesta a visitas inesperadas de personas que parecían saber mejor que ella cómo debía vivir y qué debía hacer. Suponía que Phyllis trataba de ayudarla, si bien se preguntaba también si sería buena idea no abrir la puerta a los recién llegados, dedicar el tiempo a procurar que Donal y Conor estuvieran bien atendidos y a dejar que le vinieran libremente recuerdos de Maurice y a permitir que persistieran hasta que se desvaneciesen por sí solos.

Cada vez que pensaba en el canto le venía con

claridad a la memoria el sonido de la voz de su madre cantando, tan orgullosa y segura en las notas agudas. Incluso siendo su madre ya mayor, Nora lograba distinguir su voz de las demás en el coro de la catedral. Y le gustaba que le dijeran que cuando su madre era más joven colmaba el espacio con su voz y que la gente iba a misa de once para oírla.

Recordaba que, en aquel largo período insomne en que Maurice agonizaba y ella sabía que se enfrentaba a una vida en solitario con sus hijos, había pensado a medias que su madre estaba cerca, o esperándola en alguna parte, o que conocía una plegaria que daría resultado y cambiaría la situación. Ahora tenía una imagen de su madre como una fuerza serena que había flotado en la habitación del hospital.

Era lógico, o cuando menos lo era durante aquellos días en el hospital, que su madre, pese a la frialdad que había habido entre ambas, quisiera estar allí, estar cerca de Maurice. Su madre se había adelantado solo siete años a él. Debido a la necesidad acuciante de alejarse todo lo posible de aquel período en el hospital, Nora había intentado no pensar en ella; la presencia onírica de su madre no la había perseguido en la vida sin Maurice que ahora vivía.

Unos días después de la visita de Phyllis se hallaba en el centro de la ciudad y, tras recorrer Weafer Street hasta Back Road, cayó en la cuenta de que estaba cerca de la casa de los O'Keefe. Se preguntó si sería mejor dar media vuelta, encaminarse a casa y visitarlos en otra ocasión,

pero se armó de valor al pensar que si iba en ese momento ya estaría hecho. Sabía que Laurie O'Keefe había vivido en Francia y que en algún momento había sido monja. Era la segunda esposa de Billy. La primera había fallecido y los hijos de aquel matrimonio habían crecido y se habían marchado. Había algo acerca de la primera esposa que Nora no conseguía recordar; había sido una mujer austera, de eso estaba segura, y recordaba vagamente haber oído decir que los domingos iba siempre a misa de siete para que nadie viera lo mal que vestía y lo pobre que parecía, a pesar de que su marido tenía un buen negocio.

Al abrir el portón del domicilio de los O'Keefe se fijó en lo bien cuidado que estaba el jardín, en cómo relucían todas las ventanas y en el aspecto singular, casi suntuoso, que ofrecía la vieja casa.

Billy estaba jubilado; había sido propietario de una compañía de seguros, o había trabajado en el negocio de los seguros, y Nora sabía —pues sabía muchas cosas de la gente de la ciudad— que cada tarde iba a la misma hora a comprar una botella de Guinness a Hayes', en Court Street, bastón en mano. Al subir los escalones de la entrada principal se acordó de lo que Maurice le había contado en una ocasión: que Billy no soportaba la música y había insonorizado la habitación donde Laurie tocaba y daba las clases, y que se ponía tapones en los oídos siempre que había una amenaza de música en la casa. Maurice disfrutaba con detalles como esos.

Billy abrió la puerta y de inmediato invitó a entrar a Nora mientras sujetaba a un perro labrador por el collar. El recibidor era amplio y

oscuro; de la pared colgaban cuadros antiguos. Olía a abrillantador. Billy comenzó a llamar a su esposa, que estaba en el sótano, pero al no obtener respuesta encerró al perro en la habitación de la izquierda y, tras indicar con un gesto a Nora que aguardara en el recibidor, bajó por la escalera, que crujía.

—Nunca me oye —dijo, y pareció que eso le divertía.

Billy O'Keefe no tardó en reaparecer.

—Dice que bajas.

La condujo por la estrecha escalera, con las paredes forradas de libros, hasta un pequeño recibidor embaldosado. Abrió la puerta de un espacio luminoso que se había agregado a la parte posterior de la vieja casa. Laurie O'Keefe se levantó de la banqueta del piano.

—Billy nos preparará té, a no ser que quieras café —dijo—. Y trae galletas, Billy, las que compré, las buenas.

Sonrió a su marido antes de que él cerrara la puerta.

—Es solo de media cola —dijo, como si Nora le hubiera preguntado acerca del piano—, y tengo otro allí, claro está, un viejo piano vertical corriente, para que los alumnos lo aporreen.

Los únicos muebles de la habitación eran unas pocas sillas viejas. Había una alfombra en el suelo y partituras desparramadas. Las paredes estaban pintadas de blanco y tenían reproducciones de cuadros abstractos colgadas a distintas alturas.

—Tomaremos el té aquí.

Laurie la condujo a otra sala, que tenía dos

sillones, un tocadiscos estereofónico con altavoces y una vitrina del suelo al techo llena de discos.

—Nadie se compadece de una mujer casada con un hombre tardo de oído para la música —dijo—. ¡Nadie!

Nora no sabía qué significaba eso ni si debía decir algo.

—Verás, hay algo que queríamos decirte —prosiguió Laurie—. Estuve a punto de escribirte cuando te mandamos el recordatorio de la misa que pedimos por el alma de Maurice, pero después pensé que no, que te lo diría en cuanto te viera.

Se sentaron en los sillones. Nora desvió un momento la vista hacia el jardín y luego volvió a mirar a Laurie.

—Veníamos en coche de Dublín; habíamos estado de viaje. ¡Ah, primos y sobrinas y todo eso!

Pues bien, regresábamos a la ciudad y el tráfico estaba parado. No sé cuánto tiempo tuvimos que esperar en Blackstoops. Pensamos que se habría producido un accidente. No se nos pasó por la cabeza que se tratara de un funeral. No sé por qué. Y al final bajé la ventanilla y pregunté qué ocurría. Nos quedamos sobrecogidos cuando nos lo dijeron. Sabíamos que Maurice estaba enfermo. Pero nos quedamos sobrecogidos. Y Billy dijo que Maurice se había portado muy bien con sus hijos en el colegio y que era un buen profesor. Y entonces pensamos que si pudiéramos hacer algo por ti...

—Son muy amables —dijo Nora.

—Y Phyllis dijo...

—No estoy segura de que tenga muy buena voz

—la interrumpió Nora.

—No hay mejor cura que cantar en un coro — dijo Laurie—. Para eso creó Dios la música. Verás, yo también tuve mis problemas. Salí del convento a los cincuenta y sin apenas un amigo en el mundo... Y el coro me ayudó a empezar de nuevo. Lo único que tenía era eso, mi voz, y el piano, aunque aprendí primero a tocar el clavicémbalo. Ese fue mi primer amor.

Billy entró en la sala con una bandeja.

—Y supongo que este —añadió Laurie señalándolo— será el último que tenga.

—¿Te refieres a mí, Laurie? —preguntó él.

—Sí, pero ahora déjanos solas. Tenemos cosas de que hablar.

Billy sonrió a Nora y salió de puntillas.

—Verás, canté para Nadia Boulanger — continuó Laurie—, y ella decía que cantar no es

algo que se hace; es algo que se vive. ¿Acaso no eran palabras sabias?

Nora asintió con un gesto, sin hacer nada que indicara que no sabía quién era Nadia Boulanger. Intentó memorizar el nombre para decírselo a Phyllis.

—Pero debo hacerme una idea de cómo es tu voz antes de que nos pongamos a trabajar. ¿Sabes leer música?

—Sí —respondió Nora—. No muy bien, la verdad, pero aprendí hace años, en la escuela.

—Sería mejor empezar con algo que te sepas.

Se dirigió a la otra sala y regresó con libros de partituras.

—Tómame el té y échales un vistazo y elige una canción que conozcas. Yo iré a la otra habitación a tocar el piano. No tengo ni idea de qué voy a

tocar..., algo que me sepa de memoria, y quizá el sonido nos entone. Y no tengo ningún alumno hasta las cuatro, de modo que disponemos de mucho tiempo.

Nora bebió el té a sorbitos; luego dejó la taza y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón. La música que Laurie interpretaba era rápida y embarullada, pensó; quien la hubiera escrito había puesto demasiadas notas. La composición requería un gran virtuosismo, e intuyó que Laurie estaba alardeando y casi la compadeció por tener la necesidad de hacerlo. A buen seguro no era lo que hacía para explayarse. Si Maurice viviera, le habría encantado contarle lo ocurrido y él habría dicho que Billy O'Keefe hacía bien en ponerse tapones en los oídos. ¡Caramba, estar casado con una ex monja que tocaba el piano! Le parecía oír

el tono mordaz de Maurice y ver su expresión de puro regocijo.

Hojeó los libros de partituras; la mayoría eran canciones alemanas que no conocía, y se preguntó si Phyllis no le habría dado a Laurie la impresión de que sabía más de lo que sabía en realidad. Llegó a un libro de canciones irlandesas y todas le parecieron demasiado ridículas y anticuadas y propias del estereotipo caricaturesco del irlandés; canciones que nadie cantaba ya. Debajo de una pila había unas hojas sueltas con algunas melodías de Moore. Ojeó «Creedme, si todos esos adorables encantos juveniles», pero consideró que era demasiado ampulosa. Luego encontró «La última rosa del verano»; empezó a estudiar las notas, y estaba tarareando la conocida melodía cuando Laurie regresó a la sala.

—¿Has encontrado algo, pues?

—Bueno, he encontrado esto. —Le entregó la hoja de «La última rosa del verano».

—Tenía una anciana maestra de novicias nacida en Alsacia que siempre me llamaba la última rosa del verano, incluso cuando era puntual. Ah, era una marimandona. Unida a Dios, supongo, pero aun así una vieja marimandona.

Laurie volvió a la otra habitación y se sentó al piano. Nora la siguió.

—Esto no es bueno para la voz —dijo Laurie—. Deberíamos hacer ejercicios de calentamiento y no empezar sin más con la canción. Pero ahora tienes algo que quizá haya desaparecido dentro de un rato. Lo vi cuando llegaste. Tienes...

—¿Qué?

—Has estado cerca del otro lado, ¿verdad?

—¿A qué se refiere?

—No hables ahora. Quiero oír tu voz. Deja que toque primero la melodía.

Laurie tocó y luego se detuvo.

—Voy a hacerlo en un tono más bajo, a ver adónde nos lleva.

Laurie tocó, concentrada en la música, imprimiendo lentitud a la melodía a medida que avanzaba.

—Creo que ya lo tengo. La verdad es que no deberíamos hacer esto, aunque es posible que nunca vuelvas a tener la voz tan bien como hoy. Tocaré otra vez un rato y, cuando te dé la señal, entras.

Mantuvo las manos sobre las teclas, pero sin rozarlas siquiera. El silencio en la habitación era tan intenso que Nora supuso que en efecto debía de

estar insonorizada. Se sintió inquieta, casi asustada, por la naturaleza del silencio, por la necesidad de dramatismo que por lo visto tenía Laurie.

Laurie deslizó delicadamente los dedos sobre las teclas, y al accionar los pedales surgió del piano un sonido nuevo, bajo. Tocó con mucha suavidad y luego hizo una señal; mirando las palabras de la canción, Nora empezó:

*Esta es la última rosa del verano,
que solitaria queda en flor.*

Ignoraba que su voz pudiera ser tan grave; y, por mucho que Laurie alargara las notas, se sorprendió cantando mucho más despacio de lo que pretendía. No tenía dificultades con la respiración, y tampoco

temía ahora las notas más altas. Tenía la sensación de que el piano la controlaba y la arrastraba, y el ritmo la llevaba a dar a cada palabra todo su peso. Debido a las pausas que hacía Laurie, tenía la impresión de cantar en el silencio; era tan consciente del silencio como de las notas. En unas pocas ocasiones titubeó porque Laurie añadió florituras, y no supo qué hacer hasta que esta levantó la mano y la bajó rápidamente para indicarle que terminara los versos de forma más abrupta y dejara que el piano hiciera las apoyaturas.

Tras concluir la canción, Laurie permaneció un rato callada.

—¿Por qué no educaste tu voz? —preguntó finalmente.

—Mi madre siempre cantó mejor —dijo Nora.

—Si te hubiéramos tenido cuando eras más joven...

—Nunca me gustó cantar, y luego me casé.

—¿Te oyó él cantar alguna vez?

—¿Maurice? Dos o tres veces, en vacaciones.

Pero no canté durante años.

—¿Y tus hijos?

—No.

—Te lo guardabas para ti. Te lo reservabas.

—Nunca pensé en ello.

—Puedo prepararte para que cantes en una prueba, y es posible que en el coro hagan falta contraltos, suelen necesitarlas, aunque no puedo hacer nada más por ti. Lo has dejado y ya es demasiado tarde, pero no te importa, ¿verdad?

—No.

—Todos podemos tener muchas vidas, si bien

hay límites. Nunca se sabe cuáles son. ¡Si me hubieran dicho que a los setenta años estaría viviendo en una ciudad de Irlanda con un agente de seguros! Pero aquí estoy. Y sé que cuando empezamos hace unos minutos no querías volver nunca más a esta casa; sin embargo, ahora sí quieres. Lo sé. Y vendrás, ¿verdad?

—Sí, vendré —dijo Nora.

Durante las semanas siguientes fue a casa de Laurie O'Keefe todos los martes a las dos de la tarde; en ocasiones no quería ni pensarlo al despertarse el día en que tenía clase, y menos aún cuando se encaminaba por Back Road hacia Weafer Street. Confiaba en que ni Phyllis ni los O'Keefe le mencionaran a nadie que estaba aprendiendo a cantar. Y no lo dijo en la oficina, ni

quiera a Elizabeth. Algunas personas de la ciudad, entre ellas Jim y Margaret, se habrían preguntado cómo se le ocurría tomar lecciones cuando debería ocuparse de su trabajo y de su casa y cuidar de sus hijos.

Durante la primera hora de la clase Laurie no le dejaba cantar; la obligaba a tumbarse en el suelo y respirar, o a quedarse de pie y sostener una nota tanto tiempo como pudiera, o a hacer escalas ascendentes y descendentes. Luego se concentraba en el primer verso de «La última rosa del verano» y Laurie le prohibía tomar aire después de «verano», que era lo que Nora tendía a hacer, y la obligaba a continuar hasta el final del segundo verso e inspirar entonces de forma natural, como si estuviera hablando o contando una historia.

Era una manera de pasar la tarde del martes,

pensaba en ocasiones; una manera de hacer algo nuevo, de salir de casa para entrar en un mundo oculto, insonorizado, aislado de los ruidos de lo que sucedía en realidad. Cuando Laurie apoyó sobre el piano dos cuadros abstractos enmarcados y le pidió que los mirase —recalcó que solo los mirara—, se produjo el verdadero cambio, no en su voz, sino en alguna otra cosa que no sabía bien qué era.

—¡Debes mirarlos! —le ordenó Laurie—. Míralos como si tuvieras que grabártelos en la memoria.

—¿Quién los ha hecho?

Laurie sonrió pero no respondió.

—¿Es solo un motivo decorativo? —preguntó Nora—. ¿Qué significan?

—Tienes que mirarlos, nada más.

Uno tenía solo líneas; el otro, cuadrados. El de las líneas era marrón; el otro, azul. Algunas líneas se elevaban, como si tuvieran relieve.

—No pienses; límitate a mirarlos —insistió Laurie.

No estaba segura de los colores, pues en ambos cuadros había tanta sombra como color. Miró las sombras, examinó el extremo más oscuro de cada una y desplazó la vista de la derecha a la izquierda siguiendo una línea hacia la claridad o lo que podría ser el principio.

—Lo que quiero ahora —dijo Laurie— es que cantes y te limites a mirar los colores y no pienses en las palabras ni en mí ni en nada más. Crea el sonido a partir de lo que contemplas.

Una vez terminada la clase, Nora se sintió libre de

Laurie y pensó con ilusión en los seis días que tenía por delante, en los cuales no habría de estar de pie junto al piano obedeciendo órdenes. El sábado quedó con Phyllis en el salón del hotel Murphy Flood's y le preguntó sobre Laurie.

—O bien conoció a todo el mundo, incluidos De Gaulle y Napoleón Bonaparte —dijo Phyllis—, o no conoció a nadie y vivió en un convento. Nunca consigo entender cuál de las dos cosas fue. Y o bien el convento pertenecía a una orden con voto de silencio dedicada a la adoración perpetua, o bien se pasaban el día cantando y charlando.

—Me manda hacer todo tipo de ejercicios —dijo Nora.

—Dicta sus propias leyes. Y al final tuvo suerte. Billy le construyó esas habitaciones y le compró el piano —dijo Phyllis—. Y de verdad sabe tocar.

Un día le oí hablar en francés por teléfono, conque al menos esa parte es cierta.

—¿Por qué me enviaste a verla?

—Porque ella misma me lo pidió. Dice que el día del funeral prometió que haría lo que fuera por ti si estaba en su mano. Tiene muy buen corazón. Creo que todas las ex monjas tienen buen corazón; es por el alivio de haber dejado el convento. Quizá no esté bien decirlo.

—Me mandó mirar esos dos cuadros que tiene.

—¿Mientras cantabas?

—Sí.

—Lo hace con muy poca gente. ¿Te ha dicho ya que cantar no es algo que se hace, sino algo que se vive?

—Sí.

—Un día me dijo que podía cantar cuanto

quisiera, pero que no serviría de nada. No lo tengo, dijo.

—¿No tienes qué?

—Algo que es esencial. Aunque no sé cómo se llama.

En la siguiente clase Laurie le ordenó a Nora que mirara otra vez los colores enmarcados e intentara imaginárselos naciendo.

—No están y luego aparecen lentamente, tono a tono. Surgen. Surgen.

Laurie susurró casi las últimas palabras y observó con suma atención a Nora mientras esta contemplaba las sombras y los matices de color.

Fue hacia el piano y tocó la introducción. Nora había aprendido a esperar hasta el final de cada frase para respirar y a seguir el tono del piano y a

encontrar un ritmo a partir del ritmo de la música. Cantando su voz era mucho más grave que al hablar, lo cual le proporcionaba mayor confianza a medida que dejaba que la voz vibrara profunda en las últimas notas. Sabía que Laurie la miraba de vez en cuando para ver si estaba contemplando los colores, y se acostumbró a confiar en la interpretación de Laurie, en su tacto, en su habilidad para responder.

Cantó muy concentrada en un cuadradito de color. Algo se removió en las profundidades de este; algo que Nora vio con claridad durante un segundo y que después, al parpadear, se desvaneció. Laurie no se movió al dejar de tocar y la canción terminó. Nora también permaneció inmóvil.

Al cabo de un mes, tras haber asistido a cuatro o

cinco clases, comprendió que la música la apartaba de Maurice, de su vida con él y de su vida con los hijos. Pero no se debía únicamente a que Maurice careciera de oído musical y a que la música fuera un ámbito que nunca habían compartido, sino a la intensidad del tiempo que pasaba allí; estaba a solas consigo misma en un lugar al que él nunca la habría seguido, ni siquiera en la muerte.

Cuando Phyllis volvió a mencionar la Sociedad Fonográfica, Nora asintió y trató de adoptar una expresión seria. De todo cuanto ocurría en la ciudad, ese acto semanal era lo que Maurice y Jim —y Margaret por extensión— consideraban más cómico. Thomas P. Nolan era una de las almas del grupo, y a la reunión asistía con asiduidad un

hombre de Glenbrien llamado M. M. Roycroft, dueño de una casa antigua —georgiana, dijo Phyllis— y una granja grande. Según se contaba, vivía solo con dos mil discos y varias habitaciones repletas de libros. Llamar «Tom Pis Nolan» a Thomas P. Nolan y «Memo Roycroft» a M. M. Roycroft proporcionaba un placer infinito a Maurice y a Jim. Los dos se reían, al igual que Margaret, y, si estaban en la habitación, las dos chicas miraban a Nora, pues les divertía que jamás lo encontrara gracioso. Ella conocía a Thomas P. Nolan y le gustaba lo cortés que era, y en varias ocasiones había visto a M. M. Roycroft al volante de un viejo coche muy raro y se había preguntado cómo sería su vida en Glenbrien y si iba a Dublín a comprar libros y discos o si pedía que se los mandaran.

Phyllis quería que asistiera a las reuniones de la sociedad, que se celebraban todos los jueves en el hotel Murphy Flood's. Cada semana, dijo, un miembro elegía la música que escuchaban.

—Por eso conocemos el gusto de todos, incluso, claro está, su mal gusto. Y el tal doctor Radford es el que tiene el peor gusto: cosas alemanas modernas, largas y pomposas que nos dejan fuera de combate. Pero el mejor de todos es el canónigo Kehoe: solo elige sopranos. Ningún sacerdote del mundo occidental sabe tanto de sopranos como él.

—Yo no tengo ningún disco —dijo Nora—. O por lo menos ninguno que haya escuchado en años.

—Razón de más para ir, y les encanta que haya miembros nuevos.

Todas eran personas a las que más o menos

reconoció, entre ellas un profesor y un hombre que trabajaba en un banco. Vio que el canónigo Kehoe estaba a cargo del plato y los altavoces del tocadiscos.

Nunca había estado en ese salón del hotel, o por lo menos jamás lo había visto lleno de sofás y sillones como ahora. Se preguntó si los pondrían especialmente para la Sociedad Fonográfica. Tal vez, pensó, era un ejemplo del poder del canónigo Kehoe. Esa semana, informó este a los asistentes, la música la había elegido el señor M. M. Roycroft, de Glenbrien, quien tras saludar con una inclinación entregó un papelito a cada uno. No haría ningún comentario, dijo el señor Roycroft con un tono un tanto grave, sino que dejaría que hablara por sí misma. Empezó con una sonata para piano de Schubert, íntegra. Nora se acordó de

Maurice y Jim y concluyó que compartía su opinión respecto a la Sociedad Fonográfica. Sabía lo fácil que sería romper a reír en medio de ese ambiente tan solemne. Nadie cuchicheaba ni se movía. Acto seguido el señor Roycroft puso una composición orquestal y Nora se fijó en que Betty Rogers, que durante muchos años había dado clase en la escuela protestante, empezaba a dirigir la música con una mano, y luego con las dos. Nora pensó que tendría que disculparse y salir del salón. Cerró los ojos. Sin embargo, hiciera lo que hiciese, le venían a la mente imágenes del trabajo, hechos que habían ocurrido o tareas que tendría que hacer. En el intermedio se dio cuenta de que no había escuchado la música.

—La segunda mitad será mejor, te lo prometo —le dijo Phyllis en el bar—, y la anciana Betty

Rogers se pasa el rato sonriendo como una boba al señor Roycroft. Tendría más suerte si dedicara su atención al canónigo Kehoe, lo cual no es mucho decir. Pero al menos a él le gustan las sopranos.

—¿Betty es soprano?

—No. No sabe cantar.

—¿Y siempre dirige?

—Cuando cree que Maitland Roycroft la está mirando.

La segunda parte del recital estaba dedicada a la música de violonchelo y todas las piezas eran lentas, tristes y hermosas. Era la primera vez que Nora las oía, aunque le sonaban los nombres de los compositores. En varias ocasiones abrió los ojos y vio que todos escuchaban con atención. Miró a los hombres del salón, al señor Roycroft, al canónigo Kehoe, al doctor Radford, a Thomas P.

Nolan, y todos ellos no solo parecían tristes ahora, sino también curiosamente vulnerables.

Al finalizar el recital, Betty Rogers fue la primera en hablar.

—Por supuesto, Casals fue el más grande; ¿no está de acuerdo, señor Roycroft?

—Con Bach, quizá —respondió él.

—Mi marido opina que Casals es demasiado áspero, ¿no se lo parece a usted, querido? —dijo la señora Radford.

—Tal vez se deba a la grabación, pero en las sonatas de Beethoven prescinde de la belleza, ya sabe, la belleza, y busca algo más.

—¿Qué opina nuestro nuevo miembro? —preguntó el canónigo Kehoe.

—Me ha parecido todo muy bello —respondió Nora—. Todo.

Poco a poco, conducidos por el canónigo Kehoe, se dirigieron al vestíbulo del hotel.

—Esos discos de Casals tocando a Beethoven se grabaron en directo —dijo el doctor Radford en voz alta—, y dudo que la grabación se hiciera bien.

—Pero se obtiene inmediatez —dijo el señor Roycroft—; creo que eso lo compensa.

—Estoy totalmente de acuerdo —intervino Thomas P. Nolan—. Da la impresión de que estamos en la sala mientras se toca, ¿no les parece?

Miró a todos buscando su conformidad.

En ese momento Nora vio a Jim, que tomaba una copa con un hombre de Fianna Fáil. Ambos escuchaban la conversación sobre los violonchelistas sin disimular que les divertía. El

rostro de Jim cambió de expresión en cuanto reparó en Nora. Ella no sabía qué hacer. Era evidente que había asistido a la reunión de la Sociedad Fonográfica, la organización de la que Maurice y Jim se burlaban de forma especial. Se volvió hacia Phyllis y le preguntó si había disfrutado del recital.

—Prefiero el canto —dijo Phyllis—, pero soy la única, y la semana que viene le toca al canónigo Kehoe, de modo que tendremos canto en abundancia.

Nora se mantuvo al lado de Phyllis con la esperanza de evitar a Jim, que ahora prestaba toda su atención a su compañero.

—Pero esto es una democracia —añadió Phyllis—. Todos tenemos nuestro turno. Aun así, te sorprendería la música que les gusta a algunos.

Laurie O'Keefe sonrió y meneó la cabeza cuando Nora le habló de la Sociedad Fonográfica.

—Me han dicho que hay una mujer que dirige, que agita las manos.

—Basta con cerrar los ojos para no verla —repuso Nora.

—Yo le retorcería el pescuezo. ¡Figúrate, dirigir sin tener ninguna preparación!

—Bueno, la música era bonita —dijo Nora.

En la siguiente visita de Jim y Margaret, Nora estuvo atenta por si le preguntaban qué hacía en la Sociedad Fonográfica; no sabía si Donal, que solía contarle a su tía Margaret cualquier novedad que a ella pudiera interesarle, ya se lo habría dicho. Pero Jim y Margaret no mencionaron el asunto.

Hablaron de la ciudad y de los chicos y preguntaron cómo le iba a Aine en Dublín, y al llegar Fiona conversaron sobre las ventajas de las escuelas grandes respecto a las pequeñas y de las ventajas de la enseñanza pública y gratuita. En varias ocasiones Nora sorprendió a Jim mirándola y sospechó que estaba pensando en que la había visto en el vestíbulo del hotel. Sin embargo, él no lo mencionó.

El jueves siguiente quedó con Phyllis para tomar una copa en el salón del hotel antes de la reunión de la Sociedad Fonográfica.

—No sé muy bien qué decir del canónigo —dijo Phyllis—. Habla de las sopranos como si las conociera.

La mayoría de los integrantes de la sociedad ya

se habían congregado en la sala. El canónigo entregó a cada uno la lista de los temas que había elegido.

—En primer lugar escucharemos a las dos Marías: Maria Caniglia, en mi opinión la mejor cantante de Verdi que existe, y Maria Callas, que es incluso mejor, si es posible superar a la mejor. Y después tendremos a Joan y a Elizabeth y a Rosa y a Rita. Nos espera un festín.

Un día que estaba en la tienda de electrodomésticos Cloake's de Rafter Street comprando una plancha, Nora vio un tocadiscos estereofónico con un rótulo que indicaba que el precio había sido rebajado.

—¿Es que tiene algún defecto? —le preguntó al dependiente.

—No, funciona a la perfección, pero van a llegar modelos nuevos. Todos los que teníamos como este se han vendido y no hemos recibido ninguna queja. Este es el modelo de muestra, de modo que no me cuesta nada instalarlo para que lo oiga.

Nora echó una ojeada hacia la calle y, confiando en que no pasara ningún conocido, dijo que le gustaría oír cómo sonaba.

—Mire los discos —dijo el dependiente— mientras yo lo monto, a ver si encuentra alguno que le gustaría escuchar. Hay que poner los altavoces bastante separados, a la misma distancia del plato.

Nora echó un vistazo a los discos preguntándose si sería mejor probar el sonido con un cantante o con música orquestal. Al final escogió uno titulado

Your Favourite Music y se lo entregó al dependiente.

—¿Algún tema en particular? —preguntó él.

—No, deje que vayan sonando, si no le importa.

Nora permaneció en las sombras para que nadie la viera desde la calle. Era un movimiento del concierto para piano de Grieg y, aunque el volumen no estaba alto, sonaba como si el pianista se encontrara en la misma tienda. Oía cada nota con claridad, pero no se trataba solo de eso; sentía además que la interpretación emanaba una energía que hacía que el sonido pareciera imperioso y presente.

En los presupuestos se habían aumentado de nuevo las pensiones de viudedad, también con efecto retroactivo. Todavía tenía en el banco el dinero de las otras pagas retroactivas. No

obstante, Jim, Margaret, Una e incluso Fiona opinarían que comprar el tocadiscos estereofónico era tirar el dinero. Se preguntó si podría instalarlo en su dormitorio para que no lo vieran; pero entonces casi no merecería la pena tenerlo.

Al terminar el primer tema Nora iba a decirle al dependiente que necesitaba tiempo para pensarlo. Entonces comenzó el siguiente, la «Canción a la luna» de *Rusalka*, de Dvořák. Alguna vez había oído la «Humoresque» de Dvořák en una versión para violín solo. Ahora cantaba una soprano. El canónigo Kehoe habría reconocido el nombre de la intérprete, pensó, si bien a ella no le decía nada. La voz fue subiendo cada vez más con la música y luego se elevó por encima de ella. Esta vez Nora sintió sobre todo la tristeza de haber vivido hasta entonces sin haber oído eso. Aun así, no se decidía

a comprar el estéreo. Sería demasiado jaleo, pensó, meter las piezas en el coche y colocar una mesa baja en la habitación del fondo e intentar ponerlo en funcionamiento. No se le ocurría nadie a quien pudiera pedir ayuda que no fuera a considerarla una manirrota. Al acabar el tema hizo un gesto con la cabeza al hombre de la tienda para indicarle que era suficiente.

—Tendré que pensarlo —dijo sonriendo.

Una tarde, al cabo de varias semanas, llegó temprano al hotel para asistir a la reunión de la sociedad y se encontró a solas en la sala con el doctor Radford y su esposa. Años atrás el médico le había prestado un libro a Maurice, ella no recordaba cuál, pero el caso era que Maurice lo había extraviado. Registraron la casa de arriba

abajo buscándolo, aunque fue en vano. Tras pedir en diversas ocasiones que se lo devolvieran, el doctor Radford fue en coche un sábado a primera hora de la mañana y dijo que necesitaba consultar el libro para un texto que estaba escribiendo. Maurice aún estaba en pijama y Nora en bata. El doctor Radford aguardó, alto e imponente, en el recibidor. No pensaba marcharse, dijo, hasta que encontraran el libro. Nora recordaba el tono altisonante y desdeñoso que empleó ella tras ofrecerle una taza de té. Maurice hurgó en las librerías de la sala de estar e invitó al doctor Radford a echar un vistazo. Luego Maurice buscó en el armario grande de la habitación del fondo, donde guardaba sus papeles. Cuando el doctor Radford comprendió que no darían con el libro,

Maurice le condujo despacio hasta la puerta, la cerró tras él y estuvo ensimismado todo el día.

—¿Tiene mucho trabajo? —le preguntó al doctor Radford.

—Ay, la sala de espera se llena hasta arriba por la mañana y sigue llena todo el día —dijo la señora Radford.

Nora pensó que quizá el doctor Radford le preguntaría si el libro finalmente apareció. No debía de haber olvidado el episodio de la mañana de aquel sábado de hacía años.

Al finalizar el recital, la señora Radford le indicó con un gesto a Nora que fuera hacia un lado para hablar con ella en privado.

—Nos hemos fijado en lo mucho que disfruta con la música —dijo—. Y no hace ni un solo ruido mientras suenan los discos. Nos encantaría

recibirla alguna noche en Riverside House. Verá, ponemos discos muchas noches.

—Bueno, no sé... —dijo Nora—. Es que los chicos están en casa y prefiero no salir demasiadas noches.

—Bien, ya nos avisará.

Nora recibió en el trabajo una llamada de la señora Radford, que se preguntaba si podría acudir una noche de la semana siguiente, a cualquier hora. Se quedó tan sorprendida que, sin saber por qué, accedió a ir el lunes a las ocho. En la reunión de la Sociedad Fonográfica de ese jueves los Radford se sentaron a su lado y en varias ocasiones, en las pausas entre un disco y otro, la señora Radford le dio un ligero codazo y

le hizo comentarios sobre la música. Al salir, el doctor Radford habló con ella.

—Tendrá que asegurarse de que el lunes ponemos discos que le gusten y de que a lo mejor le damos a conocer cosas nuevas.

Cuando le contó a Phyllis lo ocurrido, esta afirmó que debía telefonar para anular la cita.

—Son una pareja de verdaderos pelmazos. Él no hace más que hablar del Trinity College y de la Iglesia de Irlanda. Vete a saber si tiene algún paciente.

—¿Por qué me han invitado?

—Les gusta causar buena impresión a la gente.

—¿Quieren causarme buena impresión a mí?

—Han visto que en la Sociedad Fonográfica todos te aprecian.

—No sabía que se hubieran fijado siquiera en

mí.

—Después de lo que has pasado, todo el mundo piensa que tienes...

—¿Qué?

—Bueno, dignidad. Eso para empezar...

La casa se hallaba entre Mill Park Road y el río. Había una entrada pequeña con un letrero que rezaba «Consultorio» y otra entrada mayor a una vivienda antigua de dos pisos con un jardín delante.

La señora Radford abrió la puerta.

—Llámame Ali —dijo—. Prescindiremos de las formalidades. Trevor está arriba. Un anciano paciente suyo que vive cerca de Blackstoops está muy débil y si el teléfono suena Trevor tendrá que acudir. Pero no debo decirte quién es, o Trevor me

matará. Verás, aquí lo llevamos todo con la mayor confidencialidad.

Trevor apareció vestido con un jersey rojo y una camisa blanca con el cuello desabotonado.

—Bien, creo que antes de nada —dijo— disfrutaremos de Schubert. ¿Le parece bien? Y quizá de un gin-tonic.

La condujo del recibidor a la sala alargada de la derecha. Por toda la habitación, en los sitios donde otras personas habrían tenido vitrinas con porcelana o librerías, los Radford tenían discos. El tocadiscos estaba en un mueble, y los altavoces, muy grandes, flanqueaban la chimenea.

—El bueno de Roycroft está orgulloso de su colección —dijo el doctor Radford—, y desde luego tiene rarezas, pero se quedó pasmado al entrar en esta casa y ver la habitación de arriba

donde guardo la mayoría de los discos. Trabajo mucho y, mientras que a otros les gusta el golf o ir de safari, esto es lo me gusta a mí. La música.

Nora asintió y sonrió. No sabía muy bien qué decir en respuesta. La señora Radford entró con gin-tonics servidos en vasos largos cuando su marido ponía un disco en el plato.

—Creo que esta es una de las canciones más tristes y aterradoras. Siempre me produce escalofríos. Se trata del «Erlkönig».

Durante una hora o más el doctor Radford puso canciones alemanas y francesas, algunas rápidas con acompañamiento sordo de piano, otras más lentas y melancólicas. Con cada una el doctor Radford realizaba una introducción como si estuviera hablando en la radio. Cada vez que retiraba un disco del plato, su mujer lo metía

diligente en su funda y lo colocaba en el sitio que le correspondía en el estante. La señora Radford rellenaba además los vasos de vez en cuando.

—¿Le gusta Richard Strauss? —preguntó el doctor Radford.

—No estoy segura —respondió Nora.

—Bien, he pensado que podríamos escuchar algunas de sus primeras canciones, que son muy delicadas, y que luego seríamos valientes y acabaríamos con las Cuatro Últimas Canciones. Por supuesto, no se llamaron siempre así. Verá, creo que Strauss era capaz de crear una gran intensidad mejor que ningún otro.

Lo que Nora percibió mientras sonaba la música —una música que no le decía nada, que ascendía y descendía en exceso de forma turbulenta y tenía muy poca melodía— era lo solos que estaban los

Radford. Sus hijos habían crecido y se habían marchado. Los Radford estaban solos en un lugar donde pocos los apreciaban. En Dublín o Londres tal vez habrían sido más felices. Pero por encima de todo, cuando el doctor Radford, animado por la ginebra, subió el volumen hasta que la música sonó demasiado fuerte, Nora se preguntó qué le ocurría a ella para encontrarse en esa sala con esas dos personas en una noche en la que podría haber estado en casa. Para empezar, ¿por qué se había incorporado a la Sociedad Fonográfica? Si algún conocido descubría que había pasado una velada con Trevor y Ali Radford, pensaría que había perdido el juicio.

Al terminar las canciones, Nora se levantó para irse; entonces el doctor Radford le preguntó cuál era su compositor favorito.

Nora, que se sentía algo más que achispada, dudó.

—Supongo que Beethoven —respondió.

—¿Algún período en particular?

—Música suave —contestó ella, y se quedó mirando expresamente al doctor Radford.

—Ah, ya sé. Los tríos que llegaron en aquel paquete de McCullough Pigott —dijo la señora Radford.

—Sí, todavía no los hemos oído. Tenemos ahí los discos nuevos.

Cuando el doctor Radford encontró el disco, le enseñó la carátula a Nora. Tenía una fotografía de dos hombres jóvenes y una mujer. La mujer era rubia y esbozaba una leve sonrisa; su rostro reflejaba fuerza. Nora vio que era la violonchelista y en ese momento se le pasó por la

cabeza que habría dado cualquier cosa por ser la joven de la carátula del álbum; por ser ella ahora, con el violonchelo al lado y alguien que la fotografiara. Mientras el doctor Radford ponía el disco, pensó en lo fácil que habría sido ser otra persona; que tener a los chicos en casa esperándola, y la cama y la lámpara junto a la cama, y su trabajo por la mañana, era todo una especie de accidente. De alguna manera todo eso era menos sólido que las nítidas notas del violonchelo que salían de los altavoces.

Nora se concentró en el sonido, grave, suplicante. La energía de la interpretación era triste, y luego se tornó más que triste, como si hubiera algo allí y los tres intérpretes lo reconocieran y avanzaran hacia ello. La melodía se elevó de forma más hermosa, y Nora tuvo la

certeza de que alguien había sufrido y se alejaba del sufrimiento y después volvía a él, dejaba que persistiera y que viviera en su interior.

Al alzar la vista advirtió que los Radford estaban cansados. La señora Radford empezó a remover la lumbre con el atizador. Nora deseó alejarse de ellos, encaminarse sola a casa, cruzar Mill Park Road y subir por el callejón hasta John Street y recorrer John Street en dirección a su casa. Cuando el primer movimiento terminó, se puso en pie.

—Ha sido hermoso —dijo—. Y los intérpretes son muy jóvenes.

—¿Por qué no se lleva el disco a casa? —propuso el doctor Radford.

Introdujo el disco en la funda y se lo tendió. Nora era consciente de que no podía decir que no

tenía un buen tocadiscos, pero tampoco quería ser el objeto de su caridad. Si aceptaba el disco que le ofrecían, le resultaría más difícil rechazar su hospitalidad si volvían a brindársela.

—Pero ustedes no lo han escuchado —dijo.

—No —repuso el doctor Radford—, aunque tenemos otros muchos discos que todavía no hemos escuchado y sería magnífico que lo tuviera usted.

En el recibidor le entregaron el abrigo, y al abrir la puerta el doctor Radford dijo:

—Díganos qué le parece cuando lo haya oído unas cuantas veces.

Nora sonrió, y dio las gracias a los dos y se encaminó a casa, sobria de pronto por el frío aire nocturno, con el disco bajo el brazo. Aunque no pudiera escucharlo, pensó, podría mirar la carátula

y tratar de recordar las notas que había oído. Tal vez eso bastara de momento.

Temía gastar dinero. En cuanto llegó el cheque con el aumento retroactivo, lo depositó prudentemente en el banco. Consideraba importante tenerlo ingresado por si lo necesitaba, pero vivía de lo que ganaba en Gibney's, de su pensión y del dinero que Fiona le entregaba.

Mostraba interés por Charlie Haughey, el ministro de Economía, que había elaborado esos presupuestos. Una y Seamus lo miraban con muy

malos ojos y Jim y Margaret seguían manifestando con claridad lo poco que se fiaban de él.

—Pues yo opino que es un buen ministro de Economía y que merece que se le dé una oportunidad —dijo Nora.

—Hemos oído historias —dijo Margaret— de noches de copas hasta las tantas en el hotel Groome's.

—Siempre corren historias acerca de los políticos, en especial de los buenos —repuso Nora—. Antes decían que De Valera y su mujer no se dirigían la palabra y que Seán Lemass tenía deudas de juego.

—Sí, pero esas historias no eran ciertas, Nora —dijo Margaret—. Estas sí lo son.

Cuando Haughey fue detenido por tráfico de

armas, Mick Sinnott entró en el despacho de Nora con la noticia, seguido de Elizabeth. Puesto que se había convertido en dirigente del sindicato, Mick Sinnott se dejaba ver más a menudo.

—Thomas dice que se encuentra en la cárcel de Bridewell —comentó Elizabeth—, y que está esposado. Se dedicaba a importar armas, ¡por favor!

Con su agitación, parecía no darse cuenta de que había hablado no solo a Nora, sino también a Mick Sinnott, a quien no solía dirigirle la palabra.

—¿Armas para qué? —preguntó Nora.

—Para enviarlas al Norte —respondió Mick Sinnott.

—Vaya, pues entonces va a meternos en un buen berenjenal —dijo Elizabeth.

En la oficina todos hablaban de la detención.

Elizabeth llamó a una oficinista para pedirle que fuera a la casa a traerle su transistor.

—Quizá ahora los demás entren en razón —dijo Mick Sinnott.

—Disculpe, señor Sinnott —dijo Elizabeth—. La señora Webster y yo tenemos trabajo.

—Vaya, no quiero impedirles trabajar —dijo Mick Sinnott, y salió del despacho dejando la puerta abierta.

Elizabeth la cerró.

—Thomas dice que es posible que haya elecciones —le dijo a Nora—, y al viejo William le encantaría ver el final de este gobierno. Y qué cara más dura la del tal Mick Sinnott entrando aquí. Es una pena que no lo detengan a él también.

Cuando Jim y Margaret fueron de visita, Nora

observó que Jim estaba de buen humor; caminaba con pasos más rápidos y casi parecía más joven.

—Al principio nos quedamos conmocionados —dijo Margaret—. Es decir, no es bueno que un país tenga ministros detenidos y procesados.

—De todas formas, ya se está abordando la situación —dijo Jim—. Algunos creían que a Jack Lynch le faltaba el valor para echar a esos ministros, pero cualquiera que lo haya visto en el campo de hurling no tendría ninguna duda sobre él. Es un caballero hasta que lo presionan; entonces se vuelve duro como una piedra. Es un hombre al que no me gustaría contrariar.

—Pues yo no recuerdo que haya hecho jamás nada por nadie —repuso Nora—. Si viviera en el Norte y alguien viniera a mi casa para prenderle fuego, querría tener armas.

—Bueno, pueden tener sus propias armas —dijo Jim—. No queremos que en nuestra parte del país haya ministros que trafiquen con armas.

—Haughey siempre ha tenido tiempo para quienes lo pasaban mal —dijo Nora.

—Siempre se ha precipitado —dijo Jim—. Ascendió demasiado pronto, eso es lo que pasó. Tendría que haber estado más tiempo como diputado raso. Es demasiado ambicioso.

—Jim nunca se ha fiado de él —terció Margaret.

—Pues se ha preocupado por las viudas, cuando no tenía necesidad de hacerlo —afirmó Nora.

Un atardecer la tía Josie se presentó sin avisar. Habló con Fiona; recordó el nombre de los maestros con quienes había trabajado y sus

propios inicios profesionales en un época mucho más difícil y con muchos más alumnos por clase. Luego Fiona se disculpó y se marchó, y Nora comprendió que no volvería.

Los chicos llegaron y charlaron con Josie.

—Se les ve mucho mejor —dijo Josie cuando se fueron—. Lo has hecho de maravilla; todo el mundo lo cree así.

—Es difícil saberlo —dijo Nora—. A veces Donal tartamudea mucho.

—Sin embargo, se le ve más contento —señaló Josie—. Me acuerdo de ti, y de Catherine y de Una tras la muerte de vuestro padre, y a vosotras os costó mucho más tiempo. Era una casa muy triste en aquel entonces, pero los niños se recuperan enseguida; eso es lo bueno.

—No lo creo. Yo nunca me recuperé —dijo

Nora—. Aprenden, tengan la edad que tengan, a guardarse las cosas para sí. No sé si debería llevar a Donal a Dublín a que lo vea un logopeda.

—Déjale de momento. Déjalo estar.

Nora suspiró.

—Ojalá supiera qué hacer con él.

—Lo que en realidad he venido a decirte —dijo Josie— es que tengo dinero invertido. No mucho, pero algo es algo. La semana pasada cobré los dividendos y he pensado que me gustaría hacer algo agradable con el dinero, y me he planteado que dentro de unos meses, al final del verano, cuando todo esté más tranquilo, sería estupendo ir a España contigo; necesitas descansar lejos de todos.

—¿España? Oh, no estoy segura...

—He hablado con Una y está dispuesta a cuidar

de los chicos, y lo único que debes hacer es cerciorarte de que tienes días libres en Gibney's.

—Me he quedado la jornada entera cuando había mucho trabajo pero no estoy segura de si me corresponderán días libres además de las vacaciones. Estaré dos semanas en Curracloe o en Rosslare con los chicos pase lo que pase.

—¿Lo pensarás?

—Vaya, eres muy generosa.

—Unas buenas vacaciones y mucho sol, y siempre has sido una magnífica nadadora.

—Nunca he viajado en avión. Una vez fui a Gales con Maurice, pero fuimos en barco. Ni siquiera tengo pasaporte.

Al despertarse por la mañana, Nora pensó que no iría. Eran demasiados preparativos y estarías

demasiado preocupada lejos de los chicos, que todavía se desazonaban por la menor minucia. Al cabo de una semana recibió una carta de Josie con las posibles fechas. Pospuso la respuesta y al final, tras confirmar en Gibney's que podía tener días de permiso en lugar de una paga extra, estuvo a punto de escribir a su tía para decirle que aceptaba ir a España y pasar en Sitges las dos primeras semanas de septiembre. Pero no lo hizo al pensar que una quincena en casa, sin tener que ir a trabajar cada día, sería mejor y además cayó en la cuenta de que coincidiría con la vuelta a la escuela de los chicos.

En el transcurso de las dos semanas siguientes Josie, según descubrió Nora, se puso en contacto con Una y Margaret para pedirles que hablaran con ella. Nora se calló cuando Margaret sacó el tema,

pero en cuanto Una empezó a decirle que le sentarían bien unas vacaciones, se preguntó si no debería decirles a las tres que la dejaran en paz.

—Es lo que se ve en los anuncios de la televisión —repuso—, que unas vacaciones en España sientan bien. Nunca he visto nada que lo demuestre.

—Te despiertas por la mañana y sabes que habrá sol todo el día —afirmó Una—, y el mar es cálido y te preparan las comidas.

—¿Y el vuelo?

—Yo me quedo dormida durante los vuelos —respondió Una—, y estoy segura de que tú también te dormirás.

Escribió a Josie para decirle que le gustaría ir, pero rompió la carta en pedacitos. A veces por la noche pensaba que le encantaría ir, si bien por la

mañana le parecía que supondría un esfuerzo excesivo. Al comprender que su silencio era descortés y que Josie se sentiría ofendida decidió que, fuera como fuese, le escribiría en la oficina y echaría la carta al buzón de camino a casa. Al empezar la carta ni siquiera sabía qué iba a decir. Y, una vez que la escribió aceptando la invitación, dudó que hubiera hecho lo correcto. Aun así, al día siguiente solicitó el pasaporte.

Se enfadó las contadas ocasiones en que Margaret, Una e incluso Fiona comentaron lo bien que le sentarían las vacaciones. Sin embargo sabía que, puesto que Josie ya las había pagado, no podía anularlas. Una vez terminadas las vacaciones en Curracloe con los chicos, fue sola a Dublín un sábado y se compró ropa ligera para España pero,

cuando Una le preguntó, se sorprendió negándose a reconocerlo. Fiona, que parecía darse cuenta de que no quería que se mencionara el viaje, no le decía nada al respecto. Josie mandó una lista de cosas que no debería olvidar, y Nora estuvo a punto de responderle que podía ocuparse por sí sola de los preparativos.

Con todo, no le molestó el reducido espacio del avión y disfrutó viendo cómo Josie rezaba al despegar y al aterrizar y cada vez que daban un bandazo durante el vuelo. Lo que más le sorprendió fue el calor que hacía cuando llegaron, pese a que era de noche, y el extraño olor fétido, como si algo se estuviera pudriendo. En el autobús que tomaron en el aeropuerto Josie comenzó a suspirar y a quejarse, pero a Nora le pareció casi relajante y se preguntó cómo sería la mañana.

Esa noche, oyendo a Josie roncar en la cama de al lado, creyó que no podía conciliar el sueño a causa del calor y la emoción. Por la mañana durmió un rato en la playa, hasta que la despertó Josie, que tenía ganas de hablar. Como su tía no nadaba, Nora se dio cuenta de que podía librarse de ella metiéndose en el mar y quedándose en las cálidas aguas tanto tiempo como pudiera. Cada vez que regresaba, Josie retomaba la conversación en el punto donde la había dejado.

El quinto día, mientras se marchaban de la playa, Nora recordó cada una de las cuatro noches de insomnio que había pasado en lo que llevaban de vacaciones. Escuchaba con irritación a Josie, que hablaba de un sacerdote que no había acudido a casa de un moribundo pero al que habían visto ese mismo día en un partido de fútbol. Pensar en

las noches una por una era una forma de concentrarse que le impedía tumbarse en ese mismo momento en esa calle concurrida, apoyarse en la pared de una tienda u ovillarse en la acera, sin importarle que aún fuera de día y que las tiendas todavía estuvieran abiertas. Por un instante, mientras Josie proseguía su relato, percibió en la voz de su tía un atisbo del mismo sonido que emitía al roncar, a medio camino entre un resoplido y un gemido bronquial.

Pensó que Josie roncaba tan fuerte y tan alto debido a su edad. Incluso las veces en que Nora encendía la lámpara de su mesilla de noche y le daba la vuelta a su tía con delicadeza, o hasta con tanto brío que la despertaba, esta enseguida volvía a conciliar el sueño. Nora permanecía tumbada en la cama de al lado esperando, y en cada ocasión

los ronquidos comenzaban de nuevo: se elevaban y descendían, a veces se convertían en un conjunto de ásperos sonidos guturales, y continuaban incluso mientras la luz del alba se colaba entre las tablillas de las persianas. Nora yacía exhausta, exasperada, consciente tras la cuarta noche de que aún le quedaban diez días y diez noches con su tía hasta que terminaran las dos semanas de vacaciones en Sitges.

Al girar hacia la calle umbrosa donde se hallaba su hotel, Nora vio a Carol, su guía, entrar en una tienda. Creía que había regresado a Dublín y se preguntó si quizá lo había hecho y luego había vuelto a Sitges.

Si no hubiera estado tan cansada, habría hablado con Carol en el acto. Pero cuando lo pensó ya estaba en su habitación y Josie en el

jardín. Se preguntó si sería prudente informar a Carol de lo que pasaba. Al cabo de unos días, si Josie seguía roncando las noches enteras, Nora tal vez tuviera que fingir una enfermedad con la esperanza de que le adelantaran el viaje de regreso a casa. No podría hacerlo si le contaba a Carol la verdad. Presentía que la guía se las ingeniaría para dejarle claro que era culpa suya tener el sueño tan ligero y que no era asunto de la agencia de viajes que su tía roncara de tal modo. Sabía que una habitación individual adicional, en el caso de que quedara alguna disponible, costaría mucho más de lo que Josie había pagado.

Mientras Josie estaba en el bar, Nora se tropezó con Carol en el vestíbulo del hotel.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Carol.

Nora no respondió.

—La he visto en la calle hace un rato —añadió Carol.

—No puedo dormir —dijo Nora.

—¿Por el calor?

—No. El calor me gusta.

Carol asintió con la cabeza y aguardó a que dijera algo más. Nora miró alrededor y susurró:

—Mi tía ronca toda la noche. Es como estar en una habitación con una sirena de niebla.

—¿Se lo ha dicho usted?

—Lo he intentado. Creo que ella no sabe el ruido que arma. Llevo cuatro noches sin pegar ojo. Me estoy volviendo loca.

—No tenemos habitaciones individuales —dijo Carol.

—Entonces no se preocupe —repuso Nora—.

No hay por qué preocuparse. Pasaré las noches despierta en la cama hasta que vayamos a casa.

—Lo siento de veras —dijo Carol.

Mientras estaban frente a frente, Nora oyó la voz de su tía y a continuación unas risotadas al acercarse esta. Por lo visto Josie estaba de muy buen humor.

—Ah, por fin la encuentro, Carol. Bien, solo quería decirle que la habitación es estupenda, no podría ser mejor, y hace un momento le comentaba a un hombre del bar que no sé cómo vamos a acostumbrarnos a tener que hacernos la cama y cocinar cuando volvamos a casa. Pero no echaré de menos el calor. ¡Ah, no lo echaré de menos!

Nora la observó con frialdad y vio que Carol también la miraba de hito en hito. Por un instante cruzaron las miradas. Josie llevaba un vestido

suelto azul marino con el que parecía enorme, tenía el cabello desgredado y sudaba copiosamente. Dedicó una sonrisa de oreja a oreja a las dos.

—Venga a tomar una ginebra con nosotras —le dijo a Carol—. ¿O prefiere el vodka?

—No, gracias. Tengo que irme.

—Ya tengo una en la barra para ti, Nora —dijo Josie—. ¡Ah, el calor!

Se encaminó hacia el bar arrastrando los pies. Nora se despidió de Carol con una inclinación de la cabeza, fue a buscar la llave y subió a la habitación. Se duchó con agua fría antes de bajar para reunirse con su tía en el bar. Sin que supiera el porqué, la perspectiva de la ginebra, sobre todo si le añadía muy poca tónica, seguida de la comida le proporcionó el valor para continuar. Pero una

vez que acabara de comer, pensó, le suplicaría a su tía que le dejara la habitación unas cuantas horas e intentaría dormir un rato antes de que se iniciaran los ronquidos de la noche.

Mercè, la camarera, sirvió el postre y más vino blanco a las dos mujeres, tras lo cual indicó con un gesto a Nora que la acompañara y señaló la puerta que llevaba al vestíbulo. La condujo al sótano por una escalera estrecha que crujía. El pasillo que recorrieron tenía el techo bajo y la pintura de las paredes se desconchaba. El ambiente era fresco, con una pizca de humedad y un olor a cerrado que Nora encontró reconfortante. Se escurrieron junto a una pila de cajas de cartón que llegaba hasta el techo y Mercè abrió una puerta de la derecha y encendió la luz. La habitación parecía una celda de una cárcel, según vio Nora, con una cama

individual y una ventana minúscula con barrotes en lo alto de la pared del fondo. La bombilla no tenía lámpara. La cama estaba hecha y las sábanas se veían blanquísimas a la deslumbrante luz cenital. Mercè cruzó el pasillo para abrir una puerta que daba a un cuarto de baño. El ambiente era aún más húmedo allí y olía a moho. Tenía una bañera vieja con boquillas de plástico sujetas a los grifos y una alcachofa de ducha colgada a un lado. Había un inodoro y un lavamanos. Al igual que la habitación, disponía de una ventanita con barrotes. Mercè miró a Nora y extendió las manos como dando a entender que no era gran cosa, pero que se lo cedería si ella quería. Nora asintió entusiasmada. Mercè guardaba un manojito de llaves en el bolsillo y probó varias antes de dar con la que cerraba la puerta de la habitación. La

sacó del llavero y se la tendió a Nora; luego la acompañó por el pasillo y escaleras arriba hasta el vestíbulo.

Nora dejó a Josie en el bar al acabar la comida, llevó al sótano su maleta y sus artículos de aseo y fue a decirle a su tía que le habían ofrecido una habitación para ella sola y que estaba cansada y se iba a la cama. Vio que Josie estaba a punto de mostrarse ofendida, pero no le brindó la oportunidad de hacerlo. Dio media vuelta y se marchó. Pensar que podría dormir, conciliar el sueño, le proporcionaba tal alivio que en ese momento no le importaba nada más. Tras bajar de nuevo a sus aposentos del sótano, cerrar la puerta de la habitación y desvestirse, se deleitó con lo limpias y bien planchadas que estaban las sábanas de la estrecha cama. Apagó la luz e intentó

permanecer despierta tanto tiempo como pudiera a fin de disfrutar de la perspectiva de la soledad y de un largo sueño ininterrumpido.

Cuando despertó se dio cuenta de que ya había amanecido. Por la ventanita entraba una luz persistente y tenue, pero no se oía ningún ruido. Creía que no dormía tan profundamente desde que se había casado con Maurice y empezó a compartir cama con él, y desde luego no lo hacía desde que se había quedado embarazada por primera vez. Sin embargo sí hubo una ocasión, recordó, cuando Aine era bebé y lloraba sin parar todas las noches. Por muy a menudo que ella le diera de comer, y por muchas veces que la cogiera en brazos para consolarla, Aine lloraba. Sin previo aviso, Nora llevó a la niña, junto con provisiones para dos días, a casa de su madre, dejando a Fiona con

Maurice; dejó a Aine en la planta baja con su madre, pese a las protestas nerviosas de esta, subió a la habitación y durmió doce o catorce horas de un tirón. Fue la única vez en su vida, pensó, en que se había despertado igual que ahora: el sueño nocturno como un denso olvido, de lo más satisfactorio y completo por su vacío.

Se sentía espabilada y entusiasmada por la perspectiva del día que tenía por delante. Fue al cuarto de baño y se duchó con agua fría. Al mirar la hora vio que no eran más que las cinco. Se puso el bañador, un vestido y unas sandalias, y metió una toalla y ropa interior en una bolsa. Salió del hotel sin hacer ruido, a hurtadillas, consciente de que cualquier encuentro podría romper el hechizo de la noche.

Bajo el sol de primera hora de la mañana

caminó por una travesía en dirección a la playa que se extendía detrás de la iglesia y que era más tranquila que las otras. Le sorprendió cruzarse con unas cuantas personas en la calle, que iban camino del trabajo. Al aparecer el mar, miró el pálido cielo matutino. Se dirigió hacia el paseo marítimo dejando atrás edificios encalados con persianas de un intenso azul oscuro.

Al llegar al café de la esquina, el dueño subía la persiana metálica. La saludó al desgaire como si la conociera. Nora decidió que volvería después de nadar y pasaría el rato sentada a una de las mesas que posiblemente el dueño sacaría a la calle, y no regresaría al hotel hasta poco antes de las diez, cuando Josie bajara a desayunar.

En la playa vio unas máquinas grandes que alisaban la arena a fin de que todo estuviera en

orden y perfecto para el día. Unos hombres colocaban sombrillas y disponían tumbonas. Del mar llegaba todavía una brisa fresca, vestigio de la noche, el agua estaba más fría de lo que había supuesto y las olas eran más altas que el día anterior. Se zambulló en una que se acercaba y sintió un escalofrío al alejarse a nado de la orilla.

Cerró los ojos y nadó sin realizar demasiados esfuerzos, avanzando poco a poco más allá de donde rompían las olas. Percibió el primer calor del sol mientras hacía el muerto. De pronto se sentía perezosa además de cansada, y sin embargo notaba asimismo la energía que la había invadido hacía un rato. Pensó que permanecería en el agua tanto tiempo como pudiera; aprovecharía esa energía. Sabía que era poco probable que se repitiera una mañana como esa: la luz del

amanecer tan hermosa y serena, el mar vigorizante y la promesa del largo día por delante y de la noche que seguiría, en la cual volvería a estar sola, tranquila, y se le permitiría dormir.

Los últimos días de las vacaciones Josie se mostró más callada y las historias que contaba eran más interesantes. Nora adoraba la cama del sótano, si bien prefería ducharse en el cuarto de baño contiguo a la habitación donde dormía Josie. Nadaba varias veces al día, y le gustaba que el bañador se le secara en un periquete con el sol. A Josie y a ella no les importaba pagar por las tumbonas y sombrillas. Y Josie nunca se cansaba de hacer comentarios sobre cualquiera que pasara por su lado. Un día descubrieron un mercadillo en

el que Nora compró ropa y regalos baratos para toda la familia.

Contemplaba los edificios de las calles entre la playa y el hotel haciendo cábalas acerca de sus moradores, cómo eran sus vidas y cómo sería la suya si viviera allí. Durante esos últimos días reflexionó sobre sus caminatas hacia el trabajo por la mañana, el impermeable rojo puesto, paraguas en ristre. Todo eso le parecía remoto y exótico, tan alejado de ese lugar como era posible.

El último día le compró a Mercè un frasco de perfume caro para agradecerle que la hubiera socorrido.

Cuando llegó a casa ya era tarde. Los chicos se habían acostado y procuró no hacer ningún ruido que pudiera despertarlos. Fiona había ido a un

baile y Aine estaba sola. Por la actitud de Aine intuyó que algo había ocurrido, aunque después, mientras deshacía en silencio la maleta en su habitación, le pareció que se trataba tan solo de la novedad del lugar donde había estado y de la extrañeza de volver al hogar. Pero el pensamiento de que ocurría algo persistió, de modo que bajó y le preguntó a Aine si había surgido algún problema durante su ausencia.

—Solo que a Conor lo han puesto en la clase B —respondió Aine.

—¿En la clase B? ¿Quién lo ha puesto en la clase B?

—El hermano Herlihy los pasó a él y a otros dos a la clase B.

—¿Qué otros dos?

Los dos alumnos que mencionó Aine se

contaban, junto con Conor, entre los mejores de la clase A, como bien sabía Nora.

—¿Ha dado alguna razón?

—No, lo hizo sin más ni más.

Por la mañana, que era domingo, antes de que Conor fuera a misa habló con él. Al chico parecía preocuparle más que ella pensara que lo habían cambiado de clase por algo que había hecho o dejado de hacer.

—Nos cambió sin más ni más. Y no conocemos a nadie en la clase B.

Nora apenas pudo concentrarse en misa. Cuando después una mujer alabó su bronceado delante de la catedral, apenas respondió y luego, camino de casa, le remordió la conciencia. Conforme avanzaba el día se sentía cada vez más decidida,

de modo que por la tarde, al llamar al timbre del monasterio de los hermanos cristianos, estaba resuelta a conseguir que restituyeran a Conor a la clase A, que era la que le correspondía. Un joven hermano cristiano por fin abrió la puerta y Nora pidió hablar con el hermano Herlihy.

—No sé si está disponible —dijo él.

—Esperaré —repuso ella.

El hermano no la invitó a pasar al vestíbulo.

—Dígale que soy Nora Webster, la viuda de Maurice Webster, y que necesito verle.

El joven hermano cristiano la observó con cierta reserva antes de invitarla a entrar y cerró la puerta.

Mientras aguardaba, Nora reparó por encima de todo en el silencio del monasterio. Se parecía a la desolación. Ignoraba cuántos hermanos vivían en

él, pero suponía que unos diez o quince. Todos tenían su propia celda, pensó, como presidiarios, pero el lugar producía una sensación casi aún peor que una cárcel: las baldosas del suelo desnudas, la vidriera de colores alargada en el hueco de la escalera, todo lustroso y austero y poco acogedor; un sitio donde cada sonido y cada movimiento podían percibirse y oírse.

El hermano Herlihy parecía muy jovial cuando llegó. La condujo a la sala de visitas de la derecha.

—A ver, señora Webster, ¿en qué puedo ayudarla? —preguntó.

—Mi hijo, Conor Webster, acaba de empezar quinto. Me fui de viaje y cuando he vuelto me he enterado de que lo habían pasado a la clase B.

—Ah, bueno, en realidad no es una clase B.

—No es la clase en la que estaba.

—Sí, hemos introducido algunos cambios, solo para tratar de nivelar un poco las dos clases.

—Bien, pues preferiría que volvieran a pasarlo a la clase A.

—Lo siento, pero no es posible.

—¿Por qué no?

—Los cuadernos de registro de asistencia ya están impresos y los nombres se han enviado al departamento.

—Eso no es ningún problema. No les costará nada introducir un cambio.

—Señora Webster, yo dirijo la escuela.

—Hermano Herlihy, no me cabe duda de que la dirige muy bien. Como ya sabe, mi marido trabajó de profesor en la escuela de enseñanza secundaria durante muchos años.

—Sí, le echamos mucho de menos.

—Y usted no hubiera cambiado a Conor si mi marido todavía estuviera dando clase.

—Vamos, señora Webster, consideramos numerosas cuestiones al tomar la decisión.

—No me interesa ninguna de ellas, hermano. Tan solo me interesa la formación de Conor.

—Lo siento, pero a estas alturas no puedo hacer nada al respecto.

—Hermano Herlihy, no he venido a pedirle que vuelva a pasar a Conor a la clase A.

—¿Ah, no?

—He venido a ordenarle que lo haga.

—Como ya he dicho, yo dirijo la escuela.

—Espero que haya oído lo que acabo de decir.

—Lo he oído, señora Webster, pero no es posible.

La acompañó fuera de la sala de visitas. Una vez en el vestíbulo le puso la mano en el hombro.

—¿Cómo está toda la familia?

—No es asunto suyo, hermano Herlihy.

—Vamos... —dijo él sonriendo, y se frotó las manos.

—Tendrá noticias mías —dijo ella cuando el hermano le abrió la puerta—. Y descubrirá que cuando me enfado soy temible.

En casa buscó una hoja de papel de carta y un sobre y escribió:

Estimado hermano Herlihy:

Le notifico que, si para el próximo viernes Conor no vuelve a estar en la clase A, emprenderé acciones contra usted.

Firmó y se encaminó de nuevo hacia el

monasterio, volvió a llamar al timbre y entregó la carta al joven hermano cristiano que le había abierto la puerta la primera vez.

Más avanzada la tarde anotó el nombre de todos los profesores de la escuela de los hermanos cristianos, tanto los de primaria como los de secundaria, que conocía. Recordaba las señas de unos cuantos; en el caso del resto, les escribiría a la dirección del centro escolar.

Escribió la misma carta a todos:

Como quizá ya sepa, a mi hijo Conor Webster, que cursa quinto de primaria, lo han pasado de la clase A a la B sin previo aviso ni justificación alguna. Como también sabrá, esto no habría sucedido si su padre siguiera con vida y dando clase en la escuela. La presente es para informarle de que no toleraré lo ocurrido. Si para el viernes Conor no ha vuelto a la clase A, el lunes por la mañana montaré un piquete en la escuela. Si va usted al

trabajo en coche, me plantaré delante del vehículo e impediré que cruce las puertas. Si va a pie, me plantaré delante de usted. Seguiré con el piquete hasta que restituyan a Conor a la clase A.

Atentamente,

NORA WEBSTER

No tenía suficientes sobres pero decidió que compraría más al salir del trabajo y que escribiría las señas en el mostrador de la oficina de correos. Puesto que conocía el nombre de catorce profesores, escribió la carta catorce veces.

Al despertar por la mañana sintió un vigor renovado y se dio cuenta de que no le importaba volver al trabajo después de las vacaciones. Eligió las prendas del armario que consideró que le darían un aspecto más digno. Atravesó la ciudad a pie, complacida al pensar que llevaba las cartas en el bolso. En el trabajo encontró sobre el

escritorio varias notas con dudas que habían surgido durante su ausencia. Las resolvió con eficiencia y a las diez y media se concentró en una pila de facturas que había que anotar en un libro de registro.

—Creo que usted podría hacer mis tareas además de las suyas —le dijo Elizabeth Gibney— con solo que la dejáramos.

—Algunas mañanas tengo la mente despejada —repuso Nora—. ¿A ti no te pasa?

—Los lunes, desde luego que no —respondió Elizabeth.

Echó las cartas al correo por la tarde y aguardó, si bien no sucedió nada. Durante los días siguientes, cuando se dirigía al trabajo esperaba ver a alguno de los profesores a quienes había escrito, aunque no fue así. Más avanzada la

semana se encaminó al centro de la ciudad al terminar la jornada escolar, pero no vio a ninguno.

El sábado por la mañana fue a la tienda de Jim Sheehan, en Rafter Street, y compró clavos y una plancha de madera alargada; luego entró en Godfrey's, en Market Square, para adquirir un rotulador negro, un cartón grande, papel blanco y chinchetas. Trató de decidir qué escribiría en la pancarta y concluyó que sería mejor no decir nada acerca de las clases A y las clases B ni dar demasiados detalles. Se preguntó si QUIERO JUSTICIA sería mejor y después pensó que EXIJO JUSTICIA quizá fuera más adecuado. Resolvió asimismo prohibir a Donal y Conor que fueran a clase el lunes y explicarles lo mejor que supiera que tenía previsto manifestarse delante de la escuela y que sería conveniente que entretanto se

quedaran en casa estudiando por su cuenta. Sin embargo, no estaba segura de cómo reaccionarían y se preguntó si debería enfocar el asunto de otra forma. Esperaría, pensó, hasta la tarde del domingo para decirle a Fiona lo que se proponía hacer.

El domingo por la tarde, alrededor de las siete, un coche se detuvo delante de la casa. Dos profesores de la escuela de enseñanza secundaria, Val Dempsey y John Kerrigan, a los cuales había escrito, salieron del vehículo. Por primera vez tuvo miedo, como si se hubiera disuelto todo el coraje de la semana anterior y no quedara más que su orgullo y las amenazas que había proferido. Les abrió la puerta antes de que tuvieran tiempo de llamar y los condujo a la sala de estar.

—Estamos muy preocupados —dijo Val

Dempsey— por la carta que ha enviado. Ya sabe que sentíamos un gran respeto por Maurice.

Los dos permanecían de pie y Nora no les invitó a tomar asiento. Por algún motivo, el tono de Val Dempsey le devolvió la determinación.

—Comprendo que esté molesta —prosiguió el profesor.

—No estoy molesta, en absoluto —lo interrumpió ella—. ¿Qué le lleva a pensar eso?

—Bueno, su carta...

—Mi carta decía tan solo que si no volvían a poner a Conor en la clase A montaría un piquete ante la escuela. Tengo la pancarta arriba. ¿Quieren verla? Y no piensen que no me plantaré mañana delante de ustedes, porque lo haré.

—No sería aconsejable —dijo John Kerrigan.

—No he pedido consejo a nadie. Si mi marido

estuviera vivo, el hermano Herlihy no la habría tomado con Conor.

—Pues los otros padres...

—Me traen sin cuidado los otros padres.

—Hemos pensado que a lo mejor podría suspender el piquete por la mañana —dijo Val Dempsey—. Entonces nosotros veríamos qué podemos hacer.

—Ya han transcurrido tres o cuatro días y no han hecho nada.

—Bueno, los profesores hemos hablado mucho del asunto.

—No me cabe duda de que hablar es estupendo, pero mañana por la mañana habrá más que palabras, y si esta noche hablan con alguno de sus colegas quizá puedan decirles ustedes que maldeciré a cualquier profesor que pase el

piquete. Supongo que habrán oído hablar del poder de la maldición de una viuda.

—Ah, vamos... —dijo John Kerrigan.

—Maldeciré a quien pase por delante de mí.

Los dos hombres se miraron entre sí y a continuación clavaron la vista en el suelo.

—Tal vez vayamos a ver al hermano Herlihy esta noche —dijo Val Dempsey.

Permanecieron en silencio unos instantes y luego Nora abrió la puerta de la sala y los acompañó al recibidor.

—Le informaremos si hay alguna novedad —dijo John Kerrigan.

Nora no sonrió, sino que lo miró con gesto serio.

No había transcurrido ni una hora cuando Val

Dempsey y John Kerrigan regresaron. En esta ocasión, si Fiona o los chicos preguntaban, resultaría más difícil inventar un pretexto para la visita. Nora habría de decirles que tenía que ver con los libros y cuadernos que Maurice utilizaba para dar clase y que ella iba a donar a la escuela. Fiona y Conor salieron al recibidor a echar un vistazo cuando Nora condujo a los dos profesores a la sala de estar y cerró la puerta.

—Hemos dejado a un hermano cristiano amoscado en el monasterio —dijo Val Dempsey.

—Ha dicho que no permitiría que lo intimidaran ni lo mangonearan —dijo John Kerrigan—. Le hemos explicado cuánto se las respeta en la ciudad a usted y a toda su familia. Pero aun así no quería dar su brazo a torcer.

—Hemos tenido que decirle —añadió Val

Dempsey— que él y los demás hermanos se quedarían solos en la escuela, pues ningún docente iba a pasar el piquete. Ha montado en cólera al enterarse de lo del piquete. Nadie le había contado lo que decía la carta.

—Ha dicho algunas cosas que me niego a repetir —dijo John Kerrigan—. Un poco sorprendentes en boca de un hermano cristiano.

Nora sonrió al oír esto y al ver lo formales que se mostraban ambos profesores. No obstante, se puso seria cuando habló Val Dempsey.

—Entonces nos sentamos y le informamos de que no pensábamos irnos hasta que se solucionara el asunto. Dios, tenía la cara toda colorada. Ha dicho que era su escuela y que haría lo que le diera la gana. De modo que nos lo quedamos mirando.

—Al final le he hecho comprender —dijo John Kerrigan— que podía resolverlo de forma fácil y sencilla. Él ha preguntado cómo y le he dicho lisa y llanamente que si volvía a poner al muchachito en la otra clase nadie tendría peor concepto de él.

»Me ha dicho que no permitiría que lo amenazaran, pero que si lo dejábamos en sus manos consideraría qué había que hacer.

»De modo que le he dicho que no, que necesitábamos una decisión en ese mismo momento. Empezó a pasearse por la habitación y al cabo de un rato se detuvo y dijo que no haría nada mañana, que no permitiría que se le intimidara mañana, pero que en el transcurso de la semana cambiaría al chiquillo a la clase A. Le hemos dicho que eso sería estupendo y hemos

decidido marcharnos aprovechando que la cosa iba por buen camino.

—Espero que a usted le parezca bien —dijo Val Dempsey.

—Me parece más que bien; me parece perfecto —dijo ella—. Y les estoy muy agradecida a los dos.

Estaba a punto de disculparse por haber invocado la maldición, pero decidió no hacerlo. Daría la impresión de que en realidad no pensaba llevar a cabo todo lo demás que había dicho. Los acompañó al recibidor y les dio las buenas noches, luego fue a la sala de estar y los vio alejarse en el coche. No sabía cómo sentirse. Pensó que nadie la creería si comentaba que tenía en el dormitorio el material necesario para confeccionar una pancarta y que había amenazado con echar una maldición a

todos los docentes de la escuela de los hermanos cristianos.

Conor fue a buscarla a la cocina al llegar a casa el miércoles para comer.

—Han vuelto a ponerme en la clase A.

—Estupendo —dijo ella.

—Hubo una gran ovación cuando entré. El hermano Herlihy me mandó salir de la otra aula y me ordenó que cogiera la cartera, porque iba a cambiarme. Pensé que quería ponerme en la clase C.

—Pero no hay ninguna clase C —dijo Nora.

—Bueno, podrían inventársela. El caso es que entró en la clase A conmigo y me preguntó al lado de quién me sentaba el año pasado, conque vuelvo a sentarme al lado de Andy Mitchell.

Al día siguiente Conor la buscó de nuevo al llegar a casa.

—¿Tienes algo que ver con que hayan vuelto a ponerme en la clase A?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque el domingo por la noche vi entrar aquí al padre de Feargal Dempsey y hoy, después de un recreo, como el hermano Barrett había estado de mal humor toda la mañana, Feargal dijo que tendríamos que mandarle a la mamá de Webster.

—No sé qué quería decir con eso —repuso Nora.

El viernes siguiente Fiona salió con un grupo de profesores y le enseñaron la carta que había escrito Nora. El sábado por la mañana Nora se

encontraba en la sala de estar leyendo el periódico cuando Fiona entró.

—Era tu letra, no cabe duda. Si no, no me lo habría creído.

—Bueno, ya está todo resuelto —dijo Nora.

—Tal vez esté resuelto para ti, pero algunos de ellos piensan que yo tuve algo que ver.

—Bien, espero que les dijeras que no es así.

—Tal vez en el futuro busque otro trabajo y la carta figurará en mi expediente.

—Creo que el asunto quedará olvidado.

—Y me he enterado de que maldijiste a todos los profesores de la escuela de los hermanos cristianos.

—Amenacé con maldecir a quien pasara el piquete.

—Bien, yo tengo que vivir aquí y trabajo aquí.

—Sí, y yo tenía que asegurarme de que Conor volviera a la clase A.

—Creo que deberías haberme consultado.

—Me habrías prohibido enviar la carta.

—Desde luego que sí.

—Es una suerte que no te consultara, ¿verdad?

Recordó que hacía años Fiona había tenido de maestra a una monja cascarrabias llamada hermana Agnes, que cada día se volvía más cascarrabias, de modo que a Fiona le daba miedo ir a la escuela. Nora había disimulado su letra para escribir a la hermana Agnes y a la reverenda madre varias cartas amenazándolas con denunciarlas si la monja no se sosegaba y dejaba de abofetear a las niñas sin ningún motivo. La reverenda madre enseñó las cartas a uno de los maestros laicos, quien a su vez

se las mostró a Maurice diciendo que creían que las había escrito una mujer llamada Nancy Sheridan, cuyo marido era dueño de un supermercado de Market Square y que tenía una hija en la clase de la hermana Agnes. Nora no dijo una palabra cuando Maurice le refirió lo ocurrido con tono de profunda desaprobación. Pero la hermana Agnes se había vuelto más serena y agradable, como Fiona no tardó en informar.

Estaba tentada de contarle a Fiona lo de las cartas que había escrito a la hermana Agnes, pero le pareció que ella no lo encontraría gracioso. Si bien también pensó en decirle que empezaba a volverse como su padre y su tío Jim, decidió que era mejor no hacerlo. Se le pasó por la cabeza que Fiona habría dicho algo más si esa noche no

hubiera necesitado el coche para ir al baile de White's Barn, en Wexford.

La contienda con el hermano Herlihy le había infundido fuerza. Al despertar por las mañanas se sorprendía pensando con cierta serenidad en el día que tenía por delante. No deseaba tener la posibilidad de volver a dormirse. Comenzó a echar cuentas del dinero que había ahorrado y, como pronto le tocaría presentar su selección de discos en la Sociedad Fonográfica, pensó que debería comprarse un equipo de música e incluso algunos discos. Decidió pedirle a Phyllis que la acompañara a Cloake's a elegir un estéreo.

Phyllis llevó varios discos suyos con la intención de que probaran el sonido con música que ella conocía. Había dos equipos

estereofónicos rebajados. Rechazó ambos tras escuchar un disco de Maria Callas cantando composiciones de Verdi. Nora le había advertido de que no quería comprar un tocadiscos demasiado caro, y mientras examinaba los expuestos Phyllis dijo que tenía presente el precio. No incurriría en un gasto desorbitado, dijo, pero de todas formas sería mejor no adquirir un equipo que hubiera que sustituir al cabo de pocos años. En un rincón vio un plato con dos altavoces muy pequeños, que solo costaba un poco más que los rebajados.

—Tengo una corazonada respecto a este. Creo que es el que tiene mi hermana, y está contentísima con él. No te preocupes porque los altavoces sean pequeños.

Cuando el dependiente les puso un disco en ese estéreo, Nora no estaba segura de poder juzgar el

sonido. Phyllis, en cambio, habló con seguridad sobre la profundidad del sonido y sobre los graves y los agudos. Dijo que no le cabía duda de que era mejor quedarse ese tocadiscos aunque fuera más caro que los dos rebajados.

Acompañó a Nora a casa y la ayudó a instalar el estéreo en la habitación del fondo. Dejó el disco de Maria Callas y otro que había llevado consigo, de música de piano. Ahora todos lo verían, todas las visitas, pensó Nora, y la considerarían una manirrota. Tendría que acorazarse, hicieran los comentarios que hiciesen, para que le trajera sin cuidado. Ella lo había querido y por fin lo tenía.

Un sábado, pocas semanas después, fue en tren a Dublín con Fiona y los chicos. Quedaron con Aine en The Country Shop para almorzar tarde y luego

pidió a las muchachas que cuidaran de sus hermanos durante una hora más o menos, pues tenía que ir de compras sola. Dijo que se reuniría con Fiona y los chicos en la estación de Amiens Street para tomar el tren de vuelta a casa. Phyllis le había dado el nombre de tres tiendas de discos. Según dijo, una era pequeña y difícil de encontrar; estaba en Baggot Street, enfrente de un pub llamado Doheny & Nesbitt. Otra se llamaba May y se hallaba en Stephen's Green, cerca del final de Grafton Street; la tercera, que Nora había oído mencionar a los Radford, era McCullough Pigott, en Suffolk Street, al principio de Grafton Street.

Había decidido comprar diez discos. La alegría que experimentaba era nueva, parecida a lo que había sentido cuando después de casarse se compraba un vestido o un abrigo. Phyllis le había

desaconsejado las recopilaciones, a menos que el álbum contuviera canciones y arias interpretadas por un único cantante cuyo nombre conociera. Sería mejor, le advirtió Phyllis, adquirir discos de un concierto completo, o de una sinfonía, o de un trío o un cuarteto. Después de los recitales de la Sociedad Fonográfica, Nora había anotado nombres de compositores y títulos de obras que le gustaban. Sin embargo, no tendría tiempo suficiente para buscarlos todos.

Tras encontrar la tienda de Baggot Street, se dio cuenta de que lo quería prácticamente todo. Tendría que actuar de prisa y seleccionar. Si compraba tres o cuatro discos en esa tienda y tres en cada una de las otras dos, sería suficiente.

De fondo sonaba música coral, que le pareció hermosa. Estuvo a punto de preguntar al hombre

del mostrador qué obra era y luego decidió no hacerlo. Al final, pese a estar convencida de que se equivocaba al elegir, seleccionó dos sinfonías de Beethoven, las *Danzas húngaras* de Brahms y un disco de Maria Callas. En May decidió comprar más discos de canto, quizá incluso de grandes éxitos de la ópera, a despecho del consejo de Phyllis, y comprar en McCullough Pigott música de cámara.

Al salir de McCullough Pigott reparó en una pila de discos cuyo precio no se indicaba. Daba la impresión de que acababan de sacarlos de la caja del fabricante. En lo alto de la pila se encontraba el álbum que había oído en casa del doctor Radford, que se llevó consigo y que más tarde devolvió, el del Trío Archiduque, y la carátula mostraba la fotografía que se le había quedado

grabada en la mente: la joven de sonrisa firme y tímida, ojos azules y pelo rubio. Llevó el disco al mostrador y preguntó cuánto costaba.

—Ah, a esos todavía no les hemos puesto el precio —respondió la dependienta.

—No dispongo de mucho tiempo —dijo Nora—, pero lo compraría si no fuera demasiado caro.

—Ha venido mucha gente buscándolo —comentó la dependienta—. Tuvimos que volver a pedirlo.

Nora se dio cuenta de que la emoción de comprar los discos había traído consigo la capacidad de sentirse abatida, de decepcionarse con facilidad.

—El encargado no está —dijo la dependienta—, pero lo encontrará aquí el lunes.

—Vuelvo a casa hoy mismo en el tren de

Wexford —repuso Nora.

Intentó mostrarse humilde y persistente. Estaba claro cuánto podía costar el disco. Echó un vistazo a una pila de álbumes y encontró uno que tenía el mismo sello, EMI His Master's Voice, se lo llevó a la dependienta y señaló el precio.

—Creo que el precio ha subido —dijo la dependienta—. Lo siento, tendré que comprobarlo.

Eran cerca de las cinco y media y Nora sabía que pronto tendría que encaminarse hacia la estación de Amiens Street. Sin embargo, estaba decidida a comprar el disco.

—Vengo a menudo a Dublín —le dijo a la dependienta, que estaba repasando catálogos—, y si cuesta más que el otro EMI pagaré la diferencia la próxima vez que venga.

La dependienta alzó la vista, y la expresión de

su rostro pareció suavizarse.

—Se lo dejaré por una libra y la próxima vez que venga, si me pregunta, le reembolsaré la diferencia si cuesta menos, y si cuesta más, como creo yo, entonces me paga usted.

Nora sacó del monedero un billete de una libra y dio las gracias a la mujer, salió de la tienda y se dirigió presurosa a la estación de ferrocarril.

Un domingo por la mañana en que los chicos estaban en misa y Fiona aún seguía en la cama, puso el disco y examinó la fotografía de la carátula, contempló a los hombres, morenos y apuestos, y luego a la joven situada entre ellos, que parecía más contenta cuanto más la miraba Nora. Escuchó el primer movimiento una y otra vez, deleitándose en la incertidumbre de la

música, como si alguien realizara un esfuerzo para expresar algo aún más profundo y más difícil, titubeara y por último cediera a una melodía más simple antes de abandonarla para pasar a insólitos momentos repentinos de soledad que el violín o el violonchelo interpretaban con una tristeza que Nora se preguntaba cómo podían conocer esos jóvenes.

A partir de entonces y hasta el Año Nuevo puso los discos siempre que tenía tiempo, o cuando se quedaba sola en la habitación del fondo. Por Navidad los dos chicos y las dos muchachas y Una le regalaron tres sinfonías de Beethoven que no tenía; Aine las había comprado en Dublín. Margaret telefoneó a Phyllis y, al averiguar que Nora tal vez prefiriera algo más tranquilo, le compró las sonatas para violonchelo de Brahms

interpretadas por János Starker. Así pues, tuvo bastante donde elegir para su primer recital en la Sociedad Fonográfica.

Jim y Margaret acudían a la casa muchos sábados por la noche y, cuando Fiona se marchaba al baile de White's Barn y Conor se acostaba, veían *The Late Late Show* con Nora y Donal. En el programa se ofrecían debates sobre Irlanda del Norte semana tras semana, entre debates sobre la liberación de la mujer y los cambios en la Iglesia católica. Jim tomó una gran inquina a varios miembros de la mesa redonda del programa, pero Nora solía estar de acuerdo con los que defendían el cambio, como intuía que habría hecho Maurice.

Un sábado de febrero por la noche, cuando la discusión empezó a centrarse en la falta de derechos civiles tanto en la República de Irlanda

como en Irlanda del Norte, Jim se encolerizó de tal modo que parecía a punto de pedirle a Nora que apagara el televisor.

Nora fue a la cocina a preparar té durante el corte publicitario y volvió a la habitación con una bandeja mientras el programa se reanudaba.

Era evidente que Gay Byrne, el presentador, había hablado al público durante la pausa. La cámara enfocaba a un grupo de mujeres de la primera fila. Nora reconoció a algunas: feministas que participaban a menudo en las mesas redondas. Al dejar la bandeja en la mesita de café, una de ellas hablaba sobre las condiciones de las viviendas en los barrios pobres de Dublín y de la manifestación convocada ese día por el Comité de Acción por la Vivienda de Dublín, que había terminado con una sentada en el puente O'Connell.

«¿Qué le dirían a la gente normal y corriente de Dublín —preguntó Gay Byrne— que durante horas se vio atrapada en un embotellamiento a causa de la sentada?»

La cámara se desplazó hacia la siguiente mujer, a quien Nora reconoció de inmediato: era Aine. Donal dijo a voces su nombre, pero Jim y Margaret tardaron unos segundos más en caer en la cuenta de que era ella.

—Ay, Dios mío —dijo Margaret.

—¡Sube el volumen! —gritó Nora.

Aine, que estaba en mitad de una frase, comentaba que, si tanto les preocupaba a los del sur la discriminación de los católicos del Norte, quizá deberían poner orden en su propia casa.

«En vez de traficar con armas —continuó—, tal vez harían mejor en instalar buenas redes de

alcantarillado y de suministro de agua en los bloques de pisos de Dublín.»

Terminó diciendo que estaba orgullosa de haber participado en la sentada y que invitaba a los del Norte a ir a Dublín para ver la lamentable situación de los trabajadores. Cuando se disponía a añadir otra frase, Gay Byrne alzó la mano y pasó el micrófono a otra persona.

—Ay, Dios mío —repitió Margaret—. ¡Nuestra Aine!

—¿Es-está me-metida en una de e-esas organizaciones? —preguntó Donal.

—No me cabe duda de que durante la semana estudia mucho —dijo Nora.

—Te-tendría que ha-habernos avisado. Po-podríamos no ha-haberla visto —dijo Donal.

Lo extraño, observó Nora, era Jim: casi sonreía.

—En vez de traficar con armas, tal vez harían mejor en instalar buenas redes de alcantarillado — repitió Jim—. Esa es exactamente mi opinión. Yo no podría haberlo dicho mejor.

—Se expresa muy bien —afirmó Margaret—. Y seguro que está nerviosa. Tengo entendido que es muy difícil hablar en la televisión.

—Y sentada al lado de esas feministas —dijo Nora—. Apuesto a que se contarán muchos chismes sobre ella mañana después de misa.

—Estará en la siguiente mesa redonda —dijo Margaret—. Pero no sabía que le interesara el tema de la vivienda. Quizá lo estudie en clase.

Nora miró a Margaret y sirvió el té. Saltaba a la vista lo sorprendida que estaba y que desaprobaba aquello, pero a Nora le encantaba lo dispuesta que se mostraba a ocultar sus sentimientos.

Vieron el resto del programa por si Aine volvía a intervenir y en una ocasión, cuando se ofreció un plano de la parte del público donde se hallaba, observaron que tenía la mano levantada para hablar, pero no le pasaron el micrófono.

—Ya está —dijo Margaret al finalizar el programa—. ¡Esta sí que ha sido buena!

—¿A-Aine es so-socialista? —preguntó Donal.

—No lo sé —contestó Nora—. Quizá nos lo diga la próxima vez que venga.

Semana a semana Laurie seguía preparando con ella «La última rosa del verano». Propuso añadir una canción alemana.

—Debería ser algo que los sorprenda en una prueba, tal vez una canción de Schubert que te permita lucir tu voz. Verás, yo estaba en Francia cuando los alemanes llegaron, e incluso tomaron el convento y tuvimos que trasladarnos a una granja, pero jamás dejé de admirar a Schubert ni de

escuchar su música. Bien, creo que conozco una canción que no te dejará indiferente.

Rebuscó entre los discos.

—Ya lo tengo. Voy a ponerlo. Esta canción nada más, y quiero que la escuches, que la sientas, y después echaremos un vistazo a la letra en inglés y leeremos el texto alemán verso a verso.

Laurie sacó el disco de la funda y lo puso en el plato. Nora cerró los ojos y escuchó.

—Sigue el piano primero. Luego pasaremos a la voz.

Al principio el sonido del piano era directo y claro. Sin embargo, en cuanto empezó la voz femenina, un contralto profundo y sonoro, se atenuó y prosiguió con sutileza, sin que apenas se oyera en ocasiones, pero siempre preparado para

llenar el silencio, para reaparecer con mayor complejidad entre las estrofas.

—Bien, escuchémosla otra vez —dijo Laurie—.

Ahora, la voz.

Nora percibió una ternura persistente en las notas, una forma delicada de atacar la melodía. El tono no era ni dulce ni áspero; oscilaba extrañamente entre los dos. La voz era sincera, pensó, y la interpretación, perfecta y bella.

—Es el himno a la música de Schubert —dijo Laurie—. Escribió la letra su amigo poeta, que vivió hasta una edad avanzada. ¡Imagínate la música que tendríamos si también Schubert hubiera vivido hasta una edad avanzada! Pero así son las cosas. La letra alemana es hermosa y pierde fuerza al traducirse. De todas formas, esta es la primera estrofa traducida:

*Tú, dulce arte, en cuántas horas
sombrias,
cuando el feroz cerco de la vida me
atrapa,
has encendido mi corazón con un cálido
amor
y me has conducido a un mundo mejor.*

»Es hermoso cómo Schubert puso música a estas palabras. Se trataba, claro está, de un acto de amor. Él y el poeta eran amantes, o al menos eso se cree.

—¿Schubert y otro hombre? —preguntó Nora.

—Sí, ¿no es maravilloso? Pero también triste, porque Schubert murió muy joven y el otro hombre vivió más años. De todos modos, tenemos la

canción para recordarlos, una canción que nació del amor por la música y del amor a otra persona.

—¿Quién es la cantante? Tiene una voz hermosa.

—Es Kathleen Ferrier. Era de Lancashire y también ella murió demasiado joven.

Laurie le hizo leer la letra en alemán a Nora, le mandó que intentara pronunciar las palabras correctamente. Le enseñó que en alemán el verbo suele ir al final de la frase. Escucharon una vez más la grabación y Laurie le pidió que para la semana siguiente se aprendiera las dos primeras estrofas en alemán.

Donal se compró algunos discos y los ponía una y otra vez. Nora no quería prohibirle que usara su tocadiscos, pero en ocasiones deseaba escuchar

música sentada en el sillón de la habitación del fondo y se encontraba con que Donal ya estaba allí.

Tanto Donal como Conor mostraban un gran interés por la vida social de Fiona: adónde iba y a quién veía. Los preparativos de la muchacha para las salidas del fin de semana —la ropa que se ponía, el maquillaje que usaba— y la llegada de sus amistades colmaban la casa de algo nuevo. En su primera visita tras la aparición en *The Late Late Show*, Aine hizo como que no tenía importancia y no quiso hablar del asunto. Fiona encontró la forma de incorporar a su hermana a su nueva vida social y el viernes por la noche fueron juntas a un salón bar.

Poco antes de Semana Santa Fiona conoció en un baile de Wexford a un hombre llamado Paul

Whitney, abogado de Gorey. Nora y Maurice habían conocido a sus padres, al igual que Jim y Margaret. Tenía treinta y tantos años, y al enterarse de la noticia Elizabeth Gibney le comentó a Nora que había oído decir que podría llegar a ser juez de distrito.

—Tiene un bufete muy bueno —dijo—, que montó él mismo, y la gente habla muy bien de él. Un amigo de Thomas lo contrató para que le llevara un asunto de un seguro y quedó de lo más contento con el resultado.

Fiona empezó a invitarlo a ir a casa. Los viernes y los sábados a última hora de la tarde y muchos domingos Paul Whitney entraba en la habitación del fondo y conversaba con la familia mientras Fiona se arreglaba para salir. Tenía una opinión acerca de todo; sabía mucho no solo de

política sino también de la Iglesia, ya que se ocupaba de los asuntos legales de varias parroquias y tuteaba al obispo.

—Echa de menos Roma —le contó a Nora una tarde—. Vivía con el miedo de que lo nombraran obispo y lo enviaran de vuelta a Irlanda. Y algunos curas de la diócesis han inventado la pólvora, ya me entiende. No son unas lumbreras.

Nora nunca había oído a nadie hablar de curas, ni de obispos, de ese modo.

Paul Whitney entendía asimismo de música y de estéreos. Una tarde le prometió a Nora que le prestaría su colección de cuartetos de Beethoven y que ella podría quedársela todo el tiempo que quisiera, pues él volvía a escuchar a Bach.

—Ah, es el genio de los músicos —dijo—. Si

Dios existió alguna vez en Alemania, cosa que dudo, entonces se encarnó en Bach.

Con Conor hablaba de hurling y de fútbol, y con Donal de tipos de cámaras. Era abierto y simpático; incluso los sábados se presentaba con americana y corbata. La americana era distinta cada semana, al igual que la corbata. Acerca de Charlie Haughey disponía de información que Nora jamás había oído mencionar.

—Lo mejor para él y para todos nosotros —dijo— sería que se mantuviera alejado de las mujeres. Pero acuérdesse de lo que le digo: cuenta con el apoyo de buena parte del partido y es el hombre del futuro.

Una tarde de principios de verano en que Jim y Margaret se encontraban en la casa, Paul llegó y empezó a hablar de política con ellos. Nora se fijó

en que se sentía muy a gusto en compañía de personas mayores y observó que Jim le tomaba simpatía. Se preguntaba de qué charlaba con Fiona cuando estaban los dos a solas.

Comenzó a esperar con ilusión las visitas de Paul. Unas cuantas noches en que Donal y Conor se hallaban en la otra habitación y Jim y Margaret no estaban, Paul se sentó un rato en el sillón frente a Nora y le contó anécdotas y conversó de temas de actualidad con ella y con Fiona. Esta apenas despegaba los labios cuando él hablaba con Nora de música, religión o política, cuestiones sobre las que a menudo Nora tenía cosas que decir. Paul se parecía a Maurice en su interés por la política, si bien sabía más que él; le interesaba la música, por supuesto, a diferencia de Maurice, y también, según se reveló, el teatro. Leía novelas y tenía

opiniones acerca de los escritores. Aquellas noches, cuando finalmente Paul y Fiona se iban juntos a un salón bar o a un baile, Nora, sentada sola, se descubría casi contenta. Había disfrutado con la compañía de Paul y era evidente, se daba cuenta, que él también había disfrutado conversando con ella.

Un día, en Market Square, al pasar por delante de la tienda de Essie vio en el escaparate un vestido que pensó que le sentaría bien y se preguntó cuánto costaría y si sería de su talla. Parecía confeccionado con una tela fina de lana y era de color rojo y amarillo. Hacía años que no se ponía un vestido como ese. Entró en la tienda y se probó otros vestidos del mismo tejido fino de lana y de colores que le gustaron aún más. Quedó en que le enviaran tres a prueba, ya que pensó que

necesitaba ver qué aspecto ofrecían en la luz de su casa y si tenía zapatos que hicieran juego con ellos. Costaban más de lo que había pagado nunca por un vestido, pero pensó que si esperaba a las rebajas quizá ya no los encontrara.

Fiona abrió la puerta cuando acudió el recadero con el paquete de los vestidos. Al cabo de un rato le comentó a Nora que habían llegado tres vestidos de Essie y que había creído que tal vez fueran para ella, pues había estado en la tienda hacía poco buscando un traje nuevo, pero esos no eran de su talla ni de su estilo. Nora se dirigió a la sala de estar, donde se encontraba el paquete abierto, volvió y le dijo que en realidad eran para ella.

—¿Es para algo especial? —le preguntó Fiona.

—No, no. Es que al pasar vi en el escaparate un vestido que me gustó y entré y me probé varios.

—Entiendo —dijo Fiona.

Tras acostarse, Nora se probó los tres vestidos en el dormitorio y bajó con cada uno a mirarse en el espejo del recibidor, donde había dejado varios pares de zapatos para ver si hacían juego con ellos, entró en la habitación del fondo como si hubiera otras personas dentro y se sentó en el sillón como solía hacer. Le gustó uno que tenía un cinto y que era de colores más alegres que los otros. Regresó al recibidor y se miró la garganta en el espejo y vio que el cuello de ese vestido se la tapaba mejor que los otros dos. Decidió comprar ese, y adquirir también unos zapatos más elegantes que los que tenía, de tacón, se dijo.

Al día siguiente devolvió los otros dos vestidos a Essie y pagó el del cinto y el cuello, aunque creía que no lo estrenaría hasta que tuviera que ir a

algún sitio. Sería un buen vestido para tenerlo en el armario. No obstante, el viernes después del té, estando en su dormitorio decidió ponérselo en ese mismo momento. Se sentó ante el espejo con el vestido puesto, se cepilló el pelo y rebuscó en el estuche de maquillaje hasta dar con un rímel discreto y un delineador de ojos negro. Al oír un coche se asomó a la ventana para ver quién era y, como se trataba de dos vecinos, bajó, se preparó una taza de té y puso música.

Al cabo de un rato se topó con Fiona en la cocina.

—Estás fantástica —dijo Fiona—. ¿Vas a salir?

—No. Es que he pensado: ya que me he comprado el vestido, voy a ponérmelo.

Unos minutos después Nora la oyó salir de casa. Estaba sentada en la habitación del fondo

escuchando un concierto para piano de Mozart cuando Fiona regresó.

—Necesitaré el coche esta noche —dijo Fiona.

—¿Vas a ir a Wexford?

—No sé adónde iremos.

Nora estaba a punto de preguntarle si Paul tenía algún problema con su coche, pero en el tono de Fiona percibió una especie de viveza que la disuadió. Más tarde oyó arrancar el vehículo y le extrañó que Fiona no se hubiera despedido de ella.

Durante las semanas siguientes Fiona se mostró taciturna y se acostó temprano las noches en que no salía. Aine fue a casa a pasar el fin de semana, y Nora le preguntó si la relación de Fiona con Paul Whitney había llegado a su fin.

—No, para nada —respondió Aine—. Creo que les va de maravilla.

—Pero él lleva semanas sin venir.

—Ella así lo quiere, creo yo.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que piensa que aquí todo el mundo empezaba a hacer demasiadas buenas migas con él.

—¿Quién es «todo el mundo»?

—Tendrías que preguntárselo a ella, aunque me ha dicho que algunas noches se sentía excluida de la conversación.

—Todos nos limitábamos a hablar con él con toda normalidad.

—No me preguntes a mí. Yo no estaba aquí.

—Me ocultas algo.

Aine la miró con severidad.

—Una noche vio que te habías puesto de punta en blanco.

—¿Y qué?

—Fue a telefonar a Paul y quedaron en el hotel Bennett's en vez de aquí.

—¿Piensa que me puse de punta en blanco porque venía él?

—No me preguntes a mí. Pregúntaselo a ella.

—Pero ¿qué piensa?

—Tendrás que preguntárselo a ella.

—Tengo cosas más importantes que hacer.

Con Laurie al piano, preparó con ahínco las dos canciones. A veces la tarea era lenta y frustrante, pues Laurie se aseguraba de que conociera el significado de cada palabra alemana y de que la pronunciación fuera perfecta.

En ocasiones sentía curiosidad por Laurie, por las historias que contaba y por la familiaridad con

que hablaba de personas a las que no conocía, entre ellas algunas fallecidas hacía ya tiempo. Prefería vivir en un reino de invención propia, tan alejado como fuera posible de esa ciudad pequeña donde en realidad se encontraba. A veces, mientras trabajaban, Laurie lograba crear la ilusión de que era mucho lo que dependía del resultado de aquello, que se hallaban en París o Londres, y de ese modo, bajo su intensa mirada escrutadora, Nora se aprendió las dos canciones y consiguió cantar una en alemán lo mejor que supo, sin que la concentración de Laurie disminuyera ni un solo segundo.

Un día Laurie le comunicó que había convencido a Frank Redmond, el director de coro de Wexford, para que oyera a su última alumna, Nora Webster, a fin de incorporarla al coro, aun

cuando no necesitaban una nueva mezzosoprano. Se decidió que Nora acudiera al convento de Loreto un sábado por la tarde en que el piano estaría disponible en la sala de música.

Fue a la peluquería el día anterior, a teñirse y peinarse. Se puso el vestido de la tienda de Essie y unos zapatos que había comprado en Mahady Breen's. Había quedado con Phyllis para tomar un café en White's cuando la prueba acabara. Al llegar al convento encontró a Frank Redmond a la puerta y le sorprendió que la condujera de inmediato al auditorio. Además del pianista había otras dos personas, que no le presentaron. Mostró a Frank Redmond y al pianista la partitura que llevaba consigo. El pianista dijo que sabía tocar de memoria la primera canción y que solo

necesitaría la partitura para la de Schubert. Practicó mientras Nora iba al cuarto de baño.

Nora habría deseado disponer de tiempo para realizar los ejercicios vocales que hacía siempre antes de que Laurie le permitiera cantar. Tendría que empezar sin preparación alguna; ni siquiera había un vaso de agua en el escenario y se notaba la boca seca. Era evidente que esas personas tenían otros quehaceres y que querían que aquello terminara con el menor jaleo posible. Se situó junto al piano y miró hacia la sala. Primero dejó las manos a los costados y a continuación, como se sentía desprotegida e incómoda, posó la derecha sobre el piano, pero el pianista le ordenó que no lo hiciera. Si bien Laurie no le permitía cantar hasta que se sentía completamente a gusto, ahora no

tenía elección, percibía la impaciencia del pianista.

Comprendió que algo fallaba en cuanto el pianista empezó. En lugar de tocar el principio de la melodía, tocaba algo más complicado. Nora ignoraba en qué momento debía entrar. La música discurría por debajo de la melodía, como si el pianista armonizara con otra persona, y acto seguido inició una serie de trinos antes de regresar a la melodía original. Resultaba imposible saber qué hacer, de modo que Nora simplemente empezó a cantar. Había entrado cuando no debía, se dio cuenta apenas comenzó, pero ya no tenía remedio. Al llegar a «ninguna flor de su linaje» le faltó el aliento y la voz le tembló demasiado en la nota aguda.

En la segunda estrofa el pianista apenas tocaba,

lo que facilitó la cosa, pero Nora no dejaba que la voz surgiera con toda su sonoridad. Aun así, hizo lo que pudo y en unas cuantas frases, concentrándose mucho, halló un tono en el que supo desenvolverse. Se relajó y cantó como Laurie le había enseñado, controlando perfectamente la respiración conforme llegaba al final del tema.

Los tres miembros del público permanecieron en silencio cuando terminó. Al advertir que Frank Redmond hacía una seña al pianista, se volvió hacia este para ver si tenía en su sitio la partitura de «An die Musik». Vio que cerraba el piano. Se preguntó si eso significaba que, puesto que no había tocado de forma satisfactoria, le permitiría cantar el tema de Schubert sin acompañamiento. No estaba segura de cómo se las arreglaría para dar con el tono correcto.

—Quizá sea mejor que salgamos —dijo Frank Redmond, que subió de dos en dos los escalones del escenario.

Como Nora se quedó desconcertada, el hombre cogió la partitura del piano y se la entregó. Ella supuso que se disponía a llevarla a una sala más pequeña e íntima para que interpretara la canción de Schubert en un lugar donde tal vez se sintiera menos nerviosa. Frank Redmond la condujo fuera del escenario y de la sala y se detuvo en un pasillo.

—Muchas gracias —dijo—. Le estamos muy agradecidos por haber venido hasta aquí.

—No he cantado la de Schubert.

—Ya —dijo él.

—Entonces, ¿hay otra sala que tenga un piano?
—preguntó ella.

—Esa canción es una de mis favoritas y preferiría no oírla en este momento. En serio, si necesitamos oírla cantar otra vez, se lo haremos saber.

—He empezado con mal pie. El acompañamiento del principio no era el habitual.

—¿Ah, no?

De pronto se dio cuenta de que casi se burlaba de ella y de que estaba echándola. Aunque sabía que era mejor callar, no pudo contenerse.

—Creo que el pianista ha utilizado un arreglo distinto —dijo con cierta autoridad, como si entendiera de arreglos.

—Sí, la cosa ha sonado como la tonada con que se murió la vaca vieja, tiene toda la razón.

Estaba insultándola sin disimulo.

—Gracias —dijo Nora cuando el hombre le

abrió la puerta de la calle.

Aparcó delante de White's e hizo algunas compras antes de reunirse con Phyllis.

—Vaya, desde Janet Baker nadie ha cantado de forma tan hermosa. ¿Es lo que te ha dicho? —le preguntó Phyllis.

—¿Cuál es la tonada con que se murió la vaca vieja? —preguntó Nora.

—No lo sé —respondió Phyllis.

—Estoy segura de que de todas maneras no era nada melodiosa.

—Nora, ¿no has triunfado?

—El pianista tocó su introducción personal de «La última rosa del verano» y ni siquiera me dejaron cantar el tema de Schubert.

—¿Quién era el pianista?

—Un pusilánime bajito con traje.

—Es Lar Furlong. Le hizo lo mismo a alguien que conozco.

—Pues espero no volver a verlo.

—Todos saben que es un chiflado.

—¿De veras?

—Sí, lo es. Ahora tomemos café y pasteles y decidamos cómo vas a darle la noticia a Laurie O'Keefe. Eres su gran descubrimiento.

Cuando llegó a casa, Jim y Margaret estaban en la habitación del fondo, conversando con Fiona.

—Hablábamos de Donal —dijo Margaret—, porque he visto a Felicity Barry, que es logopeda y trabaja en varias escuelas, entre ellas Saint Peter's College, donde tienen unas instalaciones estupendas, como por ejemplo cuartos oscuros para revelar fotos y un club de fotografía. Y

algunos chicos sacan muy buenas notas en los exámenes de bachillerato.

—¿Te refieres al internado? —le preguntó Nora.

—Bueno, yo estaría encantada de pagar la matrícula, sobre todo si hay una logopeda.

—El tartamudeo de Donal mejora a veces —dijo Nora.

—Y después empeora —repuso Fiona.

—¿Y ha hablado alguien de esto con él? —preguntó Nora.

—Oh, sí —dijo Margaret, y enseguida advirtió la irritación de Nora—. Es decir, él iba a comentártelo —añadió.

—No estoy segura de que un internado sea conveniente para Donal. En algunos aspectos es muy maduro para su edad y en otros, muy niño.

—Bueno, podría venirle bien estar con otros

chicos de su edad.

Esta conversación no tendría lugar, pensó Nora, sin la participación directa de Donal. El chico hablaba mucho con Margaret cuando iba a su casa a revelar fotografías; también conversaba con Fiona. Las dos le hacían preguntas personales que Nora nunca le planteaba, pero, sin saber por qué, ella intuía que estaba más unida a Donal y que él la necesitaba de formas que nadie comprendía. El muchacho acostumbraba a observar y a captar cosas como ninguno de los otros hacía, y Nora notaba que había absorbido sus sentimientos con solo estar en la casa con ella. Tenía quince años; al cabo de dos se iría a Dublín, a la universidad. Quizá necesitara marcharse antes, para experimentar otras cosas y librarse de la preocupación por ella, pero Nora no lo creía así.

A Donal le gustaba la libertad que le daba, que lo trataran como a un adulto en casa. Sus intereses eran profundos y personales, ella se daba cuenta, y no se adaptaría fácilmente a una rutina impuesta y a la falta de autonomía y de soledad.

Al día siguiente, al hablar del asunto con Donal, comprendió que se trataba de algo que él quería. Quería un logopeda; la idea del club de fotografía le resultaba asimismo atractiva. Nora intentó que imaginara cómo sería dormir en una habitación con otros muchachos u obedecer un gran número de normas y reglamentos fútiles. Sin embargo, sabía que debía actuar con cautela al ver que se resistía a sus intentos de que se formara una opinión negativa sobre el internado. No deseaba que ni él ni los otros creyeran que le necesitaba o que quería tenerlos a él y a Conor juntos otros dos

años en el dormitorio contiguo al suyo. Si no intentaba impedir lo que Donal deseaba, tal vez el chico decidiera no ir. El lunes consiguió un número de teléfono de Felicity Barry y la llamó desde la cabina de Back Road, pero nadie respondió. Se preguntó si debería escribirle para preguntar si estaba dispuesta a atenderlo en visitas privadas. Debería haberlo hecho hacía tiempo.

Poco a poco Nora observó que el asunto de Donal y el internado se le escapaba de las manos. Le habría gustado saber cómo había empezado, quién había sido el primero en mencionarlo. No decía que estaba en contra, si bien advirtió que Margaret, consciente de su oposición, ahora guardaba silencio sobre el tema: dejó que fuera Jim quien comentara que había visto al padre Doyle, director de Saint Peter's College, en una

reunión de la Asociación Atlética Gaélica y que le había preguntado si habría una plaza para Donal. El padre Doyle dijo que estaría encantado de tener en el colegio a cualquier hijo de Maurice Webster. Nora descubrió más tarde que Donal se había enterado del encuentro con el padre Doyle antes que ella.

Una vez más fueron a Curracloe y se alojaron en una caravana, donde la última tarde los visitaron Jim y Margaret. Nora observó que Donal se demoraba en la caravana, para escuchar la conversación. Estaban a finales de julio y, si ingresaba en el internado a principios de septiembre, pronto habría que realizar las gestiones. Mientras hablaban y la luz del atardecer se desvanecía, Nora comprendió que ya estaba decidido. Nunca se había enfrentado abiertamente

a Margaret pero ahora tenía ganas de hacerlo; ganas de pedirle a Jim que llevara a Donal y Conor al Winning Post a comprar helados y, cuando se hubieran ido, ordenar a Margaret que no se entrometiera en la vida de sus hijos. Sin embargo, era posible que Margaret afirmara su inocencia con absoluta convicción y afirmara además que se ofrecía a pagar los estudios de Donal, como había pagado los de Aine, únicamente porque a la larga sería para bien. Nora quedaría en la situación de no querer que Donal recibiera una formación mejor y de no ser cortés ante la generosidad de Margaret.

Antes de que Jim y Margaret se fueran, se decidió que Jim escribiría una carta formal al padre Doyle. Lograron que pareciera que no estaba claro cuál sería la respuesta, lo que Nora

sabía que no era cierto. La escuela aceptaría a Donal; el padre Doyle ya se lo había dicho a Jim. Y Donal se marcharía de casa para ir al internado. Nora se preguntó qué podría haber hecho ella para impedirlo, o si podía hacer algo ahora.

Por la mañana, cuando ya tenían preparado el equipaje y estaban listos para irse, le pidió a Donal que la acompañara a dar un paseo. Mientras se acercaban a la playa por la pasarela de madera, cubierta de arena casi por completo, notaba la incomodidad de Donal, que sabía que iban a tener una conversación seria.

—¿Estás seguro de que quieres ir al Saint Peter? —le preguntó cuando llegaron a la playa.

—Creo-creo que sí.

—Es una decisión importante.

Caminaron por la orilla.

—Detesto la es-escuela de los he-hermanos cristianos.

—¿En serio?

—O-ojalá no tu-tuviera que ir a ni-ninguna.

—Solo te quedan dos años. ¿Has hablado con Aine del University College de Dublín?

Donal asintió.

—Allí tendrías la libertad de estudiar lo que quisieras.

—Quiero es-estudiar fotografía.

—Eso no supondría ningún problema. Seguro que hay sitios muy buenos.

Continuaron caminando en silencio. Donal empezó a coger piedrecitas de la orilla y a lanzarlas al agua.

—¿Hay algún problema en particular en la

escuela de los hermanos? —preguntó Nora al cabo de un rato.

Donal se encogió de hombros.

—Todo es un pro-problema.

—¿Un internado sería mejor?

Oyó la respiración de Donal y notó que estaba disgustado.

—¿El Saint Peter sería mejor?

—Pa-ppá no da-daba clases allí.

La miró, y la mirada reflejaba un dolor que Nora no le había visto hasta entonces.

—¿Eso ha sido negativo?

—Todas las aulas son aulas donde él daba clase. Voy al aula en la que él entraba cada día.

Su tono era sincero y áspero; no tartamudeó. Nora lo abrazó cuando rompió a llorar.

—Y todos me mi-miran y me ti-tienen lástima. Y

no pu-puedo estudiar. No pu-puedo hacer nada.
Los odio a todos.

Nora le rodeó con el brazo hasta que el gesto pareció incomodarlo, y lentamente se encaminaron hacia la caravana.

A principios de septiembre Nora acompañó a Donal al Saint Peter junto con Fiona y Conor, y de inmediato comprendió lo solo y aislado que estaría. Todos los chicos pasaban cinco años en el internado; Donal se quedaría únicamente los dos últimos. El vestíbulo estaba atestado de muchachos con sus padres; a Nora le dio la sensación de que los chicos llegaban a casa, o cuando menos a un lugar conocido. Vio unos cuantos curas que iban afanosos de aquí para allá. Tan solo Donal parecía no saber qué hacer y Nora

tuvo que buscar a un cura para explicarle que su hijo era un interno nuevo que llegaba para cursar cuarto y que no sabía dónde estaba su dormitorio ni dónde dejar sus cosas.

—Dígale que se quede junto a aquella mesa y enseguida me ocuparé de él —le indicó el sacerdote.

Desapareció antes de que Nora tuviera tiempo de preguntarle si debía esperar con Donal o dejarlo solo con la maleta y la bolsa y regresar a casa. No estaba segura de cuál era el sistema de visitas y deseó haberse informado con anterioridad para tranquilizar a Donal asegurándole que pronto iría a verlo. Por fin, al observar que los otros padres se marchaban, le dijo que Fiona, Conor y ella también se iban, con lo que Donal pareció mostrarse menos cohibido. Nora sabía bien que no

debía abrazarlo ni decirle nada que pudiera entristecerlo.

—Me enteraré de cuál es el horario de visitas —dijo— y te escribiré para comunicártelo, y escríbeme si necesitas algo.

Donal asintió y apartó la mirada de ella y de Fiona y de Conor como si apenas los conociera.

En el curso de la semana siguiente al rechazo del director del coro de Wexford, Nora había visitado a Laurie O'Keefe para ofrecerle una relación detallada de lo ocurrido. Cuando Laurie propuso que reanudaran las clases de canto, Nora dijo que prefería esperar un tiempo. Sin embargo, después de dejar a Donal en el Saint Peter, por la noche decidió que la visitaría solo para charlar, pues la casa de Laurie era el único lugar donde su mente

podía quedar cautiva y presa de algo distinto del pensamiento de que Donal estaba solo y sin amigos, y de que sus compañeros y profesores empezaban a advertir el tartamudeo, con lo cual se quedaba más aislado de lo que lo había estado en casa, donde al menos podía salir de la habitación o irse con la cámara a la casa de su tía para pasar el rato en el cuarto oscuro revelando fotografías.

Laurie la llevó abajo, a la sala de música.

—Me he ocupado de Frank Redmond —dijo. Empleó un tono severo y teatral, como si fuera una primera ministra declarando la guerra—. Creo que no volveremos a saber nada de él.

—¿Qué le hizo usted? —preguntó Nora.

—Le pedí a Billy que me llevara a Wexford. Tras encontrar la casa de Frank Redmond mandé a Billy que se quedara en el coche. El señor

Redmond vive en un bungalow en las afueras de la ciudad. Abrió la puerta su pobre mujer, que me dijo que él estaba en el jardín. De modo que le dije que su marido tendría que venir del jardín en el acto, que yo no disponía de todo el día. Cuando apareció le pregunté a bocajarro si había insultado a una alumna mía. Ah, empezó a balbucear y me condujo al salón, que estaba lleno de fotografías de graduación de todos sus hijos. Seis o siete, y cada uno con su diploma enrollado en la mano. Volví a preguntarle si había insultado a una alumna mía. Ah, inició una larga explicación sobre lo atareados que estaban aquel día y lo agobiados que se sentían. Conque le pregunté por tercera vez: «¿Ha insultado a una alumna mía?». Entonces dijo que lamentaba que sus palabras se hubieran interpretado de esa manera. De modo que le dije

que podía interpretar como quisiera lo que iba a decirle. Ahí estaba él, le solté, en su bungalow con el exterior todo pintado de blanco y un tejado de tejas como el de un edificio de México. Hasta la forma de las ventanas era inapropiada. Y ni un solo libro en la casa, y objetos de adorno horrorosos en la repisa de la chimenea. Le dije que era la ignorancia personificada y que no estaba en situación de juzgar nada, y mucho menos algo bello. En Francia, le comenté, existe una palabra para las personas como él. Y acto seguido me fui. Billy dijo que nunca me había visto tan furiosa.

—Oh, cielos —dijo Nora.

—Bien, el invierno será duro. Lo presiento. Siempre sé si el invierno va a ser duro. De modo que deberíamos hacer planes. Me gustaría que te

aprenderas una canción francesa. He pensado que quizá una de Fauré. Y tal vez deba prestar más atención a tu amiga Phyllis. Tiene una voz bonita y bien educada, quizá demasiado bien educada, pero es...

—Phyllis es muy agradable —la interrumpió Nora.

—Pues yo no le he visto esa faceta. He pensado también en una canción de Mahler, te la pondré ahora mismo si logro encontrarla. Puede quedar bien con una soprano y con una mezzo. Pertenece a *Des Knaben Wunderhorn* y la tengo por aquí. Tal vez esté con los discos de Geraint Evans, es un barítono, y Phyllis podría cantar su parte y luego tú entras como mezzosoprano. Es una especie de canción militar, pero gira en torno a la pérdida. Creo que Mahler vio lo que se avecinaba, la

Primera Guerra Mundial y después la Segunda. Se percibe a veces en su música: el caos, el mal y por último la terrible pérdida. Sí, presintió la pérdida.

Apenas sonaron las primeras notas, Nora supo que había escuchado la canción con anterioridad. Y cuando entró la voz se sintió una vez más en compañía del doctor Radford y su esposa; casi le parecía notar el sabor del gin-tonic y oler la mezcla de madera abrillantada y humo de la lumbre. Sin embargo, la canción le pareció diferente esta vez. La música era más suave; la melodía, más doliente y bella. Sin embargo, dudaba que pudiera aprender con facilidad a cantar esa melodía; y se preguntó si debía decirle a Laurie que quizá a Frank Redmond no le había faltado razón al afirmar que no quería ver sus

canciones favoritas destrozadas por personas que no sabían cantarlas.

—Bien, telefonaré a Phyllis —dijo Laurie al terminar la canción—, pero quizá convendría que la avisaras. Y podrías darle a entender con delicadeza que no debe hablar a destiempo. Es una de las costumbres que tiene.

Nora sonrió.

—Seguro que estará encantada de saber de usted.

—Y lo que haremos es trabajar con vistas a ofrecer un pequeño concierto aquí cuando llegue la primavera. Unos cuantos de mis otros alumnos actuarán para un público invitado. Invitaré al doctor Radford y a su esposa y quizá a unas pocas personas de Wexford si para entonces sigo hablándome con ellas.

—¿El doctor Radford? —preguntó Nora.

—No te preocupes. Sé que pasaste una velada atroz con ellos. En realidad obran con la mejor intención. Querían causarte una buena impresión porque yo les había hablado de ti. Me contaron que después de aquella noche te mostraste muy fría con ellos en la Sociedad Fonográfica y que les devolviste el disco que te habían prestado y que les dijiste que no lo habías escuchado. De todas formas, los invitaremos a nuestro pequeño concierto y yo me encargaré de tenerlos controlados.

El viernes de la semana siguiente, cuando salía del trabajo, William Gibney hijo la esperaba con una nota.

—Ya sabe que hemos implantado la norma de

no pasar llamadas personales a nadie —dijo—. Sin embargo, como insistieron en que era urgente, tomé el recado.

Le entregó una hoja de papel con el nombre del padre Doyle y un número de teléfono de la ciudad de Wexford. Nora supo al instante que algo debía de pasarle a Donal. Pensó en volver al despacho para llamar, si bien no quería que Elizabeth escuchara la conversación, de modo que caminó presurosa hacia la cabina de la oficina de correos, donde tendría cierta privacidad.

La pusieron de inmediato con el padre Doyle.

—No deseo inquietarla demasiado —dijo el sacerdote—, pero el padre Larkin, que es el profesor de inglés de Donal, pensó que debía llamar. Donal no acaba de adaptarse, y me consta que ha intentado ponerse en contacto con usted.

Creo que el padre Larkin la telefoneó pero le dijeron que estaba ocupada.

—¿Está Donal...?

—Bueno, lleva varios días en cama, y no ha comido nada ni ha podido ir a clase. Hemos tenido casos parecidos otras veces. Es decir, es posible que se rehaga.

—¿Debo ir a verlo?

—El padre Larkin opina que sí.

—¿Cuándo?

—Bueno, hemos pensado que mañana en el horario habitual de visita. Y puede llevarlo al centro de la ciudad. Tal vez eso lo tranquilice.

—Padre, les estoy muy agradecida a usted y al padre Larkin por comunicármelo.

—Bueno, ya veremos cómo está Donal mañana, señora Webster, y por nuestra parte rezaremos una

oración. Muchas veces es solo cuestión de tiempo. A todos nos ha pasado en un momento u otro.

—Gracias de nuevo, padre. Estaré allí a las dos.

Colgó el auricular.

Nora decidió no decirle nada a Fiona ni a Conor, y tampoco a Margaret. Al día siguiente, cuando llegó a Wexford, Donal la esperaba en el vestíbulo del colegio. Llevaba puesto el uniforme escolar, con la chaqueta negra. Se le veía más alto, más delgado y más pálido, pero también más adulto.

—Cr-creo que se ne-necesita pe-permiso para salir —dijo.

—No pasa nada —repuso ella intentando mostrarse tan despreocupada como pudo—. Le pedí permiso al padre Doyle ayer.

Se dirigieron en el coche al centro de la ciudad en silencio. Nora notaba que Donal estaba al borde del llanto. Ignoraba si era mejor que llorara o que no lo hiciera. Otra lo sabría, pensó, pero ella no tenía ni idea. Mientras caminaban por Main Street solo pensaba en lo fácil que lo tendría Donal si no hubiera ingresado en el Saint Peter. Los sábados podía levantarse a la hora que quisiera y tomar lo que le apeteciera para desayunar. Si lo deseaba, podía hacer caso omiso de ella, de Fiona y de Conor. Podía leer el periódico y luego encaminarse a casa de Margaret con la cámara y los carretes. Podía regresar cuando le viniera en gana. La casa era suya; todos estaban acostumbrados a sus silencios, a sus comentarios irónicos, a su tartamudeo. Y ya no volvería a gozar de toda esa libertad, excepto en

vacaciones. Era como si se hubiera incorporado al ejército. Lo que hacía en cada momento del día estaba determinado por un conjunto de normas. Se preguntó si cuanto Donal había perdido, toda esa libertad natural y desenfadada que no recuperaría, ocupaba el pensamiento del chico igual que el suyo. Pero ella solo lo imaginaba; él debía de sentirlo como algo real.

Entraron en la cafetería White's pero siguieron sin hablar y Donal dijo que no quería tomar nada. Nora daba sorbos al café sin saber qué hacer. Si trataba de charlar como si fuera un día normal y corriente, en cierto modo eso sería una ofensa a lo que Donal sentía en esos momentos. Si suavizaba la voz y se mostraba comprensiva, al final tendría que llevarlo de vuelta a la escuela de todas

formas. No decir nada era más sencillo, al menos de momento.

Donal negó con la cabeza cuando le preguntó si quería algo, pero la siguió hasta la frutería de Main Street y estuvo de acuerdo en que le vendrían bien unas naranjas y manzanas y, una vez que ella las pagó, añadió que necesitaba zumo de naranja concentrado y dentífrico. Solo eran las tres de la tarde. Nora estaba tentada de proponerle que regresaran al colegio, recogieran la ropa y los libros y, sin dar explicaciones a nadie, se fueran a casa y no volvieran a mencionar el Saint Peter nunca más.

Cuando le preguntó si tenía hambre, Donal asintió.

—No me gusta la comida —dijo.

Mientras se dirigían al hotel Talbot, Nora

decidió que no le ofrecería una salida en bandeja, que hacer que volviera a casa, que regresara a la escuela que había abandonado, sería una derrota y no podría verse de ninguna otra manera. Incluso ofrecerle un plazo, otra semana, un mes o hasta Navidad, dejaría abiertas demasiadas posibilidades. Pedirían un plato de sándwiches en el salón del hotel Talbot y Donal permanecería en silencio si así lo deseaba, pero el objetivo de Nora era ahora llevarlo al Saint Peter antes de las cinco. Acaso en el futuro, si la situación no mejoraba, se planteara llevárselo a casa, si bien no quería darle a entender que existía tal posibilidad. Era más probable que el chico se acostumbrara a sus nuevas circunstancias si creía que no era posible una alternativa sencilla. Casi estaba enfadada con él por no despegar los labios,

por no hablarle de su nueva rutina o de lo que más aborrecía.

Mientras esperaban la comida se le pasó por la cabeza romper el silencio, pero se contuvo. Tras servirle los sándwiches los comieron sin pronunciar palabra. Le preguntó a Donal si quería más y él asintió apenas. Comprendía que el chico sufría, que su vida en casa había quedado destruida y que no podía recuperarla, pero su forma de comportarse en ese momento contenía un elemento de descortesía, incluso de agresión. Quizá se esforzaba en no llorar o en no pedirle que lo ayudara llevándolo a casa. Tal vez sabía que ella no podía decir nada en respuesta a la lista de quejas que él podía hacer o a la descripción de cómo se sentía.

De repente se le ocurrió algo.

—Acudiré cada sábado —dijo—, y aunque no podamos venir al centro de la ciudad podrás quedarte en el coche o bien yo podría ir a la sala. Y te traeré provisiones para la semana, cualquier cosa que necesites. Además, están las visitas de los domingos, y sé que Margaret vendrá para asegurarse de que estás bien. O sea, eso es sábado y domingo. Y creo que hay unos cuantos días en que podrías venir a casa a pasar la tarde. Y si vas viviendo semana a semana llegarán las vacaciones de Navidad sin que te des cuenta y entonces podrás ir al cuarto oscuro de Margaret todos los días.

Donal la miró con gesto serio y asintió. Por unos instantes dio la impresión de que reflexionaba sobre lo que ella había dicho. Volvió a asentir. A Nora le pareció que había aguardado a

ver qué hacía ella y que comprendió que no había ido a decirle que podía volver a casa si así lo deseaba. Cuanto ella había dicho daba a entender que Donal se quedaba en el Saint Peter. El chico le dirigió una mirada penetrante, como si quisiera cerciorarse de que no iba a ofrecerle la libertad, de que no estaba a punto de añadir que las visitas prometidas eran tan solo una opción y que había otras opciones que podían plantearse. Nora trató de mostrarse comprensiva, pero también de dejar claro que no tenía nada que agregar, que él debía volver al Saint Peter y apañárselas como mejor supiera.

Fue al servicio y al regresar observó un cambio sutil en Donal: parecía menos inexpresivo, de un humor menos sombrío.

—¿Sabes qué me gustaría? —le preguntó—. Me

gustaría recibir una carta tuya entre semana, e incluso una fotografía que hayas revelado. Y si puedo hacer algo para mejorar la situación, dímelo. Y si algo va mejor, también me gustaría saberlo, para no preocuparme tanto. ¿Crees que podrías hacerlo?

Al hablar de sí misma, de sus necesidades, de su preocupación, logró que Donal se mostrara aún más atento. Pensó que en los últimos años el chico había reflexionado con mayor detenimiento sobre ella de lo que ella creía. Se preguntó si sería cierto. Sabía que a Donal le afectaba cómo se sentía, y ahora, por primera vez, los sentimientos del muchacho parecían más acuciantes, más dignos de atención que cualquiera de los que ella experimentaba. Lo único que podía hacer era

procurar que lo supiera y hacerle creer que cumpliría cuanto había prometido.

Una vez en el coche, volvió a hablar.

—Cada sábado sin falta. Y escíbeme para decirme qué alimentos quieres que te traigamos. Y cualquier otra cosa que necesites.

Donal asintió y volvió la cara. Nora advirtió que iba a llorar y pensó que sería mejor para él que no dijera nada más y se limitara a arrancar el coche y se dirigiera al Saint Peter. Si el chico necesitaba que parara durante el trayecto, ella se detendría. Tenían que estar en el colegio a las cinco, de modo que todavía les quedaban quince minutos. Pero Donal no volvió a hablar hasta que aparcaron delante de la escuela.

Antes de que Conor le preguntara si podía tener una cámara por Navidad, Nora ya sabía que había estado mirando las revistas de fotografía de Donal. Cuando le explicó que era indispensable que las dejara tal como las encontraba, el chico pareció entenderlo. Lo había visto cambiar desde que Donal no estaba en casa. Conor se acostaba antes de que ella se lo mandara y sacaba carbón de la carbonera para la lumbre antes de que se lo pidiera. Durante las visitas de Margaret y Jim se

quedaba un rato sentado en la habitación del fondo y escuchaba la conversación, aunque nunca iba solo a casa de sus tíos como hacía Donal. Sí iba a menudo a la de Una, que le preparaba sándwiches de plátano.

Pese a que en la escuela sacaba mejores notas que nadie, no estaba satisfecho. Algunas tardes le pedía a Fiona que le ayudara a repasar la gramática irlandesa, y su hermana le comentaba después a Nora que solo tenía que explicarle algo una vez para que a Conor se le quedara grabado. Como el chico lo escuchaba todo y no olvidaba nada, Nora debía tener cuidado con lo que decía delante de él. Estaba siempre preocupado. Si el coche no arrancaba al instante, le inquietaba que tuvieran que cambiarlo. Cada vez que iban a recoger a Aine a la estación de ferrocarril, se

paseaba por el andén preocupado por si el tren no llegaba o por si Aine lo había perdido. Conocía el horario de las clases de Aine y qué opinaba de sus profesores, del mismo modo que sonsacaba a Fiona cuanto podía respecto adónde iba con Paul Whitney. Igualmente lo sabía todo acerca de Gibney's y de quienes trabajaban en la empresa, en especial de Mick Sinnott, que se había acercado a él durante un partido de hurling para preguntarle si era el benjamín de los Webster y le había dicho que Nora era una gran mujer. Conor se interesaba más por la familia, decía Nora en broma, que ella, y sabía más de todo el mundo que ellos mismos.

En las visitas al Saint Peter Nora no le decía a Donal que parecía encontrarse mucho mejor. Él le hablaba de las actividades que realizaba en el colegio y de los profesores y curas más de lo que

en el pasado le comentaba sobre la escuela de los hermanos cristianos y sus profesores. La tranquilizaba tanto que se hubiera adaptado al colegio que no le molestaba enterarse de que Donal le contaba a Margaret incluso más cosas que a ella. Desarrollaba un sistema de señales de asentimiento cuando Margaret mencionaba algún detalle de la vida de Donal que ella desconocía. Durante las visitas que Margaret solía hacerle los domingos, se preguntaba si Donal lo hacía a propósito o si se limitaba a responder al intenso interrogatorio a que esta le sometía acerca de cada uno de los aspectos de su vida y cada opinión que tenía.

Sabía que no podría controlar las cosas entre Conor y Donal cuando este llegara para pasar las vacaciones de Navidad. Donal no podía impedir

que Conor quisiera una cámara, pero podía minarlo negándose a compartir sus conocimientos o menospreciando a su hermano. Conor necesitaba la aprobación ajena más que Donal, quien con frecuencia no se preocupaba de nadie salvo de sí mismo. Si Donal decidía no alentarle, Conor se esforzaría al máximo por conseguir que cambiara de opinión. Nora sonrió para sus adentros un sábado en que fue al Saint Peter con Conor a ver a Donal.

—Donal, estoy pensando en comprarme una cámara por Navidad —dijo Conor.

—¿Qué clase de cá-cámara?

Donal, sentado en el asiento delantero, se volvió a mirar a su hermano.

—No lo sé.

—Te vendo la mía. Estaba pe-pensando en ca-

cambiarla.

—¿Le pasa algo a la tuya?

—No, es bu-buena —respondió Donal—. Pero que-quería una me-mejor.

Nora se preguntó si debía interrumpirlos, bien para decirle a Donal que Conor deseaba una cámara nueva, o bien para comentarle a Conor que su hermano quería decir que, puesto que cada vez sabía más de fotografía, necesitaría otra cámara, pero que la que utilizaba ahora sería perfecta para un principiante.

—¿Cuánto? —preguntó Conor.

—Te la ve-venderé por dos li-libras.

—¿Qué te parece, mamá? —preguntó Conor.

—Creo que en realidad quiere decir que te la venderá por una libra con diez, pero que si se

estropea durante el primer año te devolverá el dinero.

—No se es-estropeará —dijo Donal.

—¿Me enseñarás a revelar si te compro la cámara? —preguntó Conor.

—Te enseñaré a re-revelar fo-fotos en el cuarto oscuro de la tía Margaret. He aprendido muchas cosas nuevas a-aquí.

—¿Cuándo me enseñarás? —preguntó Conor.

—Cuando vaya a casa en Na-Navidad —contestó Donal.

Nora sabía que durante días Conor repasaría mentalmente cada palabra de esa conversación.

Al llegar las vacaciones de Navidad Fiona se fue a Dublín para quedarse con Aine en la habitación que esta tenía alquilada en Raglan Road. Donal

llevaba a Conor a casa de Margaret cada día. Así pues, mientras preparaba la casa para la Navidad, Nora estaba sola la mayor parte del tiempo. Podía escuchar discos sin tener que preocuparse de nadie más. Guardaba la grabación del Trío Archiduque como algo especial; no la escuchaba todos los días. Pero si se enfadaba con alguien en el trabajo pensaba en esa música y se prometía que la pondría en cuanto cruzara la puerta. La escuchaba con atención, y nunca la usaba, a diferencia de otros discos, como música de fondo mientras estaba atareada en la cocina.

No le había contado a nadie, porque era demasiado extraño, lo mucho que esa música representaba para ella. Era su vida soñada, la vida que podría haber tenido si hubiera nacido en otro lugar. Cada día se permitía vivir un rato en una

pura fantasía donde habría aprendido a tocar el violonchelo de niña y luego la habrían fotografiado tal como era esa joven, apasionada, con talento y dueña y señora de su mundo, con hombres al lado que contaban con que entrara con su sonido, más opaco y más grave. Casi se estremecía de vergüenza al pensar en sus mañanas trabajando en Gibney's con números y comprobantes y facturas, y en sus caminatas matinales de una punta a otra de la ciudad, y en el regreso a casa cada día, y en lo insignificantes que eran las cosas que anhelaba y en cuánto distaban de un estudio de grabación, un escenario, un nombre conocido; cuánto distaban de la briosa autoridad de esa joven cuando tocaba. Se preguntaba si era la única persona que no tenía

nada entre la grisura de sus días y el absoluto esplendor de esa vida imaginada.

Se acordó que Nora no recibiría más clases de canto hasta principios de enero. Por tanto, antes de la Navidad no tuvo nada nuevo de que preocuparse, y las fiestas navideñas en sí fueron más llevaderas que las anteriores navidades tras la muerte de Maurice. Su relación con Jim y Margaret fue afectuosa y llana; incluso disfrutó con las visitas de Una y Seamus, y casi le hizo ilusión ver a Catherine y Mark y sus hijos en casa de Una el día de San Esteban. Le asaltó el pensamiento de que eso habría sido lo que Maurice más temía cuando se estaba muriendo: que llegaría un día en que no le echarían de menos, en que todos se las arreglarían sin él. Sería el excluido. Pero se

obligó a creer que él querría que fueran felices, o al menos que experimentaran algo parecido a la felicidad, y que no podían vivir de otra forma. Aun así, se preguntó si debería nombrar a Maurice en la mesa durante la comida de Navidad, si bien luego pensó que se entristecerían demasiado o que parecería demasiado forzado.

Una noche de domingo de finales de enero, tras el regreso de Aine a la universidad y la vuelta de Donal, sin ningún problema evidente, a la escuela, Nora estaba planchando en su dormitorio cuando Conor le pidió a gritos que bajara a ver las noticias.

—Pero ¿de qué se trata? —preguntó ella.

—Baja a verlo —respondió Conor—. Han

tiroteado a un montón de católicos —le dijo cuando Nora bajó.

—¿Quiénes?

—Los británicos.

Al poco entró Fiona y los tres vieron juntos el reportaje sobre Derry.

—Espero que Aine esté bien —dijo Fiona.

—¿A qué te refieres? —preguntó Nora—. ¿No estaría planeando ir a Derry ni nada por el estilo?

—No, pero esto la disgustará.

El ejército británico había disparado a la multitud durante una manifestación pacífica en Derry y había matado a más de una docena de personas. Al terminar las noticias de la televisión encendieron la radio; oyeron una grabación de gente que gritaba y luego disparos y a continuación entrevistas a testigos y políticos. Nora observó

que Conor rumiaba cada palabra y vio que también Fiona escuchaba con atención cuanto se decía.

Le extrañó que a la mañana siguiente, mientras se dirigía al trabajo, la parara solo un hombre para decirle lo terrible que era lo sucedido en Derry. Thomas Gibney parecía aún más pendiente de la hora y de quién entraba tarde. Elizabeth apenas habló del tema cuando llegó, y después de que se fuera a tomar café con su madre Nora se sintió libre de salir a la oficina, donde unos cuantos empleados se apiñaban en torno a un periódico desplegado sobre un escritorio. Se acercó a ellos Mick Sinnott.

—Se acabó —dijo—. Nada de seguir esperando. Todos nosotros deberíamos cruzar la frontera. Recuperar el lugar.

—Buena pinta tendrías tú —dijo una chica—.

Te dispararían a ti también.

—Iríamos todos bien armados —repuso él—. Y no nos quedaríamos donde pudieran encontrarnos fácilmente.

—Serías incapaz de disparar a un conejo muerto metido en un hoyo —dijo otra chica.

Camino de casa, Nora vio en Slaney Street a dos mujeres a las que conocía. Se detuvieron cuando se acercó.

—Ay —dijo una—, la madre de un chico al que mataron habló en la radio y dijo que el muchacho solo tenía diecisiete años y que le dispararon por la espalda.

—Solo nos cabe rezar por ellos —dijo la otra mujer.

—Fue muy vergonzoso —dijo Nora—. Muy

vergonzoso.

—Y después de los incendios que han sufrido —repuso una mujer.

—Hay maldad en esos soldados —dijo la otra—. Maldad. Se les nota.

Al cabo de unos días tuvo lugar un día de luto nacional, con todo cerrado. Nora y Fiona se quedaron en casa y vieron la televisión con Conor. El reportaje sobre los funerales era lento. Conor se sentó con ellas al principio por si había más tiroteos. Pero los ataúdes, la iglesia y los comentarios no le interesaron. Al final se fue a la otra habitación mientras Nora y Fiona lo veían en silencio.

—Deberíamos comprar un teléfono —dijo Fiona—. He llamado a Aine desde la cabina de

Back Road y solo he podido hablar con una vecina
suya del piso de abajo.

—Estaría bien tener un teléfono —dijo Nora.

—Supongo que Aine ha ido a la manifestación
de Dublín —dijo Fiona.

—Espero que haya ido con gente a la que
conozca.

—¿Qué quieres decir?

—No sé qué quiero decir. Solo doy gracias a
Dios porque vivimos aquí, a muchas millas de
todo eso.

—Somos todos irlandeses —dijo Fiona.

—Ya lo sé. Me da pena esa pobre gente.

Al cabo de un rato Conor volvió para ver con
ellas la televisión, que en ese momento mostraba
una multitud congregada en torno a la embajada
británica en Dublín.

—Creo que van a quemarla —dijo Fiona.

—¿Hay gente dentro? —preguntó Conor.

—Seguro que está bien vigilada —dijo Nora.

En cuanto habló, vio una figura que derribaba la puerta de la embajada y luego otras que la seguían. Conor se alborotó.

—¿Está pasando ahora mismo? —preguntó.

—Eso creo —respondió Fiona.

—¿Van a disparar a más gente?

—Nadie lleva armas —dijo Fiona—. O al menos creo no las tienen.

Los comentarios de la televisión eran vagos y confusos. En ocasiones la cámara oscilaba y la vista general quedaba interrumpida por primeros planos de manos o de cabezas.

—¿Dónde es eso? —preguntó Conor.

—Es Merrion Square —contestó Nora—.

Pasamos la luna de miel en el hotel Mont Clare, que está justo en la esquina.

—¿Ah, sí? —preguntó Fiona.

—Era adonde se iba en aquel tiempo —dijo Nora.

—Pues tienes suerte de no estar ahora en tu luna de miel —dijo Conor.

Al día siguiente Jim y Margaret acudieron de visita al atardecer y Nora advirtió que él estaba nervioso por el hecho de que la multitud de la manifestación de Dublín hubiera llegado al extremo de incendiar la embajada británica. Cuando comenzaron las noticias, vieron en silencio los restos carbonizados del edificio.

—Todos los descontentos se corrieron una gran juerga —dijo Jim—. No construirían nada por más

que les dieran clases, pero serían expertos en quemar edificios hasta los cimientos.

—Fue muy vergonzoso, desde luego —dijo Nora.

—¿Qué debían hacer? —preguntó Fiona—. ¿Pasar por delante de la embajada y darles las gracias?

—Dublín era un lugar muy peligroso anoche —intervino Margaret.

—Fue una noche estupenda para el cuerpo especial de policía —dijo Jim—. Echaron un buen vistazo a mucha gente, creo yo. Esperarán el momento más oportuno, pero imagino que habrá detenciones.

—Pues yo opino que los manifestantes hicieron bien en quemar la embajada —dijo Fiona.

—Supongo que es una forma de dar a conocer a

los británicos cómo se siente el pueblo irlandés — dijo Nora—. Un chico tenía tan solo diecisiete años.

—¿No es espantoso? —dijo Margaret.

—Creo que el gobierno sabrá cómo resolver el asunto, y nosotros deberíamos dejarlo en sus manos —dijo Jim.

—¿Cómo van a resolverlo? —preguntó Fiona.

—Recurriremos a nuestros embajadores y tal vez lleven el asunto a la ONU. Pero quemar la embajada británica no ayudará a nuestra causa. Hará que parezcamos un hatajo de salvajes.

—Pues yo opino que los manifestantes dejaron muy clara nuestra postura —dijo Fiona.

—Si yo fuera la madre de uno de los chicos a los que mataron, conseguiría un arma —afirmó Nora—. Tendría un arma en casa.

Guardaron silencio cuando Jack Lynch apareció en la televisión y fue entrevistado. El primer ministro irlandés declaró que había hablado por teléfono con Edward Heath, su homólogo británico. Al terminar la entrevista, Jim fue el primero en hablar.

—Es prudente —dijo—. Supongo que ha meditado mucho lo que ha dicho y que lo han asesorado bien.

—Supongo que le ha echado un buen rapapolvo a ese Edward Heath —dijo Margaret—. El tal Heath tiene cara de muy malas pulgas.

—En fin, espero que no nos decepcione —dijo Nora—. Si el ejército británico matara a mi hijo, querría que aquí llevara las riendas alguien un poco más duro.

—Me parece que va a haber muchos problemas

—dijo Fiona—. Y dudo que Lynch sea una gran ayuda.

—Bueno, los problemas no llegarán aquí, Dios lo quiera —dijo Margaret.

El viernes Fiona habló finalmente con la chica de la habitación de debajo de la de Aine, que le dijo que al parecer esta llevaba varios días sin ir por casa. Fiona le pidió que pusiera una nota en la puerta de Aine indicándole que llamara a su tía Una. No añadió los nombres de Margaret y Jim al mensaje porque no quería que se preocuparan. Tras informar a Nora fue a casa de Una para avisarla de que tal vez telefonara Aine. Estando allí llamó a unas cuantas personas de Dublín a las que su hermana conocía. No pudo comunicar con ellas, de modo que les dejó recado de que

telefonearan a Una. Nora esperó a que regresara con noticias de Aine y, al ver que no llegaba, le pidió a Conor que la acompañara a casa de Una.

—¿Por qué vamos?

—Una nos ha invitado.

—¿Por qué nos ha invitado? —preguntó Conor.

Por su forma de plantear preguntas, a menudo resultaba difícil contarle una verdad a medias. Nada más llegar intuyó que algo pasaba y que no se trataba de una visita casual. A Nora le parecía ver la mente del chico en funcionamiento, analizando las posibilidades. No podía decirle que estaban preocupadas por Aine y que esta no iba a su habitación desde el martes, la víspera del incendio de la embajada. Cuando Nora fue al cuarto de baño, Fiona la siguió para decirle que había vuelto a llamar al número de Aine pero que

había respondido una chica de otra habitación, quien había ido a mirar la puerta de Aine y había visto que la nota continuaba allí. Tenía que reunirse con Paul Whitney, añadió, y le pediría que le aconsejara cómo actuar.

—Si se habían producido detenciones en la manifestación de la embajada él lo sabría —dijo.

—¿Fue Aine a la manifestación?

—No lo sé. A lo mejor llama esta noche.

Nora y Conor se marcharon de casa de Una poco antes de las diez, cuando había llamado una sola persona, que dijo que no había visto a Aine. Más tarde, al oír que Fiona llegaba, Nora bajó de puntillas la escalera para que Conor no la oyera.

—Paul dice que pensaba ir a Dublín mañana de

todas formas, conque podemos pasar por casa de Aine.

—¿Estás segura de que fue a la manifestación?

—Sé que ha participado en manifestaciones y esa era tan grande que dudo que se la perdiera.

Nora no quería pasar el día en casa de Una aguardando una llamada.

—Yo también iré en mi coche.

—No hace falta.

Nora se dio cuenta de que Fiona había estado a punto de sugerir que si de verdad quería realizar el viaje podía ir con ellos, y que luego decidió no proponerlo.

—Nos encontraremos en el hotel Shelbourne a las dos —dijo Nora con firmeza—. Le pediré a Una que vaya al Saint Peter a ver a Donal. Y pasaré por casa de Aine en cuanto llegue a Dublín.

Lo más probable es que no sea nada. Se habrá quedado en casa de alguien y a esas alturas ya estará en su habitación.

—Seguro que tienes razón —dijo Fiona—. Y por eso me pregunto si hace falta que vayamos los tres.

—Puedo ir de compras —dijo Nora.

—¿Qué hará Conor?

—Ya me ocuparé de él mañana, cuando haya dormido y esté descansada.

Por la mañana encontró a Conor en la cocina.

—¿Sobre qué cuchicheabais Fiona y tú anoche?

—Ah, me desperté cuando llegó y bajé a tomar una taza de té con ella.

Cuando Una se presentó, Conor sospechó aún más. Nora indicó por señas a su hermana que no

dijera nada delante de él. Sin embargo, fueran a la habitación que fuesen, Conor las seguía, y en una ocasión fingió buscar algo y luego se sentó en una silla junto a la ventana delante de la sala donde ellas se encontraban. Al final Nora subió a su dormitorio y esperó a que Una la siguiera.

—Ha llamado una amiga suya, parecía muy simpática —susurró Una—, y ha dicho que los sábados por la noche todos se juntan en un pub de Leeson Street, el Hourican o el Hartigan.

Accedió a ir con Conor a ver a Donal y a llevar a este las provisiones que había pedido.

Al salir del dormitorio Nora encontró a Conor rondando en el rellano. No le habían oído subir la escalera.

—¿Ha desaparecido Aine? —le preguntó él.

—¿Quién ha dicho eso?

—Quizá Aine estaba entre los que quemaron la embajada. El tío Jim dijo que el cuerpo especial de policía iría tras ellos. Quizá Aine intenta escapar.

—¡No seas tonto! —dijo Nora.

—Entonces, ¿por qué cuchicheáis todas?

—Porque Aine se ha echado otro novio y Fiona y yo vamos a Dublín a conocerlo, pero ella no quería que ni tú ni Donal os enterarais porque no tenía ganas de que los dos os burlarais de ella y le hicierais preguntas impertinentes cuando viniera a casa. Aine pensaba decíroslo cuando le pareciera bien.

—¿Cómo se llama?

—Declan.

Conor pareció reflexionar un momento sobre el

nombre y a continuación asintió.

—Conque puedes ir con Una —dijo Nora— y luego a visitar a Donal. Y después estaremos en casa.

Se dirigió a Dublín convencida de que, estuviera donde estuviese Aine, no la habían detenido. Estaba segura de que si algo le hubiera ocurrido a su hija se lo habrían notificado. No quería pasar el día esperando a que se lo confirmaran, nada más; ni quería que Fiona y Paul asumieran el papel que Maurice y ella habrían desempeñado. Aine era responsabilidad suya, pero era, pensó, como ella misma. Sabía cuidarse sola desde una edad muy temprana.

Cuando encontró la casa de Raglan Road donde Aine tenía alquilada una habitación, no supo qué

timbre pulsar, de modo que los pulsó todos. Abrió la puerta una joven en bata que tenía cara de sueño.

—Ah, sí, es el piso cuatro —dijo—. ¿No le han contestado al pulsar ese timbre?

—¿Le importa que entre y llame a la puerta del piso?

—¿Es usted la mujer que ha telefoneado a todas horas preguntando por ella?

Señaló un teléfono público que había en el recibidor junto a la puerta abierta de su piso.

—Estoy buscándola, sí.

—Bien, anoche fui a mirar y la nota que había clavado en la puerta sigue allí. Puede ir a mirar usted misma pero, si ha llamado a ese timbre y ella no le ha contestado, es que no está. Todos los timbres funcionan a la perfección.

Fiona y Paul Whitney ya se encontraban en el salón del hotel Shelbourne cuando ella llegó.

—He telefoneado a un amigo que es policía —dijo Paul—. Lleva mucho tiempo en el cuerpo especial y lo conoce bien. Dice que son momentos muy turbulentos. El caso es que el miércoles hubo un gran número de oficiales en Merrion Square además de provisionales.

—¿Oficiales? —preguntó Nora.

—El IRA Oficial —dijo Fiona.

—Dios mío —dijo Nora—. Estoy segura de que Aine no está metida en ningún IRA.

—Hay tantas organizaciones nuevas que resulta difícil conocerlas todas —dijo Paul.

—Vamos a ir a Earlsfort Terrace —comentó

Fiona—, porque Aine estudia a menudo allí, y después iremos a Belfield.

—Si no tenemos noticias de ella al acabar el día —dijo Paul—, no estaría mal denunciar su desaparición. La policía la encontraría en un santiamén.

—Esperemos hasta más tarde —dijo Nora.

Quedaron en volver a verse en el Shelbourne a las seis.

Nora caminó por Grafton Street y miró discos en McCullough Pigott y luego se dirigió en el coche a la casa de Raglan Road. Llamó al timbre del piso 4 y, al no obtener respuesta, esperó sentada en el coche hasta la hora de reunirse con Fiona y Paul.

A Paul le gustaba el hotel Shelbourne y por lo

visto disfrutó pidiendo té y sándwiches para los tres en el salón.

—Supongo —dijo— que esta semana la gente de Dublín no ha parado de ir de un lado para otro y se ha quedado a dormir en cualquier parte. Supongo que eso es lo que pasa.

—Sí —dijo Fiona—, pero es extraño que no haya vuelto a la casa de Raglan Road.

—Cuando yo estudiaba —dijo Paul—, iba a las carreras de caballos de Cheltenham todos los años. Dios, si alguien me hubiera buscado esa semana no me habría encontrado. Y un año unos pocos tuvimos suerte y de allí nos fuimos a París.

—¿Y los estudios? —preguntó Nora.

—Podíamos sacarlo todo en un solo mes. Sin duda en derecho era posible. Incluso los

estudiantes de medicina apenas pegaban golpe hasta abril.

—Estoy segura de que Aine estudia mucho — dijo Nora— y no se ha ido a Cheltenham, y menos aún a París.

—Las carreras de Cheltenham se celebran en marzo —repuso Paul—. Por tanto, no debe de haber ido allí.

Nora miró a Fiona, que parecía darse tanta cuenta como ella de que Paul carecía de sentido del humor. Luego este se arrellanó y apoyó el tobillo derecho en la rodilla izquierda, y Nora se fijó en los calcetines que llevaba puestos. Eran de lana roja y no cabía duda de que los había elegido con esmero. Mientras los miraba se preguntó no solo qué hacía con él y con Fiona en el hotel, sino también qué hacía en Dublín. Repasó lo que la

había llevado hasta allí; cuantas más vueltas le daba, más lo veía como una serie de juicios erróneos provocados por la aparición de Aine en *The Late Late Show* el año anterior, y provocados con mayor intensidad aún por los tiroteos de Derry y los funerales y el incendio de la embajada, y quizá también, se dijo, por una desazón persistente en la casa a la que todos se habían acostumbrado, pero que cualquier crisis, incluso las que veían en la televisión, podía sacar a la luz.

Tuvo ganas de decir que se iba a casa y que estaba segura de que Aine se pondría en contacto con ellas cuando le pareciera bien. Su presencia en Dublín no serviría de ninguna ayuda si de verdad Aine había desaparecido. Si no tenían pronto noticias suyas, deberían tomar una decisión, y prefería tomarla sola, o con Una, antes que en

compañía de Paul Whitney o de cualquier otra persona que tuviera la posibilidad de realizar llamadas personales a miembros del cuerpo especial de policía. Al pensar en esto se le ocurrió preguntar a Fiona si había telefonado a Una.

—He de llamarla, sí —dijo Fiona.

—Te acompaño —dijo Nora.

Tuvieron que esperar a que el recepcionista llamara a Una. Como el teléfono daba señal de comunicar, aguardaron junto al mostrador, pues Nora suponía que el recepcionista volvería a marcar el número.

—Vamos a pasar la noche en Dublín —dijo Fiona.

—¿Dónde?

—Paul tiene amigos y nos quedaremos con ellos.

—Creo que tal vez yo vuelva a casa ahora —
dijo Nora.

—¿No vamos a ir a Leeson Street a ver si Aine está en uno de aquellos bares?

—No hace falta que vayamos los tres. Puedes llamar a Una para informarnos de si Aine está allí.

Fiona se volvió. Nora estuvo a punto de decirle que había estado casada con un profesor y que no desconocía las formas de expresar enfado que tenían los profesores. Pidió al recepcionista que volviera a llamar al número. Cuando este pasó la llamada a una cabina, Nora le indicó a Fiona que hablara ella con Una. Sin embargo, se arrepintió de haberlo hecho en cuanto Fiona cerró la puerta de vidrio. Era evidente que había alguna noticia y consideró que Fiona debía transmitírsela de inmediato. Pero la chica la dejó esperando e hizo

caso omiso al golpear ella el vidrio con los nudillos. De nuevo sintió el impulso de salir, subir al coche y regresar a casa. Tras ir a misa y asegurarse de que Conor estaba bien, pasaría el día siguiente escuchando música. Si había noticias sobre Aine, irían a Dublín a buscarla.

No obstante, cuando Fiona salió de la cabina Nora ya había decidido armarse de coraje para no moverse del sitio y escuchar. Se dio cuenta de que estaba sumamente preocupada.

—Marian O’Flaherty ha llamado a Una y le ha dicho que, por lo que ella sabe, es posible que Aine participe en la protesta que el Comité de Acción por la Vivienda de Dublín ha convocado para hoy en O’Connell Street, y que después quizá acudan a un pub de Bachelor’s Walk llamado

Bachelor Inn y que más tarde puede que vayan a uno de aquellos bares de Leeson Street.

—¿Marian la ha visto?

—Sí, cree que Aine ha asistido a clase toda la semana.

—Entonces, no está desaparecida —soltó Nora.

—¿Vendrás con nosotros a ese pub de Bachelor's Walk?

—Me voy a casa.

—Bueno, deberíamos ir a ver si Aine está allí —dijo Fiona.

—No hace falta que vayamos los tres —replicó Nora.

Volvieron al salón.

—Paul —dijo Nora, plantada delante de él—, te estamos muy agradecidas por todo lo que has hecho. Yo me voy a casa a cuidar de Conor y os

vido por favor que cuando veáis a Aine tú y Fiona llaméis a mi hermana para informarla.

Paul asintió. Por un segundo dio la impresión de que casi le tenía miedo. Nora hizo un gesto a Fiona y se marchó.

Al llegar a casa de Una se enteró de que Fiona había llamado para comunicar que habían encontrado a Aine en O'Connell Street Bridge con una pancarta en la mano, y que estaba sana y salva. No había ido a su habitación porque se quedaba a dormir en casa de una amiga cuyos padres estaban de viaje.

—Espero que todo sea por una buena causa — dijo Nora.

—En fin, no es una jovencita desvergonzada y

no hace falta que nos preocupemos tanto por ella —dijo Una.

Conor sonreía cuando apareció. Le contó a Nora que Una le había preparado patatas fritas para la hora del té.

—¿Y cómo es Declan? —preguntó—. Apuesto a que es bajito. ¿Y también él es socialista?

—Es muy simpático —dijo Nora.

—¿Quién es Declan? —preguntó Una.

—Acuérdate. Te lo dicho esta mañana. Es el novio de Aine.

—Ah, sí —dijo Una—. Creo que es muy simpático.

Conor escudriñó a ambas.

—No me creo que se haya echado un novio —dijo.

Una mañana de finales de febrero, camino del trabajo, Nora vio el coche de Phyllis aparcado en John Street. Al acercarse observó que estaba sentada al volante leyendo un periódico. Por un instante pensó en dar un golpecito en la ventanilla, pero decidió que sería mejor pasar de largo. Sin embargo, la segunda mañana que encontró el vehículo en el mismo lugar, Phyllis la vio acercarse y bajó la ventanilla.

—Te contaré toda la historia en la reunión de la Sociedad Fonográfica —dijo—, pero estoy aquí de guardia por si Mossy Delaney, que me está pintando la casa, decide ir a pintar otra y deja la mía a medias. Sabe que estoy aquí, conque tendrá que venir conmigo cuando se digne levantarse de la cama. ¡Ay, los quebraderos de cabeza que he tenido!

El jueves por la noche, mientras tomaban té en el descanso de la reunión de la Sociedad Fonográfica, Phyllis le contó que el primer día, al ver que Mossy no se presentaba, había recorrido toda la ciudad en coche, pero no logró dar con él. Y luego acudió a casa de Mossy, en John Street, donde la esposa la recibió con impertinencia. Deambuló por el campo preguntando a cuantos veía si habían visto la furgoneta de Mossy, que estaba pintada de verde y parecía una tartana. Al final, dijo, lo encontró en la mansión de los Deacon, cerca de la carretera de Bunclody. Entró en la casa sin previo aviso y lo halló subido en mitad de una escalera de mano pintando una pared.

—Meneé la escalera y solté un alarido y le di un susto de muerte —comentó Phyllis—, y a continuación la señora Deacon me acompañó a la

puerta, no sin que antes yo le dijera a Mossy que iba muy en serio. Conque solo puedo tener la certeza de que acabará el trabajo si lo espero delante de su casa todas las mañanas. No te contaré lo que me dijo su mujer ayer. Es una persona con un perfecto dominio de la lengua vulgar.

Nora se mostró interesada cuando Phyllis mencionó que Mossy pintaba sobre el empapelado, para lo cual utilizaba una clase nueva de pintura que el papel absorbía. La última vez que había empapelado la habitación del fondo juró no volver a hacerlo. Junto con Fiona y Aine tuvieron que arrancar el papel viejo con la ayuda de una rasqueta. Hicieran lo que hiciesen, la rasqueta desprendía el enlucido. Y luego le pareció que se había equivocado al elegir el papel; era

excesivamente recargado, con demasiadas flores que formaban un motivo. Se había acostumbrado a no fijarse siquiera en él, pero a veces le parecía que atraía su mirada y que ella no hacía más que contemplarlo.

Phyllis le aseguró que, cuando Mossy por fin llegaba, era un perfeccionista; contó que comenzaba con brochazos tan grandes que daba la impresión de que la pintura acabaría por todas partes. Mossy le había explicado, dijo Phyllis, que era importante que la pintura se aplicara rápidamente en una capa fina para que no empapara en exceso el papel.

Nora no estaba segura de querer gastar dinero en un pintor. Además, no podía hacerse a la idea de que alguien trastornara la casa, no acudiera cuando debía y dejara el trabajo a medias durante

largo tiempo. Sin embargo, empezó a examinar el papel pintado de la habitación del fondo y se preguntó si ella misma podría pintar encima y cómo quedaría pintada de blanco o de color crema. Todo lo demás se vería deslucido, concluyó. El linóleo estaba gastado, los azulejos de la chimenea se habían desportillado y la galería de cortina de la ventana era de madera delgada y parecía endeble. Las cortinas no se habían cambiado en años y cada vez costaba más correrlas por la noche de modo que ajustaran bien.

Pensar en lo que podría hacer en las habitaciones de la planta baja la mantuvo en vela. Tuvo que recordarse que ahora era libre, que ya no estaba Maurice para mostrarse cauto acerca de los gastos y refunfuñar ante cualquier cosa que desbaratara su rutina. Era libre. Podía tomar las

decisiones que quisiera respecto a la casa. Casi se sintió culpable al pensar que podía hacer lo que se le antojase. Podía hacerlo todo, lo que le viniera en gana, siempre y cuando pudiera pagarlo. Si Jim y Margaret no lo aprobaban, o si sus hermanas o sus hijas le ofrecían consejos, haría oídos sordos.

Habría de tener cuidado con los chicos. Recelaban de todo y la observaban con atención inquieta cuando hablaba de dinero. Conor había tomado la costumbre de mirar el precio de las cosas y de hacer comentarios respecto a las compras de su madre. Si la encontraba mirando moquetas en la tienda de Dan Bolger, se preocuparía; sería mejor que la moqueta nueva llegara antes de que él supiera que la había comprado.

Escribió una lista de cosas para modernizar la

casa. Una moqueta y una chimenea en la habitación del fondo; después, pintar las paredes. Podía pintarlas ella misma si tenía la oportunidad de ver a Mossy Delaney trabajando y de averiguar quizá qué pintura utilizaba. Luego trasladaría la mesa de comedor de la habitación del fondo a la sala de estar, donde tal vez cambiara también la moqueta e incluso pintara quizá las paredes. Conor podría hacer los deberes en la mesa de esa habitación, o podría usarla Fiona. Trasladaría el tresillo de la sala de estar a la habitación del fondo y se desharía de los dos sillones que había junto a la chimenea, pues estaban raídos y no eran muy cómodos.

En la tienda de Dan Bolger, en Market Square, miró telas para cortinas y vio un catálogo donde las cortinas se extendían de una punta a otra de la

pared, pese a que para cubrir la ventana habría bastado con la mitad de la tela. Se preguntó si quedaría bien en la habitación del fondo. Si pintaba las paredes de blanco, podría elegir un color vivo y cálido para las cortinas. En el salón que mostraba el catálogo se usaban lámparas auxiliares en vez de una única luz en el techo. Podía quitar la lámpara de pie de la sala de estar, donde casi nunca se utilizaba, y ponerla en la habitación del fondo. Quizá comprara más lámparas en Dublín —en Arnott's o en Clery's— o en una tienda de Wexford.

Empezó a poner precio a las cosas. Algunos días en el trabajo sacaba la lista y la miraba. Pintar vendría al final, una vez pasada la barahúnda; cambiar la chimenea sería lo primero que había que hacer.

Cuando Nora le comentó que no quería contratar a Mossy Delaney, Phyllis le dijo que tenía buen juicio.

—Ay, yo me arrepiento de no haberle pedido que viniera solo para sonsacarle los consejos más útiles. Y ponerme manos a la obra en cuanto se fuera. Me habría ahorrado muchos quebraderos de cabeza, y probablemente sea un buen ejercicio.

Al cabo de unos días Phyllis fue a visitarla tras recibir de Mossy Delaney indicaciones detalladas sobre pinturas y brochas. Incluso había averiguado cuál era la mejor forma de aplicar la nueva clase de pintura y cómo evitar que cayeran chorretones. Realizó una imitación de los brochazos en la pared.

Dan Bolger había visto a Nora en la tienda, y un

día se acercó a ella para decirle que había conocido bien a Maurice cuando intentaban montar la cooperativa de crédito. Le comentó que Jim Farrell y él decían siempre que de no haber sido por Maurice habrían tardado otro año en conseguir que las cosas funcionaran bien.

—Yo no soy de Fianna Fáil, como seguramente ya sabe —añadió—, pero siempre digo que si Maurice Webster se hubiera presentado a las elecciones al Dáil yo le habría votado a él como primer candidato, y ese es el mayor cumplido que puede hacer un partidario recalcitrante de Fine Gaeler como yo.

Nora sonrió.

—De modo que si puedo ayudarla en algo, con el papel pintado, las telas para cortinas o las moquetas, lo haré gustoso.

Nora comprendió que si hablaba con Dan Bolger conseguiría un descuento. Le pareció que, por alguna razón, sería importante poder decir que le había salido todo a un precio módico. Sacó la lista.

—Llamaré a Smyth's porque no tengo esa pintura pero ellos sí la tendrán —dijo Dan Bolger—. Y puedo hacerle una buena rebaja en las telas para cortinas, la chimenea y las moquetas. Y solo hay un hombre capaz de instalar una chimenea sin que le deje la casa como la entrada del estadio Croke Park en un típico domingo irlandés lluvioso, y es Mogue Cloney. No le dará a usted mucha conversación, pero hará el trabajo.

Una vez elegidas las moquetas y la tela para las cortinas, Dan Bolger envió un hombre a tomar las

medidas. Cuando Nora le dijo que quería que las cortinas fueran de un extremo a otro de la pared, el hombre le comentó que había salido un sistema nuevo para colgar cortinas que no requería unos rieles grandes.

—¿Me las colgará usted? —le preguntó ella.

—Normalmente no lo hacemos. Colocaremos la moqueta, desde luego. Pero solo mandamos confeccionar las cortinas.

Nora guardó silencio y no se movió, como si lo que el hombre había dicho le causara una gran preocupación. Casi le pareció advertir que se preguntaba cómo saldría de la casa sin ofrecerse a colgarle las cortinas. Por un instante deseó saber cómo se llamaba o algún dato acerca de él a fin de socavar su determinación.

—No se me ocurre quién podría colgármelas —

dijo finalmente.

—Ah, bueno. No voy a dejarla en la estacada.

—Muchísimas gracias. Es usted muy amable.

Mogue Cloney acudió una mañana a las ocho y media con un ayudante. Nora le dijo a Conor que el hombre sacaría la chimenea vieja para poner una nueva.

—¿Cómo se saca una chimenea? —preguntó Conor.

—Con unos cuantos martillazos sobre la barra metálica, el cemento cederá —respondió Mogue Cloney.

—¿Y no se llevará consigo pedacitos de la pared? —preguntó Conor.

—Santo cielo, te pareces al poli que me ha

parado por tener los neumáticos gastados —dijo Mogue Cloney, y él y su ayudante se echaron a reír.

Cuando Nora llegó a casa, la habitación del fondo estaba cubierta de polvo y la chimenea vieja descansaba sobre el linóleo en el centro del cuarto. Nada más cruzar la puerta Conor fue con Fiona a inspeccionarlo todo, como si los dos hombres trabajaran para él.

—¿Dónde está la chimenea nueva? —preguntó.

—En la furgoneta —contestó Mogue Cloney.

—¿Estamos seguros de que encajará? —preguntó Conor.

—Lo estamos —respondió Mogue Cloney.

Conor echó un vistazo a la habitación. Parecía mirar si todo lo demás continuaba en su sitio o si Mogue Cloney había causado algún desperfecto.

Cuando Conor y Fiona volvieron a la escuela

después de comer, Nora pensó que debería salir. Pero dudaba si quedarse para supervisar el trabajo.

—Si nos da una buena escoba y un buen cepillo —le dijo Mogue Cloney—, ni siquiera sabrá que hemos estado aquí.

Una vez que le entregaron la pintura, fue a Wexford un sábado a comprar las mismas brochas que Mossy Delaney había utilizado en la casa de Phyllis. Tras pedirle a Una que le prestara una escalera, su hermana le aconsejó que no intentara pintar.

—Será solo unos pocos días de trabajo —dijo Nora.

—Creo que ya tienes bastante que hacer —repuso Una.

Comenzó un día en cuanto Fiona y Conor volvieron a la escuela. Si se subía al último peldaño de la escalera y dejaba el bote de pintura en la superficie plana de arriba, alcanzaba el techo. La pintura era clara y le chorreaba en el pelo, de modo que tuvo que buscar un gorro de ducha para ponérselo. Estaba decidida a realizar la tarea en tres o cuatro días y a que cuando llegaran Fiona y Conor se viera algún progreso. Cada brochazo requería esfuerzo y concentración, pues debía mantener el equilibrio con cuidado y extender la pintura de manera uniforme. El techo sería la parte más difícil, pensó; las paredes resultarían mucho más fáciles.

La tarea le proporcionó una felicidad insólita, de modo que ya deseaba volver de Gibney's al día siguiente para continuar. Hasta el fin de semana no

comenzaron los dolores en el brazo y el pecho. Tuvo que pedirle a Fiona que fuera a ver a Donal el sábado porque no se sentía en condiciones de conducir; por la tarde los dolores eran tan fuertes que estaba claro que tendría que ir al médico. Al parecerle que se intensificaban y se volvían más agudos, se preguntó si no se trataría de un infarto.

Se estremeció en cuanto el doctor Cudigan le tocó el brazo, y casi gritó cuando le apretó con el pulgar en el espacio blando debajo de la clavícula.

—¿Había pintado un techo con anterioridad? — le preguntó él.

—No —respondió.

—Es una tarea que no debería realizarse a la ligera. Ha forzado músculos que normalmente no utiliza. Voy a recetarle un analgésico fuerte que le

calmará el dolor, y los músculos volverán donde estaban si no los fuerza más.

—¿No podré seguir pintando?

—Podría haberse causado una lesión grave. Por tanto será mejor que deje a los pintores la labor de pintar.

Por la tarde miró la habitación. Había pintado tres cuartos del techo, y no muy bien. Le dijo a Fiona que llamara a Phyllis para pedirle que fuera a visitarla cuando tuviera tiempo.

Phyllis acudió al día siguiente y examinó la habitación del fondo.

—Bueno, solo hay una solución —dijo—, y es ir a ver a Mossy Delaney. Hoy es domingo y al menos será posible localizarlo. Y yo que tú representarías el papel de la pobre mujer que creía

que podía pintar un techo. Mossy Delaney rezonga más cuando me muestro arrogante, conque la fragilidad dará resultado con él. Sin embargo, el dinero también dará resultado, claro está. Deja un trabajo para empezar otro, conque es posible que deje uno por ti si le pagas el primer día. Pero tienes que poner la cara apropiada.

Aquella tarde, Nora llamó a la puerta de Mossy Delaney; le abrió la esposa, que le preguntó qué quería.

—Me gustaría hablar con el señor Delaney —respondió con voz queda.

Cuando Mossy apareció, era evidente que acababa de despertarse. Nora procuró hablar en voz baja para que la esposa no la oyera. Le contó lo ocurrido.

—De modo que debería haber acudido a usted

en primer lugar. Estoy en un atolladero. Empantanada. Y puedo pagarle antes de que empiece.

—¿Es una de esas habitaciones pequeñas nada más? ¿No es toda la casa?

Nora asintió humildemente.

—Se lo haré por la mañana. ¿Tiene la pintura?

—Sí.

—Iré a las ocho y media.

Nora volvió a asentir.

—¿Necesita que mi señora la acompañe a casa? Tiene muy mal aspecto.

—No, podré llegar a casa. Pero le estoy muy agradecida.

Las pastillas recetadas por el doctor Cudigan le quitaron el dolor, o bien enmascararon lo que quiera que todavía tuviese en el pecho y los brazos. Persistían la pesadez y la sensación de fatiga. La tercera mañana creyó de nuevo que se trataba de un infarto. Pero cuando se levantó de la cama el dolor agudo remitió poco a poco.

Se movía despacio y con cuidado porque no podía dormir. Ignoraba si los analgésicos eran la causa de que pasara las noches desvelada en la

cama con un torrente de pensamientos y luego sumida en el vacío de la media vigilia, o si se debía a la molestia persistente en los brazos y el pecho.

Mossy Delaney y un ayudante terminaron de pintar en un día y medio. Cuando Mossy acabó, Nora le dijo que agradecía lo amable y servicial que había sido.

—La cuestión es —dijo él— que trabajamos para personas con muchísimo dinero y que son completos ignorantes. El dinero las vuelve ignorantes. No quiero nombrar a nadie, pero hay gente ignorante en esta ciudad, y quien quiera conocerlos, que vaya a trabajar para ellos. Podría nombrarle una mujer. Solo sé que en el cielo me premiarán por no haberle echado encima una lata de pintura roja. A punto estuve de hacerlo, fíjese.

Y habría disfrutado oyendo los gritos. Pero a mí me gusta ayudar, y es usted una mujer valiente por pensar que podía pintar el techo solita. ¡Dios, cómo nos reímos al ver lo que había hecho! Pintar una habitación es como todo. Hay que saber, señora, hay que tener experiencia y habilidad. Es decir, ¿a que no acudiría usted a Larry Kearney si necesitara al director del banco? ¿Ni a Babby Rourke si necesitara al obispo?

Fiona supervisó a los hombres que fueron a poner la moqueta, y junto con Conor trató con el hombre de la tienda de Dan Bolger que acudió a colgar las cortinas. Faltaban unos pocos detalles, como una pantalla para cubrir la bombilla pelada que pendía del techo en el centro de la habitación, y sin cuadros las paredes blancas se veían raras y desnudas. Durante el día la habitación del fondo

quedaba oscura con las gruesas cortinas; al llegar del trabajo Nora se sentaba en el cuarto recién reformado con el olor a pintura reciente y dormitaba y se despertaba. Sabía que debía permanecer despierta a fin de encontrar un ritmo de sueño, pero le costaba demasiado. Por las noches deseaba que llegara la mañana, pero cuando llevaba media hora en el trabajo se moría de cansancio.

En Gibney's tomó la costumbre de ir al baño y sentarse en un cubículo, apoyar la cabeza en la pared y dormir unos minutos; luego se lavaba la cara con agua fría antes de regresar a su escritorio. Como Elizabeth había dejado a los dos novios por otro y el último le parecía a Nora serio y formal, y entregado a la joven, tenían mucho de qué hablar, lo cual la ayudaba a mantenerse despierta.

Descubrió que, tomando por la mañana una taza de café instantáneo con tres cucharadas de café y tanto azúcar como pudiera tolerar, aguantaba bien la primera hora, o quizá más. Cuando Elizabeth salía del despacho, encendía el hervidor que la muchacha tenía al lado del escritorio y se bebía otra taza grande de café. Casi le daban ganas de vomitar, pero si se concentraba no tenía durante toda la mañana la necesidad acuciante de descansar la cabeza sobre los brazos y sumirse en un sueño profundo.

Al cabo de siete días volvió a la consulta del doctor Cudigan, que le dijo que sería un error combinar somníferos con los analgésicos. Le tomó el pulso y le pasó el fonendoscopio por el pecho y la espalda y le dijo que, como había forzado

demasiado los músculos, tal vez debiera continuar con los calmantes otra semana, más o menos, y que después, si seguía sin poder dormir, se los retiraría y le recetaría somníferos.

Por la noche estaba tan cansada que tenía que asegurarse de que ni Fiona ni Conor se encontraban cerca cuando subía la escalera, respirando con dificultad al llegar a la mitad, y agarrada a la barandilla para no caerse. Sin quitarse la ropa se echaba en la cama con la luz encendida y entonces el sueño era el mismo sueño de olvido que había tenido en el dormitorio del sótano en Sitges. Pero en ocasiones no duraba ni diez minutos. Después estaba bien despierta, con pensamientos que se precipitaban como flechas. Una vez metida en la cama con el camisón puesto y la luz apagada, hacía todo lo posible por dormir.

Contaba ovejas; se tumbaba de un lado y luego se volvía del otro. No dejaba que ningún pensamiento le cruzara la mente. Sin embargo, nada daba resultado. Tendría que volver a la consulta del doctor Cudigan e insistir en que necesitaba somníferos, o insistir en que podía dejar los analgésicos.

Tendida despierta en la oscuridad podía ser cualquier persona del pasado, pensó. Podía ser una de sus abuelas, a quienes no había llegado a conocer. Habían muerto antes de que ella naciera y ahora eran polvo, una calavera y unos cuantos huesos bajo la tierra en algún lugar. Su mente fue de una a otra y a lo que sabía de ellas, hasta que cambió de dirección y se centró en su madre, cuyo rostro recordó y cuya presencia le pareció cercana. Podía ser su madre tendida ahí. Mediaba

una diferencia de años nada más. Yacía quieta en la oscuridad con los ojos abiertos, respirando y luego sin oír su respiración. En el duermevela, su madre se aproximó. Poco a poco se le apareció la imagen de su madre amortajada, como si yaciera en esa cama en ese instante, sin ver nada, sin oír nada. Por más que hiciera por evitarlo, aquella última vez con el cuerpo de su madre resurgía con todo detalle.

No había querido a su madre en vida. Se preguntó si Catherine y Una lo pensaron al fallecer su madre, cuando las tres dejaron el cuerpo en manos de las monjas que habían acudido a amortajarlo en el dormitorio de la planta superior de la casa. Sentada en la cocina sin hablar con ellas, Nora comprendió que la próxima vez que viera a su madre sería en la pose sosegada y

formal de la muerte. La habitación estaría a oscuras. Parpadearía la luz de las velas; su madre descansaría en paz, ya no estaría allí, se les habría ido. Estaría de cuerpo presente durante toda la noche y la mayor parte del día siguiente.

Se le ocurrió qué haría. Lo había visto cuando su padre murió. Su tía Josie y su tía Mary —la hermana mayor de su madre— habían colocado una silla a cada lado del cuerpo amortajado y permanecieron sentadas sin hablar hasta que los de la funeraria llegaron con el ataúd. Las dos mujeres tomaron té en unas pocas ocasiones, pero por lo general lo rechazaron. Tampoco comieron apenas. A veces rezaban, a veces se limitaban a mirar fijamente al cuñado fallecido, de vez en cuando dirigián un gesto a algún conocido que llegaba o se

iba. Habiendo encontrado un lugar donde nadie las molestaría, velaron y esperaron. Hicieron vigilia.

Nora sabía que en la habitación de su madre había una silla en el lado de la cama más alejado de la puerta, un sillón viejo que antaño había estado en la planta baja. Su madre lo había utilizado para dejar ropa encima. En el pasado, su madre se habría asegurado de tener toda la ropa guardada en el armario y la cómoda. Pero en los últimos años estaba muy débil. Le costaba caminar. Hacía lo mínimo posible. Nora recordó que en aquel momento sintió tristeza, algo que hasta entonces no había experimentado. En un instante había caído en la cuenta de lo que significaba la muerte: su madre no volvería a hablar nunca, no volvería a entrar nunca en una habitación. La mujer que la había traído al mundo

ya no respiraba ni volvería a respirar. En cierto modo Nora no había contado con eso, siempre le había parecido que su madre y ella tendrían tiempo de verse y hablar con soltura y afecto, o al menos con algo parecido al afecto. Pero jamás lo hicieron, y ya jamás lo harían.

Esperó, sin levantar la cabeza, hasta que alguien dijo que la habitación estaba preparada. Pasó por delante de las otras sin pronunciar palabra. Cuando Catherine le preguntó algo, hizo oídos sordos y no respondió. Catherine podría enterarse de alguna otra forma de lo que necesitara saber. Nora era la hija mayor; sería la primera en la habitación. Subió por la escalera e hizo un gesto con la cabeza a la monja joven que aguardaba junto a la puerta. Las cortinas estaban corridas y flotaba un olor a ropa blanca recién almidonada.

Esperó un momento antes de entrar en el dormitorio. La barbilla de su madre fue lo primero en que reparó; por algún motivo, al acomodarle la cabeza sobre la almohada habían conseguido que la barbilla se viera más alargada de lo que debería ser. Parecía fuera de lugar. Se preguntó si debía comentárselo a la monja, si podría hacerse algo. Pero supuso que no. Era demasiado tarde, pensó. Tal vez diera igual.

Encontró el sillón al otro lado del dormitorio. Habían retirado la ropa que antes había encima. Esperaba que su presencia en la habitación no llevara a sus hermanas o a los vecinos a pensar que se debía al remordimiento o a la necesidad de resarcir a su madre, de mostrar pesar por lo que pudiera haber hecho, o por lo que no había hecho, en el pasado. No sentía remordimientos. En

cambio, contemplando el rostro muerto de su madre sintió una afinidad con ella, un vínculo que por alguna razón había sentido siempre, pero que jamás se había manifestado en su comportamiento y del que nunca había hablado.

El rostro, libre de sufrimiento y de expresión familiar, se asemejaba al de su madre en las fotos antiguas, cuando era una mujer hermosa, delgada, morena, tímida, alerta. Eso, o vestigios de eso, estaba allí. A su madre le habría gustado la idea de que su juventud, o al menos una parte de ella, hubiera vuelto.

Sus dos hermanas entraron y miraron a la madre muerta. Catherine se arrodilló y rezó con la cabeza inclinada y se puso en pie persignándose. Nora observó a Catherine, parada en una actitud afectada junto a la cama en el papel de hija pía y

aflijida. Deseó que se fuera a la planta baja. Cuando sus miradas se cruzaron un instante, vio en los ojos de su hermana una expresión que le produjo desconfianza, y decidió que, ocurriera lo que ocurriese en las horas siguientes, no se quedaría a solas con ella; permanecería en el dormitorio toda la noche si hacía falta. No se levantaría del sillón. Tras llegar Maurice para estar a su lado, Nora le dijo que pensaba pasar la noche en la habitación. Él le cogió la mano un momento y le dijo que llevaría a los hijos por la mañana, pero que ahora iría a casa para estar con ellos. Nora le sonrió cuando él ya se marchaba. Su madre había querido a Maurice. No tenía nada de extraordinario, pensó, ya que todo el mundo quería a Maurice.

Durante las horas siguientes acudieron vecinos.

Se arrodillaban y rezaban. Unos cuantos se inclinaron sobre la difunta para tocarle la frente o las manos, entrelazadas con un rosario. Saludaban a Nora con la cabeza y unos pocos le hablaron en susurros, de lo tranquila que parecía su madre, de que se había ido a un lugar mejor, de que la echarían de menos.

Al quedarse sola en la habitación, Nora oyó voces en la planta baja y dedujo que la gente estaba tomando té y sándwiches. Las velas habían ardido hasta la mitad. Ahora su madre no era más que una anciana que había muerto. En su rostro Nora no distinguía ningún rasgo, solo veía piel arrugada y emblanquecida y una barbilla que seguía destacándose de una manera extraña. Sin los ojos abiertos, sin su voz hablando, su madre no era nadie, no tenía vida dentro.

Al cabo de un tiempo la casa quedó en silencio. Una entró y se ofreció a relevarla, pero Nora se negó y sugirió que sus hermanas intentaran dormir un rato. Quería asegurarse de que seguía habiendo velas encendidas y de que su madre no estaba sola en su última noche en el mundo. En la casa reinaba el silencio, quebrado de vez en cuando por el paso de coches y por el temblor de las ventanas del dormitorio con el viento nocturno.

Nora se preguntó si se debía al cansancio o a que la luz de las velas proyectaba sombras alargadas en la pared, pero no le habría sorprendido que su madre se hubiera movido o hubiera hablado. La conversación entre las dos tal vez hubiese sido fluida.

Lo extraño, cuando empezó a mirar a su madre otra vez, era las pocas certezas que tenía. Los

detalles de la cara de su madre habían desaparecido, pero aun así había una expresión, la sensación de una persona. Y esa sensación se volvía más precisa, más clara, cuanto más la observaba. Veía a otras personas en la cara de su madre: el rostro de primos, de los Holden y los Murphy y los Bailey y los Kavanagh; el rostro de Catherine y el de Una; su propio rostro; el rostro de sus hijos, en especial el de Fiona. Era como si en esa larga noche a solas su madre se hubiese convertido en todos ellos.

La vida natural se había esfumado y otra cosa la había sustituido, algo que llevaba mucho tiempo gestándose. Persistió allí, y luego se desvaneció y algo distinto la reemplazó. El rostro rezumaba una impresión más poderosa que nada de lo que

hubiera traslucido en los días y las noches en que había respiración y voz.

Nora no estaba segura. Trató de representarse a su madre como mejor la recordaba: una anciana con un abrigo gris de lana suave, un broche en la solapa del abrigo, una bufanda. Una anciana que caminaba hacia ella; o una joven en una fotografía. Pero ninguna de esas imágenes era tan real como el rostro en la cama aquella noche. Se preguntó cómo recordaría esto, pero el recuerdo no sería nada comparado con esta contemplación, con la intensidad de este instante.

La barbilla dejó de tener importancia, era un mero detalle, y ahora los detalles eran intrascendentes. Lo importante no podía nombrarse ni verse fácilmente; si una de las otras entraba en la habitación era posible que no lo viera ni por

asomo. Quizá fuera lo que su madre y ella habían estado esperando. Se preguntó si se había alejado a fin de que este encuentro con el cuerpo de su madre, con la imagen muerta de su madre, tuviera mayor importancia o simplemente fuera posible. La cara de su madre era más parecida a una máscara y al mismo tiempo más personal de lo que nunca lo había sido; Nora sería la única que reconocería este hecho. Ninguna de las otras sería capaz de verlo; estaban demasiado atareadas, demasiado apegadas, demasiado concernidas. Era la distancia de Nora lo que lo hacía posible. Y fue esa distancia lo que ahora le permitió dormir un rato y despertarse con un sobresalto en su propia habitación y darse cuenta de que había estado soñando, de que la noche de vigilia junto al lecho de su madre formaba parte de un sueño. Estaba en

su propia casa y era hora de levantarse y despertar a los otros, preparar el desayuno e ir a trabajar.

Ese día, al ir al armario de la oficina a coger una carpeta, se desplomó. Cuando volvió en sí, Elizabeth hablaba por teléfono con Peggy Gibney, quien dio órdenes de que llevaran a la señora Webster a la casa si no podía caminar. En cuanto Nora se puso en pie, Elizabeth se empeñó en salir con ella de la oficina y conducirla por el almacén lateral hasta la casa familiar, situada al otro lado de la calle.

—Mira, me encuentro bien, de veras —dijo Nora.

—Mi madre es siempre la experta en cómo se encuentra la gente —dijo Elizabeth.

Peggy Gibney estaba sentada en el sillón de

costumbre. Pidió té en cuanto entraron Elizabeth y Nora.

—Vaya, me parece que estás muy pálida —dijo—. A ver, ¿quién es tu médico?

—El doctor Cudigan.

—Ah, lo conozco bien. Voy a llamarle y a preguntarle si es mejor que venga aquí, que vayas tú a verlo o que te vayas a casa y él pase a visitarte.

Se dirigió al vestíbulo, seguida de Elizabeth. Nora temía cerrar los ojos, temía quedarse dormida allí mismo, en el salón de los Gibney. Pensó que si se fuera a casa dormiría el resto del día. Pero era consciente de que si lo hacía tampoco pegaría ojo esa noche o bien tendría más sueños. Sería mejor que el doctor Cudigan le recetara somníferos aun cuando considerara que no

casaban bien con los analgésicos. Se tocó el pecho y los brazos y notó el dolor residual en los músculos. Tardaba en desaparecer.

—El doctor Cudigan ha salido a hacer una visita —dijo Peggy Gibney al regresar—. Se ocupa del hospicio, de manera que quizá esté allí. No sé quién ha contestado la llamada. He pensado en llamar al doctor Radford en su lugar. Es nuestro médico.

La insinuación de que el doctor Cudigan tenía algo de malo y que por algún motivo el doctor Radford era superior a él despertó a Nora.

—Oh, no —dijo—. Es que trato con los Radford, de modo que preferiría que no lo llamas.

Peggy Gibney se retrepó en el sillón. La idea de

que un empleado de la oficina se relacionara con su médico pareció ofenderla.

—Creo que lo mejor sería que Elizabeth te llevara a casa, y yo me encargaré de que el doctor Cudigan te visite en cuanto pueda. Pero primero tomaremos té. Al llegar estabas blanca como el papel. Y Elizabeth informará a Thomas de que te has puesto enferma. O sea, es posible que mañana te encuentres mejor. A Thomas le gusta saber lo que pasa. Y ojalá supiera yo por qué Maggie Whelan, esa hija de Dios, tarda tanto con el té.

Cuando se sirvió el té, permanecieron en silencio. Por una razón u otra, Nora intuía que no se había mostrado lo bastante agradecida por que la hubieran llevado a la casa en vez de enviarla a la suya o directamente al médico.

—Elizabeth, ¿dispones de unos minutos para

llevar a la señora Webster al otro lado de la ciudad? —preguntó Peggy Gibney.

La manera en que pronunció «al otro lado de la ciudad» daba a entender un lugar muy alejado de su confortable residencia.

—Mi madre —dijo Elizabeth en cuanto subieron al coche— es maravillosa, ¿a que sí? Podría gobernar el país. Es el verdadero poder en la sombra.

Nora asintió. Estaba tan cansada que no se le ocurrió qué decir. Pensó en los somníferos. Era peligroso tenerlos en casa. Decidió que si debía tomarlos guardaría el frasco de pastillas en su armario y se desharía de ellas en cuanto volviera a dormir con normalidad.

Una vez en casa, se dio cuenta de que había olvidado si había conversado con Elizabeth

Gibney en el coche. Debían de haber hablado de algo, pensó, y ella debía de haberle dado las gracias por llevarla a casa. O quizá se había dormido en el coche; el trayecto era un espacio vacío; no tenía ni idea de qué camino habían tomado.

Fue a la habitación del fondo y se sentó en el sillón y durmió hasta que la despertaron unos golpes insistentes en la puerta principal. Al mirar la hora vio que solo eran las once, de modo que era imposible que se tratara de Conor o Fiona. Luego recordó que de todas formas ellos tenían llave. Al ir a abrir la puerta oyó una voz que la llamaba; la reconoció: era el doctor Cudigan.

—Gracias a Dios —dijo él—. Ya iba a avisar a los bomberos. He recibido un mensaje urgente de Peggy Gibney. Ha telefoneado a todas partes de la

ciudad. Ha llamado a la hermana Thomas, al San Juan de Dios, y ella me ha localizado. Hay un anciano muy enfermo allí.

Nora lo condujo a la sala de estar y le comentó que no podía dormir.

—Nos pasa a todos —dijo él—. Con los años necesitamos menos horas de sueño.

—No duermo nada.

—¿Desde hace cuánto tiempo?

—Se lo dije. Hace ocho días que empecé a tomar las otras pastillas.

—Podría recetarle somníferos, pero no me gusta la idea. ¿Ha probado a dejar el té y el café?

La invadió una ira repentina.

—Estoy desesperada —dijo. Se preguntó si el doctor Cudigan trataba a sus pacientes femeninas de manera distinta que a los pacientes masculinos.

—Peggy Gibney dio a entender a la pobre hermana Thomas que estaba usted a las puertas de la muerte. Tendré que buscarla para decirle que se encuentra sana y salva.

—No puedo dormir.

—Le recetaré somníferos. Una sola pastilla la dejará sin sentido durante cinco o seis horas. No los tome durante mucho tiempo, o se acostumbrará a ellos, y no conduzca mientras los esté tomando, o quizá solo despacito por la ciudad, pero no le cuente a nadie que se lo he dicho. Venga a la consulta dentro de una semana y veré cómo le va. No tome ninguno hasta esta noche y entretanto procure mantenerse despierta si puede.

—¿Debo seguir con los analgésicos?

—Hasta que nos veamos la semana que viene.

Nora estuvo a punto de recordarle que le había

dicho que no debía tomar ambos medicamentos a la vez.

—Es muy amable por haber venido —dijo.

—La hermana Thomas me comentó que exponen el Santísimo Sacramento todos los días a las tres y que ella va a la capilla de las monjas y reza por usted a diario. Es la más santa de todas, en mi opinión. Y hoy ha ido a buscarme cuando Peggy Gibney la llamó.

—Peggy Gibney —dijo Nora, y suspiró.

—He oído contar que se pasa el día sentada en esa casa y que se lo dan todo hecho —dijo el doctor Cudigan—. Las mujeres lo tienen muy fácil.

—Fue un detalle que le telefonara —dijo Nora.

El doctor Cudigan le dio la receta y se marchó.

Al llegar Fiona y Conor, no les mencionó que

había salido temprano del trabajo. Bebió una taza de café en la cocina, lo que le proporcionó el vigor suficiente para charlar como si no pasara nada. Cuando Fiona se disponía a volver a la escuela, Nora le entregó la receta y le pidió que comprara las pastillas en Kelly's de camino a casa.

—¿Cuándo has ido a buscar la receta? —le preguntó Fiona.

—El doctor Cudigan mandó que me la llevaran a Gibney's.

—¿Te encuentras bien? Has empezado a decir algo y después te has callado.

—Estoy bien. Es que las pastillas me atontan un poco.

—¿Y de qué es la receta?

—De somníferos —respondió—. Últimamente

me cuesta dormir.

En cuanto se marcharon, volvió al sillón. Notaba el corazón acelerado y le costaba respirar. Pensó que poner música la sosegaría. Se levantó, cruzó la habitación y echó una ojeada a los discos, pero ninguno era lo que ella quería; eran demasiado distantes y sonoros y estaban demasiado llenos de sus propias pasiones. Sin embargo, al encontrar el Trío Archiduque miró la carátula y pensó que, pese a que la música carecía de importancia, podría soñar que era joven, como lo eran los intérpretes, y libre. Si lo escuchaba con atención, se dijo, y seguía cada nota del violonchelo como si estuviera tocándolo ella, tal vez la música la distrajera y la mantuviera despierta.

Al oír las notas del violonchelo se sentó casi sin

querer. Los intérpretes avanzaban hacia una melodía pero la insinuaban y luego se resistían a ella. Le encantaba el sonido áspero del violonchelo. En un par de ocasiones su mente divagó, si bien Nora la obligó a concentrarse, a escuchar cada nota, cada atisbo de la melodía. Sonrió cuando la tocaron con brío antes de dar paso a la tristeza, a la indecisión.

Al iniciarse el movimiento lento advirtió que respiraba con dificultad cada pocos segundos. Cerró los ojos y empezó a tiritar. Notaba mucho más frío en la habitación y se preguntó si debería encender la lumbre. Decidió no moverse, continuar sentada y escuchar, seguir los tonos graves del violonchelo.

Cuando el movimiento lento se precipitó hacia el movimiento rápido como si hubiese avanzado

hacia él desde el principio y la música se tornó casi jubilosa, oyó ruido en la planta superior. Cruzó la habitación con sigilo y abrió la puerta sin hacer apenas ruido. Aguzó el oído. Algo se movió arriba; alguien movía un mueble. No podía haber nadie en la planta de arriba, estaba segura. Había visto salir a Fiona y a Conor y era imposible que hubieran regresado sin que los oyera.

Sonó otro ruido, más fuerte. Pensó que quizá debería ir a la casa de al lado a ver si estaban los O'Connor y si Tom accedía a acompañarla arriba para averiguar a qué se debía el ruido. Se cercioró de que la puerta principal estaba cerrada con llave. Comprobó también la puerta trasera. Se hizo un silencio, quebrado al poco rato por el ruido, más fuerte, de un mueble arrastrado por el suelo. Subió presurosa la escalera gritando:

—¿Quién es? ¿Quién hay ahí?

La puerta de su dormitorio estaba cerrada. Por lo general la dejaba abierta al salir. Volvió a aguzar el oído. Se oyó un ruido. De pronto se estremeció de dolor y levantó la mano para mirársela. Se había clavado las uñas con tanta fuerza que tenía sangre en la palma. Esta vez oyó algo, y le pareció más bien una voz. Abrió la puerta del dormitorio.

—¡Maurice! —exclamó.

Estaba sentado en la mecedora junto a la ventana, de cara a Nora.

—¡Maurice! —musitó.

Llevaba puesta la americana jaspeada en verde y azul que habían comprado en Funge's, en Gorey, y pantalones, camisa y corbata grises. Sonrió un momento cuando ella cerró la puerta empujándola

con la espalda. Tenía el mismo aspecto que antes de enfermar.

—Maurice, ¿puedes hablar? ¿Puedes decir algo?

Él curvó los labios para dirigirle esa sonrisa tímida tan suya.

—La música es triste —susurró.

—Sí, la música es triste —dijo ella—, pero no siempre.

—La hermana Thomas —dijo él. Su voz era más tenue ahora.

—Sí, reza por nosotros todos los días. Fue a buscarme a la playa de Ballyvaloo.

Él asintió.

—Tuve la sensación de que estabas allí, pero durante poco tiempo. Ha sido la única vez.

—Lo sé.

Nora nunca le había oído hablar con una voz tan suave.

—Te ha cambiado la voz —dijo, y sonrió.

Él la miró apenado, como si quisiera decirle que no existía una respuesta adecuada.

—Maurice, ¿puedes quedarte un rato?

Él cambió de postura y su presencia se volvió menos completa, su rostro, inclinado, más borroso, e incluso los colores de la americana le parecieron menos vivos a Nora.

—¿Estás...? —empezó a decir ella—. O sea, ¿hay algo...?

Él se encogió de hombros y casi sonrió.

—No —musitó—. No.

—¿Estaremos bien? No sé si estaremos bien.

Él no respondió.

—¿Estará bien Fiona?

—Sí.

—Y Aine, ¿estará bien?

Él asintió con un gesto.

—¿Y Donal?

—Sí, Donal.

—¿Y Conor?

Él bajó la cabeza y pareció no oírla.

—Maurice, ¿Conor estará bien?

Dio la impresión de que él tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Maurice, necesito que me contestes. ¿Estará bien Conor?

—No preguntes —murmuró él, la voz ronca y entrecortada—. No preguntes.

Cuando Nora avanzó vacilante, él extendió las manos para indicarle que no debía aproximarse.

—¿Sabías...? —empezó a decir ella.

—Sí, sí.

—Hasta que estuviste enfermo no supe...

—Sí, sí.

—¿Y echas de menos alguna vez...?

—¿Echar de menos? —preguntó él, con voz más fuerte.

—¿A nosotros?

—No, no.

Volvió a sonreír, y luego su rostro reflejó desconcierto.

—Maurice, ¿hay algo más?

—La otra persona. Hay otra persona —dijo.

—¿Te refieres a Jim?

—No.

—¿A Margaret?

—No.

—¿A quién?

—La otra persona.

—No hay otra persona.

—Sí la hay.

—Maurice, dame un nombre. No hay nadie más.

Él se cubrió la cara con las manos. Nora lo observó; él sufría. Después la miró. Parecía a punto de sonreír, pero no lo hizo.

—Maurice, quédate un rato.

Él negó con la cabeza.

—Maurice, ¿es la música? Si pongo música, ¿vendrás otra vez?

—No, no es la música.

—Maurice, háblame de Conor. ¿Hay algo...?

—Hay otra persona.

—Maurice, no hay nadie más. Dime un nombre.

Él volvió a desdibujarse, y Nora le oyó exhalar un suspiro apagado.

—Maurice, ¿estarás allí cuando yo vaya?

—Nadie lo sabe —respondió él—. Nadie.

Nora oyó el sonido de un claxon en la calle. Estaba tumbada de través en la cama, vestida. Cuando se incorporó no había nadie en el dormitorio. Cruzó la habitación y tocó la mecedora, que se balanceó suavemente sobre los viejos resortes. Puso la mano donde él había estado sentado pero no percibió calor ni ninguna señal de que alguien la hubiese ocupado.

Una vez abajo, cogió las llaves de casa y las del coche. Se echó el abrigo sobre el brazo y salió cerrando la puerta tras de sí. Tras poner en marcha el coche se preguntó adónde iría, pero apenas importaba. Solo al ver que dejaba la carretera de Dublín para tomar la de Bunclody supo que se

dirigía a casa de su tía Josie. Se concentró al máximo en la calzada que tenía delante, obligándose a permanecer despierta. Cuando se alejó del río para subir la cuesta empinada en dirección a casa de Josie, se preguntó qué iba a decirle, cómo explicarle qué la había llevado allí. A la izquierda había un portón con espacio para el paso de un automóvil o un tractor. Aparcó y apagó el motor. Reclinó la cabeza y cerró los ojos. Se preguntó si debería dar media vuelta y regresar a la ciudad, pero le pareció que sería incapaz de concentrarse lo suficiente en la conducción. Descansaría un rato, se dijo, y ojalá ni Josie ni John ni su mujer pasaran y la vieran. Dormiría un rato y luego se dirigiría a algún otro lugar. No sabía adónde.

Al despertarse, John golpeaba la ventanilla del

coche con los nudillos. Asustada, dio un respingo al verlo y bajó la ventanilla.

—Por un momento no sabía quién eras —dijo él, y sonrió. Había dejado en marcha el motor del tractor.

—Estaba descansando —dijo ella, aunque sabía que para él eso no tendría ni pies ni cabeza.

—Mi madre está en el jardín.

—¿Vas a casa? —le preguntó Nora.

—Sí.

—Entonces te seguiré.

En cuanto Nora se sentó en la cocina de Josie, John encendió el hervidor y fue a buscar a su madre. Nora pasó de estar muy despierta, fijándose en los colores de la habitación y captando los ruidos del exterior, a sentirse

amodorrada, y luego le acometió el deseo de dormir, de tumbarse donde fuera y dormir.

Cuando John y Josie entraron en la cocina, vio la preocupación reflejada en sus rostros. John se quedó junto a la puerta y al cabo de un momento se retiró. Josie, vestida con ropa de trabajo, empezó a quitarse los guantes de jardinería.

—¿Ha ocurrido algo?

—Maurice ha vuelto. Estaba en la habitación de arriba, en nuestro dormitorio.

—¿Qué?

—Me ha hablado, Josie. Ha dicho cosas.

Josie apagó el hervidor al bullir el agua.

—Nora, ¿qué te pasa?

—No puedo dormir, y cuando duermo...

—¿Tomas algún medicamento?

—Sí, tuve un tirón en el brazo y en los músculos

del pecho. Estoy tomando analgésicos.

—¿Cuánto hace que no duermes?

—Más de una semana. A veces me vence un sueño muy profundo, pero nunca dura mucho tiempo.

—¿Se lo has dicho al médico?

—Sí, y Fiona irá a comprarme somníferos cuando salga de la escuela.

Josie llenó la tetera de agua hirviendo.

—Maurice estaba en la habitación y ha hablado —dijo Nora.

—¿Se lo has contado a alguien más?

—No, he venido derecha aquí. No tengo otro sitio adonde ir.

—John dice que estabas como un tronco en el coche.

—No sé qué voy a hacer —dijo Nora—. Y ha

dicho, Maurice ha dicho, cuando le he preguntado si Conor estaría bien..., me ha pedido que no le preguntara. ¿Qué significaba eso?

—Estabas soñando, Nora. No se te ha aparecido nadie.

—Maurice estaba en la habitación. Sé lo que es un sueño, pero él estaba en la habitación. Y ha dicho...

—No estaba en la habitación.

—Sí que estaba, sí que estaba, sí que estaba. — Empezó a mecerse, llorando—. Si pudiera estar con él...

—¿Qué has dicho?

—Si pudiera estar con él, eso es lo que he dicho.

Josie y John la condujeron al dormitorio de la

planta superior y le dieron un camisón. Josie regresó al cabo de un momento con un vaso de agua.

—A ver, con esta pastilla te quedarás roque, y cuando despiertes te sentirás atontada durante un rato, pero yo estaré aquí, de modo que llámame y no intentes caminar. Son los somníferos más fuertes que se pueden conseguir, conque úsalos con cuidado. Y necesito la llave de tu casa.

Nora se la entregó.

—Ahora me voy a la ciudad a arreglar unos asuntos y John estará pendiente de ti.

—¿Y Conor...?

—No te preocupes por Conor ni por nadie. Tu tarea es dormir.

Se despertó con una sensación de pesadez en las

extremidades. Trató de mover los brazos pero los notó doloridos, al igual que el pecho. Se preguntó dónde tenía los analgésicos. Creía que los guardaba en el cajón de la mesilla de noche aunque no estaba segura. Alargó la mano hacia la mesa y no encontró nada. Aquel no era su dormitorio. Reinaba la oscuridad y se oía un ruido tenue, si bien ignoraba de dónde venía. Y de pronto se acordó de Josie, la pastilla y la suavidad de las sábanas y de la almohada grande y del blando colchón. Se preguntó si habría una lámpara y estiró la mano por si hubiera una mesilla de noche más alejada de la cama, pero al parecer no había ninguna.

Llamó a Josie, que acudió y encendió una lámpara junto a la ventana.

—Entré a verte hace un rato —dijo Josie— y

dormías a pierna suelta.

—¿Qué día es?

—Viernes.

—¿Qué hora?

—Las nueve.

—Tengo que irme. Conor... y Donal mañana.

—No irás a ninguna parte. Conor está bien. Le he dicho que te quedarías con nosotros este fin de semana y he ido a casa de Margaret y Conor pasará el día allí ocupado con sus fotografías. Y Una visitará mañana a Donal y quizá Fiona la acompañe. Una y Seamus se asegurarán de que Conor esté bien y quizá Conor venga el domingo si estás lo bastante recuperada. He telefoneado a la hermana Thomas, ya sabes que hablo con ella a menudo cuando estoy preocupada por ti, y ella hablará con los Gibney para decirles que volverás

en cuanto estés mejor. Y tengo los somníferos que te recetó el doctor Cudigan y las otras pastillas, Fiona las ha encontrado. Son unos analgésicos muy fuertes. Nadie se los daría ni a un caballo. Pero quizá los necesites. De modo que todo está arreglado. Lo único que tienes que hacer es dormir; eso es lo único que tienes que hacer. Y a cambio puedes venir a cuidarme cuando me ponga enferma y los otros se hayan cansado de mí. Para eso estamos.

Josie descolgó la bata de detrás de la puerta.

—Ahora debes levantarte. Voy a llenarte la bañera y pondré música para que no te quedes dormida dentro del agua, y sería mejor que dejaras abierta la puerta del cuarto de baño. Después comeremos algo rico y podrás volver a la cama, a

ver si duermes por ti misma, y te dejaré una pastilla por si acaso no puedes.

—No pongas música, por favor —dijo Nora.

—De acuerdo, pero no te duermas en la bañera.

—No lo haré.

Nora se quedó sentada en la habitación de abajo mientras su tía preparaba espaguetis con salsa de tomate. Josie descorchó una botella de vino.

—Compré esta botella en Dublín —dijo—.

Tomaremos un par de copas esta noche. Dicen que no hay que beber alcohol con los somníferos, pero muchas veces me parece que es justo al revés.

—No te crees lo de Maurice —dijo Nora.

—No, no me lo creo.

—Era él, todo él.

—Apenas si logramos, ninguno de nosotros, ver

lo que hay ahí. Eso es lo más duro, aunque nadie lo diría nunca. ¡Ojalá pudiéramos contemplar lo que hay ahí!

—¿Tú no crees en nada...?

—Voy pasando los días. Es lo único que hago. Y me desentiendo de todo lo demás.

—Conor..., él dijo que...

—No dijo nada, Nora. Conor está perfectamente, pero tiene ojos y oídos para captar la angustia, de modo que no lo angusties.

De pronto Nora se sintió atrapada. Se preguntó dónde estarían las llaves del coche y las de casa y pensó que, si las encontraba, saldría de la casa para volver a la suya en cuanto Josie se marchara.

—Ah, y asegúrate de tomar los analgésicos antes de ir a dormir —dijo Josie—. La pobre Fiona estaba preocupadísima por ti y se alegra de

que te quedes aquí. Esas dos muchachas son un motivo de orgullo para ti. Aine está bien metida en política. Eso le viene de la familia Webster. La nuestra no tenía ni gota de eso. Y Fiona me enseñó la habitación del fondo, ha quedado preciosa. Estarás muy a gusto en esa habitación.

—Maurice preguntó si no había otra persona, pero no se me ocurrió nadie más. No sé a qué se refería. ¿Tú crees que lo soñé?

—Sí.

—Pero aquello era real. O sea, él era real.

—Claro que él era real. Pero se ha ido. Tienes que llegar a comprender que se ha ido y que no volverá.

Con el vino Nora se sintió de nuevo amodorrada, y cuando volvió a tenderse en la cama le costó imaginar que algún día regresara a

la normalidad y no quisiera dormir a todas horas. Se tomó un somnífero y un analgésico antes de apagar la lámpara.

Al despertarse la habitación estaba inundada de luz y oyó el sonido de una radio y ruido de platos y cuervos que se peleaban alrededor de uno de los árboles viejos. Miró la mesilla de noche pero no había ningún reloj. Volvió a tumbarse y suspiró.

Durante todo el día fue del salón al dormitorio y del dormitorio al salón. Josie iba y venía; como hacía buen día, quería sembrar plantas en el jardín. Por la tarde se presentaron John y su mujer, aunque no se quedaron mucho rato. Aunque Josie le había llevado ropa limpia de casa por si quería vestirse, Nora continuó descalza, en bata y camisón.

Cuando la luz empezó a declinar, Josie se sentó

con ella.

—Sé que no es asunto mío —dijo—, pero ayer, mientras buscaba ropa para traerte, me sorprendió ver que el armario está lleno de prendas de Maurice. Chaquetas y pantalones, trajes, corbatas y camisas, y hasta los zapatos.

—No he tenido valor para tirarlos. Simplemente no he sido capaz.

—Nora, lleva más de tres años muerto. Tendrás que hacerlo sin demora.

—Eso será el final, ¿no?

—¿Sabes tus hijos que esa ropa sigue allí?

—Mis hijos no husmean en mi armario, Josie.

—Tu madre sonreiría si te oyera ahora.

—¿Mi madre?

—Un hijo ingrato es como una mordedura de serpiente, decía ella.

—Y eso en los días buenos. —Nora se echó a reír.

Se tumbó en el sofá y se durmió. Al despertar ya había anochecido. Bajó y encontró a Josie poniendo la mesa para cuatro.

—¿Quién va a venir? —preguntó.

—Le he pedido a Catherine que venga. Estará al caer.

—No quiero ver a Catherine.

—Bueno, lo que tú quieras o no quieras da igual. Arréglate el pelo y ponte ropa limpia porque he invitado también a tu amiga Phyllis. No puedes estar durmiendo todo el rato.

Cuando las cuatro terminaron el plato principal, otro coche se detuvo delante de la casa. Nora se acercó a la ventana y vio a Una.

—Es Una. Tendría que estar con Conor —dijo.

—Ha dicho que dejaría a Conor con Fiona, de modo que no hay que preocuparse por él —dijo Josie.

Sirvió más vino cuando Una se sentó a la mesa con ellas.

Nora se trasladó a un sillón y empezó a dormitar, sosegada por el sonido animado de voces a su alrededor. Tras despertarse, oyó que hablaban de ella.

—Era un demonio —dijo Catherine—. Es lo único que puedo decir de ella.

—¿De veras? —preguntó Phyllis.

—Y entonces conoció a Maurice. La primera vez que salió con él se convirtió en otra persona. Es decir, no es que se volviera dócil y sumisa. Pero cambió.

—Supongo que era feliz —dijo Una.

—Maurice fue el amor de su vida —dijo Catherine.

—Sí, tienes toda la razón —intervino Josie.

—De todas formas, en ocasiones seguía siendo un demonio —dijo Una—. ¿Te acuerdas de aquella vez que dejó de hablar a mi madre? Vivíamos todas en casa y ella no le dirigía la palabra, ni la miraba siquiera.

—Vaya si lo recuerdo —dijo Josie—. Vuestra tía Mary, que en paz descansa, y yo no sabíamos qué hacer.

—¿Y por qué no le hablaba? —le preguntó Phyllis.

—Maurice tenía un hermano que murió de tuberculosis —comentó Catherine—. Era un niño encantador y todo fue muy triste, y no sé a quién se

lo dijo nuestra madre, pero cuando Nora empezó a salir con Maurice le dijo a alguien que temía que Maurice también tuviera tuberculosis. O en cualquier caso algo acerca de Maurice y la tuberculosis. Y esa persona se lo contó a alguien que se lo contó a Nora. Y a ella se le metió en la cabeza que nuestra madre iba por toda la ciudad hablando de Maurice y su familia y la tuberculosis, y dejó de dirigirle la palabra. No había forma de que bajara la cresta.

—Y entonces se enteró el padre Quaid —prosiguió Una—. Era muy amigo de nuestra madre porque ella estaba en el coro y cantaba a menudo en la catedral. Y se lo preguntó y ella se lo confirmó. De modo que un día, ya cerca de las fiestas navideñas, el padre Quaid abordó a Nora y le ordenó que pusiera fin a esa tontería y

acordaron que el día de Navidad ella le desearía a nuestra madre feliz Navidad y que con eso quedaría zanjado el asunto.

»Fue un alivio para nosotras —añadió Una—. Creo que la ciudad entera se sintió aliviada, o al menos quienes nos conocían.

—¿Y qué pasó? —preguntó Phyllis.

—Esperó —respondió Catherine—, hasta que mi madre se inclinó para sacar el pavo del horno y entonces Nora se agachó un poco y le deseó feliz Navidad, pero pareció que deseaba feliz Navidad al trasero de mi madre.

—Recuerdo que casi reviento —dijo Una.

Nora se echó a reír.

—Anda, si está despierta —dijo Phyllis.

—Estábamos hablando de ti —dijo Catherine.

—Lo he oído todo —repuso Nora.

En cuanto se reincorporó al trabajo, Nora empezó a dormir toda la noche. Poco a poco los dolores desaparecieron. No le contó a nadie más lo ocurrido en el dormitorio. Suponía que había sido, como afirmaba Josie, un sueño. Pero le parecía más fuerte que un sueño. Por la noche, al apagar la luz, le sosegaba pensar que Maurice había estado hacía poco en esa habitación, y tan vivamente. Intentaba no hablarle en susurros, pero era incapaz de refrenarse, y tenía la sensación de que eso la ayudaba a dormir y a superar la noche.

En el trabajo pensaba con placer en ir a casa y pasar un rato a solas en el cuarto que había decorado. Tomaba en préstamo libros de la biblioteca y, con la lumbre y todas las lámparas encendidas, leía o dejaba la mente en blanco. Le

gustaban las ocasiones en que Fiona salía y ella se quedaba sola en casa con Conor, que hacía deberes en la sala de estar hasta que entraba en la habitación del fondo y se sentaba en el sofá a mirar las fotografías que había revelado o a leer las revistas y manuales que Donal le dejaba. A diferencia de Fiona, a quien con frecuencia la música le parecía irritante, Conor apenas reparaba en ella. Nora tenía la sensación de que el chico la asociaba a bienestar o tranquilidad o ausencia de tensión, pero a veces lo sorprendía observándola y la expresión de Conor seguía reflejando inquietud y desazón. Siempre sería así; se convertiría en un hombre que se preocupaba por las cosas, que observaba el mundo en busca de señales de que algo iba mal.

Un día en Dublín vio que en May, la tienda de discos de Stephen's Green, estaban de rebajas; una amplia colección del sello Deutsche Grammophon se vendía por menos de una libra la unidad. Compró tantos como pudo llevar consigo. Al reunirse con Aine y Fiona en la National Gallery, entraron en la tienda y eligieron grabados para colgarlos en la habitación del fondo. Al llegar a casa los mandó a enmarcar. Alguien pondría los clavos y colgaría los cuadros cuando se los devolvieran, pensó.

Josie dispuso que Catherine y Una fueran con cajas a vaciar el armario donde guardaba la ropa de Maurice. Nora esperó hasta un fin de semana en que Fiona se marchó a Dublín con Paul y en que sabía que Aine no iría a casa. Acordó con Margaret que Conor merendaría con ella y se

quedaría en su casa hasta tarde. Después del mediodía se dirigió a Wexford. Había escrito a Donal para avisarle de que llegaría temprano. En la freiduría más cercana a la escuela le compró pollo y patatas fritas, además de varias botellas de Miranda de limón, que era la favorita de Donal. Sabía que él prefería que fuera acompañada de Conor, Fiona o Aine, para que hablaran y discutieran entre sí cuando le apetecía estar callado. Estando los dos a solas siempre había cierta tirantez. Le molestaba que ella le diera consejos.

—¿Co-conoces la pa-paradoja de la fe? —le preguntó cuando estaba acabando de comer.

—No estoy segura.

—El pa-padre Moorehouse pronunció un sermón sobre eso. So-solo para un gru-grupo pe-

pequeño que ha-hacemos una a-asignatura especial de es-estudios re-re-religiosos.

—¿Y qué es? —preguntó ella.

—A fin de cre-creer, hay que cre-creer. Una vez que se tiene fe, entonces se puede cre-creer más, pero no se pu-puede cre-creer hasta que se em-empieza a cre-creer. Esa pri-primera cre-creencia es un misterio. Es como un do-don. Y el re-resto es ra-racional, o pu-puede serlo.

—Pero no se puede probar —dijo ella—. Únicamente puede sentirse.

—Sí, pe-pero él dice que no es como una pru-prueba. No es su-sumar dos y dos, sino más parecido a añadir luz al a-agua.

—Parecen palabras muy profundas.

—No, en realidad es simple. Explica cosas.

Nora advirtió que había pronunciado la última

frase sin tartamudear.

—Primero hay que te-tener algo —prosiguió Donal—. Supongo que e-eso es lo que él quiere decir.

—¿Y si no lo tienes?

—Esa es la postura atea.

Ella contempló los tejados de las casas y los chapiteles de las iglesias y, más allá, la luz serena sobre el puerto. Donal había cumplido los dieciséis, y Nora pensó en que todo le parecería más incierto con el correr de los años y en la importancia de que ella no dijera nada que lo llevara a darse cuenta de eso, pues Donal no tenía necesidad de saberlo aún.

Como Nora había llegado temprano, Donal dejó claro que entendía que ella tenía algo que hacer y le dijo que si disponía de una hora en ese

momento, cuando la mayoría de los otros alumnos jugaban al hurling o al fútbol o paseaban por el campo fumando a escondidas, tendría el cuarto oscuro para él solo, y que había un nuevo tipo de papel fotográfico, no satinado, con el que quería experimentar. Nora no sabía bien si estaba echándola porque deseaba que se fuera o si pretendía ponérselo fácil. Sentada en el coche, lo vio por el retrovisor lateral caminar confiado hacia la escuela.

En casa, mientras aguardaba la llegada de Catherine y Una, escuchó a Victoria de los Ángeles cantando temas de Schubert y Fauré y luego una grabación del Concierto para Violín de Beethoven.

Confiaba en que se fueran una vez terminada la tarea: se llevarían la ropa de Maurice, esperaba, y

no le dirían qué pensaban hacer con ella. Cuando se marcharan dispondría de unas horas a solas, con música y la lumbre encendida. Tal vez cogiera un libro de Maurice para tenerlo a su lado. Y aguardaría a que llegara Conor y se iría a la cama poco después de que él se acostara. A Catherine y a Una les prepararía té para que no se quejaran demasiado de ella delante de sus respectivos maridos y de Josie, pero decidió que no les daría nada de comer. Eso las incitaría a no quedarse mucho rato una vez acabado lo que habían ido a hacer. No le cabía duda de que en ese momento estaban juntas con mucho que decir de ella, de Josie y de la obligación de ocupar el sábado de esa manera.

Cuando llegaron las recibió en la puerta

principal y no las invitó a pasar a la habitación del fondo.

—Todo lo suyo está en el armario de al lado de la ventana —dijo—. No hay nada más en ese armario.

Se la quedaron mirando, a la espera de que las acompañara arriba, pero volvió a la habitación del fondo, echó más leños y briquetas a la lumbre, cambió el Concierto para Violín por una música de piano más tranquila y bajó el volumen. Lo que habían ido a hacer era fácil; se trataba tan solo de sacarlo todo del armario y amontonarlo en las bolsas y cajas, llevarlas abajo y luego meterlas en el coche. No abría el armario desde poco después de la muerte de Maurice, cuando había guardado el resto de su ropa. Era más que posible que las polillas hubiesen roído la lana, pero los zapatos

seguirían como estaban, los cordones tal cual él los había dejado, y acaso hubiera incluso tiza del aula en los bolsillos de algunas chaquetas. Casi lamentó desprenderse de todo, o no haberlo hecho ella misma de forma paulatina en el curso del tiempo. De pronto deseó que se apresuraran. Oía sus pisadas sobre las tablas del suelo de la planta de arriba. Daba la impresión de que se movían demasiado.

Cuando ya tenían las bolsas y cajas llenas en el recibidor y subieron a echar un último vistazo al armario, alguien llamó a la puerta. A Nora le sorprendió ver a Laurie O'Keefe. Hasta entonces Laurie nunca había ido a la casa. Por un instante Nora no supo qué hacer. Por algún motivo el mundo de Laurie no concordaría en ningún aspecto

con el mundo que habitaban Catherine y Una; pensarían que Laurie estaba loca. Iba a decirle que llegaba en un mal momento, pero el entusiasmo y la simpatía de la mujer la disuadieron. Además, Laurie parecía estar sin aliento. La invitó a sentarse en la habitación del fondo cuando bajaron Catherine y Una y se las presentó. Mientras preparaba té se preguntó cuánto tiempo se quedarían sus hermanas y Laurie.

—No me gusta visitar a nadie de improviso —dijo Laurie—. ¿Y a vosotras?

Miró a Catherine y a Una y después a Nora.

—Ojalá Nora tuviera teléfono —dijo Catherine.

—Sí, tienes razón —dijo Laurie—. Pero a algunas personas no les gusta el teléfono.

—Y otras no pueden permitirse tenerlo —dijo Nora sentándose.

—O prefieren comprar discos —apuntó Una.

—En efecto —repuso Nora.

—Bien, tengo una buena noticia —dijo Laurie una vez servido el té—, y quería comunicártela. Sé que es un día duro para ti, Nora, de modo que he estado dándole vueltas y he pensado que una buena noticia no vendría mal en un día como hoy.

—¿Cómo se ha enterado de lo que pasa hoy? —le preguntó Nora.

—No soy nada amiga de los misterios, de modo que te lo diré. Tu tía se lo contó a la hermana Thomas, que me lo contó a mí, y también me aconsejó que viniera.

—Es una entrometida de tomo y lomo —dijo Una.

—Es una manera de decirlo, desde luego —repuso Laurie—. Bueno, lo que pasa es que se ha

muerto una mujer y no sabemos quién es, pero en el testamento ha dejado dinero para que se celebre un concierto de música religiosa en Wexford, en Kilkenny o en Carlow. Sea quien sea, debía de tener un alma bella para que se le ocurriera esa idea, además de dinero, claro está. Conque acudieron a Frank Redmond, quien, aunque no me hablo con él, acudió a mí para que organizara el coro, pues él está demasiado atareado, y pensé que era un regalo de Dios.

Se interrumpió y se quedó mirando a las tres mujeres como si ellas la entendieran. Nora vio que Catherine, la más religiosa, observaba a Laurie con suma atención.

—Es el vigésimo quinto aniversario —dijo Laurie con tono teatral— de la reapertura del convento y de la reconsagración de la iglesia tras

la guerra. Los nazis nos lo arrebataron y allí se cometieron atrocidades.

—Durante la guerra Laurie fue monja del Sagrado Corazón en Francia —comentó Nora.

—Y teníamos una reverenda madre extraordinaria —dijo Laurie—. Era de una familia francesa muy antigua. Estábamos en mil novecientos cuarenta y siete y ella propuso ofrecer un concierto para agradecer al Señor el fin de la guerra y para celebrar la reapertura de nuestra iglesia y nuestro regreso al edificio. Teníamos un coro maravilloso incluso en aquel entonces, pese a que habíamos perdido a muchos hombres en la contienda, y también mujeres. Quería que se interpretara el Réquiem Alemán de Brahms, dijo, como acto de acción de gracias y de expiación, y ella tocaría el piano, y eligió a la mejor soprano y

al mejor barítono como solistas, y las monjas y los del pueblo formaríamos el coro. Ay, cómo protestó la gente, y algunas monjas también quisieron protestar, pero naturalmente habíamos hecho voto de obediencia. De todos modos fue un mal trago, incluso para las monjas. La lengua alemana había sido una pesadilla para toda Europa y nadie quería oírla, y menos aún cantar en ella. Y para colmo no es una composición católica, pero eso formaba parte del sueño de la reverenda madre: acercarse al otro lado. Los hombres se negaron a acudir hasta que mère Marie-Thérèse fue a hablar con uno, aquel al que mejor conocía. Tenía una voz hermosa pero había perdido a sus dos hijos en la guerra, nunca se llegó a encontrar el cuerpo de uno, y su mujer había fallecido y a él se le había endurecido el corazón. Y mère Marie-Thérèse le

pidió que fuera a la capilla recién consagrada a rezar con ella. Le pidió que rezara, fue lo único que hizo. Le pidió que rezara.

Laurie calló, como si ya hubiera dicho bastante.

—¿Y qué hizo él? —preguntó Catherine.

—Le suplicó que cantaran un réquiem católico en francés por los franceses fallecidos, pero ella se negó. Cantaremos para honrar a Dios, que todo lo perdona, eso fue lo que dijo, y cantaremos en alemán para mostrar que fuimos hechos a imagen y semejanza de Dios y que nosotros también sabemos perdonar. Iba todos los días a casa del hombre y rezaba con él. La acompañaban dos novicias.

—¿Y él accedió? —preguntó Catherine.

—No, nunca, pero los otros sí cedieron. Ella fue a verlos a todos. Y en octubre de mil novecientos

cuarenta y siete ofrecimos el concierto. Siempre he creído que aquel día representó el principio de la paz. Cuando resultaba difícil perdonar, cantamos en alemán y nuestras palabras se elevaron, subieron a lo alto. Allí es adonde fueron.

Un leño resbaló y se hundió en el fuego y empezó a arder con viveza. Durante un minuto nadie dijo nada.

—¿Y estaba usted en Francia en aquellos años?
—preguntó Catherine.

—Y ahora, para conmemorar los veinticinco años, voy a crear un coro y ensayaremos el Réquiem Alemán en la ciudad de Wexford, y Frank Redmond se ocupará de preparar una orquesta pequeña o dos pianos y a los dos cantantes solistas. Y vuestra hermana, la señora Webster, es la primera persona que quiero en mi coro.

—¿Nora? —preguntó Catherine.

—Sí. Es mi mejor alumna.

—Vaya, le diré una cosa —dijo Catherine—; si mi madre viviera se quedaría pasmada porque era una cantante espléndida y sabía que Nora también lo era, pero Nora nunca quería cantar.

—Todos cambiamos, Catherine —dijo Laurie.

Catherine le lanzó una mirada escéptica.

—Bien, tengo que irme —dijo Laurie—. Solo he venido a decirte eso.

Cuando se fue, Catherine y Una volvieron con Nora a la habitación del fondo.

—¿Esa mujer es así de verdad? —preguntó Catherine.

—He oído hablar de ella, y de verdad es así —dijo Una—. Es una persona muy respetada.

—Ha sido una muy buena amiga —afirmó Nora.

—¿De veras vas a cantar en un coro? — preguntó Catherine.

—Haré lo que pueda —respondió Nora.

Llevaron las cajas al coche y Nora se quedó en el recibidor aguantándoles la puerta. Una vez acabada la tarea, Una volvió a subir al dormitorio y bajó con una cajita de madera cerrada con un candado.

—Estaba en el fondo del armario —dijo. La agitó pero no sonó nada.

Nora se encogió de hombros. Sabía qué era.

—Ya no tengo la llave —dijo—. ¿Puede una de vosotras ayudarme a abrirla?

—Habrá que hacer palanca, pero entonces la caja se romperá —apuntó Catherine.

—Eso da igual —repuso Nora.

Catherine probó con un utensilio metálico que

encontró en la cocina, pero no dio resultado.

—Necesito abrirla —dijo Nora.

—Pues yo no puedo.

—Una —dijo Nora—, ¿te importa llevársela a Tom O'Connor, el vecino de al lado? Tiene todas las herramientas habidas y por haber.

Cuando Una se marchó, Catherine fue al cuarto de baño. Nora advertía que estaba molesta por tener que ocuparse de la ropa de Maurice y comprendió que su hermana no quería quedarse a solas con ella. Catherine no volvió a bajar hasta que Una regresó.

—Le ha costado mucho abrirla. No ha tenido más remedio que partir la madera.

Nora la dejó en la mesa que tenía al lado y fue al recibidor, donde estaban sus hermanas.

—¿Estarás bien sola? —le preguntó Catherine.

—Conor volverá pronto —dijo Nora.

Esperó a que cogieran los abrigos.

—Yo no habría sido capaz de hacerlo —dijo.

—Si lo hubiésemos sabido, lo habríamos hecho antes —dijo Una.

Nora se quedó a la puerta y las vio irse, observó cómo Catherine daba marcha atrás con sumo cuidado, cómo se llevaban toda la ropa de Maurice, cada prenda comprada sin la menor noción de lo que iba a ocurrirle, para tirarla o donarla. Cerró la puerta y volvió a la habitación del fondo y vació la caja de madera.

Ahí estaban todas las cartas que Maurice le había dirigido durante años antes de que se casaran. Las había guardado en la caja, bajo llave. Recordó el tono tímido que empleaba Maurice al escribirle. Muchas cartas eran breves, se limitaban

a proponer una hora y un lugar de la ciudad donde quedar.

No necesitaba leerlas; las conocía bien. A menudo él hablaba de sí mismo como si fuera otra persona: decía que se había encontrado con un hombre que le había explicado cuánto cariño sentía por cierta muchacha, o que un amigo había llegado a casa tras salir con su novia y solo pensaba en las ganas que tenía de volver a verla pronto, o en cuánto le gustaría ir con ella a Ballyconnigar y pasear por los acantilados de Cush y quizá darse un chapuzón con ella si hacía buen tiempo.

Se arrodilló y lentamente arrojó las cartas a la lumbre. Pensó en lo mucho que había ocurrido desde que se escribieron y en hasta qué punto pertenecían a una época ya terminada y que no

volvería. Así eran las cosas; así habían salido las cosas.

Al llegar a casa Conor se fijó en la caja de madera medio consumida por el fuego entre los leños, el carbón y las briquetas. Preguntó qué era.

—Nada, una cosa que he tirado —respondió ella.

Él miró la caja con recelo.

—Voy a formar parte de un coro —dijo ella.

—¿En la catedral?

—No, en otro coro. En Wexford.

—Creía que no le gustaste a aquel hombre.

—Ya ves, han cambiado de opinión.

—¿Y qué vas a cantar?

—El Réquiem Alemán de Brahms.

—¿Es una canción?

—Es un conjunto de canciones, para muchas voces.

Él pareció rumiarlo, sopesarlo, y luego asintió. Le sonrió, satisfecho, y subió a su habitación. Ella se quedó sola junto a la lumbre y pensó que pondría música, alguna composición que le gustara especialmente. Esperaba que el chico se sentara un rato con ella antes de acostarse. Entretanto la casa estaba tranquila, el silencio quebrado tan solo por los ruiditos tenues de Conor en la planta de arriba y el crepitar de la leña que ardía lentamente en la lumbre.

Dicen que el dolor nos hace más fuertes, pero poco se cuenta del camino que hay que andar para armarse y seguir viviendo después de una pérdida que nos cambia para siempre. Nora es una mujer de cuarenta años que ha perdido a Maurice, su marido y el padre de sus cuatro hijos. Viuda y con escasos recursos económicos, inmersa en el aire provinciano de una pequeña ciudad irlandesa a finales de los años sesenta, la mujer usa su inteligencia para mantener el hogar y gobernar las emociones ambiguas que van asomando sin pedir permiso.

Lo que nos ofrece Colm Tóibín en esta ocasión es mucho más que un retrato de cuerpo entero. Nora crece en cada página de esta espléndida

novela, cambia según el momento en que el lector se acerca a ella, incluso se diluye a ratos para luego volver con más fuerza. La sombra de Maurice también está ahí, con los amigos y los hijos, y juntos forman un paisaje humano iluminado por la compasión y la verdad. *Nora Webster*: una mujer, una novela y una muestra del talento de uno de los mejores autores del siglo XXI.



A veces, nos cruzamos con ellos, con los que nos han dejado, los que ya no están. Llevan consigo algo que nosotros aún no conocemos... Es un misterio.

Colm Tóibín

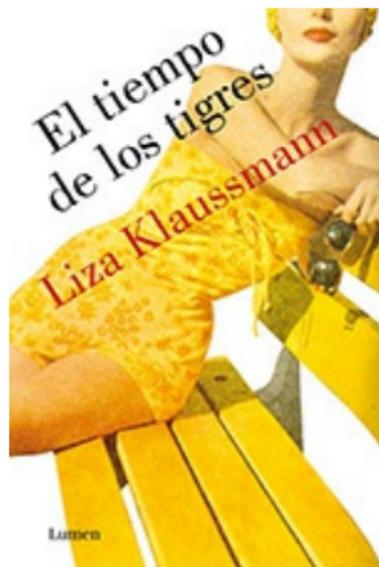
Colm Tóibín (Enniscorthy, 1955) es uno de los mejores escritores irlandeses de nuestro tiempo. De su obra cabe destacar las novelas *The Master* (2004) y *El testamento de María* (Lumen, 2014), que se ha adaptado al teatro. *Brooklyn*, su novela más conocida, fue publicada por Lumen en 2010 y ahora vuelve a las librerías acompañando a la película del mismo título dirigida por John Crowley. *Nora Webster* es su novela más reciente.

Tóibín es también un excelente crítico literario, como demuestran las piezas recogidas en el volumen *Nuevas maneras de matar a tu madre* (Lumen, 2013).



Lumen recomienda

Colm Tóibín | El testamento de María



Selva Almada

Ladrilleros

Lumen

Donna
Tartt
El jilguero

Lumen



Ladydi
Jennifer Clement



Kate Atkinson
Una y otra vez

Lumen



Naomi
Wood

Las señoras
Hemingway

Lumen





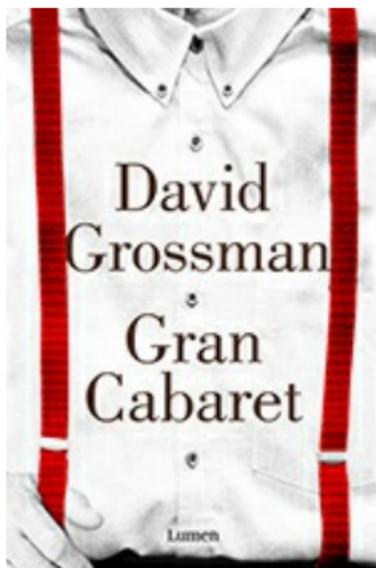
Elena
Ferrante
**Las deudas
del cuerpo**

Lumen

~~Todos~~
nuestros
nombres
**Dinaw
Mengestu**



Lumen



David
Grossman
Gran
Cabaret

Lumen



Elena
Ferrante
**La niña
perdida**

Cuatro volúmenes
de la saga
Los cinque

Lumen

Jeanette Winterson

El mundo
y otros lugares



Lumen



Por el autor de Las Huesas

Michael
Cunningham

—
LA
REINA
DE LAS
NIEVES

—
Lumen

Título original: *Nora Webster*

Edición en formato digital: febrero de 2016

© 2014, Colm Tóibín

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2016, Antonia Martín Martín, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: composición digital a partir de imágenes de © Brooklyn Public Library y de © Ferdinando Scianna

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del

copyright al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [h](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0317-9

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

W

Penguin
Random House
Grupo Editorial

=

N
C
C
C
C o
C a
C a r
C a
C a
C a
o
n

C

C

C

C

C

C

C

C

C

S

S

L

C